



JORGE AMADO
Mar muerto

Lectulandia

Oriundo del estado de Bahía, Brasil, Jorge Amado (1912-2001) fue un ferviente enamorado de la capital Bahía de Todos los Santos, ciudad marítima que proyecta el espíritu africano sobre el vasto territorio de Brasil. Amado supo crear alrededor de esta ciudad una gesta impregnada de verdad y leyendas. En *Mar muerto*, el lirismo se hace instrumento agudo para profundizar en el alma, sufrida y alegre, de la gente que habita allí. Hay algo de sutil e imponderable en esta obra, como si la presencia del mar que rodea la aventura de estas vidas transmitiera de por sí el hondo tono lírico, su encanto poético más hondo.

Lectulandia

Jorge Amado

Mar muerto

ePub r1.0

IbnKaldun 19.05.15

Título original: *Mar morto*
Jorge Amado, 1936
Traducción: Raúl Navarro
Diseño de cubierta: Peter Tjebbes

Editor digital: IbnKhalidun
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Para
Raquel de Queiroz,
Erico Verissimo
y
Alvaro Moreyra*

... Ahora quiero contar las historias de la ribera del muelle de Bahía. Los marineros viejos que remiendan velas, los patrones de saveiros, los negros tatuados, los malevos, saben estas historias y estas canciones. Yo las escuché en noches de luna en el muelle del Mercado, en las ferias, en los pequeños puertos de la Cintura, junto a los enormes buques suecos en los puertos de Ilhéus. El pueblo de Iemanjá tiene mucho que contar.

Vengo de escuchar estas historias y estas canciones. Vengo de oír la historia de Guma y Livia, que es la historia de la vida y del amor en el mar. Y si no les parece hermosa, la culpa no es de los hombres rudos que la cuentan. Es que la escucharán por boca de un hombre de tierra, y difícilmente un hombre de tierra entiende del corazón de la gente de mar. Aunque este hombre ame esas historias y esas canciones y vaya a las fiestas de Janaína, aún así no conoce todos los secretos del mar. Porque el mar es tan misterioso que ni los viejos marineros lo entienden.

Iemanjá, patrona de los mares y los saveiros

Tempestad

La noche se anticipó. Los hombres no la esperaban todavía, cuando ella cayó sobre la ciudad en densos nubarrones. Aun no estaban encendidas las luces del muelle, en el «Farol de las Estrellas» no brillaban aún las pobres lámparas que iluminan las copas de *cachaza*, muchos saveiros cortaban aún las aguas del mar cuando el viento trajo la noche de negras nubes.

Los hombres se miraron como si se interrogaran. Observaban el azul del océano preguntándose de dónde vendría esa noche adelantada en el tiempo. Entre tanto, ella venía cargada de nubes, precedida del viento frío del crepúsculo, empalideciendo el sol, como un terrible milagro.

La noche llegó, ese día, sin músicas que la saludasen. La voz clara de las campanas no se difundió por la ciudad. Ningún negro había venido con la guitarra a la arena del muelle. Ninguna armónica recibió la noche en la proa de un saveiro. Ni siquiera rodaba por las laderas la cadencia monótona de los *candomblés* y *macumbas*. ¿Por qué entonces la noche había llegado sin esperar la música, sin esperar la señal de las campanas, el sonar de guitarras y armónicas, la misteriosa cadencia de los instrumentos religiosos? ¿Por qué había llegado así, antes de hora, fuera de tiempo?

Ésta era una noche distinta y angustiada. Así era, porque los hombres tenían aire de desasosiego y el marinero que bebía solitario en el «Farol de las Estrellas» corrió a su buque como si así fuese a salvarlo de un desastre irremediable. Y la mujer que aguarda en el pequeño muelle del Mercado el saveiro donde venía su amor, comenzó a temblar, no del frío del viento, no del frío de la lluvia, sino del frío que le llegaba del corazón amante lleno de malos presagios de la noche que se adelantaba repentinamente.

Porque ellos, el marinero y la mujer morena, eran familiares al mar y bien sabían que si la noche llegaba antes de hora, muchos hombres morirían en el mar, muchos barcos no finalizarían su ruta, muchas mujeres viudas iban a llorar sobre las cabezas de sus hijos. Porque —ellos lo sabían— no era la verdadera noche, noche de luna y estrellas, de la música y del amor, la que llegaba. Ésa sólo llega a su hora, cuando las campanas tocan y un negro cantaba con su guitarra en el muelle una canción nostálgica. La que había llegado cargada de nubes, traída por el viento, era la tempestad que destroza los barcos y mata a los hombres. La tempestad es la falsa noche.

La lluvia cayó con furia, y lavó el muelle, amasó la arena, sacudió los barcos atracados, agitó los elementos, hizo huir a todos los que esperaban la llegada del trasatlántico.

Un estibador dijo a su compañero que habría tempestad. Como extraño monstruo, un guinche atravesó el viento y la lluvia transportando fardos. La lluvia azotaba sin piedad a los estibadores negros. El viento pasaba veloz, silbando, derribando cosas, asustando a las mujeres. La lluvia todo lo empañaba, cegaba los ojos de los hombres.

Sólo los guinches se movían oscuros. Un saveiro se volcó en el mar y dos hombres cayeron al agua. Uno era joven y fuerte. Tal vez hubiese murmurado un nombre en esa hora final. No fue una maldición, seguramente, porque sonaba dulce en la tempestad.

El viento arrancó la vela del saveiro y la llevó al muelle como una noticia trágica. El vientre de las aguas se hinchó, las olas golpearon la piedra del muelle. Las canoas en el puerto de la Leña se balanceaban y los canoeros resolvieron no regresar esa noche a las pequeñas ciudades de la cintura. La vela del saveiro náufrago cayó en el tajamar y entonces se apagaron las linternas de todos los saveiros, las mujeres rezaron la oración de los difuntos, los ojos de los hombres se tendieron hacia el mar.

Ante su copa de *cachaza* el negro Rufino no sonrió ya. Con esta tempestad, Esmeralda no vendría.

Las luces se encendieron. Pero eran débiles y oscilantes. Los que esperaban el trasatlántico nada veían. Se había refugiado en los depósitos y apenas distinguían el bulto de los guinches y de los estibadores, que, encorvados, atravesaban la lluvia. Pero no veían el buque esperado donde vendrían amigos, padres, hermanos, quizás novias. No veían al hombre que lloraba en tercera clase. En la cara del hombre que venía por el camino del mar, en tercera clase de un carguero que tocara veinte puertos distintos, la lluvia se mezclaba con sus lágrimas, el recuerdo de los candiles de su aldea se confundían con las luces empañadas de la ciudad tempestuosa.

El patrón Manuel, el marino que más conocía esos mares, resolvió no salir esa noche con su saveiro. El amor es sabroso en las noches de temporal y la carne de María Clara tenía gusto a mar.

Las luces del antiguo fuerte estaban apagadas. También las linternas de los saveiros. Fue cuando se extinguió la luz de la ciudad. Hasta los guinches se detuvieron y los estibadores se acogieron en los depósitos. Guma desde su saveiro, que era el «Valiente», vio apagarse las luces y tuvo miedo. Iba con la mano en el timón, el barco escorado sobre una banda. Los que esperaban el trasatlántico se fueron en automóviles hacia lugares más transitados. Sólo quedó un hombre, que apretó la mano de otro cuando descendió del trasatlántico:

—¿Todo anda bien?

—Todo —sonrió el otro.

El que aguardaba llamó un automóvil y los dos partieron silenciosos. Los compañeros estarían ya esperando.

El hombre que vino en tercera, quedóse contemplando la ciudad de costumbres distintas, de lengua diferente. Apretó contra su pecho la cartera casi vacía y se encaminó con su equipaje por la primer ladera que encontró. El muelle quedó despoblado.

Únicamente Livia, delgada, de cabellos finos pegados al rostro por la lluvia, quedó ante el muelle de los saveiros observando el mar. Oía los gemidos del amor de María Clara. Pero sus pensamientos y sus ojos estaban en el mar. El viento la sacudía

como una caña, la lluvia le chicoteaba el rostro, las piernas, las manos. Pero ella continuaba inmóvil, el cuerpo tendido hacia adelante, los ojos puestos en la tempestad, iluminando la noche sin estrellas, anunciando la llegada de Guma.

Cancionero del muelle

De súbito, así rápida como llegó, la tempestad se fue hacia otros mares, a hacer naufragar otros barcos. Livia ahora oía el gemir de María Clara. No eran ya, sin embargo, ayes agudos de placer o dolor, ayes de animal herido, los que atravesaban la tempestad con aire de desafío. Ahora, que por la ciudad, por el muelle, por el mar se extendía la verdadera noche, la del amor y de la música, la de las estrellas y de la luna, el amor en el saveiro del patrón Manuel era dulce y tranquilo. Los gemidos de María Clara semejaban sollozos de alegría, casi en sordina, casi canción. Livia apartó por un momento los ojos del mar severo y escuchó esos gemidos. Dentro de poco llegaría Guma, el «Valiente» cruzaría la bahía, ella lo tendría entre sus brazos morenos y también gemirían de amor. Ya había cesado la tempestad y ella ahora no tenía ningún temor. No iba a tardar en ver la roja linterna del saveiro brillando en la noche del mar. Ligeras olas chocaban contra las piedras del muelle y los saveiros se balanceaban mansamente. A lo lejos, las luces brillaban sobre el asfalto mojado de la ciudad. Hombres en grupos, ya sin prisa ni miedo, se dirigían hacia el gran guinche. Livia volvióse hacia el mar. Ocho días que no veía a Guma. Ella quedó en la vieja casita del muelle. Esta vez no fue con él a la aventura siempre renovada del viaje por la bahía y el río tranquilo. Si ella hubiese ido en el saveiro cuando se desató la tormenta, sería mejor. Guma hubiese temido por la vida de su compañera, pero Livia no tendría miedo, porque se encontraba con él y él conocía todos los caminos del mar, sus ojos valían tanto como linternas y sus manos eran seguras en el timón. No tardaría en llegar Guma. Vendría empapado por la tempestad, contando historias, musculoso y risueño, con el nombre de Livia y una flecha tatuados en el brazo. Se sonrió. Su fino cuerpo moreno se volvió todo hacia los gemidos de María Clara. El muelle estaba negro, una que otra linterna brillaba en los saveiros, pero ella distinguía muy bien el del patrón Manuel de donde venían los gemidos. Ahí estaba amarrado al muelle, balanceándose en las olas. Y allí un hombre y una mujer se amaban y sus gemidos llegaban hasta Livia. Más tarde, dentro de muy poco, sería ella quien, en la proa de un saveiro, apretaría contra su cuerpo el cuerpo fuerte de Guma, besaría sus oscuros cabellos, sentiría el placer del amor de su cuerpo, el gusto de muerte que aún guardarían sus ojos recién llegados de la tempestad. Y sus gemidos de amor serían más dulces que los de María Clara, porque estaban llenos de la larga espera y del miedo pasado. María Clara dejaría de amar para oír la música de sollozos y risas que saldrían de sus labios cuando Guma la estrechara, la tomara, entre sus brazos mojados de mar.

Pasó un patrón de saveiro y dio las buenas noches a Livia. Un grupo más lejano examina la vela del saveiro que naufragó. Está muy blanca, muy destrozada, cerca del muelle. Ya partieron unos hombres en un saveiro para buscar los cadáveres. Pero Livia sólo piensa en Guma que va a llegar y en el amor que la aguarda. Y será más feliz que María Clara que no esperó ni pasó miedo.

—¿Sabe quién es el que murió, Livia?

Se sobresalta. Pero esa vela no es del «Valiente». La suya es mucho más grande y no se destrozaría tan fácilmente. Livia se vuelve y pregunta a Rufino:

—¿Quién?

—Raimundo y su hijo. Se dieron vuelta muy cerca de la ciudad... Era una tempestad tremenda.

Esta noche —piensa Livia— Judith no tendrá amor ni en su casita ni en el saveiro de su marido. Jacques, el hijo de Raimundo, ha muerto. Iría después a verla. Después que llegara Guma, después que mataran las nostalgias, que se amaran. Rufino mira la luna que sale:

—Ya fueron a buscarlos.

—¿Lo sabe Judith?

—Yo se lo voy a decir...

Livia mira al negro. Es gigantesco y huele a *cachaza*. Seguramente que anduvo bebiendo en el «Farol de las Estrellas». ¿Por qué mirará la luna llena que sube en medio del mar e ilumina todo con una estela de plata? María Clara aún solloza de amor. Judith no tendrá amor esta noche. Livia tendrá amor cuando llegue Guma mojado de tempestad, con gusto a mar. ¡Qué hermoso está el mar con la luna plateando todo! Rufino queda parado ahí. Del viejo fuerte viene una música. Música de armónica y un canto:

La noche es para el amor...

Voz poderosa de negro. Rufino contempla la luna. Quizás él también piense que Judith no tendrá amor esta noche. Ni nunca más... su hombre murió en el mar.

Vengan a amar en las aguas, que la luna brilla...

Livia pregunta a Rufino:

—¿Judith todavía vive con la madre?

—No, la vieja navegó para Cachoeira...

Dice eso sin un gesto, mirando la luna. Un negro está cantando en el viejo fuerte, pero su canción no consolará a Judith. Rufino le tiende la mano:

—Voy andando... voy a ir después...

Rufino da unos pasos. Se detiene:

—Es una cosa triste... Cuesta decirlo... Darle la noticia que murió...

Se rasca la cabeza. Livia queda triste. Nunca más amará Judith. Nunca más volverá a amar, en el mar, a esa hora en que la luna brilla. Para ella la noche no será para el amor, será para las lágrimas. Rufino extiende las manos hacia adelante:

—Venga conmigo, Livia. Usted sabe cómo decirlo.

Pero el amor la espera. Guma llegará de un momento a otro en su «Valiente», la roja linterna no tardará en brillar. Está muy próxima la hora en que los cuerpos se

estrechen. No tardará él en pasar la estela de luz que la luna tiende sobre el mar. El amor la espera, Livia no puede ir. En este día, después del temor, después de la visión de Guma ahogado en el mar, quiere amor, quiere alegría, gemir en la posesión. No puede ir a llorar con Judith, la que nunca más amará.

—Estoy viendo si Guma llega, Rufino.

¿Pensará el negro que ella es mala? Pero Guma no demorará. Dice:

—Después voy...

Rufino hace un gesto con las manos:

—Buenas noches entonces.

—Hasta luego...

Rufino da unos pasos irresoluto. Mira la luna, escucha al hombre que canta:

Vengan a amar en las aguas, que la luna brilla...

Se vuelve hacia Livia:

—¿Sabía que ella está embarazada?

—¿Judith?

—Sí.

Siguió caminando. Todavía mira la luna. En el viejo fuerte cantan:

La noche es para el amor...

María Clara solloza y ríe en los brazos de su hombre. Livia sale casi corriendo y llama a Rufino cuya sombra se ve a lo lejos:

—Voy con usted...

Siguen andando. Ella todavía mira el mar largamente. ¿Quién sabe si esa linterna que brilla a lo lejos no será la del «Valiente»?

Judith es mulata y su vientre ya se hincha deformando el vestido de percal. Todos están en silencio. El negro Rufino mueve las manos, no sabe dónde ponerlas, mira a los otros espantado. Livia es toda un gesto de consuelo, sus manos amparan la cabeza de Judith. Llegan otros. Dan el pésame y allí, alrededor del cuarto, esperan la llegada de los cadáveres que están buscando en el mar. Del lugar en que se encuentra Judith llegan sollozos entrecortados y las manos de Livia se levantan en gestos cariñosos. Después entran el patrón Manuel y María Clara, ella con ojos lastimeros.

Nadie recuerda más la tempestad. Ni María Clara gime más de amor. ¿Entonces por qué Judith llora, por qué Judith está viuda y los hombres esperan dos cadáveres? Muy cierto que al negro Rufino le gustaría irse de allí, huir de allí, escaparse para la alegría de los brazos de Esmeralda. Él sufre por la tristeza de la casa, por el dolor de Judith. No sabe dónde poner sus manos y conoce que sufrirá más todavía cuando entre el cadáver y Judith tenga el último encuentro con el hombre que la quería, que

le hizo un hijo, que poseyó su cuerpo.

La que tiene valor es Livia. Aun es más hermosa así. ¿A quién no le agradecería casarse con Livia y ser llorado por ella cuando muriese en el mar? Ella, en estos momentos, es como una hermana de Judith.

Pero ella también tendría deseos de huir, de irse a esperar a Guma al borde del muelle para una noche bajo las estrellas. El sufrimiento de Judith duele a todos y María Clara piensa que quizás un día su Manuel quede en el mar y que Livia deje de esperar a Guma para venir a traerle la noticia. Aprieta con fuerza el brazo del patrón Manuel, que pregunta:

—¿Qué pasa?

Pero ella está llorando y el patrón Manuel no dice una palabra. Trajeron una botella de *cachaza*. Livia lleva a Judith al dormitorio. María Clara va con ellas y ahora sustituye a Livia y llora con la viuda, llora por ella misma.

Livia vuelve a la sala. Ahora los hombres conversan en voz baja, aumentan la tempestad, hablan del padre y del hijo que han muerto esta noche. Un negro dice:

—El viejo era muy macho... Era hombre por tres...

Otro comienza a contar una historia:

—¿Se acuerdan de ese temporal de junio? Bueno, Raimundo...

Alguien abre la botella de *cachaza*. Livia atraviesa el grupo y llega hasta la puerta... Escucha el ruido del mar sereno, ruido siempre igual, ruido de todos los días, Guma no tardará en llegar y sin duda vendrá a buscarla a la casa de Judith. Entre las sombras del muelle Livia percibe las velas de los saveiros. Y, de pronto, la asalta el mismo recelo que tuviera María Clara. Quizás una noche viniesen a traerle la noticia de que Guma estaba en el fondo del mar y que el «Valiente» vagaba sin rumbo, sin timón, sin guía. Y entonces sintió todo el dolor de Judith, se sintió totalmente su hermana, hermana también de María Clara, de todas las mujeres del mar, mujeres de idénticos destinos: esperar en una noche de tempestad la noticia de la muerte de un hombre.

Del dormitorio vienen los sollozos de Judith. Está con un hijo en su vientre. Quizás, un día, tenga que llorar también la muerte de ese hijo en el mar. En el grupo de la sala un hombre habla:

—Salvó a cinco... Era una noche como del fin del mundo... Muchos vieron a la madre del agua esa noche. Raimundo...

Judith solloza en el dormitorio. Es el destino de todas ellas. Los hombres de la ribera del muelle sólo tienen un camino en la vida: el camino del mar. Por él entran, porque su destino es ése. El mar es el amo de todos ellos. Del mar les viene toda alegría y toda tristeza, porque el mar es un misterio que ni los marineros más viejos comprenden, que ni comprenden esos viejos patrones de saveiros que ya no viajan más y sólo remiendan velas y cuentan historias. ¿Quién pudo descifrar el misterio del mar? Del mar viene la música, viene el amor y viene la muerte. ¿Y sobre el mar la luna no es más hermosa? El mar es inestable. Es la vida de los hombres de los

saveiros. ¿Y cuál de ellos llegó al fin de los hombres de tierra, que pueden acariciar sus nietos y reunir sus familias en almuerzos y cenas? Ninguno de ellos camina con ese paso firme de los hombres de tierra. Cada uno tiene algo en el fondo del mar: un hijo, un hermano, un brazo, un saveiro náufrago, una vela que el viento de la tempestad le arrebató. Pero, también ¿quién de ellos no sabe cantar esas canciones de amor en las noches del muelle? ¿Quién de ellos no sabe amar con violencia y dulzura? Porque cada vez que cantan o aman, puede ser la última. Cuando se despiden de sus mujeres no dan esos rápidos besos de los hombres de tierra que van a sus oficinas. Dan largos adioses, las manos despiden, como si todavía llamasen.

Livia mira a los hombres que suben la pequeña ladera. Vienen en dos grupos. Las linternas dan un aire fantasmagórico a la procesión fúnebre. Como presintiendo su llegada, los sollozos de Judith se agudizan. Bastaría ver a los hombres descubierta la cabeza, para saber que transportan los cadáveres. Padre e hijo han muerto en la tempestad. Sin duda uno trató de salvar al otro y perecieron los dos en el mar. Haciéndole fondo a la escena, venida del viejo fuerte, venida del muelle, de los saveiros, de algún lugar distante e indefinido, una música consoladora acompaña a los cadáveres:

Es dulce morir en el mar...

Livia solloza. Protege a Judith contra su pecho y solloza con ella, solloza segura de que su día ha de llegar y el de María Clara y el de todas ellas. La música atraviesa el muelle para llegar hasta ellos:

Es dulce morir en el mar...

Pero en esos momentos, ni la presencia de Guma que viene en el cortejo fúnebre, y fue quien descubrió los cuerpos, conforta el corazón de Livia.

Sólo la música que viene de un lugar inubicable (quizás del viejo fuerte) y que dice que es dulce morir en el mar, recuerda la muerte de Jacques, el marido de Judith.

Los cadáveres ahora estarán extendidos en la sala, Judith llorará arrodillada junto a su difunto marido, los hombres permanecerán a su alrededor, María Clara sentirá el miedo que un día Manuel se ahogue también.

¿Pero por qué pensar en eso, para qué pensar en la muerte, en tristezas, cuando el amor la espera? Livia tendida sobre cubierta debajo de la vela enrollada, observa a Guma que fuma tranquilamente su pipa. ¿Para qué pensar en la muerte, en los hombres luchando con las olas, cuando su hombre está ahí, a salvo de la tempestad, fumando su pipa que es como la estrella más hermosa de este mar? Pero Livia cavila. Está triste porque él no viene a estrecharla entre sus brazos tatuados. Y ella lo espera, las manos puestas bajo su cabeza, los senos medio desnudos entre el vestido que la

brisa nocturna, suave ahora, levanta y agita. También el saveiro se balancea mansamente.

Livia espera y es bella en esa espera, es la mujer más bella de la ribera del muelle y de los saveiros. Ningún patrón de saveiro tiene una mujer como la de Guma. Todos están de acuerdo con eso y le sonríen. Todos desearían tenerla en sus brazos musculosos en las travesías. Pero ella no es más que de Guma, con él se casó en la iglesia de Monte Serrat, donde se casan los pescadores, los canoeros y los patrones de saveiros. Los mismos marineros que viajan por mares lejanos, en trasatlánticos enormes, vienen a casarse en la iglesia de Monte Serrat, que es su iglesia, trepada en el morro dominando el mar. Ella se casó allí con Guma, y, desde entonces, en las noches del muelle, en su saveiro, en los cuartos del «Farol de las Estrellas», en la arena del muelle, se aman, confunden sus cuerpos sobre el mar y bajo la luna.

Y hoy, que ha esperado en la tempestad, hoy que tanto desea porque mucho temió, él fuma olvidado de ella. Por eso piensa en Judith, la que no tendrá más amor, para quien la noche será siempre su hora de llanto. Recuerda: Judith quedó tirada junto a su hombre. Mirando su rostro, ese rostro que no vería más, que ya no sonríe, que pasara sobre las olas y cuyos ojos vieron a Iemanjá, la madre del agua.

Livia piensa con rabia en Iemanjá. Ella es la madre del agua, es la dueña del mar, y por eso todos los hombres que viven sobre las olas la temen y la aman. Ella castiga. Nunca se muestra a los hombres, salvo cuando mueren en el mar. Los que mueren en las tempestades son sus preferidos. Y los que mueren por salvar a otros hombres, éstos van con ella al gran mar, como los navíos, viajando por todos los puertos, recorriendo todos los mares. De éstos nadie encuentra sus cadáveres, porque están con Iemanjá. Por ser la madre del agua muchos son los que se arrojaron al mar sonriendo y no aparecieron jamás. ¿Dormiré con todos ellos en el fondo de las aguas? Livia piensa en Iemanjá con rabia. A estas horas estará con el padre y el hijo que murieron en la tempestad y que tal vez luchen, ellos que se quisieron tanto, por Iemanjá. Muriendo, el padre aún quiso salvar a su hijo. Cuando Guma los encontró, todavía la mano del viejo asía la camisa del hijo. Murieron amigos y ahora ¿quién sabe? Quizás por causa de la dueña del mar peleen. Raimundo empuñará su cuchillo, que no encontraron a su cintura porque lo llevó consigo. Lucharán en el fondo de las aguas para saber quién es el elegido para recorrer los mares, ver las ciudades del otro lado de la tierra. Judith que tiene un hijo en su vientre, Judith que está llorando, Judith que tendrá que trabajar duramente, Judith que jamás amaré a otro, ya estará olvidada, porque la madre del agua es rubia y tiene largos cabellos y anda desnuda debajo de las olas, vestida sólo con los cabellos, como se la ve cuando la luna está sobre el mar.

Los hombres de tierra (¿qué pueden saber los hombres de tierra?) dicen que son los rayos de la luna sobre el mar. Pero los marineros, los patrones de saveiros, los canoeros, se ríen de los hombres de tierra que nada conocen. Ellos saben que son los cabellos de la madre del agua que viene a contemplar la luna. Por eso los hombres se quedan contemplando en las noches de luna. Porque saben que la madre del agua está

ahí. Los negros tocan la guitarra, la armónica, la música de sus danzas y cantan. Es el regalo que ofrecen a la dueña del mar. Otros chupan su pipa para iluminar el camino, así Iemanjá lo verá mejor. Todos la aman y hasta olvidan sus mujeres cuando los cabellos de la madre del agua se extienden sobre el mar.

Así está Guma que contempla el vientre de plata de las aguas y oye el canto del negro que invita a la muerte. El negro dice que es dulce morir en el mar, porque irían al encuentro de la madre del agua que es la mujer más linda del mundo. Guma está viendo los cabellos de Iemanjá, olvidado de Livia, que está allí, el cuerpo tenso, ofreciendo sus senos. Livia que tanto esperó el momento del amor, Livia que vio la tempestad destruyéndolo todo, echando a pique los saveiros, matando a los hombres, Livia que tanto temor tuvo. Cuánto desearía Livia tenerlo entre sus brazos, besar su boca y en ella descubrir si sintió miedo al ver extinguirse las luces de la ciudad, apretarse a su cuerpo mojado por el mar. Pero ahora él ha olvidado a Livia, sólo piensa en Iemanjá, la dueña del mar. Quizás envidie al padre y al hijo que murieron en la tempestad y que ahora recorrerán los mundos que únicamente los marineros de los grandes transatlánticos conocen. Livia siente odio, ganas de llorar, ganas de alejarse del mar, de irse muy lejos.

Un saveiro pasa. Livia se endereza sobre el codo para verlo mejor. Gritan a Guma:

—Buenas noches, Guma.

Guma sacude la mano:

—Buen viaje...

Livia lo mira. Ahora que una nube cubrió la luna y Iemanjá se ha ido, él apaga la pipa y le sonríe. Ella se encoge toda de gozo, ya sintiendo sus brazos. Guma dice:

—¿Dónde cantará ese negro?

—No sé... Parece que en el fuerte...

—Linda música...

—Pobre Judith...

Guma contempla el mar:

—Sí, claro... Va a pasarlo mal. Y con un hijo a cuestas...

Su expresión se reconcentra y mira a Livia. Ella está muy linda así ofreciéndose. Sus manos no son para el rudo trabajo. Si él se quedase en el mar tendría que entregarse a otro para poder vivir. Ella no tiene manos para el rudo trabajo. Y este pensamiento le produce una sorda rabia. Los pechos de Livia se escapan del escote. Todos en el muelle la desean. Todos querrían tenerla porque es la más linda. ¿Y cuándo él se fuese también con Iemanjá? Siente impulsos de matarla para que nunca sea de otro.

—¿Y si un día naufrago y sirvo de comida a los pescados? —su risa es forzada.

La voz del negro atraviesa otra vez la noche:

Es dulce morir en el mar

—Vas a tener que ponerte a trabajar. ¿O te buscarás otro?

Ella está llorando, tiene miedo. Miedo de ese día en que su hombre quede en el fondo del mar, para nunca más volver, cuando se vaya con Iemanjá, la dueña del mar, la madre del agua, a recorrer mares y tierras. Se levanta y rodea con sus brazos el cuello de Guma:

—Tenía miedo. Te esperé en el muelle. Me parecía que no ibas a volver más...

Él volvió. Y sabe cuánto Livia lo esperó, cuánto miedo ha pasado. Se entrega a sus brazos, a su amor. Un hombre canta a lo lejos:

Es dulce morir en el mar...

Ahora no brillan más en la luna los cabellos de Iemanjá, la dueña del mar. Lo que hace callar la música del negro son los sollozos de amor de Livia, la mujer de la ribera del muelle que todos los hombres desean, y que en la proa del «Valiente» ama con ardor a su hombre, porque mucho temió por él y mucho teme todavía.

El viento de la tempestad ya está lejos. Las aguas de las nubes de la falsa noche están cayendo en otros puertos. Iemanjá viajará con otros muertos por otras tierras. Ahora el mar es sereno y dulce. El mar es amigo de los patronos de saveiros. ¿No es el mar su ruta, su camino, su casa? ¿No es sobre el mar, en la proa de sus saveiros, donde ellos aman y hacen sus hijos?

Sí, Guma ama el mar y Livia también lo ama. Así de noche es hermoso, azul, azul sin fin, espejo de estrellas, lleno de linternas de saveiros, lleno de linternas de brasas de las pipas, lleno de rumores de amor.

El mar es amigo, el mar es dulce amigo de todos los que viven en él. Y Livia siente el gusto del mar en la carne de Guma. El «Valiente» acuna como una hamaca.

Tierras del sin fin

Una voz así, tan llena y sonora, espanta todos los otros rumores de la noche. Es del viejo fuerte que viene y se difunde por el mar y la ciudad. Sin embargo no es por lo que dice que llega al corazón de los hombres. Es la dulzura melancólica de la melodía la que pone sordina en la conversación y hace bajar la voz. Y la letra de esta vieja canción dice: «Desgraciada la mujer que se une a un hombre del mar, su suerte no ha de ser buena porque tendrá un infeliz destino, sus ojos nunca dejarán de llorar y pronto han de marchitarse de tanto mirar el mar a la espera de una vela». La voz del negro cubre la noche.

El viejo Francisco conoce esa música y conoce ese montón de estrellas que se refleja en el mar. ¿Si no de qué le valdrían sus cuarenta años pasados a bordo de un saveiro? Y no es sólo las estrellas lo que conoce. Conoce también los bajíos, las curvas, los canales de la bahía y del río Paraguaçu, todos los puertos de esos lados, todas las músicas que por allí se cantan. Los moradores de ese pedazo de río y del muelle son sus amigos y hasta alguien dice que, cierta noche, en que salvó la tripulación de un barco de pesca, vio a Iemanjá que se le mostró como premio. Cuando se habla de eso (y todo joven patrón de saveiro pregunta al viejo Francisco si es verdad) él sonríe y comenta:

—Se dicen muchas cosas por este mundo, muchacho...

Así nadie puede saber si es verdad o no. Bien podría serlo. Iemanjá tiene caprichos y si alguien mereciera verla y amarla, es el viejo Francisco, que estaba en la ribera del muelle desde no se sabía cuándo. Y aun mejor que todos los bajíos, puertos y canales, conoce historias de estas aguas, de fiestas de Janaína, de naufragios y temporales. ¿Existiría alguna historia que el viejo Francisco no conociera?

Cuando llega la noche el viejo deja su pequeña casa y viene a la ribera del muelle. Pasa el barrial que cubre los cimientos, entra en el agua y salta a la proa de un saveiro. Y entonces le piden que cuente una historia, algún sucedido. No hay quien sepa sucedidos como él.

Hoy vive de remendar velas y de lo que le da Guma, su sobrino. Hubo tiempo en que tuvo saveiros que los vientos de la tempestad se los llevaron. Pero con el que no pudieron fue con el viejo Francisco. Siempre regresó al puerto y los nombres de sus tres saveiros los tiene tatuados en su brazo derecho junto con el nombre de su hermano que también le arrebató una tempestad. Tal vez un día tatúe en su brazo el nombre de Guma, si es que a Iemanjá se le mete en la cabeza amar a su sobrino. Pero la verdad es que el viejo Francisco bromea con estas cosas. Es el destino de ellos: morir en el mar. Si él no siguió esa suerte fue porque Janaína no quiso, prefirió que la viese y viviera y quedase para conversar con los jóvenes, enseñándoles remiendos, contándoles historias. ¿Pero de qué le valía, para haber quedado así, remendando velas, cuidando del sobrino, hecho un trasto inútil, sin poder viajar ya porque sus brazos se cansaron y sus ojos no distinguen más en la oscuridad? Mejor que hubiese

quedado en el fondo de las aguas con su «Estrella de la mañana», su saveiro más veloz, que se fue a pique en la noche de San Juan. Ahora ve a los otros partir y no puede ir con ellos. Se queda acompañando a Livia, como una mujer, temblando con las tempestades, ayudando a enterrar a los que mueren. Hace ya mucho tiempo que cruzó por última vez la bahía, la mano en el timón, los ojos perforando la oscuridad, sintiendo el viento en el rostro, navegando con su saveiro al son de la música distante.

Hoy un negro canta también. Dice que es mal destino el de las mujeres de los hombres de mar. El viejo Francisco sonríe. Enterró a su mujer, dijo el médico que fue el corazón. Murió de repente una noche que él regresaba de la tempestad. Se echó en sus brazos, y cuando él se dio cuenta, ya no se movía, estaba muerta. Murió de alegría al verlo regresar, el médico dijo que era del corazón. El que no volvió esa noche fue Federico, el padre de Guma. Su cadáver no se encontró nunca, porque murió por salvar a Francisco, y por eso se fue con Iemanjá hacia otras tierras muy lindas. La mujer y el hermano en una misma noche. Desde entonces crió a Guma en su saveiro, en el mar, para sacarle el miedo. La madre de Guma, que nadie sabía quién era, llegó un día para reclamar a su hijo:

—¿Quién es Don Francisco?

—Soy yo mismo, señora, para servirle...

—Usted no me conoce ¿no?

—No, no la recuerdo... —se pasó la mano por la frente, haciendo memoria de viejas relaciones—. No, no la recuerdo, disculpe...

—Pero Federico me conocía bien...

—Es posible, él anduvo viajando en esos cargueros de la «Bahiana». ¿De dónde la conocía?

—De Aracaju, Don Francisco. Un día llegó por allá, su barco estaba con un rumbo grande como una casa. Sólo por milagro pudieron llegar...

—De eso me acuerdo, fue el «Maraú»... Viaje bravo, Federico me contó. ¿Entonces se conocieron allá?

—Sí, el barco quedó un mes. Él se enamoró de mí.

—Era un mujeriego tremendo...

Ella se sonrió mostrando los dientes rotos:

—Me hizo muchos cuentos, que me traía con él, que me ponía casa, que me daría para vestirme y vivir. Usted ya lo conocía...

El viejo Francisco marcó un gesto. Estaba al borde del muelle y en el mercado vecino vendían naranjas y ananás. Sentáronse en unos cajones. La mujer continuó:

—Sólo me consiguió diciéndome que no se volvía con su barco. Pero cuando estuvo listo, no quiso saber nada y se despidió...

—No voy a decirle que procedió bien, eso no, señora. Él era de mi misma sangre, pero...

Ella lo interrumpió:

—No quiero decir que fuese malo. Era mi destino, y me hubiera ido con él,

aunque supiese que no me iba a querer. Estaba muy enamorada.

Se quedó mirando al viejo Francisco. Él pensaba por qué habría venido después de tantos años. Quizás buscaba dinero, ahora que estaba tan pobre y nada podría darle. Federico siempre fue un mujeriego.

—Me dijo que me mandaría buscar. ¿Lo mandó a buscar a usted? —sonrió—. Así me mandó a buscar a mí. Cuando me creció la barriga y comencé a vomitar, mi madre se puso furiosa. Mi padre, que era un hombre muy decente, cuando lo supo, se me vino encima con un facón. No quería más que saber quién era para matarlo. Tengo todavía la señal de un tajo, aquí arriba de la rodilla. Se le desvió la puñalada.

¿Por qué le mostrarla así las piernas? Francisco no iba a andar con la mujer de su hermano, eso estaba mal y podía traerle un castigo.

—Me echaron de la casa. La familia de mi padrino me tomó de sirvienta. Y un día, que estaba sirviendo la mesa, me empezaron los dolores...

Ahí Francisco comprendió:

—¿Era Guma?

—Sí, era Gumersindo. Mi padrino le puso el nombre. El mismo de él. Junté un poco de plata y se lo traje a Federico. Él ya estaba arreglado con otra, se quedó con el hijo pero no quiso saber nada conmigo.

De nuevo se hizo un silencio. Francisco no hacía más que observarla para saber adónde iría a llegar. Dinero no tenía. Y acostarse con la mujer de su hermano, era cosa que él no haría nunca.

—Y me quedé aquí cerca. Me daba vergüenza volver. Una es pobre pero tiene vergüenza ¿no le parece? No quería que me viesan haciendo la vida en mi tierra... Mi padre era un hombre muy bien visto, un hermano mío es médico. Después anduve rodando por ahí. Hace tanto tiempo...

Extendió la mano, se quedó contemplando los saveiros. Desde atrás, del mercado, venía rumor de conversaciones, de discusiones, de risas.

—Hace tres días que llegué de Recife. Estaba por venir para verlo al chico, cuando un conocido me dijo que Federico hacía dos años que había muerto. Y ahora vengo a buscar a mi hijo... Yo lo voy a criar...

Francisco ya no escuchaba el rumor que llegaba del mercado. Oía sólo a esa mujer que decía ser la madre de Guma y que venía a llevárselo. A él no le gustaba pelear con una mujer. Discusión con mujeres es cosa de no terminar nunca y él tendría que discutir mucho, porque no le iba a entregar a Guma que ya conducía tan bien un saveiro y levantaba una bolsa de harina con sus brazos de niño. Francisco estaba acostumbrado a discutir con los hombres rudos del muelle, con patrones de saveiros, hombres fuertes a los que podía ofender porque sabían defenderse y un insulto no quedaba mal. Ahora con una mujer, y con una mujer como la madre de Guma, perfumada, vestida de seda, de sombrilla en el brazo y un diente de oro, no sabría pelear. Si se le escapaba una mala palabra, ella era capaz de ponerse a llorar y a él no le gustaba ver llorar a una mujer. Además su hermano no había procedido bien.

¿Pero pueden los marineros andar pensando en las mujeres que dejan en cada puerto? Y peor cuando se casan y quedan viudas o mueren del corazón cuando ellos regresan a salvo de la tempestad. Es claro, es peor. Guma no se casará. Será siempre libre en su saveiro. Y se irá con Iemanjá cuando lo quiera. No tendrá anclas que lo retengan a tierra. El hombre que vive en el mar debe ser libre.

¿Pero si esa mujer se llevaba a Guma, qué sería del chico? Sería albañil, carpintero, y, ¿quién sabe?, tal vez, doctor, o un cura con polleras como mujer. Y la cara del viejo Francisco se cubría de vergüenza pensando en el fin que tendría su sobrino. Y entonces a él no le quedaría más que ir al encuentro de Janaína en una noche del mar. No, por nada del mundo, dejaría que esa mujer se llevase a Guma.

La mujer ya estaba un poco extrañada de su silencio. Del mercado venían voces:

—Todo está tan caro que da miedo.

De más lejos una conversación:

—Ahí nomás largó dos tiros y había que ver el desparramo que se hizo. Pero el hombre es hombre, hice de tripa corazón y me le eché encima.

El viejo Francisco se sonrió:

—Vea, señora. Usted al chico no se lo lleva, eso no. ¿Qué es lo que iba a hacer con él?

Se quedó mirando a la mujer, esperando la respuesta. Pero su cara mostraba que no habría fuerza humana que le hiciera entregar a Guma. La mujer extendió la mano con ese su gesto indefinido y respondió:

—Yo misma no lo sé... Lo quiero llevar porque es mi hijo y no tiene padre... La vida de una mujer como yo, ya sabe lo que es... Hoy aquí, mañana allá... Pero si lo dejo aquí va a pasarle lo que al padre, el día menos pensado muere ahogado...

—¿Y de llevarlo con usted, señora?

—Lo pondré en un colegio para que aprenda a leer, tal vez se haga doctor como su tío, mi hermano... No quiero que muera ahogado...

—Vea, señora, el destino es cosa que está escrita allá arriba. Si él tiene que ser de Janaína, no hay saber que lo libre. Pero si se queda aquí se hará un verdadero hombre. Ahora, si se va con usted, acaba siendo un desgraciado como todos esos tipos de cabaré...

—Eso es lo que usted cree...

—¿Y de dónde va a sacar dinero para hacerlo estudiar? Una mujer con su forma de vida, ya sé lo que es: un día tiene, otro no tiene... Ya dijo usted, un día aquí, otro allá... Y un hijo de una mujer así, es peor que un perro, usted lo sabe bien...

Ella bajó la cabeza, porque comprendía que eso era cierto. Llevarse al hijo con ella era darle la terrible humillación de que todos supieran que su madre hacía la vida. Donde quiera que estuviese, en la calle, en el colegio, en todas partes, cualquiera podría insultarlo. Del mercado, venía la voz del hombre que estaba contando un suceso:

—... no vi más que el puñal brillando como para destripar un pescado. Levanté el

codo y le metí la rodilla. Fue cosa fiera...

(Era mucho mejor que Guma se quedase aquí, aprendiendo a manejar un saveiro por los puertos, tuviese hijos de mujeres desconocidas, arrebatara puñales de las manos de los hombres, bebiese en los boliches, se tatuase corazones en el brazo, atravesara tempestades, se fuese con Janaína al llegarle su día. Allí nadie le iba a preguntar quién fue su madre).

—¿Pero podría verlo de vez en cuando?

—Siempre que el corazón se lo pida... —Ahora Francisco sentía lástima. No hay madre por peor que sea que no quiera a sus hijos. La misma ballena, que es un bicho y no tiene inteligencia, defiende a sus hijos de los pescadores y hasta muere con ellos.

—Si quiere, hoy mismo lo puede ver. A la noche llega con el saveiro de Itaparica. Vamos.

Ella puso cara de susto:

—¿Ya anda solo con el barco?

—Nada más que de Itaparica para acá. Para que vaya poniéndose práctico. Está hecho un hombre.

La expresión de ella era ahora de orgullo. Su hijo, que no tenía más que once años, manejaba un barco, navegaba por las aguas, era un verdadero hombre. Preguntó con una voz infantil que le salía del fondo de su corazón:

—¿Se parece a mí?

El viejo miró a la mujer. A pesar de sus dientes cariadados era bonita. En compensación tenía un diente de oro. De ella venía un perfume extravagante en esa ribera del muelle oliendo a pescado. Su boca pintada era color de sangre, como si hubiese sido mordida. Pendían a lo largo de su cuerpo sus brazos rollizos. Y aunque gastada, era joven aún, nadie diría que fuese la madre de Guma. Sin embargo llevaba once años haciendo la vida, conociendo hombres, durmiendo con ellos, golpeada por muchos. A pesar de eso pretendía tentarlo. Si no hubiese dormido con Federico...

—Sí, parecer se parece. Tiene los ojos igualitos a los suyos. Y la nariz tiene algo también...

Ella sonreía y éste era el momento más feliz. Cuando su belleza terminara definitivamente, cuando los hombres la hubiesen gastado del todo, tendría su vejez garantizada viniéndose con su hijo, y le cocinaría y lo esperaría de regreso de las tempestades. Y no necesitaría disculparse con él. Los hijos todo perdonan a las madres viejas y cansadas que se les aparecen de repente. Y la mujer se dejó mecer por esa felicidad y sonreía con la boca, con los ojos y sus gestos eran alegres y hasta el raro perfume que recordaba los cabarets desapareció, quedando solamente olor a resaca, a pez salado.

Alrededor de las nueve de la noche Guma llegó con el saveiro, el «Valiente». Lo amarró al pequeño muelle, se puso las manos en bocina, y gritó:

—¡Tío! ¡Tío!

—Ya voy.

Guma oía las voces aproximándose. Alguien venía con su tío, un desconocido, porque Guma conocía las voces desde lejos. El patrón Manuel le gritó desde su saveiro:

—Te llega una visita, muchacho.

¿Quién podía ser el que venía con su tío? Era mujer por la voz. ¿Le traería el tío una mujer para que durmiese con él? Desde tiempo atrás su tío y otros hombres del muelle comenzaron con indirectas sobre cosas de mujeres y el tío lo había amenazado con traerle una para dejarla con él sola en el saveiro en medio del mar.

—Sólo quiero ver qué es lo que vas a hacer, pedazo de zonzo...

Todos los hombres reían a carcajadas, guiñaban los ojos unos a otros.

—Ya está hecho un hombre Guma —decía Antonico, patrón del «Fe en Dios», que parecía no saber decir otra cosa.

—Necesitaba probar —y Raimundo golpeaba una mano contra la otra, riendo interminablemente—. Mi Jacques ya ha probado la fruta...

Guma sabía de lo que se trataba y sentía que el deseo le penetraba en los sueños y lo dejaba como si le hubiesen dado una paliza. Muchas veces en las poblaciones donde se detenían, pasaba por las calles de las mujeres de la vida, pero siempre le faltó valor para hacerles una visita. A pesar de sus once años, nadie le daría menos de quince. Por ese lado no había inconveniente. Pero, no sabía bien por qué, no llegaba a resolverse. Se avergonzaba pensando que las mujeres descubrieran que era la primera vez. Y que lo rechazaran creyéndolo una criatura, un chico que andaba a escondidas de su padre. No adivinarían que ya conducía un saveiro y cargaba bolsas de harina. Quizás se riesen de él. Y nunca entró. Ahora el tío le traía la mujer prometida. Ante ella iba a sentirse tímido, porque posiblemente Francisco ya le habría dicho que no conocía mujer, que era un zonzo, un miedoso, a pesar del cuchillo que llevaba al cinto. Y se quedaría sin saber qué hacer delante de la mujer. Pero si el tío quisiera reírse de él, hacer chistes de su falta de experiencia, entonces se mandaría mudar, huiría del muelle avergonzado y no volvería más por estos sitios. Con creciente pavor Guma oía las voces que se aproximaban. Tiembla, pero, sin embargo, desea que el encuentro se produzca cuanto antes, porque quiere hacerse hombre y recorrer solo con su «Valiente» todos los ríos, todos los puertos, todos los canales.

Las voces se aproximan. Sí, es una mujer. Su tío viene a cumplir su promesa. Sin duda que siente vergüenza de tener un sobrino que no es hombre todavía, que no conoce mujer. Y como Guma no se atreve a buscarlas por sí mismo, el tío viene a traerle una, de la misma manera que se da a comer a un ciego o de beber a un lisiado. Es ciertamente una humillación, pero Guma no quiere pensar ahora en eso. Sólo piensa que dentro de poco tendrá a su lado un cuerpo de mujer, un cuerpo sabio en todos los secretos del amor. Le pedirá al tío que se vaya, que lo deje solo con ella, y la llevará en su saveiro al medio de la bahía. Del viejo fuerte vendrá una música. Y él

amará a la mujer, sentirá todo el misterio, y entonces podrá conducir su saveiro, solo por las tierras de la cintura, podrá, cuando llegue el día, ver sin miedo el rostro de Iemanjá y podrá amarla porque ya ha conocido ese secreto del que los hombres tanto hablan. Por eso siente como un frío aunque la noche es tibia y el viento que corre sea caliente, brisa que casi no llega a balancear el saveiro. Pero la verdad es que siente miedo. Las voces están cada vez más próximas. Ya oye lo que dicen:

Todavía es un chico, pero ya tiene todo el aspecto de un hombre...

El que habla es su tío. Naturalmente la mujer le ha preguntado cómo es él. Querrá saber cómo debe tratarlo. Pero él le ha de demostrar que es un hombre fuerte y la apretará entre sus brazos hasta que llore, hasta que le diga que es un hombre igual a tantos otros hombres que ha conocido en su vida. Ahora habla la mujer:

—Quiero que sea un hombre buen mozo y valiente...

El corazón de Guma se llena de felicidad. Ya ama a esa mujer que todavía no conoce, que el tío le trae para su placer, y hace proyectos de llevarla por todos los puertos de la cintura, de recorrer con ella los ríos. No dejará que vuelva para hacer la vida. Se quedará con él para todo y para siempre. Y debe ser bonita, porque su tío entiende de mujeres, según dicen los hombres del muelle. Las mujeres que él trae a su saveiro en las noches de amor son siempre hermosas. En esas noches Guma escucha el rumor de los cuerpos, oye los gemidos, los besos, las risas. Cuando no huye, se queda con el oído atento, con un deseo loco de espiar, con un miedo que lo retiene. Una noche oyó un grito de dolor. Corrió hacia donde ellos estaban, con la seguridad de que Francisco le había pegado a la mujer. Pero lo hicieron irse. Sólo mucho después supo el significado de esa mancha de sangre que manchó la cubierta del saveiro. Esa mulatita volvió otras noches y nunca más oyó un grito de su boca. Sus quejidos fueron iguales a los de las otras. Seguramente que esa mujer que le trae el tío no ha de ser de las que gritan. No será la primera vez. Sin embargo algún día también él hará gritar a una mujer en su saveiro, como hizo su tío gritar a esa mulatita. Oye la voz de Francisco:

—¡Guma!

—Aquí estoy...

El saveiro está arrimado al muelle. No hay más que atravesar el barrial donde se prende el ancla. Su tío está ahí con la mujer. Salta dentro del saveiro y tiende la mano a la mujer que trepa mostrando las piernas. Guma la mira y siente un deseo violento que lo invade, lo toma todo. Es muy bonita. Ahora que se vaya su tío, que lo deje solo con ella, que no se meta con ellos, porque no sabe de lo que sería capaz. La mujer lo mira, se ve que gustó de él. Sí, parece un hombre a pesar de sus once años. Guma sonrío mostrando sus blancos dientes. Francisco está sin saber qué hacer, moviendo las manos. La mujer sonrío. Guma mira a los dos y su sonrisa es de satisfacción. La mujer pregunta:

—Me reconoces ¿no?

Él la reconoce. Sí que la reconoce. Hace mucho que la espera. La buscó en las

calles de las mujeres perdidas, en la ribera del muelle, en todas las mujeres que lo miraron. Ahora la encontró. Ella es su mujer. La conoce desde hace mucho tiempo, desde que los deseos penetraron en sus nervios perturbando sus sueños.

Francisco dice:

—Es tu madre, Guma.

Pero el deseo no desaparecía. No era posible que ésta fuese su madre, esa madre de la que nadie nunca le hablara, la madre en la que nunca pensó. Era una broma, sin duda, de su tío. La que estaba ahí era una mujer de la vida que venía a acostarse con él. Francisco no debió decir que era su madre, su madre debía ser buena y suave, muy distante de todas esas cosas que él pensaba. Pero la mujer se le aproxima y lo besa como besan las madres. Las mujeres de la vida tienen que besar en forma diferente. La voz de la mujer es pura:

—Te he abandonado por tanto tiempo... Nunca más te dejaré...

Entonces Guma se pone a llorar, sin saber si es porque encontró a su madre o porque ha perdido la mujer esperada.

Se quedó mirando a la mujer sin saber qué decirle. Lo que esperaba esa noche era algo muy distinto de una madre. Ella lo contemplaba conmovida, hablando de Federico y repitiendo continuamente:

—Ahora estaremos juntos los dos...

Guma no entendía el sentido de estas palabras. ¿Por qué vino? ¿Qué quería, por qué lo besaba así? Para él era una extraña. Nunca se había acordado de su madre. Nadie le habló de ella en sus once años. Y cuando llegó, fue mezclada con sus deseos, con su tentación de una mujer, sacándole lo que deseaba. Su madre, y, sin embargo parecía más la mujer que estaba esperando, el perfume que tenía era el mismo de las mujeres de la vida, y, por más que se esforzaba, sus modales y sus palabras eran los modales y las palabras que no quisiera en su madre y que no tenían las mujeres del muelle. Su madre, y sin embargo Francisco no quitaba los ojos de su blanca carne que aparecía debajo del escote y en sus piernas que desnudaba el viento levantándole el vestido. Guma sólo sentía ahora un deseo: llorar. Pero llorar no es de hombre, todo el mundo lo sabe. Y un marinero lo sabe más que nadie. Las mujeres son las que lloran y ya es bastante. Por eso Guma se muerde los labios y queda silencioso, esperando que se vaya y esta pesadilla termine. Francisco siente la tentación. Piensa que fue de su hermano, que es la madre de Guma, pero mira su carne y la tentación lo persigue. Y comienza a hablar rápidamente, a decir que ya es tarde y deben irse:

—Todavía tendrá que atravesar todo el muelle. Y es bastante tarde...

Ella se despide de Guma:

—Bueno, mi hijo, voy a venir a verte...

Con ella se va Francisco. Guma se queda espíandolos desde lo alto del saveiro.

No la había sentido su madre ni por un momento siquiera. Y ahora es el viejo Francisco el que se acostará con ella. Y ya solo, en el barco, se pone a llorar. Por primera vez oye el canto que dice que es «dulce morir en el mar». Y por primera vez piensa ir al encuentro de Iemanjá, que es al mismo tiempo madre y mujer de todos los que viven en el mar.

El viejo Francisco regresó hecho una fiera. El ceño fruncido, los ojos chiquitos. Subió al saveiro, mudo, y fue a tirarse en la proa con la pipa encendida, mirando el mar. Guma sonrió: tampoco Francisco tendría mujer esta noche. La mujer de Federico no quiso acostarse con el hermano de su hombre. Ellas también tienen su código de honor. Sólo entonces Guma siente cierta ternura por ella.

Pero salió la luna y los cabellos de Janaína se extendieron por el mar. Y se oyó la música de los salvajes, del viejo fuerte, del muelle, saludando a la madre del agua, la dueña del mar, que todos temían y todos deseaban. La que era madre y mujer. La única que sabía los deseos de ellos y la única que consolaba a tollos. Las mujeres ahora estaban rezándole a Iemanjá. Todos le pedían algo. Guma le pedía una linda mujer, una mujer buena sin ese raro perfume que tenía su madre. Le pedía a Iemanjá que le diese una mujer virgen como él, casi tan bonita como ella misma. Tal vez así olvidaría la imagen de la madre perdida, de la madre que se entregaba a todos los hombres, que tentó a su tío, que tentó a Guma, su propio hijo.

Iemanjá, que los canoeros llaman Janaína, es buena con los hombres del mar. Ella satisface sus deseos.

Nunca más volvió su madre. Seguramente se fue para otros lugares, que mujer de la vida es lo mismo que marinero, no tiene sitio fijo, vive de puerto en puerto, donde haya dinero que ganar. Por mucho tiempo su imagen y su perfume siguieron perturbando el tranquilo sueño de Guma. Deseaba que volviera, pero no como su madre, no con palabras dulces de afecto, sino como una mujer de la vida, con los labios abiertos para besos de amor. No tuvo más sosiego. Y en su corazón de niño mezcló la imagen que todos consideran la pureza misma —la imagen de la madre— con la de las mujeres que se entregan por dinero, las que hacen del amor un oficio. Nunca tuvo madre. Y cuando la encontró fue para perderla en seguida, para desearla sin querer, para casi odiarla. Sólo hay una madre que puede ser al mismo tiempo esposa, Iemanjá, que por eso es tan amada por los hombres del muelle. Para amar a Iemanjá, que es madre y esposa, se necesita morir. Muchas veces Guma pensó tirarse del saveiro en un día de tempestad. Viajaría así con Janaína, amaría así la madre y la esposa.

Una noche el viejo Francisco le dejó una mulata en el saveiro durante su ausencia. Cuando Guma llegó, los pantalones arremangados, las piernas sucias del barro del

muelle, ella se estiraba dengosa, puestos los ojos en la luna. Él comprendió. Iba para tres años que estuvo su madre. La que estaba allí ahora era la que debió venir en su lugar. Eso hubiese sido mejor.

Y cuando las grandes nubes se tragaron la luna, Guma navegó con el saveiro hasta el medio de la bahía, acompañado de los vientos, de la melodía que contaban en el viejo fuerte. Del pecho de Guma salieron gritos de orgullo. Ya poco le importaba que en la orilla del muelle el viejo Francisco se riese con los otros y comentaran. Él era un hombre que acostaba a sus pies una mujer. Ahora ya podía navegar con el «Valiente» por todos los puertos, solo, como un verdadero patrón de saveiro. Y regresó en medio de un temporal desatado. La mulata se refugió en su pecho atemorizada. Él sonreía imaginando que Iemanjá estaba con celos y descargaba contra ellos los vientos y los rayos.

Un día, habían pasado otros años, habían pasado otras mujeres, el viejo Francisco casi mete el «Valiente» en un bajío. Si no fuese por Guma que viró el timón, el saveiro hubiese quedado en historia. El viejo agachó la cabeza y no habló más durante el viaje. Ni hizo chistes en el bar de Maragogipe, ni contó historias en los boliches de Cachoeira. Al regreso entregó el timón a Guma y se tendió a lo largo de la cubierta del saveiro. Dejó que el sol alto de la mañana calentase su cuerpo. Y habló a Guma:

—He navegado por estas aguas más de treinta años...

Guma miró al viejo. Él golpeó su pipa:

—Nunca salí de por acá, no quise salir a otras tierras. Federico no tenía este carácter. No se contentó con viajar por el río. Encontraba que era mejor ser marinero de un navío, conocer otros lugares... Cada uno tiene su carácter...

El sol caía sobre las aguas en calma. Los bajíos pedregosos refulgían. Guma consoló al viejo:

—Usted tuvo cuatro saveiros, tío.

—Fue en uno de esos viajes que Federico te dejó conmigo... Él andaba viajando como marinero. Primero en esos cargueros de la «Bahiana», después se metió en uno de esos grandes buques, y recorrió el mundo. Te quedaste conmigo hasta que un día volvió...

—Me acuerdo, tío. Vino de repente una noche.

—No quiso decir por qué volvía. Me parece que fue por algún lío de mujeres. Dijeron que le había sacado las tripas a uno. Era un hombre valiente. No aguantaba pulgas.

Guma sonrió, al recordar a su padre vestido con una capa negra impermeable, chorreando agua, abrazando a Francisco.

—Aquí estoy, hermano.

Primero Guma le tenía miedo. Huía de los besos del padre, de sus largos bigotes. Ahora sentía un placer inmenso en recordar la escena: su padre llegando inesperadamente después de haber herido a un hombre por una mujer. Ese padre que

conocía tierras lejanas, que navegó en grandes vapores.

El viejo Francisco continuó:

—Desde entonces él se quedó conmigo en los saveiros. Fue en la «Estrella de la Mañana»...

—Me acuerdo... ¡Qué era lindo!

—Hasta esa noche de tempestad de agosto. Y se reía hasta el momento de entregar el alma. Era verdaderamente valiente. Mi vieja también se fue esa misma noche. Del corazón. Le llamé el médico. No se ganó nada. Era del corazón...

Guma se quedó pensando qué motivos tendría el viejo para estar recordando todo esto. Sabía tantas historias ¿para qué contar su propia historia? No le encontraba razón y lo entristecía.

—Debí haber dejado de navegar desde ese día. Ya no tenía nada más que hacer... Pero te quedaste conmigo y tenía que enseñarte a domar un barco... Ahora ya estás práctico...

El viejo sonrió. Guma también. Sabía bien cómo manejar un barco. Quien no sabía ahora nada era el viejo Francisco, que todo lo que sabía se lo dio al sobrino.

—Yo soy viejo... Estoy listo... Ni los pescados me quieren porque no tengo más que huesos...

Quedó en silencio un minuto, como tomando fuerzas:

—¿No has visto? A la ida por poco no doy al «Valiente» contra las piedras...

—Qué va a ser, tío, pasó lejos.

—Porque me agarraste el timón. Ya tengo los ojos gastados. La luz del mar le come los ojos a uno...

Se quedó mirando a Guma como quien tiene algo muy importante que decir. El sol le caía de lleno, pero él estaba igual que un animal viejo calentándose al sol. Levantó la mano:

—Soy viejo, ya estoy terminado. Pero no quisiera que en el muelle ésos se rieran de mí. El viejo Francisco, después de treinta años, chocando el saveiro contra las piedras. Ni para los pescados serviría...

Su voz tenía angustia. En él había algo de fin; una ansiedad inexplicable. Guma no sabía qué decirle. El viejo Francisco continuó:

—No vas a decir nada de eso ¿no?... No creo que te guste verme pasar vergüenza...

El resto del viaje se hizo en silencio y ésta fue la última vez que navegó el viejo Francisco.

Ahora era sólo Guma quien navegaba con el «Valiente» esas aguas azules. El viejo Francisco remendaba velas, bebía *cachaza*, contaba historias. Para él todo había terminado, de tan valeroso que fue, el mar no lo quiso. Vio a Iemanjá sonriendo y no necesitó morir.

Guma quedó en los saveiros, en el muelle, pero el destino de su padre lo tentaba. Lo fascinaban los grandes transatlánticos que fondeaban en el muelle, escuchaba atónito las lenguas extrañas que hablaban los marineros rubios y oía las historias de los foguistas mulatos, y para sí se decía que alguna vez también él navegaría en uno de esos grandes vapores, vería otras lunas y otras estrellas, cantaría las canciones de su muelle en puertos donde no entenderían sus palabras, pero bajaría la voz para escuchar la melodía, porque saben que el canto del marinero, sea en la lengua que fuese, habla siempre del mar, de pena y de amor. Un día iba a entrar a un buque de éstos, miraría los minúsculos saveiros, cambiaría las mansas aguas de la bahía y del río Paraguaçu por las aguas agitadas del mar sin límites, del camino infinito que llevaba a tierras lejanas. ¡Ah! irse en un negro buque, vivir las historias oídas, eso es lo que deseaba. Algunos hombres de los saveiros habían partido. Volvían a veces, contaban cosas increíbles, aventuras de amor, vicisitudes de tempestades y naufragios, luchas con hombres amarillos del otro lado de la tierra y hablaban una lengua que era una mezcla de todas. Pero sucedía también que a veces no volvían más. Chico Tristeza (¿quién no lo recordaba?), todavía una criatura, se enganchó en un carguero alemán. Era un negro gordo que nunca sonrió. Vivía contemplando las olas, los buques, y sólo hablaba de irse. Parecía que su tierra fuese otra, que estuviese del otro lado del mar. Se enganchó Chico Tristeza. Una noche su barco llegó en su viaje de retorno. Los hombres de los saveiros corrieron para ver a Chico Tristeza. Y también su madre, que vendía dulces en el centro de la ciudad, y que nadie supo cómo tuvo la noticia. Pero ninguno pudo verlo. Chico Tristeza no regresaba con el buque. Había pasado a otro donde fue foguista. Y de éste, según decían los alemanes, había salido para embarcarse en un tercero, y nadie sabía en qué parte del mundo estaba ahora Chico Tristeza. Alguien dijo que había muerto, pero ninguno lo creyó. Un marinero viene a morir a su puerto, junto a sus barcos y sus mares. A no ser que muera en el mar. Y asimismo, en seguida viene con Iemanjá a ver la luna de su muelle, a escuchar los cantos de su gente. Chico Tristeza no había muerto.

Guma, que apenas lo conoció, porque era muy chico cuando él partiera le tenía cariño y quería ser como él. Esos negros navíos eran su tentación. Hay en ellos un misterio, en sus sirenas, en sus anclas, en sus mástiles. Un día Guma partiría hacia las Tierras del Sin Fin. Únicamente el viejo Francisco lo retiene al muelle, es su ancla. Necesita mantener a su tío que todo le enseñó. Cuando el viejo se cansara de la ribera del muelle y se fuese a ver a Iemanjá, entonces partiría y su camino no tendría ya límites, su barco sería un negro buque enorme y en el muelle contarían su historia.

Quedó solo en el «Valiente» y consideró terminada su adolescencia. Muy pronto había terminado también su infancia, que hombre ya era desde mucho tiempo, antes aún de que el viejo Francisco le trajera a su saveiro esa muchacha que amó. Su madre vino un día, mucho antes de esta muchacha, cuando ya él conducía solo el saveiro hasta Itaparica y sentía en su cuerpo deseos de hombre. Fue el día en que sufrió como hombre, el día en que el pecado entró en su corazón y el deseo de partir se hizo carne

en él. Desde entonces era realmente hombre.

Trajo bien poca cosa de su infancia de hijo del mar. Su destino ya estaba señalado por el destino de su padre, de su tío, de sus compañeros, de todos los que lo rodeaban en esa ribera del muelle, su destino era el mar, un destino heroico. Tal vez no lo supiese, tal vez ni hubiese pensado qué era él, ni qué eran esos hombres que durante todo el día vociferaban insultos en los saveiros y a la noche cantaban canciones de amor con dulce voz, héroes que arriesgaban la vida sobre las aguas, lloviese o brillase el sol en el cielo de la Bahía de Todos los Santos. Nunca se puso a pensar que su destino era heroico y que su vida sería hermosa. Su infancia tampoco había sido despreocupada, porque mucho tuvo que trabajar muy pronto, sobre la proa de un saveiro acostumbrando sus ojos a los bajíos de piedras que apenas se divisaban a flor de agua o encalleciendo sus manos en los cabos de pesca y en la caña del timón.

Sí. Fue a la escuela. Era una casa tosca detrás del muelle y la maestra hacía sonetos de amor (tal vez el amor viniese en un buque en la noche siempre misteriosa del mar, tal vez no viniese nunca y la maestra era lánguida y tenía una voz fresca de desencanto) y los muchachos se entretenían contando peripecias de pesca en la lengua extraña de los marineros y haciendo apuestas sobre carreras de barcos.

Estuvo poco tiempo en la escuela. En la escuela, los hijos de patrones de saveiros y de canoeros no quedaban más que lo necesario para aprender a deletrear una carta y garrapatear una página, esforzándose por conseguir trazar debajo de la firma una rúbrica. Mucho por hacer los esperaba en sus casas y en el mar y pronto se iban. Y cuando la maestra, que se llamaba Dulce, los volvía a ver, no los reconocía, hombres ya de pecho al aire y rostro quemado por el sol. Y todavía pasaban ante ella tímidos, la cabeza gacha, pero le guardaban cariño porque era buena y desdichada por todo lo que veía en la ribera del muelle. Veía cosas muy tristes esta muchacha que vino de la Escuela Normal para enseñar allí y ayudar así a una madre pobre, que conoció la riqueza, y a un hermano borracho, que fue la esperanza de ella, de la madre y también del padre, un señor de bigotes y voz sonora, muerto antes de que llegara el derrumbe de su hogar. Vino para sustituir a una solterona de palmatoria y gritos histéricos y quiso hacer de la escuela una casa alegre para los chicos del muelle. Pero vio tantas cosas tristes junto a los barcos, en las humildes casas de los pescadores, en las proas de los saveiros, vio de tan cerca la miseria que le faltó el valor y perdió la alegría. Y no volvió a mirar más el mar con el encantamiento de los primeros días, no esperó más un novio, ni hizo más versos. Y como era muy religiosa, rezaba, porque Dios, que es bondadoso, tenía que terminar con esta miseria, si no se acabaría el mundo. Desde la ventana de su escuelita la maestra contemplaba a esos chicos harapientos y sucios de barro, que salían sin libros y sin zapatos, y que de allí irían a trabajar, a vagabundear por los boliches, a beber, y no llegaba a comprenderlo. Todos decían que era muy buena y ella lo sabía. Sin embargo, sólo al principio se sintió digna del adjetivo, cuando pudo dar consuelo y esperanza en Dios a toda esa gente desilusionada. Pero hacía años que esa esperanza se le agotó y ahora sus palabras no

eran más que una fórmula, nada más que palabras, que nacían de un corazón llagado. Ella también se había cansado de esperar. Y no le quedaban palabras de consuelo, tiernas palabras de las esperanzas. ¿Qué podía hacer por esa gente que sólo mandaba sus hijos seis meses a la escuela? Nada. Y no merecía entonces que la llamasen buena, porque no los ayudaba, porque nada podía hacer. Y si no se producía un milagro, de pronto, como vienen las tempestades, permanecería sumida en la tristeza por no encontrar manera de ayudar a los hombres del mar.

En la escuela, Guma aprendió a leer y escribir su nombre. Más quiso la maestra enseñarle, más quiso él aprender. Pero el viejo Francisco lo reclamaba para el saveiro y su destino era ése. Ninguno sería doctor en la ribera del muelle. Sin embargo hubo maquinistas, foguistas y hasta uno progresó tanto que llegó a telegrafista de transatlántico.

No abandonó la escuela con tristeza, pero tampoco con alegría. Le gustaba mucho la maestra, no le fue difícil aprender a leer, y simpatizaba con Rufino, un negrito que hacía tatuajes con la punta de un alfiler y nunca sabía las lecciones. Pero más le gustaba andar por el mar en un barco y seguir su destino. La maestra le regaló una medallita el día que dejó la escuela.

Ella, desde la ventana, vio partir a Guma. Tenía sólo once años y ya estaba tan apto para la vida como cualquier joven universitario recibido a los veintitrés o veinticinco años. También él iba a entrar en la vida, iba a comenzar una profesión, y, sin embargo, no había ninguna fiesta, ninguna solemnidad, sólo el desahogo de no serle necesario en adelante lavar tanto su ropa, porque a la escuela debía ir más limpio. Ninguna esperanza llevaba en su corazón. Ninguna idea de grandes hechos, ni de grandes realizaciones. La maestra sabía de la inteligencia de Guma y entre sus colegas de la Escuela Normal no habría muchos que lo superasen. Sin embargo éstos pensaban en ambiciosos destinos, en hacerse un porvenir. Los chicos que salían de su escuela no pensaban en nada. Sus destinos ya estaban marcados: la proa de un saveiro, los remos de una canoa y, cuando más, un ideal supremo que pocos concebían, la sala de máquina de un gran buque. Ante la maestra estaba el mar, el mar que ya había tragado a muchos de sus alumnos y también sus sueños de juventud. El mar era bello y terrible. El mar es libre, decían, y libres los hombres que viven en él. Pero Dulce sabía que no era así, que esos hombres, esas mujeres, esos niños no podían considerarse libres, estaban atados al mar, estaban esclavizados a él. Y Dulce había conocido cuáles eran esas cadenas, cuáles eran los grillos de su esclavitud.

Ahí se iba Guma, que tan inteligente se mostrara. Podría haber ingresado a la Politécnica y ser un buen ingeniero. Pero los hijos del muelle no van a las facultades. Van a los saveiros y a las canoas. Cantan de noche y muchos tienen linda voz. Aunque sus canciones son tan tristes como la vida que llevan. Dulce no entiende por qué tiene que ser así.

Pero Dulce espera un milagro, que viniera tan súbito como una tempestad. Y todo

cambiaría y todo sería hermoso. Hermoso como el mar. ¿Y si fuese ella la que provocara el milagro y fuese ella la que lo anunciara a las gentes del muelle? Entonces sí merecería que la llamasen buena y le ofrecieran lo mejor que tuviesen al visitarlos.

Cuando veía a Dulce o cuando el viento del mar balanceaba la medalla que lleva colgada sobre su pecho, Guma recuerda su escuela y su corta infancia. Todo se había ido muy rápidamente.

Un día, un día ya muy lejano, que llovía en la ciudad y los saveiros no salieron y el viejo Francisco contaba a Guma y su mujer la historia de un naufragio, la puerta se abrió entrando un hombre cubierto por una capa de goma, chorreando agua. Apenas se le veían los bigotes al hombre, pero Guma nunca olvidó la voz que dijo a Francisco:

—Aquí estoy, hermano...

Guma estaba asustado. Pero el hombre se dirigió a él y lo besó, pinchándolo con los bigotes, riendo satisfecho, mirándolo a los ojos. Después se puso a conversar con el viejo Francisco, contándole un terrible hecho, un hombre que «había mandado bajo tierra...». Fue así como su padre apareció de regreso de sus viajes, de recorrer tierra y mares desconocidos. Volvía con la vida de un hombre en la punta de su puñal y sin poder salir nunca más de su muelle, pero como lo que quería era viajar y eso no podía hacerlo, no duró mucho en los saveiros y se fue con la «Estrella de la Mañana» al fondo del mar, después de salvar a su hermano Francisco. Sólo así pudo seguir su viajar interrumpido, yéndose con Iemanjá que ama a los hombres de coraje.

Guma se acordaba vagamente de su padre, pero retenía en su memoria ese momento en que entró a la casa, la noche de temporal, con la capa de goma chorreando agua y trayendo todavía el puñal con que quitara la vida a un hombre. Debía ser cosa de mujeres, decía el viejo Francisco cuando se hablaba del asunto. Federico siempre fue un mujeriego...

La noche que el padre murió, murió también tía Rita, la mujer de Francisco. Cuando se desató la tempestad, ella corrió hacia el muelle llevando a Guma protegido bajo de su rebozo. Y ahí esperaron inútilmente. Se volvieron a casa para cenar y ella dejó preparado para los hombres un plato de pescado. Quizás en esos momentos ellos estarían sirviendo de comida a los pescados. Ella esperaba paseándose de un lado a otro del cuarto y rezaba a Nuestra Señora de Monte Serrat y hacía promesas a Iemanjá. Llevaría jabones para la fiesta de Janaína y dos velas para el altar de Nuestra Señora de Monte Serrat. A la mitad de la noche llegó Francisco. Ella corrió a sus brazos y en ellos quedó sin vida. No soportó tanta alegría. Cuando vino el médico ya era tarde. Le estalló el corazón y Guma quedó solo con el viejo Francisco.

Iba a las fiestas de Janaína y allí conoció a Anselmo, el hechicero del Dique, que tenía influencia con la dueña del mar, y a Chico Tristeza que pronto se fue en un

buque. Era una criatura todavía cuando huyó de su casa. Guma lo había visto muchas veces junto al muelle mirando al infinito, la línea azul donde termina todo. La tierra de Chico Tristeza debía estar muy lejos, en los lugares del sin fin, y para allá se fue.

Hasta ahora la estaba buscando y con seguridad que iba a regresar un día, porque él era marinero de este puerto y en él tendría que morir. Y tendría que ver de nuevo a la señorita Dulce, con la que aprendiera a leer y que siempre lo estaba recordando. Y cuando viniese mucho traería que contar y en torno suyo se sentarían los hombres del muelle, aun los más viejos, porque todos querrían oír sus relatos. Que iba a volver, ninguna duda cabía. Los buques tienen escrito el nombre de su puerto en la popa, encima de las hélices. Así los marineros llevan el nombre de su muelle escrito en el corazón. Algunos hasta se hacen tatuar su nombre en el pecho junto al nombre de sus amadas. Sucede a veces que un buque naufraga lejos de su puerto. Así también un marinero puede morir lejos de su muelle. Pero luego vierte con Iemanjá, que sabe de dónde son todos ellos, para ver su luna y sus gentes antes de partir hacia lo desconocido. Chico Tristeza iba a volver. Entonces Guma por él conocería muchas cosas y se iría también, porque los largos caminos del mar eran su tentación.

De todos los recuerdos de su infancia, el de Chico Tristeza partiendo de súbito en un buque, era lo que más tenía presente. Un día él iba a hacer lo mismo.

En las noches de su infancia muchas veces durmió sobre cubierta en el saveiro atracado al pequeño muelle. De un lado, enorme e iluminada por cientos de luces eléctricas, estaba la ciudad. Subía por la montaña y sus campanas tocaban y de ella venían músicas alegres, risas de hombres, ruidos de tranvías. La luz del ascensor subía y bajaba, como un juguete gigante. Del otro lado estaba el mar, la luna, las estrellas, todo luminoso también. Pero la música que de él venía era triste y penetraba más hondo. Las canoas y los saveiros llegaban silenciosamente, los pescados pasaban bajo el agua. Sin embargo la ciudad bulliciosa tenía más tranquilidad. Allí había lindas mujeres, cosas distintas, cines, teatros, bares y mucha gente. En el mar nada de eso había. La música del mar era triste y hablaba de muerte y de amor perdido. En la ciudad todo era claro y sin misterio como la luz de sus lámparas eléctricas. En el mar todo era misterio como la luz de las estrellas. Las calles de la ciudad eran muchas y bien pavimentadas. En el mar sólo había un camino, oscilante, peligroso. Las calles de ciudad fueron conquistadas desde hace tiempo. El camino del mar era conquistado diariamente, cada vez una aventura. Y en tierra no está Iemanjá, no hay fiestas de Janaína, no hay músicas tan tristes. Nunca la música de tierra, la vida de tierra tentó tanto a Guma. Ni en la ribera del muelle se dijo nunca que un hijo de marinero hubiese sido tentado por la vida tranquila de la ciudad. Y si alguien preguntara esto a los viejos que cosen velas, no podrían entender y se reirían. Un marinero sólo puede ser tentado por el mar, por sus otras tierras. Pero dejar un saveiro por la vida de tierra, eso, únicamente riendo a carcajadas y con un trago de *cachaza* se podría oír.

Jamás Guma fue tentado por la vida de tierra. Allá no hay aventura. El camino del mar, largo y oscilante, ése sí era su tentación. Y ese camino lo llevaría a encontrar lo

que le faltaba, amor o muerte, no sabía qué. Su destino era el mar.

Fue una noche así que llegó su madre. Nadie le había hablado de esta madre que vino de tierra, que era de tierra, que nada tenía de las mujeres del mar ni nada de común con él, y que más le pareció la mujer del amor que esperaba. No vino más que para hacerlo sufrir. Y no volvió. Otras mujeres vinieron de tierra a su barco, primero mujeres de la vida que debió pagarlas, después mulatitas, negritas de la ribera del muelle, que lo buscaban porque era fuerte y sabían que su amor las satisfacía. Las primeras le recordaban su madre. Tenían su mismo perfume, hablaban como ella, sólo no sonreían como ella le sonrió esa noche. Su madre le sonrió como las mujeres de la ribera del muelle sonríen a sus hijos, y, así, era medio madre, medio mujer de la vida, pero lo hizo sufrir aún más.

Nunca volvió. Andaría por otros puertos, con otros hombres. Quién sabe si a la noche, cuando el último cliente se iba y quedaba sola, no recordaría a ese hijo que vivía en los saveiros y al que no supo decirle una palabra maternal. Quizás sufriría por el amor de ese hijo perdido para ella. Pero cuando venía la música del mar, a través del viejo fuerte, de los saveiros, de las canoas, y hablaba de amor, Guma olvidaba todo y se dejaba llevar en el dulce arrullo de esa melodía tan hermosa.

Su infancia fue corta y casi sin juguetes, pero en ella ya comenzó a probar sus fuerzas. Ese gran tajo que tenía en la mano era de una pelea a los catorce años. Sus rivales fueron Jacques, Rodolfo, el Vizco y Mano Manca. Estaba con Rufino y la pelea fue porque Mano Manca le había mirado las piernas a la hermana de Rufino, una negrita de poco más de diez años. Guma estaba conversando con Rufino, cuando la chica se les presentó llorando:

—Me estaba espiando por debajo de la pollera... Rufino salió en busca de Mano Manca. Guma no era de abandonar un compañero en un trance de éstos, lo que, por otra parte, era la ley del muelle. Fueron juntos y encontraron a los cuatro todavía riendo de la pillería. Rufino empezó a repartir puñetazos porque no se andaba con chicas y se hizo una gran trifulca. Era en el arenal que el sol de la mañana incendiaba. Mano Manca, que tenía una mano lisiada, quedó extendido de un puñetazo de Rufino. Pero aún así eran tres contra dos, y, en medio de la pelea, Rodolfo, que nada tenía de valiente, sacó una navaja, Rufino recibió un tajo en la mandíbula, y al acudir Guma en su auxilio, apenas alcanzó a desviar con la mano un navajazo destinado a su cara. Pero a pesar de la navaja y de ser tres, escaparon. El negro Rufino, limpiándose la sangre, prometía:

—Ese Rodolfo me la paga. Ya lo voy a enseñar...

Guma nada dijo. Estaba con la ley del muelle, que no permitía usar la navaja salvo el caso de un número mayor de adversarios. Y quien no cumplía esta ley, nada le interesaba.

Una semana después, Rodolfo apareció con la cara estropeada, tirado en la arena,

sin navaja y sin pantalones. Rufino cumplía sus promesas.

Simpatizaba con Rufino desde la escuela. Sin padre, criado por la madre, poco estuvo en la escuela. Lo aprendido allí se redujo a casi nada: tatuarle a sus compañeros anclas y corazones con una pluma y tinta azul. La maestra lo reprendía, pero el negro reía con sus ojos mansos y sus grandes dientes, y la maestra terminaba por reír también. Rufino dejó la escuela y se fue a trabajar para su madre y su hermana. Alquiló sus brazos de gigante a todos los canoeros. Remaba con coraje, porque no había en la ribera del muelle quien tuviese más fe en Iemanjá. Un día iba a tener una canoa suya, porque se la había pedido en la fiesta del Dique, en la que le regaló un frasco de perfume para que la Princesa de Aiocá, que es como los negros llaman a Iemanjá, perfumara sus cabellos. Y ella le daría una canoa, porque era el más entusiasta en su fiesta y cualquier día iba a ser *ogã* de su *candomblé*. Reía mucho el negro Rufino. Y también bebía mucho, y cantaba con una voz de bajo que hacía silenciar todas las otras voces.

Rodolfo no parecía un hombre del muelle. Su padre llegó un día, abrió un almacén, se fundió. Pero no se fue del muelle, alquiló un puesto en el Mercado, y comerciaba en la feria de Agua dos Meninos. Nació Rodolfo, blanco, lindo, con el cabello lacio que asentaba con brillantina. Al crecer dejó el saveiro que su padre le comprara, desertó de estas aguas, y vivía apareciendo y desapareciendo. A veces llegaba con mucho dinero, pagaba copas para todos, hacía un barullo en el «Farol de las Estrellas». Otras veces aparecía empobrecido pidiendo unos centavos prestados y bebiendo a costa de los demás. En el muelle lo veían con cierto recelo y decían que no era «muy buena pieza».

Jacques creció en los saveiros como Guma. Se casó y murió en medio de una tempestad. Murió con el padre y dejó a Judith con un hijo a nacer. Mano Manca todavía estaba en los saveiros, con su mano lisiada, pero dirigía un barco como nadie. Hasta el patrón Manuel, tan viejo en el muelle y siempre joven, lo respetaba.

Éstos habían sido sus amigos de infancia. Muchos chicos del muelle eran, como él ahora, hombres de los saveiros. Ninguno esperaba gran cosa de la vida: navegar sobre las olas, tener un saveiro propio, beber en el «Farol de las Estrellas», hacer un hijo que siguiese su destino e irse un día con Iemanjá. Como canta una voz en el muelle en las noches más hermosas:

Es dulce morir en el mar...

La señorita Dulce que está envejeciendo y ya usa anteojos, escucha la canción y sabe que ellos morirán sin temor. A pesar de eso siente amargura su corazón. Le dan pena estos seres. El viejo Francisco, que ya no navega, que se queda en el muelle esperando tranquila muerte, libre de las tempestades y de las traicioneras aguas, sabe también que morirán sin temor. Pero, al contrario de la señorita Dulce, el viejo Francisco les tiene envidia. Porque se dice que ese viaje que hacen los náufragos con

Iemanjá, hacia las Tierras del Sin Fin, por sobre los mares, más veloces que los más veloces buques, bien vale esa puerca vida que llevan en el muelle.

El cantar de Rosa Palmeirón

Rosa Palmeirón es un nombre que suena agradablemente a los oídos de la gente del muelle. Cuentan extraordinarias historias de esa mulata. El viejo Francisco muchas sabe, en prosa y verso, porque Rosa Palmeirón ya tiene ABC y hasta los ciegos del *sertón* cantan sus estrofas. Los hombres del muelle que la conocen, simpatizan con ella, y nadie le negarla fuego para su pipa y un fuerte apretón de manos. Y en presencia de Rosa Palmeirón ninguno cuenta otras hazañas.

En las noches en que no salen todos los saveiros, el viejo Francisco narra historias. Cierto es que el viejo Francisco agrega algo de su cosecha a las historias que relata, inventando, a veces partes enteras. Pero por más que invente, nunca llegará a contar todo lo que es Rosa Palmeirón. Ningún contador de historias de este mundo (y los mejores están en la ribera del muelle de Bahía) podrá narrar todo lo que Rosa Palmeirón hizo. Hizo muchas cosas, y el viejo Francisco canta en su guitarra a la concurrencia:

*Aro en la oreja y puñal en el pecho.
Rosa Palmeirón lleva navaja en la liga,
A pelear ¿quién es que le gana?
Rosa Palmeirón tiene un cuerpo bien hecho.*

¡Ah! nada importaría que no tuviese un cuerpo bien hecho. Su fama ya ha corrido por el mundo, todo marinero la conoce. Todos tienen miedo a la navaja que lleva en la liga, del puñal de su pecho, de su mano invulnerable. Pero todavía le tienen más miedo al cuerpo bien hecho de Rosa Palmeirón. Ella es engañadora. Pasa, meciendo el cuerpo, como llamando, no parece que fuese ella. El marinero la sigue, la arena es mullida y la luna es hermosa en el mar. Cantan en el muelle que la noche es para el amor. Ella va meciendo el cuerpo, contoneándose como una mujer del muelle. El marinero no sabe, sigue detrás de ella. La arena los espera. Es tan bonita que no parece Rosa Palmeirón. Pobre marinero si ella no gusta de él o esa noche no siente deseos de amar. Rosa Palmeirón lleva navaja en la liga y puñal en el pecho. Rosa Palmeirón peleó a seis soldados, veinte veces estuvo en la cárcel y golpeó muchos hombres. El viejo Francisco canta:

*Rosa peleó seis soldados
En la noche de San Juan
Llamaron al delegado
Y no se quiso arriesgar.*

*Se vinieron los milicos,
Sacó ella su puñal,*

*El revuelo fue terrible.
Era una noche fatal.*

Rosa Palmeirón apaleó hombres, peleó con toda la policía. Es valiente y es hermosa. El viejo Francisco canta las hazañas de Rosa Palmeirón y todos aplauden.

*Tenían orden de traer
Muerta o viva a Palmeirón.
Ella sacó la navaja,
Todo el mundo disparó.*

Escuchan y aplauden. Guma es de los que más aplauden. Él no recuerda a Rosa Palmeirón, que hace muchos años se fue de este puerto. Primero anduvo por la cintura, viajó después para el sur del Estado, se amigó con un fazendero, le dio una paliza tremenda, desapareció por esos mundos. Después pasó por Bahía, pero casi nadie la vio, llegó en un barco y se fue en otro, y dicen que no había envejecido nada, que era la misma. La rosa que llevaba prendida a su vestido, ahí estaba siempre. Pero se fue nuevamente, y sólo quedó de ella, en estas noches, su ABC y las historias que los hombres cuentan bajo la sombra que proyecta el Mercado. Tenía lindo cuerpo y se mantenía igual. Cuando amaba un hombre, era mujer como ninguna. Entonces su rosa estaba más bonita, perfumaba su cabello. Y quien se metiese con ella cuando tenía un amigo, estaba listo: Rosa Palmeirón era mujer de un solo hombre. El viejo Francisco cantaba:

*Si de día era valiente,
Valiente como el mejor,
De noche era diferente
Con el hombre de su amor.*

En la mente de los hombres del muelle estaba la imagen de Rosa Palmeirón. Algunos de los presentes, Brigido Ronda, por ejemplo, la habían amado. Casi todos presenciaron las peleas de Rosa Palmeirón, y por eso les agradaba oír su ABC que relataba estas peleas. ¿Por dónde andaría Rosa Palmeirón? Había nacido en este muelle y se fue a recorrer mundo porque no le gustaba quedarse en un mismo sitio. Nadie sabe por dónde irá. Y donde esté habrá lío. Porque lleva navaja en la liga y puñal en el pecho, y porque tiene un cuerpo bien hecho.

Una noche, Rosa Palmeirón descendió de la tercera clase de un vapor que llegaba de Río. Un changador tomó su equipaje y se lo llevó gratis a uno de los cuartos del «Farol de las Estrellas». Cinco minutos después, en todo el muelle se sabía de la llegada de Rosa Palmeirón, que se conservaba la misma, tan joven como siempre.

Rosa Palmeirón seguía con su cuerpo bien hecho, su ABC podía continuar cantándose. Y esa noche no salió ningún saveiro. Cargas de tejas, de naranjas, de ananás, esperarían la mañana del día siguiente. Rosa Palmeirón había vuelto después de años de ausencia. Los marineros de un barco de la «Bahiana» corrieron al «Farol de las Estrellas». Los canoeros fueron también. El viejo Francisco llevó a Guma.

Había un rumor de copas en el salón del boliche. Una linterna roja iluminaba el dibujo de un farol de luz opaca. Cuando Francisco y Guma entraron al boliche, Rosa Palmeirón estaba sentada al mostrador, reía mucho, los brazos abiertos, una copa en la mano. Al ver al viejo, saltó del asiento, y lo apretó en un abrazo:

—Miren al viejo Francisco... Miren al viejo Francisco... Bien dicen que yuyo malo no muere...

—Por eso estamos quedando los dos...

Ella riendo sacudía a Francisco:

—¿No te has ido al fondo del mar, eh, viejo de porquería? Quién iba a decirlo...

Reparó en Guma:

—¿Y éste grumete, quién es? Se te parece algo...

—Es mi sobrino Gumersindo, que le dicen Guma. Lo conociste muy chico.

Ella se quedó recordando. Sonrió después:

—¿Es el hijo de Federico? Dame un abrazo, muchacho... Tu padre sí que era un hombre...

—Es claro, era mi hermano —bromeó Francisco.

—Dos hermanos que no se parecían en nada. Él no tenía esa cara de pescado muerto.

Todos rieron, porque Rosa Palmeirón tenía mucha gracia, movía las manos, hablaba igual que un hombre, bebía como pocos. El viejo Francisco golpeó las manos y dijo:

—Amigos, vamos a tomar una copa para festejar la llegada de este trasto viejo... Yo pago una vuelta para todos...

—Yo pago otra... —gritó el patrón Manuel, que en ese tiempo aún no vivía con María Clara.

Se sentaron y vaciaron las copas de *cachaza*. Don Babau, el dueño del «Farol de las Estrellas», andaba de un lado a otro con la botella en la mano, contando las copas bebidas. Rosa Palmeirón vino a sentarse junto a Guma en una mesita del rincón. Él la miraba. Tenía un cuerpo bien hecho. Sus grandes nalgas oscilaban como la proa de un saveiro. Tomó de un trago la copa de *cachaza*, hizo una mueca:

—Yo conocí a tu padre, pero no soy tan vieja...

Guma rió mirándola a los ojos. ¿Por qué su ABC no hablaba de sus ojos profundos, verdes, que parecían una piedra en el fondo del mar? Más que el puñal, la navaja, el cuerpo bien hecho, y las nalgas, eran sus ojos, que daban miedo, profundos y verdes como el mar. Tal vez variasen con el color del mar, mar azul, verde, mar de plomo en las noches pesadas de temporal.

—Yo también conocí a Federico y no tengo más que veinte años.

—Bueno, no te creas que soy tan nena... Pero muchas veces le oriné los pantalones a Federico... Verte, es verlo a él...

Ahora era el patrón Manuel quien pagaba la vuelta. Le gritó a Rosa Palmeirón:

—El que paga soy yo, mujer del diablo...

Ella se volvió en la silla:

—¿Y te crees que no lo merezco?

—Te estás poniendo un cuero, Rosa —bromeó Francisco.

—Cállate la boca, canoa vieja... De esas cosas no entiendes...

—Muy bien dicho, Rosa. Todavía estás como para sacarle el juicio a cualquiera —afirmó Severino.

Rosa Palmeirón se dirigió a Guma:

—¿Te parece que soy un cuero, como dice tu tío? —Y reía y lo miraba dentro de los ojos. En los ojos también llevaba puñales.

—Qué va a ser... No sé quién se le resista...

Los ojos de Rosa Palmeirón sonreían. ¿Para qué este salón del boliche si la arena del muelle es mullida y el viento que sopla es tibio? Los ojos de Rosa Palmeirón son color del mar.

Pero ahora Rosa Palmeirón no es únicamente de un hombre. Es de todos, de todos los que quieren saber qué hizo tanto tiempo fuera de su tierra. Dónde anduvo, las peleas que tuvo, las cárceles que conoció. Todos piden que cuente.

—Sólo les voy a decir una cosa... Tanto anduve por esos mundos, que Dios me guarde. Ni me acuerdo ya los sitios en que estuve. He visto ciudades tan grandes como diez Bahías...

—¿Estuviste en Río?

—Estuve tres veces... Vengo de allá.

—Es muy lindo, ¿no?

—Lindísimo... Una barbaridad de luz y de gente, asusta...

—¿Muchos navíos grandes?

—Grandísimos, que no caben ni aquí. Hay unos que van desde el muelle hasta la escollera...

—¿No será un poco exageración?

—Yo los vi. No hay más que preguntárselo a un marinero de verdad. ¿O te estás pensando que un canoero conoce el mar?

El patrón Manuel intervino:

—Yo también he oído eso... Dicen que son tremendos de grandes.

—¿Y no le metiste diente a ninguno por allá, Rosa? —preguntó Francisco.

—Los hombres de allá no son hombres. No valen la pena. Yo vivía en los morros, era respetada como la que más. No quería saber nada. Pero una vez un tipo se me quiso atrever en un salón de baile. Le eché el ancla al pescuezo y naufragó en el suelo. Hubieran visto la jarana que se hizo...

Los hombres estaban satisfechos. Fuera, en Río, en otras tierras, ella había mostrado quién era. Rosa Palmeirón mirando a Guma, acotó:

—Decían: si la mujer de Bahía es así ¿cómo serán los hombres?

—¿Dejaste buena fama, eh, Rosa?

—Una vez tenía un vecino, que no sé qué le dio un día por pasarse conmigo. Yo andaba gustando de un mulato que hacía sambas y no le había dado motivo. Y una noche llegó haciéndose el zonzo para mi cuarto. Empezó a conversar, mirando la cama, y se me vino al humo. Yo le dije: «Quédese quieto, amigo, y mándese a mudar». Y él muy anclado ahí, como si fuese puerto suyo. Revoleaba los ojos mirándome. Yo le avisé: «Mi hombre está por llegar...». Él me dijo que no le tenía miedo a ningún hombre. Yo le pregunté si no le tenía miedo a las mujeres. Solamente a la brujería, me contestó. Y seguía revoleándome los ojos. Le dije que era mejor que se fuera. No quiso por nada. Hasta empezó a sacarse los pantalones, y ahí nomás me enojé.

Los hombres sonreían, pregustando el final:

—¿Y qué sucedió?

—Lo agarré del pescuezo y lo tiré por la puerta. Se quedó tendido en el suelo, poniendo cara de bestia, todavía espiándome...

—Bien hecho, negra...

—Y ahora viene lo demás. Yo pensé que ahí acababa la cosa. Pero no fue así. Cuando llegó mi mulato, nada le dije. Pero el tipo, que había quedado con rabia, a eso de la media noche volvió con otros seis más. Mi mulato era bueno para el baile y los recibimos como se merecían. Fue un lío de órdago... Ellos creían que no era más que agarrar a mi hombre y yo era pan comido. Cuando quisieron acordar uno estaba con la cara rota y yo con mi navaja empecé a sangrarlos. De repente cayó la policía. Y todos fuimos a parar a la comisaría.

—¿Te metieron a la cárcel en Río?

—No estuve nada. Al llegar le conté al comisario y le dije que a Rosa Palmeirón nadie le ponía el pie encima. El comisario, que era un doctor bahiano, dijo que ya me había oído mentar y me soltó. Pedí por mi mulato y también lo soltó. Los otros quedaron todos adentro, menos uno que lo llevaron al hospital.

—Anduviste con suerte con el comisario.

—Bueno, cuando busqué a mi mulato, ni el rastro. No lo vi más. Me había tomado miedo...

Los hombres reían. Las copas de *cachaza* se vaciaban rápidamente. El patrón Manuel pagaba. ¿Quién dice que Rosa Palmeirón es un cuero? Guma no le sacaba los ojos de encima. Ella tenía un ABC y sabía pelear. Y tenía un cuerpo bien hecho y unos ojos profundos. Rosa Palmeirón le dijo:

—Nunca he peleado con los hombres que me gustan... Eso lo saben todos... —pero no vio ningún miedo en los ojos de Guma.

Salieron tarde del «Farol de las Estrellas». El viejo Francisco se fue, y hasta el

patrón Manuel se cansó de esperar. Don Babau le dijo a Rosa Palmeirón:

—¿Y no se va a dormir?

—Todavía quiero mirar un poco las cosas de afuera.

Hacía mucho tiempo que ella no amaba hombre en esas arenas. Muchos creían que ella sólo sabía pelear, que su vida no era más que trifulcas, cosa de andar a puñaladas. Si los hombres valientes se hicieran estrellas del cielo, ella un día estaría entre ellos. Pero la vida de Rosa Palmeirón no era solamente pelear. Lo que ella quiere ahora, más que pelear, más que beber, más que conversar, es estarse así, entre los brazos de Guma, tendida en la arena, entregada, mujer, muy mujer, acariciándole la cabeza, llena de melindres. Sus ojos son profundos como el mar, y como el mar cambiantes. Son verdes, verdes de amor en las noches del arenal. Azules en los días tranquilos y plomizos cuando la calma no es más que anuncio de tempestad. Sus ojos brillan. Sus manos expertas en el manejo del puñal, son ahora suaves y sostienen la cabeza de Guma en reposo. Su boca, pronta al insulto, dice ahora palabras tiernas y sonríe al amor. Nunca la habían amado como ella deseó. Todos han tenido miedo a su puñal, a su navaja, a su cuerpo bien hecho. Pensaban que, de enojarse, aparecerían el puñal y la navaja, desapareciendo su cuerpo. Nunca la habían amado sin temor. Nunca había visto unos ojos tan límpidos como los de Guma. Él la admiraba, no la temía. Aun los mismos que tuvieron coraje para ver su cuerpo bien hecho, a pesar del puñal y la navaja, nunca la habían mirado a los ojos, nunca habían percibido la ternura de sus ojos de mar, deseosos de amor, tiernos ojos de mujer. Guma contempló estos ojos y comprendió. Por eso las manos de Rosa Palmeirón acarician sus cabellos, sus labios sonríen y su cuerpo se estremece.

Tres noches después el «Valiente» se deslizaba por las aguas del río Paraguay. Desde la bodega venía olor a frutas. El viento arrastraba el saveiro y era innecesario estar al timón, tan tranquilo estaba el río. Brillaban las estrellas en el cielo y en el mar. Iemanjá había venido a ver la luna y desparramaba sus cabellos sobre las mansas aguas.

Rosa Palmeirón (navaja en la liga, puñal en el pecho) habló al oído de Guma:

—Te vas a reír de mí, es una zoncera... ¿A que no sabes qué me gustaría tener?

—¿Qué?

Ella miró las aguas del río, quiso sonreír, quedó como avergonzada:

—Te juro, quisiera tener un hijo, un hijo para criarlo, para cuidarlo... No te rías de mí...

Y no tuvo vergüenza de sus lágrimas que rodaron sobre el puñal del pecho, sobre la navaja de la liga.

Ley

Los barcos de pesca se volvían al muelle. Algunos apenas habían comenzado la pesca y ni para los gastos tenían. Rufino se volvió con su canoa del medio de la bahía. Unos saveiros que ya habían levantado las velas y sacado el ancla, volvieron a echar el ancla y arriaron las velas. Sin embargo el cielo estaba azul y el mar tranquilo. A pesar de eso los barcos de pesca regresaban. Rufino trajo su canoa al Puerto de la Leña, los saveiros atracaban al muelle. Y el agua fue cambiando de color, de azul se puso plomiza. Severino, un canoero decidido, se vino hacia el muelle de los saveiros. Cuando vieron que los saveiros no partían, muchas personas dejaron el mercado y tomaron el ascensor. Pero la mayoría se dejó estar, porque el tiempo estaba lindo, el cielo azul, el mar sereno, el sol brillante. Para ellos no había ninguna amenaza en suspenso.

Severino se acercó y dijo al patrón Manuel y a Guma:

—Va a ser cosa fiera hoy...

—Para salir, solamente loco...

Chuparon las pipas. Algunos entraban o salían del Mercado Modelo. El sol refulgía en las piedras del pavimento. En la ventana de una casa una mujer tendía una toalla. Unos marineros trepados al dorso de un buque lo lavaban. El viento comenzó a soplar haciendo volar la arena. Severino preguntó:

—¿Hay muchos en el mar?

El patrón Manuel observó a su alrededor. Los saveiros se balanceaban en el ligero oleaje.

—Que yo sepa, no. Y los que están afuera se quedarán por Itaparica o Mar Grande...

—Yo no quisiera estar en el agua en un momento de éstos...

El viejo Francisco se reunió al grupo que iba aumentando:

—Fue en un día como éste que Juan Pequeño tragó agua...

Juan Pequeño fue el patrón de saveiro que más conocía su profesión en todo el muelle. Su fama era comentada hasta muy lejos. Gentes de Penedo, de Caravelas, de Aracaju hablaban de él. Su saveiro se aventuraba por sitios donde ningún otro se aventuraba. Y no temía ningún temporal. Tanto conocía la barra, que fue invitado para hacer de práctico. Entraba con los vapores en las noches de tempestad. Los iba a buscar afuera, saltando sobre las olas, y los traía evitando los peligros de la barra, difícil en días de temporal. Y una noche de calma como hoy, que el mar estaba color cobre, se animó a salir. Un vapor, que por primera vez arribaba a Bahía, no conocía el camino. Y Juan Pequeño no regresó de su viaje. El gobierno votó una pensión para su mujer, que después le fue suspendida por economías. Hoy de Juan Pequeño sólo queda su fama en la ribera del muelle.

El viejo Francisco, que lo conocía, llevaba contada más de cien veces la historia de Juan Pequeño. Y los que le escuchaban la oían siempre respetuosamente. Se dice

que Juan Pequeño se aparecía en las noches de tempestad. Eran muchos los que lo habían visto navegando en los saveiros en busca del buque perdido en la niebla. Y hasta hoy Juan Pequeño busca el buque. Y no descansará hasta poderlo llevar al puerto. Después comenzará su bien merecido viaje con Iemanjá por las Tierras del Sin Fin.

Es ésta una de las noches en que él aparece. Cuando el viento encrespe las olas y brame haciendo retemblar las casas, cuando la noche caiga sobre el muelle, vendrá para señalar el camino al buque que se perdió. Navegará sobre los saveiros, atemorizando a los que estén en el mar.

Un saveiro se aproxima al muelle. Con el fuerte viento que sopla corre locamente. Las velas tensas al máximo. Los hombres observan:

—Es Javier...

—Es el «Caburé»...

El saveiro está ya cerca y se puede leer el nombre escrito en pintura negra: «Caburé».

—Nunca he visto nombre más feo para un barco... —dice el patrón Manuel.

—Vaya uno a saber sus razones —interrumpe Francisco—. No siempre se conoce la vida de los demás.

—No es por meterme. Digo nomás...

El viento aumenta por momentos y las aguas están agitadas. Desde lejos venía el bramar de un viento fuerte y despiadado. A poco el muelle se fue despoblando. Javier luego de atracar se reunió al grupo:

—Está fiero la cosa...

—¿Hay mucha gente en el agua?

—Solamente vi a Otoniel, pero estaba cerquita de Maragogipe.

El mar estaba en movimiento, las olas ya era grandes, los saveiros y las canoas en el muelle subían y bajaban. El patrón Manuel se volvió a Javier.

—Dígame, si no toma a mal la pregunta, ¿por qué le puso a su barco un nombre tan poco lindo?

Javier frunció el ceño. Mulato retacón tenía el pelo alisado:

—Cosas de uno... Estupideces no más...

La tempestad se desató sobre la ciudad y el mar. Ahora no había nadie en las proximidades del Mercado, a no ser ellos que formaban un grupo bajo las capas de goma por donde se escurría la lluvia. El viento ensordecía y tenían que hablar en voz alta. El patrón Manuel gritó:

—Algo que le pasó ¿no?

—Bueno, ya que quiere, se lo cuento... Fue cosa de mujer... De esto ya hace mucho tiempo, fue en la otra costa, allá en el sur. Estupideces nomás. Ni vale la pena acordarse. Vaya uno a saber lo que piensa una mujer. ¿Por qué sería que me llamaba Caburé? Sólo ella lo sabía y nunca me lo dijo, solamente se reía, se reía mucho... Era como para que uno se volviera loco, eso era lo cierto...

El viento se llevaba las palabras. Los hombres se encorvaban para oír mejor. Javier bajó la voz:

—Me decía Caburé... Por qué, no lo sé... No hacía más que reírse cuando se lo preguntaba... Y al barco le puse Caburé...

No había nada de raro en eso. Pero él puso de pronto expresión de rabia y gritó:

—¿Nunca han estado metidos con una mujer? Bueno, entonces no saben lo que es desgracia... Prefiero mil veces, y que Dios me perdone —y se golpeaba la boca con la mano—, un temporal como éste que una mujer engañadora... Por qué me llamaba Caburé, el diablo lo sabe. ¿Y por qué me dejó? Nada le había hecho. Al volver un día ya no estaba, ni sus cosas se había llevado... La anduve buscando por el mar, pensando que se hubiera ahogado... Bueno, podemos ir a tomar una copa, ¿no?

Se dirigieron al «Farol de las Estrellas». De allí venía la voz de Rosa Palmeirón que cantaba. El viento arrastraba la arena. Javier dijo:

—La cosa no vale la pena... Pero uno queda pensando... Le puse al barco Caburé. Como me llamaba ella. Me había dicho, poco antes de irse, que estaba por tener un hijo mío... Se fue con el chico en la barriga...

—El día menos pensado vuelve —lo consoló Guma.

—Muchacho, todavía no sabes de estas cosas... Si ella vuelve, la despedazo...

—Claro, por eso era el nombre del barco... Me lo imaginé...

—Si no lo hiciera, me moría de vergüenza...

Dijo algo más, pero el viento se llevó sus palabras. No oían más la voz de Rosa Palmeirón cantando. La oscuridad era dominante. Sólo oyeron de nuevo voces al entrar al salón del «Farol de las Estrellas».

Un hombre de sobretodo gritaba dirigiéndose a Don Babau:

—Pensé que aquí había hombres... Aquí no hay más que cobardes...

El salón estaba vacío. Sólo Rosa Palmeirón que lo escuchaba atentamente. Don Babau extendía las manos sin encontrar argumentos:

—Pero, Don Godofredo, el temporal no es juguete...

—Todos unos cobardes. Los hombres de coraje se acabaron en este muelle. ¿Dónde está la raza de Juan Pequeño?

Se le acercaron. Era Don Godofredo, el de la compañía de navegación «Bahiana», que estaba fuera de sí:

—¿Qué le está pasando, Don Godofredo? —preguntó el patrón Manuel.

—¿Qué me pasa? ¿Así que no lo sabe? El «Canavieiras» está ahí afuera sin poder entrar...

—¿Y el capitán no sabe entrar sólo?

—Qué va a entrar... Es un inglés recién llegado. No conoce nada. Busco un hombre para que sirva de práctico.

Escupió con rabia:

—¿Es que ya no hay hombres valientes en los saveiros?

Javier se adelantó. Francisco creyó que se iba a ofrecer y le tiró del saco.

—Usted ha hablado de Juan Pequeño, ¿no? Dígame, ¿qué ganó él? Ni en el infierno descansa. Anda por ahí asustando a la gente. Dígame, ¿qué ganó? Le dieron a la mujer pensión, para disimular... Después se la quitaron... ¿Se cree que uno va a morir nada más que para ser valiente...

—Hay chicos en el buque...

—¿No tenemos nosotros también chicos? ¿Qué es lo que ofrece, vamos a ver?

Don Godofredo hizo una oferta:

—La Compañía da doscientos al hombre que quiera ir.

—¿No le parece poco por una vida, eh? —y Javier se sentó y pidió una *cachaza*.

Rosa Palmeirón rió fuerte:

—¿Viene su mujer en el buque, Godofredo? ¿O será su amante?

—Cállese, mujer, ¿no está viendo que el buque viene lleno de gente?

Nadie en el muelle simpatizaba con Don Godofredo. Había comenzado como práctico en la «Bahiana» y nadie sabía cómo llegó a capitán. Nunca entendió nada de eso y lo único que hacía era perseguir a los marineros. Después que casi mete el «Maraú» en la barra de Ilhéus, la Compañía le dio un puesto en los escritorios. Y él era la sombra negra de los patronos de saveiros, de los canoeros y de los estibadores.

—Está lleno de gente. ¿Dónde están los hombres del muelle? Antes ningún buque se perdía así.

—¿Tiene alguno de su familia en el «Canavieiras»?

Don Godofredo miró a Francisco:

—Ya sé que ustedes me odian... —sonrió—. Yo no les iba a pedir el favor de salvar alguien de mi familia. Les pago. Doscientos para el que vaya...

Otros hombres llegaban. Don Godofredo repetía su ofrecimiento. Ellos lo miraban con incredulidad. Javier, que bebía en una mesa, dijo:

—Ninguno de nosotros está con ganas de morir, Don Godofredo. Deje que el inglés se arregle solo.

Guma preguntó:

—¿Y por qué no mandan un remolcador?

Se estremeció Don Godofredo:

—Claro, debían mandarlo... Pero la Compañía dice que es mucho gasto... Yo busco un hombre de coraje. La Compañía le da doscientos...

El viento sacudía la puerta del «Farol de las Estrellas». Por primera vez oían la sirena del buque pidiendo socorro. Don Godofredo levantó los brazos (qué bajito quedaba metido en ese gran sobretodo) y dijo casi cariñosamente:

—Yo, de mi bolsillo, doy cien más... Y les juro, que al hombre que vaya lo voy a proteger.

Todos estaban atónitos, pero ninguno se movió. Don Godofredo se volvió hacia Rosa Palmeirón:

—Rosa, usted que es mujer, pero que tiene más coraje que muchos hombres... Mire, Rosa, mis dos hijos están a bordo. Fueron a pasar las vacaciones a Ilhéus...

¿Usted no ha tenido un hijo, Rosa?

Francisco susurró al oído de Guma:

—Ya decía yo, éste tenía alguien de la familia en el buque.

Godofredo tendía las manos a Rosa Palmeirón. Ahora estaba ridículo, tan bajo, con su rico sobretodo, la cara angustiada, la voz pastosa:

—Pídales que vayan, Rosa... Le doy doscientos al que vaya... Lo protejo toda la vida... Ya sé que no me quieren... Pero son mis hijos...

—Sus hijos —Rosa Palmeirón observaba la oscuridad de la tarde.

Don Godofredo se sentó a una mesa y apoyó la cabeza entre sus cuidadas manos. Sus hombros subían y bajaban, semejando saveiros en el mar.

—Está llorando —dijo el patrón Manuel.

Rosa Palmeirón se levantó. Pero Guma ya estaba junto a Don Godofredo:

—Deje de afligirse. Voy yo...

El viejo Francisco sonrió. Y se miró el brazo donde estaban tatuados los nombres de sus hermanos y de sus saveiros perdidos. Todavía quedaba espacio para el nombre de Guma. Javier dejó su copa:

—Es una locura... Y nada se va a sacar...

Guma salió a la oscuridad. Los ojos de Rosa Palmeirón brillaban de amor. Godofredo extendió las manos:

—Salve a mis hijos.

Guma desapareció en la noche que había cerrado ya. Levantó las velas y puso el saveiro contra el viento. Aun veía a los que lo acompañaran hasta el muelle. Rosa Palmeirón y Francisco le decían adiós. Javier gritó:

—Recuerdos a Janaína.

El patrón Manuel se volvió a él enojado:

—No se le debe decir a un hombre que va a morir.

Y levantó los ojos y observó la sombra del saveiro que se alejaba sobre el mar plumizo:

—Era todavía una criatura...

Habían desaparecido todas las estrellas. Tampoco salió la luna esta noche, por eso no había canciones en el mar, no se hablaba de amor. Las olas corrían unas sobre otras. Esto dentro de la bahía, antes de llegar al tajamar. ¿Cómo estaría afuera, más allá de la barra, en el mar libre?

El «Valiente» se aleja con dificultad del muelle. Guma trata de ver delante de sí. Pero a su alrededor todo es negro. Lo difícil es atravesar ese trecho con viento en contra. Después será una loca carrera a favor del viento enfurecido, por un mar que ya no es de los saveiros y de las canoas, es el mar de los grandes navíos.

Guma percibe aún las sombras del muelle. Ésa que agita la mano es Rosa Palmeirón, la mujer más valiente y más dulce que ha conocido. Guma no tiene más

que veinte años, pero ya conoció varias mujeres. Pero ninguna supo ser tan afectuosa en sus brazos como Rosa Palmeirón. El mar está como Rosa Palmeirón en los momentos de pelea. Estaba color plomo. Un pescado salta sobre las olas. Para ellos la tempestad no tiene ninguna importancia. E impide que los pescadores realicen su faena. El saveiro atraviesa las aguas del muelle. El tajamar está cercano. El viento corre alrededor del viejo fuerte, entra por sus ventanas abandonadas, juega con los antiguos cañones inútiles. Guma ya no divisa el muelle. Es posible que Rosa Palmeirón esté llorando. Ella no es mujer de llorar, pero quería tener un hijo y se olvidaba que ya era tarde para eso. De Guma hacía su amante y su hijo. ¿Por qué en esta hora de muerte pensaba en su madre que se fue? Guma no quiere pensar en ella. Rosa Palmeirón tiene algo de madre en su amor. Ya no es joven y lo acaricia como a un hijo, y muchas veces, olvidando los voraces besos del deseo, lo besa suavemente con besos maternos. El saveiro salta sobre las olas. Avanza con dificultad. El tajamar parece conservar siempre la misma distancia. Tan cerca y tan lejos. Guma se arranca la empapada camisa. Una ola atravesó de lado a lado el saveiro. ¿Cómo estará fuera de la barra? Rosa Palmeirón quería tener un hijo. Estaba cansada de golpear soldados, de estar en las cárceles, del puñal en la liga, del puñal en el pecho. Quiere un hijo para acariciarlo, para cantarle canciones de cuna. Una vez Guma se durmió en sus brazos y ella le cantaba:

*Duérmete, mi niño
que el cuco está ahí.*

Se olvidaba que él era su amante y lo veía un hijo que tenía en su regazo. Era eso lo que había desencadenado la furia de Iemanjá. Sólo Janaína puede ser madre y amante al mismo tiempo. Y ella pertenece a todos los hombres del muelle y es la protectora de todas las mujeres. Ahora Rosa Palmeirón estará haciéndole promesas para que Guma regrese con vida. Tal vez hasta le prometa (¿qué no puede el amor?) la navaja de la liga, el puñal del pecho. Otra ola lava el saveiro. Realmente —piensa Guma— que le será difícil salir con vida de aquí. Hoy será su día. Y piensa esto sin miedo. Pero ha llegado más pronto de lo que esperaba. Tenía que llegarle, era inevitable. Solamente sentía pena de no haber amado aún una mujer como la que pidiera cierta noche a Janaína. Una mujer que le diese un hijo, que heredase su saveiro y escuchara las historias del viejo Francisco. Tampoco había recorrido otros puertos como pensaba. No se fue como Chico Tristeza por otros mares, por otras tierras. Iría ahora con Iemanjá, que llamaban Janaína los canoeros, y los negros la Princesa de Aiocá. Andaría quizás por debajo de las aguas y conocería posiblemente la tierra de Aiocá, donde vivía ella. La tierra de todos los hombres del mar, donde Janaína es princesa. Las lejanas tierras de Aiocá, perdidas en el horizonte, de donde venía Iemanjá las noches de luna.

¿Dónde estará el tajamar que nunca lo alcanzaba el saveiro? Guma se esfuerza en

el timón pero le es muy difícil mantener al barco contra el viento. Pasa bajo la sombra del viejo fuerte. Ahí, fuera de la barra, está un buque que llama con su sirena. El viento trae este grito de socorro. No es por dinero que Guma va con el «Valiente», para traer este buque al puerto. Él mismo no sabe por qué afronta así la tempestad. Pero bien sabe que no es por el dinero ofrecido. ¿Qué hará con ese dinero? Le comprará regalos a Rosa Palmeirón y un traje nuevo a Francisco y tal vez una vela para el «Valiente». Pero podría prescindir de todo esto, no es por dinero que un hombre se expone a morir. No es tampoco porque Don Godofredo tiene en el «Canavieiras» dos hijos y llora como un chico abandonado. No es por nada de eso. Es porque viene un pitar triste del buque que pide socorro y es ley del muelle que se ayude a los que en el mar piden socorro. De esta manera Iemanjá quedará satisfecha de él, y, si regresa con vida, le concederá la mujer que pidió. Pero Guma no puede responder al llamado del buque. Debe estar cerca de la luz del Farol de la Barra, esperando el socorro, y los hombres tratarán de tranquilizar a los niños y las mujeres. Buque sin rumbo, perdido en las cercanías del puerto. Por eso, Guma va. Porque un barco, un saveiro, una canoa, una tabla, cualquier cosa en el mar, es la patria de los hombres del muelle, la gente de Iemanjá. Y ellos no saben si en el maderamen de un buque, en las velas rotas de un saveiro, no está la tierra de Aiocá, donde Janaína es princesa.

Pasó por el tajamar. En el viejo fuerte una luz oscila, corriendo como un fantasma. Guma grita:

—¡Jeremías! ¡Jeremías!

Jeremías aparece con el farol. La luz cae sobre el mar y salta sobre las olas. Jeremías pregunta:

—¿Quién va ahí?

—Guma.

—¿Por qué diablos has salido?

—Voy a buscar el «Canavieiras» que está fuera de la barra...

—¿Y no puede esperar a mañana para entrar?

—Está pidiendo socorro.

Atravesó el tajamar. Jeremías todavía tiene tiempo de gritarle levantando la luz de la linterna:

—¡Buena suerte! ¡Buena suerte!

Guma se aferra al timón. Tampoco Jeremías tiene esperanzas de volverlo a ver. No espera verlo más atravesar el tajamar con el «Valiente». Ya Jeremías no cantará más para Guma. Jeremías es el que dice en la noche: «Es dulce morir en el mar». Ahora, una carrera loca. Tiene el viento a favor. El saveiro casi vuelca en la maniobra. El viento lo arrastra, echa agua sobre el saveiro, empasta el cabello de Guma, aulla en sus oídos. El viento se pasea por todo el saveiro. Apaga su linterna. Las luces de la ciudad, cada vez más distantes, pasan veloces. El barco inicia una carrera sin fin, todo escorado sobre una banda. ¿Hacia adónde lo arrastra este viento?

La lluvia empapa el cuerpo de Guma, le chicotea la cara. Nada distingue en la oscuridad. Sólo la sirena del «Canavieiras» le marca el rumbo. Podrá pasar muy lejos de él, podrá dar en Itaparica o en una piedra cualquiera del fondo del mar. Ninguno tuvo coraje para salir. Hasta Jeremías se admiró cuando lo vio pasar. Y Jeremías es un soldado veterano. Vive en el fuerte, solo como una rata, desde que lo dieron de baja por vejez. Se vino a vivir allí, en el fuerte abandonado, para estar cerca de los cañones, de las cosas que le recordaban el cuartel. Seguía su destino hasta el fin. Así iba Guma, cumpliendo el suyo que estaba en su saveiro. Iba en una carrera desatada. Tal vez no llegara nunca y los hombres mañana buscarían su cuerpo. El viejo Francisco iba a tatuar su nombre en el brazo y contaría su locura a los otros hombres del muelle. Rosa Palmeirón lo olvidaría, amaría a otro y pensaría en un hijo. Pero, no importa, la ley del muelle había sido cumplida y su historia sería ejemplo para los tiempos venideros.

No oye la sirena del buque. Las luces de la ciudad son casi invisibles. A pesar de sus esfuerzos el saveiro se apartó mucho de la ruta que debía seguir. Está cerca de la costa de Itaparica. Fuerza el timón y sigue la carrera tratando de orientarse. ¿Cuánto durará esto, cuánto correrá de esta manera? Ya tarda mucho en tener fin. ¿Por qué no le llega su momento de ver a Iemanjá si no debe encontrar al «Canavieiras»?

Tenía muy poca edad para morir. Hubiese querido conseguirse antes una mujer joven (así como la señorita Dulce cuando estaba en la escuela), que hubiese sido nada más que de él. No dejaría un hijo y su saveiro se despedazaría. No teme a la muerte, pero no puede menos que pensar que aún es muy pronto para morir. Quería morir cuando hubiese dejado una historia que se recordara en la ribera del muelle. Todavía era pronto para morir. Todavía era pronto para irse con Janaína. No estaba iniciado en sus fiestas, no cantaba sus cantos, no podía llevar al cuello su piedra verde.

Lo que llevaba en su cuello era la medalla que le dio la señorita Dulce. La señorita Dulce iba a ponerse triste cuando supiese que había muerto. Ella no comprendía la vida de ellos, esa vida dura, siempre acechada por la muerte, y esperaba un milagro. ¿Quién sabe si no se produciría? Por eso Guma no quiere morir. Porque el día que llegue el milagro todo será más lindo, no habrá tanta miseria en el muelle y ningún hombre arriesgará su vida por un puñado de dinero.

Nuevamente está en buen rumbo. Oye la sirena del buque, que llama. Pero una ola arranca a Guma de su sitio junto al timón. Nada hacía el saveiro que sigue, desarbolado, dando tumbos con el viento. Tal vez sea esto el fin, y él no tiene un nombre para decir en esta hora. No ha llegado todavía su momento. Porque aún no encontró «su mujer». Nada con desesperación, alcanza la borda del saveiro, toma el timón. Está en línea directa con el buque que ya divisa a la distancia. Lucha contra el viento, contra las aguas, contra su cuerpo que tiembla de frío.

Recomienza la carrera. Aprieta los dientes con fuerza. No siente ningún miedo. Quiere que esto termine de una vez. Próximo, muy próximo, resplandece el buque iluminado. Pesadamente cae la lluvia. El viento rasga las velas del saveiro, pero

Guma ya está gritando junto al casco del «Canavieiras»:

—¡Una escala!

Los marineros acuden. Le arrojan un cabo al que amarra el «Valiente». Después la aventura de pasar del saveiro a la escala oscilante de a bordo. Dos veces está a punto de caer y entonces no habría salvación posible, entre el buque y el saveiro quedaría aplastado.

Sonríe. Está empapado y sin embargo es feliz. En el muelle a estas horas pensarán que ha muerto, que su cuerpo viaja ya con Iemanjá.

Sube al puente de mando y el inglés le entrega el buque. Los maquinistas ponen en marcha las máquinas, los foguistas avivan el fuego, los marineros maniobran. Guma es quien comanda. Él da las órdenes. Sólo así un hombre del muelle puede llegar a capitán de un buque. Sólo por magia de Iemanjá. Será una única noche. Mañana ni el inglés, ni Don Godofredo, lo saludarán cuando pase con el «Valiente». Nadie lo tendrá por un héroe. Guma lo sabe. Y sabe que siempre ha de ser así y que únicamente un milagro, como el que espera la señorita Dulce, puede cambiar las cosas.

Dos horas después —todavía la tempestad dominaba la ciudad y el mar— el «Canavieiras» atracaba al costado del muelle. El «Valiente» tenía sus velas rotas, su casco hundido por el roce con el buque, el timón inutilizado.

Cuentan en el muelle que nunca más se apareció Juan Pequeño, porque el buque había encontrado el camino del puerto. Y fue desde ese día que se comenzó a hablar de Guma en la ribera del muelle de Bahía.

Iemanjá de los cinco nombres

Ninguno en el muelle tiene un nombre solo. Todos tienen además un sobrenombre, abrevian o aumentan el nombre, o le agregan algo que recuerde una historia, un episodio heroico, un amor.

Iemanjá, que es la dueña del muelle, de los saveiros, de la vida de sus hombres, tiene cinco nombres, cinco nombres dulces que todo el mundo conoce. Se llama Iemanjá, siempre se llamó así y ése es su verdadero nombre, de dueña de las aguas, de señora de los océanos. Pero a los canoeros les gusta llamarla Janaína, y los negros, que son sus hijos predilectos, que danzan para ella y la temen más que todos, la llaman Inaê devotamente o, en sus súplicas, la Princesa de Aiocá, reina de esas tierras misteriosas que se esconden en la línea azul que las separa de las otras tierras. Y las mujeres del muelle, que son simples y valerosas, Rosa Palmeirón, las mujeres de la vida, las casadas, las muchachas que esperan novio, le dicen Señora María, porque María es un lindo nombre, el más lindo de todos, el más venerado y se lo dan a Iemanjá como un regalo, como si le regalaran una caja de jabones a su piedra del Dique. Ella es una sirena, es la madre del agua, la dueña del mar, Iemanjá, Janaína, la Señora María, Inaê, la Princesa de Aiocá. Ella domina los mares, ella adora la luna, que viene a ver en las noches sin nubes, ella gusta de las músicas de los negros. Todo los años se hace la fiesta de Iemanjá en el Dique y en Monte Serrat. Y entonces la llaman por sus cinco nombres, le dan todos sus títulos, le llevan regalos, cantan para ella.

El océano es muy grande, el mar es un camino sin fin, las aguas son mucho más que la mitad del mundo, las tres cuartas partes, y todo eso es de Iemanjá. Y sin embargo ella vive en la piedra del Dique del muelle de Bahía o en su gruta de Monte Serrat. Podía vivir en las ciudades del Mediterráneo, en los mares de la China, en California, en el Mar Egeo, en el golfo de México. Antiguamente vivía en las costas de Africa, que dicen que queda cerca de las tierras de Aiocá. Pero vino a Bahía para ver las aguas del río Paraguaçu. Y se quedó viviendo en el muelle, cerca del Dique, en una piedra que es sagrada. Ahí se peina sus cabellos (se lo peinan lindas muchachas con peines de plata y marfil), escucha las plegarias de las mujeres del mar, desencadena las tempestades y escoge los hombres que ha de llevarse en su paseo infinito por el fondo del mar. Y es allí donde se realiza su fiesta, más hermosa que todas las procesiones de Bahía, más hermosa que todas las *macumbas*, donde ella es uno de los santos de mayor poder, de los primeros, de aquéllos de donde descienden los otros. Si no fuese muy peligroso decirlo, podría afirmarse que su fiesta es más hermosa que la de Oxulufã, el mayor y más poderoso de los santos. Porque es muy bella la noche de la fiesta de Iemanjá. Esas noches el mar se pone de un color entre azul y verde, la luna permanece en el cielo, las estrellas acompañan las linternas de los saveiros, Iemanjá extiende perezosamente los cabellos por el mar y no hay en el mundo nada más hermoso (los marineros de los grandes buques que viajan por

todas las tierras siempre lo dicen) que el color que producen los cabellos de Iemanjá mezclados con el mar.

El Padre de Santo Anselmo es el personero de los hombres de mar ante Iemanjá. Es el *macumbeiro* de la ribera del muelle y antes fue marinero y anduvo por tierras de África aprendiendo la lengua de allá, el significado de sus fiestas y sus santos. Al volver dejó su barco definitivamente y quedó en el muelle para reemplazar a Agustín que había muerto. Y era ahora el que hacía las fiestas de Iemanjá, quien presidía las *macumbas* de Monte Serrat, quien por orden de Janaína curaba enfermedades, daba buenos vientos a los saveiros y mandaba lejos las frecuentes tempestades. No había en la ribera del muelle y en todas estas aguas nadie que no respetase a Anselmo, el Padre de Santo, que anduvo por África y rezaba en su lengua. Ante su blanca mota se descubrían todas las cabezas de los hombres del muelle y de las canoas.

No era fácil ser de la *macumba* del Padre de Santo Anselmo y era necesario ser un probado hombre de mar el negro que se sentara entre los *ogas* de Iemanjá rodeado de las *feitas* que danzaban. Guma, mulato claro, de largos cabellos oscuros, pronto se sentaría en uno de los asientos colocados en derredor del Padre de Santo, en el salón del *candomblé*. Desde que trajo el «Canavieiras» la noche del temporal, su fama corría de boca en boca y estaba probado que Iemanjá lo favorecía. No pasaría mucho tiempo sin sentarse entre los *ogãs* rodeado de las *feitas*. En la próxima fiesta de Iemanjá ya usaría su piedra (que es verde y fue sacada del fondo del mar) y asistiría entre los *ogãs* a la iniciación de las *feitas* y de las *iavôs* que son las sacerdotisas negras.

También Rufino usaría la piedra verde de Iemanjá. Sería consagrado así a la dueña del mar, a la mujer de los cinco nombres, la madre de todos ellos, que un día, solamente un día en toda la vida, es también esposa. El negro Rufino cantaba cuando con sus fuertes brazos llegaba la canoa abarrotada de carga río arriba:

*Yo me llamo Ogum de ley
No niego mi natural,
Hijo soy del agua clara
Soy nieto de Iemanjá.*

Era un negro retinto, pero nació de las aguas claras e Iemanjá era su abuela, madre de su padre que fue marino como su abuelo y los más antiguos cuya memoria ya se perdiera. La fiesta de Iemanjá estaba próxima. Guma irá ese día a pedirle su mujer, una mujer parecida a ella, que sea virgen y hermosa y asombre el muelle de Bahía de Todos los Santos. Porque Rosa Palmeirón ya habla de partir, de levar ancla hacia otras tierras. Esperaba tener un hijo con este valiente muchacho, un hijo que arrullaría entre sus brazos acostumbrados a la pelea, y para quien cantaría canciones de cuna con sus labios quemados de palabras procaces. Pero Rosa Palmeirón olvidó que ya era tarde para eso, que había gastado su juventud en alborotos y que solo le quedaba

la ternura que nunca fue gastada, su voluntad de acariciar. Y como el hijo no venía, se iba a buscar peleas en otras tierras, a beber en otros boliches, a viajar por otros mares. Pero nunca antes de la fiesta de Iemanjá, porque si no no tendría buenos vientos y encontrarla la tempestad en su camino.

Por eso, porque Rosa Palmeirón ha de partir, Guma recordará a Iemanjá que ha llegado la hora que le conceda lo prometido. De regalo le llevará además de un peine para sus cabellos, un pedazo de vela del «Valiente», esa vela que se despedazó en el salvamento del «Canavieiras».

Estaba próxima la fiesta de Iemanjá. Ese día iba a quedar desierto el muelle. No habrá una sola canoa en el mar, un solo saveiro transportando carga, un marinero que no encuentre medios para dejar su barco por unas horas. Todos irán a donde vive Janaína, la de los cinco nombres.

Iemanjá ven...

Ven del mar...

Así cantan en esa noche de Iemanjá. Aquel sitio, es donde se realiza la feria de Agua dos Meninos, la mayor de Bahía. Más adelante, en Itapagipe, queda el Puerto de la Leña, el puerto de las canoas. Y en medio de los dos está la vivienda de Iemanjá, en una piedra del mar. La arena guarda restos de cascos de saveiros. Valvas de varios colores brillan a la luz de la luna. Al fondo, la calle débilmente iluminada. Las voces que llegan de lejos cantan:

Sirena, sirena

Vamos a jugar en la arena...

Es noche de fiesta de Iemanjá. Por eso la gente la llama para que venga a jugar en la arena. Se ve su piedra, bajo la luna, contorneada por los cabellos de Iemanjá que se desparramaron por el mar. Si ella no viniese, ellos irían hasta allá a buscarla. Es la noche de su fiesta, la noche en que Janaína juega:

Sirena del mar salió

Y la sirena quiere jugar...

Iemanjá juega en el mar. Hubo un tiempo, los más viejos lo recuerdan, que las furias de Iemanjá eran tremendas. Entonces no jugaba. Las canoas y los saveiros no tenían descanso, una vida de perros. Los temporales batían la barra y desbordaban el río sobre sus orillas. En esos tiempos criaturas y muchachas fueron llevadas como presente a Iemanjá. Y ella las arrastraba al fondo de las aguas y nunca más sus cuerpos aparecían. Iemanjá estaba en sus años terribles y no quería cantos, músicas, jabones ni peines, quería seres humanos. La cólera de Iemanjá era terrible. Le llevaron criaturas, le llevaron muchachas. Una que era ciega se ofreció sonriendo, sin

duda pensando en las cosas hermosas que iba a ver. Una criatura lloraba la noche que la llevaron, y gritaba llamando al padre y a la madre porque no quería morir. Muchos años habían pasado de estos. Fue un año horrible, el invierno había destrozado la mitad de los saveiros, muy raras eran las canoas que resistieron el viento sur y la ira de Iemanjá no cesaba. Agustín, el *macumbeiro*, que hacía la fiesta en esa época, dijo que Iemanjá quería carne humana. Y le llevaron esa criatura porque era la más hermosa de todo el muelle, casi parecida a Janaína por sus ojos azules. La tempestad corría sobre el muelle y las olas lavaban la piedra de Iemanjá. Los saveiros navegaban escorados y todos oían los gritos de la criatura que estaba con los ojos vendados. Era una noche siniestra y cuando el viejo Francisco cuenta esto se estremece. Enterada la policía, algunos fueron a parar a la cárcel. Agustín huyó y la madre de la criatura quedó loca. Sólo entonces cesó la cólera de Iemanjá. Su fiesta fue prohibida y durante algún tiempo la sustituyeron por la procesión del Buen Jesús de los Navegantes. Pero estas aguas eran de Iemanjá y a poco volvió a celebrarse su fiesta. Ya la cólera de Iemanjá había pasado y no pedía más criaturas y muchachas vírgenes. Sólo necesitaba una mujer para su servicio, como ésa del ciego cuya historia contaba el viejo Francisco.

Iemanjá es así de terrible porque es madre y es esposa. Y estas aguas nacióñonle el día en que su hijo la poseyó. No son muchos en el muelle que saben la historia de Iemanjá y de Orungã, su hijo. Pero la sabe Anselmo y también el viejo Francisco. Sin embargo pocos la cuentan, porque puede desencadenar la cólera de Iemanjá. El caso es que ella tuvo un hijo de Aganju, dios de la tierra firme, llamado Orungã, que fue hecho dios de los aires en estas tierras y vivió por estos aires. Pero del pensamiento de Orungã no salía la imagen de la madre, la bella reina de las aguas. Era la más linda de todas y los deseos de él estaban puestos en su madre. Y un día, no resistió más y la violó. Iemanjá huyó y en su fuga se le abrieron los senos y así nacieron las aguas y también esta Bahía de Todos los Santos. Y de su vientre fecundado por el hijo nacieron los santos más temidos, los *orixás* que mandan los rayos, las tempestades y los truenos.

Así Iemanjá es madre y es esposa. Ella ama a los hombres de mar como madre mientras ellos viven y sufren. Pero cuando mueren, es como si fuesen su hijo Orungã, lleno de deseos, queriendo su cuerpo.

Un día Guma oyó esta historia de boca del viejo Francisco, y recordó que su madre vino también una noche y él la deseó. Era como Orungã, era la misma mortificación que se repetía. Por eso, posiblemente, Iemanjá le tenía cariño y le protegía en sus viajes del mar. Y para que no sufriera del mismo mal que Orungã, debía acceder a su pedido y darle una mujer hermosa, tan hermosa casi como era la misma Janaína.

Hoy es el día de la fiesta de Iemanjá. En el Dique, donde ella pasa un tiempo todos los años, su día es el dos de febrero, y en esa fecha la festejan. Pero es en Monte Serrat donde su fiesta es más importante, porque se hace en su propia morada,

en la Gruta de la Madre del Agua, el veinte de octubre. Y vienen los Padres de Santo del Dique, de Amoreira, de Bom Despacho, de Gameleira, de toda la isla de Itaparica. Y este año vino hasta el Padre de Santo Deudedit de Cabeceira da Ponte para asistir a la iniciación de las *feistas*, las sacerdotisas de Iemanjá.

La blanca arena ahora está negra de tantos pies que la pisan. Es la gente de mar que llega, clamando por su reina. Todos son súbditos de la Princesa de Aiocá y todos están desterrados en otras tierras, por eso viven en el mar tratando de alcanzar las tierras de su reina. El canto atraviesa las arenas, atraviesa el mar, las canoas y los saveiros, la ciudad que se mueve a lo lejos, y, con seguridad, llega a esas tierras desconocidas donde ella se esconde:

Iemanjá ven...

Ven del mar...

Es una inmensa masa humana la que se mueve sobre las arenas. La iglesia de Monte Serrat aparece en lo alto, pero no es hacia ella que se dirigen los brazos tatuados. Es hacia el mar, de donde vendrá Iemanjá, la dueña de esas vidas. Hoy es el día en que ella juega en las arenas, el día que festeja sus bodas con los marinos, en que recibe los regalos que le traen novios rudos, en que recibe el saludo de las que pronto serán sus sacerdotisas. Hoy es el día en que ella se levanta, desparrama sus cabellos en la arena, juega con ellos, promete buenos vientos, fructíferos cargamentos, mujeres hermosas. Ellos la llaman:

Iemanjá ven...

Ven del mar...

Vendrá del mar con sus largos cabellos de misterioso color. Vendrá con las manos llenas de valvas y el rostro sonriente. Y jugará con ellos, penetrará en el cuerpo de una negra y será igual a los negros, a los canoeros, a los patrones saveiros, una mujer como las otras del muelle, poseída por ellos, esposa de ellos. Y entonces desaparecerá el muelle negro de Bahía, débilmente iluminado por las lámparas eléctricas, lleno de músicas nostálgicas, y estarán en las tierras de Aiocá donde se habla la lengua de África y donde se encuentran todos los que murieron en el mar.

Pero Iemanjá no viene cantándole nada más, hay que ir a buscarla, llevarle regalos. Y toda esa multitud se embarca en los saveiros y las canoas. Las embarcaciones van abarrotadas, el saveiro de Guma está cargado al límite, el patrón Manuel se abraza a María Clara, con la que en esos días inicia sus relaciones, las mujeres cantan alto, la luna ilumina todo. Mil linternas llenan el mar de estrellas. Guma va con el negro Rufino en el «Valiente». El viejo Francisco también canta y Rosa Palmeirón lleva un cojín lujoso para que Iemanjá repose su cabeza.

La procesión atraviesa el mar. Las voces se elevan y adquieren un tono misterioso, viniendo de los saveiros, de las canoas, y se pierden en el mar inmenso

donde Iemanjá descansa. Sollozan las mujeres, las mujeres llevan cartas de pedidos y regalos, todos tienen algo que pedirle a la madre del agua. Danzan en las embarcaciones y tienen un aire fantasmal esos cuerpos femeninos contorsionándose, esos hombres remando rítmicamente, esa música bárbara que surca el mar.

Rodean la Gruta de la Madre del Agua. Los cabellos de Iemanjá se extienden por el mar azul bajo la luna. Las mujeres arrojan sus presentes, recitan sus pedidos: («Que mi hombre se salve de las tempestades... Tenemos dos hijos para criar, mi santa Janaína...») y quedan con los ojos fijos viendo si los presentes se hunden en las aguas. De quedar flotando es que Iemanjá no aceptó el presente y la desgracia caerá sobre la casa.

Ahora la Madre del Agua vendrá a estar con ellos... Ha aceptado los presentes, ha escuchado sus ruegos, oyó los cantos de los negros. Y las embarcaciones se preparan para regresar. Entonces en la oscuridad de la playa hay relinchos, el grito de un animal. Y todos, desde los saveiros y de las canoas, divisan, a la luz de la luna, la silueta de un caballo negro en la arena. Ésa es la promesa, la gran promesa para Iemanjá. El caballo, tiene los ojos cegados, no ve el mar ante sí. Y los hombres lo empujan. Es negro, retinto, la cola lustrosa, largas las crines. Lo hacen entrar al mar, es el presente para Iemanjá. Montada en el caballo recorrerá sus tierras dentro de las aguas. Montada en él andará por sus mares, vendrá a mirar la luna. Hacen entrar el animal al agua. Lo flanquean con dos canoas, para guiarlo porque está ciego. Vacieron sus ojos con un hierro ardiente, lo marcaron para Janaína. Y lo dejan al borde de la Gruta, y las mujeres entonces repiten sus ruegos («Que mi hombre abandone a esa sinvergüenza de la Ricarda y vuelva conmigo...») y la procesión retorna. El caballo se debate en las aguas, nadando al acaso con sus ojos ciegos, y, finalmente, se va con Iemanjá. Ahora ella cabalga en él durante las noches de tempestad, atraviesa en su caballo negro los pequeños puertos de la cintura dirigiendo los vientos, los rayos y los truenos.

Desembarcan de los saveiros y las canoas. Iemanjá viene con ellos. Es la noche de su fiesta, viene a danzar en los *candomblés* de Itapagipe. Hasta Deusdedit, el Padre de Santo de Cabeceiras da Ponte, ha concurrido a esta fiesta de Inaê. Iemanjá viene con ellos, viene galopando en el caballo que le regalaron hoy. Viene por los aires, cerca de la luna y montada en su negro caballo no teme ni siquiera el encuentro con su hijo Orungã, que la violó.

Y la procesión lenta y rítmica, se balancea como un saveiro en las olas. El viento que pasa lleva para la ciudad dormida un olor de resaca y un rumor de cantos salvajes.

El sonar de los instrumentos resuena por toda la península de Itapagipe. Los músicos también están excitados, lo mismo que todos los que asisten a esta *macumba* del Padre de Santo Anselmo, en honor de Iemanjá. Hace meses que estas negras, que hoy

son *feitas*, fueron iniciadas. Primero recibieron un baño con hojas sagradas, les raparon la cabeza, las axilas, el pubis, para que el santo pudiese penetrarlas más fácilmente, y, entonces, se realizó el *efun*. Sus cabezas fueron pintadas de colores chillones. Y recibieron a Iemanjá, que penetró en ellas por la cabeza, por las axilas o por el pubis.

Iemanjá sólo penetra por el pubis cuando la muchacha es virgen y muy niña, y es como si la tomase a su servicio para peinarla y hacerle cosquillas.

Después quedarán todos esos meses en clausura. No conocerán hombre, no verán ni la calle ni el mar. Han de vivir sólo para Iemanjá. Hoy, día de la gran fiesta, es cuando quedarán definitivamente consagradas *feitas*, sacerdotisas de Iemanjá. Y ellas danzan frenéticamente, contorsionándose, desarticulándose casi, danzando mejor que Rosa Palmeirón que es *feita* hace veinte años. La *mãe do Torreiro*, la directora de la *macumba*, canta los cantos de Iemanjá, en la lengua de Africa:

*A ôdê rêsseê
ô ki é Iemanjá
Akóta guê lêguê a ôiô
Eró fi rilá.*

Las *feitas* danzan como si hubieran enloquecido de repente. Los *ogãs*, y ahora lo son Guma y Rufino, están entre ellas, mueven sus hombros como si remasen. En medio de la fiesta, que ya poseyó a todos (Iemanjá hace tiempo que está entre ellos metida en el cuerpo de Ricardina), Rufino da con el codo a Guma:

—Te está mirando...

Guma mira, pero no descubre a la que se refiere Rufino:

—¿Quién? ¿Esa morena?...

—Ésa tan bonita. No te saca los ojos de encima.

—Si ni mira.

Los hombres se mueven siempre en idéntica cadencia. Iemanjá saluda a Guma, su protegido. La *Mãe do Torreiro* canta:

*O yiná ará we
O yiná marabô
Mabô xá rê nun
Mabô xá rê wá.*

Todos danzan enloquecidos. Pero Guma no quita sus ojos de la concurrencia. Sin duda que ésa que lo miraba es la mujer que Iemanjá le manda. Tiene los cabellos lisos, como mojados, ojos claros de agua, labios rojos. Es casi tan hermosa como la propia Janaína y es jovencita, muy jovencita, sus senos apenas levantan su blusa de percal rojo. La danza domina a la concurrencia, Iemanjá danza para todos, sólo la muchacha no danza, no hace más que mirar a Guma de tanto en tanto con sus ojos

hechos de agua, los cabellos lisos, los senos apenas nacidos, Iemanjá le ha mandado su mujer, esa que pidió cuando todavía era un chico, cuando se apareció su madre. Y Guma no duda un instante que la poseerá, que dormirá en su saveiro y será su compañera en los viajes. Y canta para Iemanjá la de los cinco nombres, madre de los hombres del muelle, su esposa también, que viene a ellos en los cuerpos de otras mujeres que aparecen así de pronto en sus macumbas.

¿De dónde vendría ella? Cuando terminó la fiesta Guma la buscó, pero no dio con ella. Y se fue tras Rufino que ya iba hacia el «Farol de las Estrellas» con su guitarra:

—¿Quién es esa muchacha?

—¿Qué muchacha?

—Ésa que decías que me estaba mirando.

—Y te miraba nomás. Cada ojo como linterna...

—¿Y desde cuándo la conoces?

—Recién hoy la vi por primera vez. Pero es una cosa seria. ¿No viste qué ancas?

Guma sintió rabia:

—No tienes por qué hablar así de una muchacha que ni conoces.

Rufino rió:

—Digo la verdad... Tiene unas ancas...

—Bueno, averíguame quién es y me lo dices.

—Te está gustando ¿no?

—¿Y qué de malo hay en eso?

—Si llega a saberlo Rosa Palmeirón te manda a pique.

Guma rió. Entraron en el «Farol de las Estrellas». Rosa Palmeirón bebía copa tras copa.

—Me voy a ir —decía—, me voy a ir porque el mundo no tiene puertas.

El patrón Manuel, que estaba con María Clara muy orgulloso de la amante, viendo entrar a Guma le gritó a Rosa Palmeirón:

—Vas a dejar recuerdos, negra...

—El que gusta de mí que me siga —y le sonreía a Guma.

Guma fue a sentarse lejos de ella. Ya se sentía de la otra, y era como si Rosa Palmeirón se hubiese ido hacía tiempo. Rosa vino donde él estaba:

—¿Andas triste hoy?

—¿Y no te vas?

—Si quieres, me quedo.

Guma no respondió. Miraba el muelle que cubría la noche. Rosa Palmeirón se dio cuenta de lo que eso quería significar. Con muchos hombres hizo lo mismo y hasta los golpeó. Ella ya era vieja, no servía para un muchacho como Guma. Su cuerpo aún estaba bien hecho, pero no era un cuerpo de joven, era un cuerpo de madre fracasada. Ahora lo comprendía.

Por última vez el recuerdo de la madre prostituida perturbó a Guma. Los grandes senos de Rosa Palmeirón, el puñal entre ellos, le trajeron el recuerdo de los senos de

su madre, también ya gastada por el amor. Pero desde hoy en adelante otra imagen tendría ante sus ojos. Serían los senos apenas nacientes de la muchacha del *candomblé*, sus ojos de agua, limpios, claros, tan distintos a los de Rosa Palmeirón. De esa muchacha sin ABC, sin historia, que le miró sin ocultar nada de lo que sentía.

—Te has hecho famoso en el muelle... Desde lo del «Canavieiras».

La muchacha debía saber que él era Guma, el que en la noche del temporal salvó, solo, con su *saveiro*, un buque lleno de gente. Y sonrío.

Rosa Palmeirón sonrío también. Ella se irá y no amaré más. Ahora sólo deseaba vivir peleando el resto de su vida. Ahora solamente su navaja de la liga y, su puñal del pecho y no su cuerpo bien hecho. Y si regresaba después a su puerto, cansada de barullos y peleas, tal vez recogiese el hijo perdido de una mujer cualquiera, para contarle las historias de esos hombres y enseñarle a ser valiente como debe ser un marinero de verdad. Lo criaría como un hijo, como hubiese criado a ese hijo de su primer hombre, del mulato Rosalvo, que le nació muerto. Fue la amante de Rosalvo muy jovencita, porque el amor no tiene edad. Y llevó siempre por el mundo la maldición de su vieja madre. Él era un vago, tocador de guitarra, que andaba gratis en los *saveiros*, tocando en todas las fiestas de las ciudades del Cinturón. Rosa Palmeirón se enamoró locamente de él cuando sólo tenía quince años. Sufrió hambre, porque él nada tenía, sufrió palizas de Rosalvo cuando se emborrachaba, sufrió viéndolo andar con otras mujeres. Pero al saber que su hijo había nacido muerto por un menjunje que él le diera para hacerla abortar, Rosa Palmeirón se transformó, fue la de la navaja y el puñal, y lo dejó muerto junto a su guitarra. Todo era falso en él, sus canciones, sus miradas, su modo suave de hablar. Casi ni se sorprendió al apuñalarlo en la cama. Era para que pagara la criatura que había matado. Después de meses de cárcel, el juicio, el doctor que decía que ella lo hizo borracha. La dejaron en libertad. Desde entonces fue una mujer temible, eso le gustaba ser, y se aferró a su fama. Habían pasado muchos años, habían pasado muchos hombres también. Y sólo con Guma sintió nuevamente deseos de tener un hijo, un hijo que retozara, entre sus brazos llamándola mamá. Por eso se encariñó tanto con Guma, que ya no la quiere porque la ve vieja. Porque no le dio un hijo. Y la culpa era sólo de ella, que estaba vieja e inútil. Se iría, él ya no la quería más.

Salieron del «Farol de las Estrellas». Caía una leve garúa. Guma le rodeó la cintura con el brazo y pensaba que se merecía una noche de amor por el bien que le había hecho. Una noche de despedida, una última noche bajo el cielo nublado, sobre el mar encrespado por la lluvia. Fueron al «Valiente». Él la ayudó a subir y se tendió a su lado. Y quiso amarla. Pero Rosa Palmeirón lo contuvo (¿Iría a sacar la navaja de la liga? ¿Iría a sacar su puñal del pecho?) y le dijo:

—Me voy, Guma...

La lluvia mojaba mansamente y no venía ninguna música del mar.

—Un día te vas a casar y vas a tener una mujer... Bonita como lo mereces... Pero quiero que me prometas una cosa...

—¿Qué cosa?

—Quería un hijo, pero ya estoy demasiado vieja para eso...

—Qué vas a estar vieja...

La lluvia caía más densa ahora.

—Estoy demasiado vieja, ya ves que no pude tenerlo... Pero te vas a casar, y cuando estés casado y tengas un hijo, yo voy a volver. Ya estoy demasiado vieja; Guma, te juro que no voy a pelear más con nadie, que voy a dejar las armas, no quiero más líos.

Guma la mira, parece otra, está suplicante, los profundos ojos puestos en él, ojos cariñosos de madre:

—No, ya no quiero más líos... Lo que te pido es que entonces le des un sitio en tu casa a esta mujer vieja... Tu mujer no va a saber nada de lo que hubo entre nosotros. Yo no quiero nada más, te juro que me voy a llevar bien con ella. Lo que quiero es ayudarte a criar ese hijo, que será como si fuese de mi hijo... Tengo años como para ser tu madre... ¿Me prometes eso?

Ahora las estrellas están brillando en el cielo, la luna salió también, y una suave música viene del mar. Rosa Palmeirón acaricia la cara de su hijo. Eso sucedió la noche de la fiesta de Iemanjá, la de los cinco nombres.

Un buque ancló en el muelle

Un buque ancló en el muelle y en él se fue Rosa Palmeirón. Guma miraba a la mujer que desde la tercera clase agitaba un pañuelo. Ella se iba a su aventura que sería la última. Al volver encontraría una criatura para cuidar, alguien de quien ser abuela. Todavía desde muy lejos continuaba agitando el pañuelo y los hombres del muelle respondían sus adioses. Alguien, detrás de Guma, dijo:

—Loca linda... No vive más que corriendo mundo...

Guma venía andando por la ribera del muelle. La tarde caía mansamente. Un cargamento de tejidos lo esperaba para que lo transportara a Cachoeira. Pero él no tenía voluntad para salir del muelle. Desde varios días, desde la fiesta de Iemanjá, sólo pensaba en encontrar la muchacha que lo mirara. Nada había conseguido saber de ella, mucha gente vino a la fiesta, hasta hubo de las plantaciones de Conceição da Feira. Anduvo recorriendo todas las calles cercanas al muelle, examinando casa por casa, sin encontrarla. Nadie pudo darle noticias de ella. Con seguridad que no vivía en el muelle, porque ahí todos se conocen. Tampoco el negro Rufino conseguía ninguna información. Pero Guma no se desanimaba, sabía que la iba a encontrar.

El cargamento de tejidos lo espera. Cuando terminaran de estibar la carga partiría. Una vez más iba a subir el río. Tan aventurada es la vida de los patrones de saveiros, que subir y bajar el río y atravesar la bahía, no significa ninguna aventura. Una cosa de todos los días, que ningún temor produce. Por eso el viaje no preocupa a Guma. Le preocupa encontrar a la muchacha, y por eso daría cualquier cosa.

Ahora que se ha ido Rosa Palmeirón, está libre para un nuevo amor. Se dirige al muelle silbando bajo. En el Mercado cantan. Es un grupo de marineros y estibadores. En medio de ellos un mulato canta y baila:

*Soy mulato y no lo niego.
¡Dios mío, cuánta es mi pena!
Y aunque lo quiera negar
Este pelo me condena.*

Los otros golpean las manos. Los labios abiertos en sonrisas, los cuerpos moviéndose en el ritmo de la danza. El mulato canta:

*Así quisiera ser blanco
El cabello me delata...*

Guma se va allegando al grupo. Al primero que ve, muy elegante con un traje azul marino de buen casimir, es a Rodolfo, que hacía meses que no aparecía por allí. Rodolfo, sentado en un cajón, reía con el mulato que cantaba. En el grupo estaban Javier, Mano Manca, Jacques, Severino. El viejo Francisco sentado más atrás chupaba

su pipa.

Rodolfo, en cuanto vio a Guma, lo saludó con la mano:

—Estaba queriendo verte porque tengo que decirte algo...

—Bueno...

Ahora el mulato terminó de cantar y sonreía al grupo. Respiraba agitado por el baile, pero tenía un aire de triunfo. Era Jesuíno, marinero del «Sirena del Mar», una chata que hacía viajes entre Bahía y Santo Amaro. Le sonrió a Guma:

—Qué tal, hermano...

Mano Manca acotó el saludo diciendo:

—No le hables mucho a Guma... Anda con el timón cambiado...

—¿Qué?

—Está sin rumbo. Ha visto una aparición...

Los otros rieron. Mano Manca continuó:

—Dicen que el hombre cuando anda metido con una mujer, es hombre a pique. ¿Se dan cuenta? Casi choca el «Valiente» contra un bajío.

Guma estaba juntando rabia. A él nunca le gustaron las bromas, pero ahora le producían una sorda rabia, no sabía por qué. Si Mano Manca no fuera un lisiado... Pero Severiano y Jacques se agregaron a la broma:

—Será un cuero la que ha conseguido.

—Ha de ser alguna vieja que ya debe estar perdiendo la cáscara... —agregó Severiano largando una de sus escandalosas carcajadas.

Rufino vio que iba a haber bronca e intervino:

—Déjense de chistes. Cada uno con su vida...

—¡Ah! También estás de socio en el asunto...

Y se reía con más ganas. Todos soltaron la carcajada. Pero poco pudieron reír, porque Guma saltó sobre Severiano. Jacques quiso apartarlos, cuando Rufino lo agarró:

—Un hombre para un hombre...

—No seas estúpido, negro, qué te la estás dando tanto de hombre... Hembra de canoero...

Y arremetió contra Rufino, que dio un salto atrás y cantó:

Vamos, si tienes coraje

Y deja de cacarear...

Desvió un golpe de Jacques, le puso la pierna y Jacques quedó tendido en el suelo. Guma golpeaba a Severiano. Los otros observaban sin llegar a comprender del todo. Severiano se libró de Guma y sacó el cuchillo. El viejo Francisco gritó:

—Lo va a matar...

Severiano recostado en la pared del Mercado, cuchillo en mano, gritó a Guma:

—Llámala a Rosa Palmeirón para que te defienda.

Guma le saltó, pero la rodilla de Severiano lo alcanzó en la boca del estómago, cayó encogido. El otro se le echó encima con el cuchillo. Fue cuando Rodolfo, que silbaba la melodía de cantor, se metió en la pelea y apretó la muñeca de Severiano hasta que soltó el cuchillo. Y le dio unos puñetazos hasta dejarlo tirado:

—Vean al hombre, con cuchillo en la mano.

Ahora Rufino cantaba triunfal:

*Hinchadito y paliducho
Cara de papa en puré
Pone cara de vergüenza
Tira mi nombre a los pies.*

El grupo se dispersó lentamente. Unos llevaron a Severiano a su barco. Jacques se dirigió a su casa jurando vengarse. Guma y Rufino se fueron al saveiro. Ya estaba Guma dentro del barco cuando oyó que lo llamaba Rodolfo:

—¿Qué haces?

Se volvió:

—Si no te metes al medio, el negro me mata.

—No tiene importancia...

Rodolfo recordó:

—Me pareció aquella pelea de cuando éramos chicos... Solamente que ahora estaba con ustedes...

Se quitó los bien lustrados zapatos y se entró en el barrial del muelle:

—Quiero hablarte...

—¿Y qué será?

—¿Andás ocupado ahora?

—No —Guma presentía que quería pedirle dinero.

—Entonces tengo que decirte algo.

Rufino discretamente se fue:

—Hasta luego.

Rodolfo se pasó la mano por el cabello tirante de brillantina que olía a perfume barato. Guma pensaba dónde habría estado estos últimos meses. ¿En alguna otra ciudad? ¿Preso por algún robo? Era una buena pieza, según todos afirmaban. Carterista, hacía el cuento del tío y una vez acorraló a un hombre con el puñal en Pitangueiras para sacarle dinero. Fue su primera entrada en la cárcel. Pero ahora Rodolfo no andaba necesitado, no venía a pedirle dinero.

—¿Vas a salir hoy mismo?

—Tengo que ir hasta Cachoeira.

—¿Cosa de apuro?

—Y sí, unos tejidos de Don Rangel que estaban en depósito. Él quiere que estén allá para Carnaval.

—Va a estar bueno el Carnaval...

Guma bajó a la bodega para arreglar unos fardos:

—Puedes hablarme nomás de lo que querías...

Rodolfo encontró que así era mejor, más fácil. No lo veía a Guma que estaba en la bodega y podía hablar con mayor franqueza:

—Es una historia muy larga de contar. Mejor es que empiece del principio...

—Bueno.

—No sé si te acuerdas de mi padre...

—¿Del viejo Concordia? Me acuerdo, cómo no... Tenía un puesto en el Mercado.

—Eso es. Pero no conociste a mi madre. Murió cuando yo nací...

Se quedó mirando el agua. Veía la silueta de Guma moviéndose en la bodega.

—Te estoy escuchando...

—Bueno, el viejo Concordia no estaba casado con ella...

Guma miró hacia arriba con sorpresa. Veía a Rodolfo contemplando el agua con ojos pensativos. ¿Por qué vendría a contarle esto?

—Su mujer verdadera vivía en la ciudad alta, en una calle de arriba. Cuando estaba por morir el viejo me lo contó... Yo no fui a ver a esa mujer, ¿qué tenía yo que hacer con ella? Me quedé aquí con ese cascajo de saveiro que el viejo me dejó y después me fui a hacer otra vida. No me gusta esta vida del muelle.

Guma subía luego de arreglar los fardos de tejido. Se sentó frente a Rodolfo:

—Es una miseria... Pero qué va a hacerle uno...

—Así es nomás... Me fui del muelle y anduve rondando de un lado a otro.

Agachó la cabeza:

—Ya sabes que estuve preso... Bueno, días pasados yo andaba muy contento de la vida, con unos centavos que me gané en un lindo negocio... cuando me encontré con mi hermana...

—¿Tenías una hermana?

—Yo tampoco lo sabía. Mi padre nunca habló de esta hija. Solamente me dijo que fuera a ver a su mujer y que ella, que ya conocía todo, me iba a criar como si fuese hijo suyo.

—¿Y ella tenía una hija?

—La encontré ese día. Me andaba buscando. Desde la muerte de su madre hace cosa de un año.

—¿Y dónde estuvo todo ese tiempo?

—Estaba con unos tíos, unos parientes de ella.

—¿Parientes del viejo Concordia?

—No. De la madre de ella. Un lío, no sé bien.

Pero lo que Guma no llegaba a entender qué es lo que tenía que ver él con todo esto y el motivo por el cual Rodolfo le contaba estas cosas.

—Bueno, no te imaginas. Mi hermana se quiere encargar de mí. Dice que me va a corregir, poco a poco. Una cosa te aseguro, nunca he visto una criatura más buena...

Es más joven que yo, anda por los dieciocho años... Enderezarme no me endereza, yo ya perdí la vergüenza. Cuando uno se mete en esta vida, no sale más...

Guma comenzó a silbar mansamente. Ahora le tenía lástima a Rodolfo. No lo querían en el muelle. Decían que era una buena pieza, que no servía para nada, que tenía alma de pillo. Se había dado a la mala vida y ahora no podía dejarla, ni aun con la ayuda de una buena hermana.

—Voy a hacer lo que pueda, te prometo, me da lástima, la pobre. Me dice que si sigo así termino mal, y tiene razón.

Hizo un amplio gesto con las manos como apartando esta conversación y explicó:

—Mi hermana quiere que te lleve a verla...

—¿A mí? —Guma estaba asombrado.

—Sí, eso... Los parientes que te dije venían en el «Canavieiras» el día que lo trajiste al puerto. Fue una cosa de valiente lo que hiciste. Los parientes habían ido a Ilhéus para ver si se arreglaban por allá, pero no consiguieron nada y se volvían. Tienen un negocito en la calle Barbosa. Venían en tercera y ya creían que se ahogaban. Ella te quiere agradecer...

—Qué va a agradecer, una pavada. Cualquiera lo hubiese hecho. Tuve suerte que el mar no estuviera demasiado bravo...

—Ella te vio el otro día, no vino más que para ver si te veía. El día de la fiesta de Janaína. Estaba en el *candomblé* de Anselmo.

—¿Una morena de pelo lacio?

—Esa misma.

Guma no sabía qué decir. Miraba asombrado a Rodolfo, al saveiro, al mar. Sentía impulsos de cantar, de gritar, de saltar de alegría. Rodolfo se sorprendió:

—¿Qué te pasa?

—Nada. Ya sé quién es...

—Bueno. Te llevo cuando vuelvas del viaje. Le voy a mandar decir que vas.

Guma miraba con rabia al saveiro, el cargamento. Hubiese querido ir esa misma noche:

—Claro, que voy a ir.

—Entonces, hasta la vuelta. Avísame cuando llegues. —Rodolfo saltó del saveiro llevando los zapatos en la mano. Guma alcanzó a gritarle todavía:

—¿Cómo se llama?

—Livia.

Guma izó las velas del saveiro y levó anclas, aprovechando el viento. El patrón Manuel iba en el «Viajero sin Puerto» atravesando el tajamar. Nadie en esa época hacía correr un saveiro como el patrón Manuel. Guma observó al «Viajero sin Puerto». Iba rápido, las velas tendidas al viento. Ya era noche cerrada. Guma encendió la pipa, encendió la linterna del «Valiente», y el saveiro se deslizó por las

aguas.

Cerca de Itaparica alcanzó el saveiro del patrón Manuel:

—¿Hacemos una apuesta, Manuel?

—¿Hasta dónde vas?

—A Maragogipe primero, de ahí a Cachoeira.

—Entonces apostamos hasta Maragogipe.

—Apostado.

—Yo también voy en la apuesta —gritó el negro Antonio Balduino que iba en el saveiro del patrón Manuel.

—Apostado.

Y los saveiros salieron juntos surcando las aguas tranquilas. En el «Viajero sin Puerto» María Clara cantaba. Al oírla, Guma comprendió que perdería la apuesta. No hay viento que se resista a una linda canción. Y la que María Clara canta es de las más lindas. El saveiro del patrón Manuel se aproxima. El «Valiente» va sin voluntad, porque Guma está todo entregado a la magia de la canción. Las luces de Maragogipe son visibles al margen del río. El «Viajero sin Puerto» lo pasa y Guma le arroja el importe de la apuesta. El patrón Manuel le grita:

—Buen viaje.

Está satisfecho porque ha vencido en una carrera más y su fama se consolida. Lia vencido a Guma que también tiene fama en el muelle. Es un buen patrón de saveiro, de mano firme en el timón, valiente como no hay otro. La noche del «Canavieiras» ninguno se animó a salir, sólo él tuvo el coraje de hacerlo. Ni el mismo patrón Manuel se animaba. Ni Javier, que estaba a disgusto en la vida. Solamente Guma fue. Desde entonces su fama se afirmó en el muelle. Él es ya de los que dejan una historia para ejemplo de los demás.

El saveiro navega en la tranquila noche del río. Entra en la gran curva de Maragogipe. Guma es feliz. Ella se llama Livia. No conoce ninguna mujer con ese nombre. Cuando ella esté con él, el patrón Manuel perderá todas las carreras, porque Livia cantará hermosas canciones como María Clara, viejas canciones del muelle. Iemanjá lo ha oído y le mandó su mujer.

Hay una canción del muelle que dice que es desgraciado el destino de las mujeres de los hombres del mar. Dicen también que el corazón de los hombres del mar es voluble como el viento, como los barcos que no permanecen en ningún puerto. Pero todo barco tiene el nombre de su puerto en la proa. Puede andar por otros puertos, puede viajar muchos años, pero nunca se olvidará de su puerto y a él regresará un día. Así es el corazón de los marineros. Nunca olvidarán la mujer que sólo a ellos les pertenece. Javier, que tantas mujeres tiene de paso, nunca olvidará ésa que lo llamaba Caburé y se fue una noche con un hilo suyo en las entrañas. Guma tampoco olvidará a Livia, esa Livia que apenas ha entrevisto. El saveiro llegaba a Maragogipe.

El interesado ya lo esperaba en el puerto. Trataron el flete por el cargamento de cigarros que el saveiro iba a transportar de vuelta. Guma toma una copa en el boliche

próximo y se embarca nuevamente en el «Valiente».

Le es necesario ir de prisa. Es por estos lados que se apareció el caballo blanco. Hace tantos años de esto que ya se ha perdido la cuenta. El caballo blanco anda sin parar. Nadie sabe por qué galopa así por entre los montes de junto al río. Ruinas de viejas casas feudales, ingenios abandonados, son hoy propiedad del caballo blanco, de la aparición que galopa sin tregua. Quien lo ve no puede salir de su sitio. Es verdad que la época de su aparición es por mayo, el mes preferido para sus correrías. Guma avanza con su saveiro, y, sin quererlo, espía los montes donde la aparición se presenta.

Dicen que es el alma en pena de un malvado señor de ingenio, que mataba sus esclavos y hacía trabajar a las bestias hasta que caían muertas por extenuación. Ahora, transformado en caballo blanco, recorre la margen del río purgando su maldad. Sobre él lleva una pesada carga como la que hacía transportar a sus caballos. Y galopa haciendo sonar su carga contra los arbustos del monte. Y cuando pasa, hasta el suelo tiembla como carne de tortuga. Los que lo ven no pueden salir del sitio. Y sólo dejará de correr por esas tierras de las que fuera dueño, cuando alguien le tenga compasión y le quite su carga, unos grandes cestos llenos de piedras para la construcción de la casa grande de su ingenio. Hace muchos años que no para de correr.

Ese rumor que Guma oye, debe ser el galope del caballo blanco. Hoy siente impulsos de ir al monte y librar al señor del ingenio de su castigo. Porque Guma es feliz. Su saveiro navega veloz por el río. Perseguido por el rumor de la carrera del caballo blanco. Va veloz también porque quiere regresar mañana sin falta, regresar a su puerto donde verá a Livia.

Nunca un viaje le pareció tan largo. Mucho le queda, sin embargo, por hacer. Dejar el cargamento en Cachoeira, venir a Maragogipe, descender hasta Bahía. Largo es un viaje cuando hay ansia de volver, No pasará mucho tiempo sin que Livia esté en su saveiro y cante y haga que el «Valiente» gane todas las apuestas. Por eso necesita ir más de prisa, porque el viaje es muy largo, largo de dos días.

Saludan a Guma de todos lados. El boliche hierve de gente. El muelle de Cachoeira está siempre concurrido. Vienen embarcaciones de todas partes, y hoy atracó en el puente un buque de la «Bahiana». Saldrá a las tres de la mañana, por eso los marineros del buque no duermen, están todos en el boliche, bebiendo, besando a las mujeres. Guma se sienta con un grupo y pide *cachaza*. Un ciego toca la guitarra en la puerta. Las mujeres ríen, ríen continuamente, sin tener por qué, sólo por agradar. Sin embargo, una se está lamentando de la vida con un marinero:

—Todo anda tan mal... Es un miseria... No se saca nada. Ni para la comida.

Le cuentan a Guma de una trifulca que hubo la víspera entre unos canoeros y unos muchachos de la ciudad. Fue en una casa de mujeres. Los muchachos estaban borrachos. Uno de ellos quiso entrar al cuarto de una mujer que estaba con Traira, canoero del «María de la Gracia». Metió un pie en la puerta, y Traira, levantándose,

abrió de golpe la puerta y el otro cayó adentro. Se levantó en seguida y comenzó a insultar a Traira, a gritar que esa mujer era de él y que si ese «negro sucio» no se iba le rompería la cara. Los muchachos, que eran seis, se reían y gritaban al canoero que se fuese si no quería recibir una paliza. A Traira se le fue subiendo la sangre a la cabeza y ahí nomás se les echó encima.

—Era uno contra seis... No podía vencerlos, salvo un milagro del cielo — explicaba Josué, un negro gordo—. Pero los peleó, los peleó como hombre que es, lo golpearon, pero salió con honra. Nos juntamos varios, fuimos allá y se hizo un desparramo... Los muchachos dispararon que daban lástima. Uno hasta se metió debajo de la cama de una de las mujeres... Reían alegremente. Guma reía también:

—Bien hecho. Así aprenden a no ser estúpidos.

—Pero no estás enterado de lo mejor, casi todos son empleados de las casas de comercio. Hoy anduvieron en un alboroto del diablo. Dele charlar del asunto. Como si fueran mujeres comadreando. Todo el cuento al revés. Bueno, como ellos están haciendo ejercicios de tiro, dicen que después del ejercicio nos van a esperar en la casa ésa.

—Se la andan buscando.

—Se creen porque hacen ejercicio de tiro que son hombres —rió un mulato altísimo.

—Nosotros ahora nos vamos allá para esperarlos. Vas a venir con nosotros, ¿no?

Guma hizo con la mano que no. En cualquier otra ocasión iría sin vacilar, iría con gusto, porque no era de escaparle a una trifulca. Pero ahora quería estar cuanto antes en el saveiro, escuchando una canción que viniese del mar para pensar en Livia.

—¿Cómo? ¿No vienes? —se sorprendió Josué—. Francamente, no esperaba esto de un compañero de coraje.

—Yo no tengo nada que ver con ésos —trató de argumentar Guma.

—¿Cómo que no tienes nada que ver? ¿Acaso no somos todos marítimos?

Guma vio que no había forma de evadirse. Si no los acompañaba, ninguno le tendería más la mano en la ribera del muelle.

—Bueno, no dije nada. Voy.

Llegó Traira, que traía unas copas de más. Fue saludado a gritos:

—¡Viva Traira! ¡Lindo macho!

Traira saludaba:

—Salud a todos. Y, viva la marinería...

Guma poco lo conocía. Él casi no iba a Bahía. Con su canoa andaba por los puertos de la Cintura, transportando tabaco de un lado a otro. Mulato cobrizo, color hormiga, tenía un cuidado bigotito y el pelo cortado en cepillo. Josué lo presentó a Guma:

—Éste es Guma, un valiente de verdad.

—Ya nos conocemos —dijo Traira.

Reía con la boca abierta, un escarbadietes en la comisura. Llevaba una camisa a

rayas y se inclinó cómicamente:

—He oído mentarlo... No fue usted...

—Sí, fue él. Salió con un barquito en medio de un temporal que parecía el fin del mundo y se trajo al puerto al «Canavieiras».

—Entonces lo de hoy es un juguete para un hombre tan valiente.

—Josué me estaba contando...

—Primero me agarraron a mí solo. Casi me echan a pique. Después fueron pan comido.

—Hay que ver cómo quedaron... —y Josué hizo un gesto misterioso con la mano, cerrando y abriéndola, y después dejó caer el puño sobre la mesa. Quería decir que habían aplastado a los contrincantes.

—Ahora andan queriendo buscar camorra. Dicen que van a estar todos allá...

De la calle venía un rumor de pasos acompasados. Eran los que regresaban de los ejercicios de tiro. Se oyó una orden:

—Media vuelta, mar...

Y el rumor de los pasos arrastrados en el pavimento. Josué pidió más *cachaza*. Traira propuso:

—¿Vamos yendo? Si no llegaremos tarde y van a decir que nos hemos disparado.

Echaron unas monedas sobre el mostrador y salieron. Eran como unos doce. Los marineros de la «Bahiana» no vinieron porque su barco salía de madrugada. Uno se quedó lamentando:

—Miren que perderse una cosa así. Y yo que me muero por estar en un zafarrancho... Es mala suerte...

Se encaminaron hacia la calle de las mujeres. Hablaban de diversas cosas, como si hubiesen olvidado a qué iban. Contaban episodios de pesca, uno flaquito refería una historia interminable de una comida que comió en casa de su compadre en San Félix. Traira escuchaba agachado, brillándole la cabeza rapada cada vez que pasaba debajo de un poste de luz. Pero cuando entraron en la calle de las mujeres comenzaron a gritar:

—Aquí estamos.

Los que pasaban, los miraban asustados. Era un grupo extraño. De lejos se conocía que eran hombres de mar; caminaban con ese paso largo e inseguro de los que viven sobre las embarcaciones. Los cuerpos se bamboleaban como si los sacudiese un viento fuerte. Un muchacho de unos dieciséis años dijo a su compañero de más edad:

—Vienen marineros. Vámonos.

El otro hizo un gesto despectivo y echó una bocanada de humo de su cigarrillo.

—¿Y qué hay? ¿Qué es un marinero? Yo no les tengo miedo.

Se quedaron observando. Un viejo pasó rezongando:

—¿Qué hace la policía? Una banda de malevos. Ninguna persona decente puede andar segura. —Y miraba con nostalgia a las mujeres que se reclinaban en las

ventanas.

El grupo pasó junto a los dos muchachos. El del gesto despectivo lanzó una bocanada de humo que dio en la cara de Josué.

—¿Esto fue a propósito, nene? —Josué lo miraba amenazador.

El muchacho explicaba con voz trémula que no había sido a propósito. Su compañero lo ayudaba en la explicación. El grupo se había detenido más adelante.

—¿Ustedes no son espías de los otros?

—Nosotros no tenemos que ver nada con nadie. Ya nos íbamos.

Traira le gritó a Josué:

—Vamos rápido, hombre. Si no llegamos tarde.

El muchacho suplicó:

—No me pegue, señor. Yo no hice nada.

Josué bajó la mano pronta a darle un golpe:

—Entonces, andate rápido de aquí.

Los muchachos desaparecieron. Guma preguntó a Josué:

—¿Qué era?

—Nada. Unos chicos que casi se mueren de susto.

Entraron en una de las casas. De adentro vino una mulata gorda, bamboleando las caderas:

—¿Qué es lo quieren aquí?

Josué le acarició la barbilla:

—Cómo le va, madrina.

—Madrina del diablo, no tuya. ¿Qué es lo que vienen a hacer? ¿Lío como ayer? Después la que tiene que verse con la policía soy yo. Mándense a mudar.

—Vamos, Tiberia. Venimos a charlar un ratito con las chicas. ¿Así que hasta eso nos van a prohibir?

La proxeneta los miraba desconfiada:

—Ya sé lo que ustedes quieren. Armar escándalo. Ya bastante mala es la vida para echarse todavía encima más complicaciones.

—Solamente queremos tomar unas cervezas, Tiberia.

Fueron entrando. En el salón las mujeres, sentadas en torno a la mesa, los observaban amedrentadas. Uno de su grupo, volviéndose hacia Guma, le dijo:

—Éstas nos miran como bichos raros. ¿O nos habrán tomado por aparecidos?

Una mujer rubia, ya envejecida, se dirigió a Traira:

—¿Vienes a armar bochinche de nuevo, porquería?

—He venido nada más que a rematar el amorcito de ayer, Lulú.

Se sentaron a la mesa. Trajeron cerveza. No eran más que cinco mujeres. Tiberia advirtió:

—No tengo mujeres para todos. Para cinco, nomás...

—Los demás se van a ir a otras casas —contestó Traira.

—Pero antes vamos a tomarnos una cerveza juntos.

Y Josué golpeó la mesa reclamando urgente más cerveza. Después parte del grupo salió para otras casis. Cuando llegasen los del ejercicio de tiro, saldrían para esperar cerca de la casa de Tiberia el momento del lío. De los doce, sólo quedaron sentados a la mesa Traira, Josué, el mulato flaco, uno que tenía un tajo en el labio, y Guma, de quien Josué, que ya estaba borracho, se sentía muy amigo:

—No te das cuenta todo lo amigo tuyo que soy. Delante mío nadie habla mal de mi amigo Guma...

El del tajo dijo:

—Yo conocí a su padre. Dicen que se había despachado a uno...

Guma no contestó. Una mujer trajo una victrola para hacer música. Josué arrastró una mulatita para el cuarto. Traira fue con la rubia vieja. Tiberia contaba las botellas de cerveza bebidas. El del tajo echó la cabeza sobre la mesa. Una mujer se le acercó:

—¿Y yo me quedo sin ninguno?

Y se lo llevó casi a la rastra. El mulato flaco dijo:

—Yo vine para la pelea. Pero ya que estoy aquí... —Y fue con la otra mujer.

La que le tocó a Guma era una morena jovencita. No debía tener mucho tiempo en la vida. En el cuarto se comenzó a desnudar:

—¿Me vas a pagar un coñac, simpático?

—Bueno.

—Tiberia. Tráeme un coñac.

Ya en camisa recibió el coñac entreabriendo la puerta. Lo bebió de un trago después de decir:

—¡Salud!

Restalló la lengua y agradeció: «Gracias». Y se acostó boca arriba:

—¿Qué estás esperando ahí? —Guma estaba sentado a los pies de la cama—. ¿No vienes?

Guma se sacó los zapatos y el saco. Ella dijo:

—Me está pareciendo que ustedes vinieron aquí por otra cosa.

—¿Por qué otra cosa iba a ser?

Una vela iluminaba el cuarto. Ella explicó que la lámpara estaba quemada, «era tan miserable el servicio de electricidad de Cachoeiras...». Guma, tendido en la cama, miraba hablar a la muchacha. Era muy joven, pero pronto estaría vieja. Esta misma vida hizo la madre de él. Es desgraciado este destino. Le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Rita —se volvió hacia él—. Rita María de la Encarnación.

—Lindo nombre. Un nombre largo. ¿De dónde has venido?

—De por ahí... Y aquí estoy porque... —y concluyó la explicación con un gesto vago y una mirada triste—. Bueno, soy de la capital.

—¿De Bahía?

—¿Y por qué no? ¿O te crees que soy una del campo?

—Es que me pareces muy joven para estar metida en esta vida...

—La desgracia no pregunta la edad.

—¿Cuántos años tienes?

La sombra de la vela dibujaba fantasmas en el reboque de barro de la pieza. La muchacha estiró una pierna y miró a Guma:

—Dieciséis, ¿y para qué lo quieres saber?

—Tan joven y ya en esto. Mira, yo conocí una mujer (recordaba a su madre) que se puso vieja en seguida.

—¿Es para darme consejos que has venido? Más que marítimo, pareces un cura.

Guma sonrió:

—Decía, nomás... Me daba pena...

La muchacha se sentó en la cama. Sus manos temblaban:

—No necesito que me tengas lástima. ¿Qué has venido a hacer aquí?

Y, vaya a saber por qué, se cubrió con la sábana, con repentina vergüenza. Guma ahora estaba triste y no le importaba que lo agraviara. La veía tan bonita, tan joven con sus dieciséis años y pensaba que su madre debió ser como ella. Le daba pena y lo que le decía lo entristecía. Púsole una mano en el hombro, y con tal suavidad, que ella lo miró de nuevo:

—Discúlpame...

—¿No sabes quién era esa mujer de la que te hable? Era mi madre. Cuando la conocí todavía no estaba en edad de ser vieja, pero ya andaba concluida como casco de saveiro náufrago... Siendo tan joven y bonita, ¿cómo estás aquí? —Guma gritaba sin saber por qué—. No tienes nada que hacer aquí. No debes estar en un sitio como éste.

Ella se cubría aún más con la sábana. Temblaba como si tuviese frío, como si la hubiesen castigado. Guma se arrepintió de haberle gritado.

—¿Por qué estás aquí? ¿Por qué no te vas? —su voz se hacía tierna, como la de un hijo hablando a su madre. Le decía todo lo que hubiera querido decirle a su madre.

—¿Y adónde quieres que vaya? Cuando se cae aquí es como si una se hundiese en un pozo. No hay de dónde agarrarse. Una se hunde, nomás...

Parecía que iba a llorar:

—¿Para qué hablaste de estas cosas? Yo estaba tranquila con mi vida. Me has venido a mortificar. No sé qué ganas con eso.

La luz de la vela moría y resucitaba a cada momento.

—Te dije una mentira. No soy de Bahía. Nunca estuve allá. Soy de Alagoinhas, y vine aquí por vergüenza. Fue un viajante de comercio. Salí de mi tierra por vergüenza. Mi hijito murió...

Guma puso una mano sobre la cabeza de Rita, que sollozaba bajito, recostada en su pecho:

—¿Y qué es lo que puedo hacer?

Golpearon a la puerta. Se oyó la voz de Josué:

—¡Guma!

—¿Qué hay?

—Están llegando. Vamos.

De fuera, de la calle, llegaban rumor de pasos y de voces. La muchacha se agarró del brazo de Guma:

—¿Qué pasa?

—Va a haber alboroto... —E hizo ademán de saltar de la cama.

Pero ella lo contuvo con los dos brazos, el rostro lleno de miedo, los ojos todavía con lágrimas. Lo retenía como si retuviera su última esperanza, un árbol al borde del abismo:

—No vayas...

Él la acarició:

—No va a ser nada. Déjame.

Ella lo miraba sin comprender:

—¿Y yo? ¿Qué será de mí? No, no vayas, no te dejes... No vas a ir, te van a matar... Si te llegan a matar, me mato...

Él se le escapó, salió del cuarto, y desde el corredor, a pesar del ruido que hacían los invasores al entrar, gritando, aún oía sus sollozos y su voz:

—¿Y yo? Yo me voy a matar también...

Habían venido como setenta muchachones que hacían ejercicios de tiro, los solteros, no venían los casados. Invadieron los cuartos golpeando a los hombres y las mujeres. Pero los marítimos reaccionaron. Nadie supo si fue Traira el que primero sacó el cuchillo o si fue el otro que le tiró. Al llegar la policía, los marítimos habían huido por los fondos saltando el muro y desaparecieron en el muelle, lugar peligroso para ir a buscarlos. El que recibió la puñalada de Traira acababa de morir. Otro tenía una herida leve, una puñalada en el brazo. El rastro de sangre mostraba que Traira se escapó baleado, y el sargento, director de los ejercicios de tiro, afirmaba que recibió el tiro en el pecho, porque había visto cuando el fallecido disparó:

—A pesar del balazo, el mulato le clavó el puñal. Después se escapó, iba doblado en dos. La bala le dio en el pecho, puedo asegurarlo. No creo que aguante ni hasta el muelle.

Rita también había muerto. Se interpuso entre Guma y la bala que disparó el sargento. Pero nadie la tenía en cuenta, ninguna importancia se daba a la muerte de la prostituta. El muchacho fallecido era de buena familia, prestigiosa en el lugar, hijo de un abogado. El comisario se rascó la cabeza (cuando lo llamaron estaba durmiendo), observó el cadáver de Rita, y lo tocó con el pie:

—¿Y ésta? ¿Qué hacía?

La rubia vieja estaba también sorprendida:

—Le dio como una cosa. Salió de su cuarto y se agarró al que había estado con ella, quería llevárselo, Y cuando comenzó el tiroteo, se metió en medio, y la alcanzó

la bala...

—¿Era la amante del hombre?

—Me parece que recién lo conocía de esta noche... —movía la cabeza—. Le dio como una cosa...

Las otras tampoco comprendían lo hecho por Rita. Ninguno comprendía. Nadie sabía que ella se había purificado dejando para siempre esa vida para la cual no estaba hecha. Y la dejó por un amor. La proxeneta Tiberia repitió con los ojos asombrados:

—Le dio como una cosa...

Guma se tiró al agua a buena distancia del «Valiente». Nadó hasta el saveiro y subió a él. Una sombra apareció frente a él hablando en voz muy baja:

—¿Guma?

Era Josué. Estaba desnudo de la cintura para arriba. El río crecía y el saveiro se había apartado un buen trecho del muelle.

—Fue un bochinche del diablo... Traira está aquí. Lo traje a nado. Casi no llegamos.

—¿Para qué lo has traído?

—Está muy mal. Hay que llevarlo nomás a Bahía. Si lo agarran aquí lo liquidan al pobre. Y encima con una bala en la barriga...

El muelle estaba desierto. Al buque de la «Bahiana» subían pasajeros extraños. Las canoas habían desaparecido. Josué explicó:

—Cuando llegué con él todos estaban ya lejos. No quedaba más que el «Valiente». Y llevarlo con mi canoa imposible, no llega allá vivo.

—¿Dónde lo pusiste?

—En la bodega. Ya le vendé la herida y ahora parece que se ha dormido.

—¿Y qué hago con él?

—Tienes que ver allá al doctor Rodrigo, es un buen hombre y lo va a atender. Después se arreglará...

—Bueno.

Guma con la linterna observó a Traira acostado en la bodega. La sangre se había detenido. Parecía un muerto. Apenas la respiración mostraba que vivía aún. Estaba lívido, la linterna iluminaba su cabeza rapada. Josué habló:

—Hay que apurarse, la policía va a venir de un momento a otro.

Ayudó a Guma en las maniobras y al partir el saveiro se arrojó al agua. Le hizo un saludo con la mano:

—Hasta la vista... Y cuenta conmigo para lo que sirva...

Al salir del puerto, Guma notó un desusado movimiento en el buque de la «Bahiana». Unos hombres subieron a bordo y hablaban en voz alta. Con seguridad, policías. Guma empuñaba el timón y el saveiro iba a toda vela. Apagó la linterna,

siguió con cuidado, había muchos bajíos y la noche era oscura. Oyó la sirena del buque dando el primer aviso. «Tengo todavía una hora», pensó. Una hora para tomar la delantera y evitarse la revisión del saveiro. Se escondería en algún rincón del río hasta que el buque pasara. Porque si lo pescaban con Traira a bordo estaba arreglado. Quizás ni preso lo llevarían. No era costumbre por estos lugares llevar preso. Una puñalada y lo tirarían al agua. No se iban a conformar sólo con Traira que estaba agonizando, tenían que vengarse en otro más. El muerto era de buena familia, gente de prestigio... Guma observó alrededor suyo. El mar estaba en calma, el viento soplaba bien llevando veloz al saveiro. El mar ayuda a sus hombres. El mar es amigo, fiel amigo. El saveiro se deslizaba sobre las azules aguas. Guma sorteó un bajío. Ahora navega por un estrecho canal. Tiene los ojos atentos y la mano firme en el timón. Traira gime en la bodega. Guma le dice:

—Traira... ¿Me estás oyendo?

Como respuesta, los gemidos aumentan. Pero Guma no puede abandonar ahora el timón. Es muy peligroso dejar sólo al saveiro en este canal:

—Ya voy a ir... Un minuto nomás...

Los gemidos continúan, dolorosos. Traira se muere, piensa Guma. Morirá en su saveiro y allí lo encontrará la policía. Y se cobrarán con él. Eso lo asusta. No quiere quedarse sólo con el cadáver de Traira, muerto por una travesura. No debía haber sacado el cuchillo. Si los otros eran tantos, nadie podía decir que fueron cobardes de retirarse dejándoles el campo libre. Guma reflexiona. ¿Y quién no hubiese hecho lo mismo, cuál de ellos no hubiese sacado el cuchillo? Pero Traira se está muriendo, nada se gana con discutir el asunto. Lo necesario ahora es evitar que le revisen el saveiro y llevar el cadáver hasta el puerto para entregarlo a la familia.

Atravesó el canal. Encendió Guma la linterna y se aproxima a la bodega. Traira consiguió moverse y está acostado de lado. De la herida se escurre un hilo de sangre; Guma le habla:

—¿Quieres algo? Estamos yendo para Bahía.

Los ojos fijos de Traira se posan en Guma:

—Agua...

Guma busca la calabaza del agua, desciende a la bodega, pone el pico de la calabaza en la boca del herido. Con dificultad, Traira bebe. Después se vuelve momentáneamente y queda boca arriba. Mira fijamente a Guma:

—¿Guma?

—Sí, soy yo.

—El otro quedó muerto, ¿no?

—Así es...

—Nunca maté un hombre. Uno se cava su propia desgracia...

—Son cosas...

—¿Qué va a ser ahora de mi mujer?

—¿Casado?

—Tengo a mi mujer en Santo Amaro, y tres hijas. ¿Qué va a ser de ellas?

—No hay que preocuparse. Te vas a poner bien pronto y te irás con ellas.

—¿Nos persigue la policía?

—Sí, pero los vamos a despistar.

—Entonces, anda al timón.

Guma sube a cubierta. Ha quedado pensativo, Traira tiene mujer y tres hijas. ¿Quién iría a dar de comer a tanta gente? Bien dice el viejo Francisco que el marinero no debe casarse. El día menos pensado llega una desgracia y queda la familia a pedir limosna. Sin embargo, él se quiere casar. Quiere traerse a Livia a su saveiro. La voz sorda de Traira llama nuevamente:

—¡Guma!

Baja a la bodega. Traira está tratando de levantar la cabeza.

—¿Oíste la sirena del buque?

—No.

—Yo la oí. Está saliendo ahora. No hay nada que hacerle. Vienen ahí, ¿no?

Guma sabe que se refiere a la policía. No se lo oculta. Traira continúa:

—Nos van a alcanzar. Y nos van a matar aquí mismo.

Quedan en silencio. La linterna ilumina el rostro de Traira, contraído en un rictus de dolor.

—No hay más que un recurso. Yo voy a morirme nomás. Ayúdame a subir y me tiro al agua. Cuando ellos lleguen yo ya no estoy.

—Estás diciendo pavadas, hombre. Yo todavía sé maniobrar con un saveiro.

—Dame agua.

Después de satisfacer la sed del herido, Guma sube a cubierta. Ahora oye la sirena del buque. Está saliendo del puerto y pronto comenzará la persecución. Cuando los alcancen, terminarán con ellos. Dirán que se resistieron. Y Guma no puede resistirse. El cuchillo sólo sirve para el cuerpo a cuerpo. Y ellos traen fusiles. Esta noche irán a ver a Janaina. Y no verá más a Livia, no verá más al viejo Francisco. El saveiro corre empujado por el viento. El «Valiente» está dando todo lo que puede, pero ésta es la última carrera del «Valiente». Lo perforarán a balazos y tal vez se hunda con su dueño. Su linterna no ha de brillar más en la bahía, no cruzará más el río, no hará más apuestas con el patrón Manuel. El muchacho quedó muerto en el salón y también muerta la mujer. Sólo ahora Guma la recuerda. Murió por salvarlo, era joven y bonita. Dejó esa vida para la que no había nacido. Si no moría, nunca iba a dejar de beber y envejecería antes de tiempo. Murió como una mujer de marinero. No fue una mujer de la vida la que murió. Fue la esposa de Guma. Iemanjá lo sabe, y ha de pasear con ella por las tierras de Aiocá, ha de hacerla su servidora en la piedra del Dique. Murió por un hombre de mar, llevarán su cuerpo al cementerio, pero Iemanjá irá a buscarla para hacerla su servidora. Guma le contará a Livia esta historia. Y de tener una hija, su nombre será Rita. Se oye la sirena del buque. Está atravesando el canal. Pronto los alcanzará, dejará a los hombres de la policía y

desaparecerá en la oscuridad. Y todo habrá terminado. El «Valiente» corre todo lo que puede. Corre hacia la muerte, porque su día ha llegado. Irán a navegar por las tierras de Aiocá que son más hermosas. Ahí debe estar Rita esperándolo.

Oye un ruido. Como si alguien se arrastrara en la cubierta del saveiro. Sí, hay alguien. Alguien que viene muy despacio hacia la borda del barco. Deja el timón y va a mirar. Es Traira que quiere tirarse al agua. Se echa sobre él, que lucha para conseguir su propósito, no quiere sacrificar a Guma por su causa. La cabeza rapada de Traira brilla a la luz de la linterna. Guma lo arrastra a la bodega. Y él lo mira agradecido y con orgullo. Sabe que Guma está dispuesto a cumplir la ley del muelle. Morirán los dos. Entonces pide a Guma:

—¿Tienes un cuchillo que te sobre?

—¿Y para qué?

—Dámelo. Quiero morir como un hombre. Todavía puedo llevarme uno conmigo... —sonríe con dificultad.

Guma le da el cuchillo y sube. Él también se defenderá. No se dejará matar como un indefenso pescado. Sólo largará el cuchillo cuándo esté en el suelo. No verá más a Livia, ella se casará con otro, tendrá hijos con otro. Sin embargo, será el nombre de Livia el que pronunciará al caer. Pena que no esté Rufino aquí. Si el negro estuviese le tatuaría el nombre de Livia en un brazo.

Divisa la luz de un saveiro. ¿Quién será? Lo sabrá dentro de poco. Si fuera un amigo, todo estaría arreglado. El saveiro se aproxima. Es Jacques. Hace poco que habían peleado en el muelle. Pero Guma sabe que puede recurrir a él. Porque Jacques sabrá cumplir la ley del muelle.

A una señal de la linterna de Guma, el saveiro de Jacques se detiene. Está asombrado. Sólo esperaba el momento de vengarse de Guma. Pero éste le explica lo sucedido, la persecución que le hace la policía y que Traira viene moribundo en la bodega del «Valiente». Jacques no discute. Pasan a Traira para el otro saveiro. Traira jadea, está a punto de morir. Guma dice:

—Te espero en Maragogipe.

—Está bien...

—Buena suerte...

Los saveiros se separan. Ahora nada sucederá. Nadie irá a desconfiar de Jacques que va para Cachoeira. Y en el «Valiente» nada encontrarán. No hay testigos de que Guma tomó parte en el incidente, salvo las mujeres, pero ellas no recuerdan las caras de los que pasan por sus cuartos. Está a salvo.

Revisaron el saveiro. Había lavado cuidadosamente las manchas de sangre de la bodega. Lo dejaron partir sin molestarlo más. Jacques no demoró en volver, cuando Guma cargaba los cigarros. Después los saveiros siguieron juntos. Jacques ya había perdido su viaje, iría con Guma. Ya amanecía cuando llegaron a Bahía. Mucho antes

el buque de la «Bahiana» había atracado. En el muelle ya estaban enterados del suceso. Jacques quedó en el saveiro y Guma se fue a buscar al doctor Rodrigo. Traira gemía. Y hablaba de su mujer, de su familia, de sus tres hijas. En su delirio veía un enorme buque, un transatlántico anclado en el muelle. Venía a buscarlo para el fondo del mar, pero ya no era un buque, era una nube negra de tempestad que anclaba en el muelle. Un buque ancló en el muelle. Una nube ancló en el muelle. La tempestad llegaba para buscar a Traira que mató un hombre. ¿Dónde está su mujer, dónde están sus hijas, por qué no lo despiden? Él se va en el buque, él se va en la nube. No, él no se va porque no está aquí su mujer, porque no están aquí sus hijitas para despedirlo. Traira ya está a bordo del buque, ya está a bordo de la nube, en el centro de la tempestad, todavía habla de su mujer, de su familia, de sus tres hijitas: Marta, Margarita, Raquel.

Marta, Margarita, Raquel

Si de una cosa están seguros en el muelle, con seguridad absoluta, indiscutible, es que el doctor Rodrigo era de familia de marineros y que sus padres, sus abuelos y todos sus antepasados, surcaron los mares en embarcaciones haciendo de esto su medio de vida. Porque de otra manera no se explica que, un médico como él, abandonase las hermosas calles de la ciudad para venirse a vivir a la ribera del muelle, en una humilde casa, con sus libros, un gato y algunas botellas de bebidas. Pena de amor no podía ser. El doctor Rodrigo era muy joven todavía para padecer una enfermedad del corazón sin cura. Seguro —repetían los canoeros—, es de familia de marítimos y vuelve al mar. Y como era flaco y débil, incapaz de conducir un saveiro y levantar una bolsa, atendía las enfermedades de los marineros, revivía a los que traían casi muertos en las tempestades. Y por lo general, era él quien contribuía en los entierros de los más pobres y ayudaba a sus viudas. Y sacaba de la cárcel a los que se emborrachaban y eran llevados por la policía. Mucho hacía por ellos y su fama llegaba hasta donde sólo llegaba la fama de los más valientes marineros. Otras cosas hacía también, pero la gente del muelle de eso no se enteraba. Quizás, únicamente la señorita Dulce supiese que hacía versos sobre el mar, ocultando ese aspecto de sus actividades por considerar que su poesía era demasiado pobre para el motivo. Tampoco la señorita Dulce comprendía por qué vivía allí, siendo rico y estimado en el centro de la ciudad. Vestía un traje muy usado y cuando no visitaba sus enfermos, de los cuales la mayoría gratis, fumaba la pipa y contemplaba el paisaje cambiante del mar.

Tenía un buen aparato de radio y muchos venían a su casa para oír programas musicales. Entraban ya sin desconfianza, miraban con aire de conocidos los gruesos y bien encuadernados libros, que al principio los asustaban un poco y ponían una barrera entre ellos y el doctor Rodrigo, y casi siempre terminaban por apagar la radio y cantar las canciones del muelle para que él las oyera.

De su estada en el muelle, de su vida enteramente consagrada a ellos, el único que parecía tener el secreto era el viejo Francisco. Una vez le preguntó:

—¿Su padre era marinero, no es así, doctor Rodrigo?

—No, que yo lo sepa, Francisco.

—¿Entonces su abuelo?

—A mi abuelo no lo conocí ni mi padre tuvo tiempo de hablarme de él —sonreía el doctor Rodrigo.

—Bueno, pero fue marinero —afirmaba Francisco—. Yo lo conocí. Era capitán de un buque. Un buen hombre. Muy conocido por aquí.

Y Francisco, aunque había inventado este conocimiento, al último llegaba a convencerse a sí mismo del hecho. Y de esto la convicción que había en el muelle. Y todos esperan el día en que el doctor Rodrigo se case con la señorita Dulce. Ellos se encontraban con frecuencia, paseaban juntos, conversaban. Pero nunca habían

pensado en un casamiento. Sin embargo en el muelle todos esperan la fiesta de esa boda. Algunos que tienen más confianza, hacen alusión al asunto. El doctor Rodrigo sonríe, parece encogerse en su traje usado y cambia de conversación. Y se absorbe en la lectura de sus libros, en la atención de sus enfermos (un chico tísico le ocupa mucho de su tiempo) y en la contemplación del mar.

Al principio el doctor Rodrigo iba seguido a la ciudad, para gestionar medidas de higiene en los barrios del muelle. Nada consiguió. Dejó de ir. La señorita Dulce le habló del milagro que esperaba. Entonces todo sería más hermoso en la ribera del muelle. Y entonces el doctor Rodrigo podría hacer bellos versos, tan bellos como el mar.

Guma entró al consultorio. Una mujer gorda escucha a la madre del chico tísico que lleva de la mano. El pobre chico es sólo huesos y tose continuamente y con tanta fuerza que se le saltan las lágrimas. Una chica lo mira asustada desde un rincón y se tapa la boca con el pañuelo. La madre cuenta:

—Hasta a veces pienso, Dios me perdone —y se golpea la boca con la mano—, si no sería mejor que Dios se lo llevase... Es un sufrir que da pena, un sufrimiento para todos. Y toda la noche tosiendo... ¿Qué alegría puede tener, el pobrecito, en la vida? Le juro, le pido a Dios que se lo lleve... —se pasa la manga por los ojos y aprieta contra su pecho al chico, que tose y parece ajeno a todo.

La mujer gorda aprueba con movimientos de cabeza. La chica desde el rincón pregunta:

—¿Y cómo se enfermó?

—Un resfrío... Fue enflaqueciendo, arruinándose cada vez más, y lo agarró la enfermedad...

—¿Y no se lo ha llevado al Padre Anselmo? Dicen que...

—Sí, se lo llevé, y nada pudo hacer... El doctor Rodrigo lo atiende como si fuera de su misma familia...

—¡emanjá lo está llamando —sentenció la gorda.

Guma preguntó:

—¿Va a demorar mucho el doctor Rodrigo, Doña Francisca?

—No puedo decirle. Está con Tiburcio, curándole esa herida de la pierna... ¿Anda enfermo?

—No, no es para mí.

El chico tosía. La gorda habló:

—Usted conoce a la Mariana ¿no? La mujer de Ze Pedrito...

—¡Ah! sí.

—Bueno, ella estaba lo mismo. Se puso flaca como bacalao seco. Echaba cada cuajo de sangre, parecía que iba a largar el corazón. Bueno, fue a ver al Padre Anselmo, le dio una bebida, y tan sana.

—Con mi chico no consiguió nada. Fue él mismo el que me mandó al doctor Rodrigo. Y tampoco el doctor ha conseguido nada. Y le ha hecho de todo...

La puerta del consultorio se abrió y Tiburcio salió rengueando. El doctor Rodrigo apareció con delantal blanco, la cara flaca, huesuda. Saludó a Guma:

—¿Anda enfermo, Guma?

—No, doctor. Quería hablarle de otro asunto. Es urgente...

—Pase. —Se dirige a las mujeres—: Un minuto...

De inmediato salieron los dos. El doctor Rodrigo se había puesto el saco y llevaba su valija de instrumentos. Indicó a las mujeres:

—Vuelvan a las dos. Voy a un caso de urgencia. Desde la puerta hizo una indicación:

—No se olvide el remedio del chico, Doña Francisca. Antes del almuerzo.

Ya llegaban al muelle cuando dijo a Guma:

—Ahora cuénteme cómo pasó eso.

Guma le refirió lo sucedido. Sabía que se podía confiar enteramente en el doctor Rodrigo. Era uno de ellos, como si fuese un marinero. Le contó todo, la muerte del muchacho y de Rita, el balazo de Traira:

—Traira está bastante mal...

Se metieron en el barrial del muelle y subieron al saveiro de Jacques. El doctor Rodrigo bajó a la bodega. Traira seguía delirando y hablaba de sus hijas, de Marta, Margarita y Raquel. Ya todos estaban enterados de que Marta era ya una muchacha crecida, de dieciocho años, Margarita jugaba en las piedras, nadaba en el río, tenía catorce años y largos cabellos, ya iba para grande, pero la que más recordaba era a Raquel, de cuatro años, que todavía hablaba arrevesado, alterando cómicamente las palabras. Jacques dijo:

—Está desvariando...

Llamaba con insistencia a Marta, Margarita y Raquel. Marta tosía y se estaba confeccionando el ajuar a la espera del novio que podía venir en cualquier momento. Margarita jugaba en el río, nadaba como un pescado. Raquel, en su lengua embrollada, conversaba con la muñeca que todo le entendía. A Raquel la llamaba continuamente, era la que más deseaba ver. Raquel le decía a su muñeca que el padre le traería de este viaje una muñeca rubia. Y el moribundo llamaba a Raquel, llamaba a Marta y Margarita, llamaba a su mujer que lo estaría esperando con una rica comida de pescado.

El doctor Rodrigo examinó la herida. Traira no sentía nada, no oía nada, no los veía. Sólo veía a sus tres hijas, bailando a su alrededor, jugando risueñas, riendo alegremente. Marta, Margarita, Raquel. Raquel tiene entre sus brazos una muñeca nueva, conversa con ella, la muñeca que él le trajo de su viaje. Él se va ahora en un buque, se va en una nube, y Marta, Margarita y Raquel bailan en el muelle, bailan las tres de la mano, como en los felices días que el padre llegaba de sus largos viajes y depositaba sobre la mesa los regalos traídos. Marta se ha puesto las ropas de su ajuar, Margarita baila sobre unas piedras que ha recogido del río, Raquel aprieta contra su pecho la muñeca nueva.

—Esto hay que operarlo.

—¿Cómo, doctor?

—Hay que extraer la bala... Y con todo... Deben llevármelo al consultorio.

¿Tiene familia este hombre?

Traira deliraba:

—Marta, Margarita, Raquel.

—¿Y cómo hacemos para llevarlo? —preguntó Jacques.

Pero se arreglaron. Lo transportaron en una hamaca. Primero el saveiro navegó hasta los fondos del muelle, donde no había nadie, pusieron a Traira en la hamaca, le pasaron una pértiga y se la echaron al hombro. En el consultorio ya el doctor Rodrigo tenía preparado el instrumental y comenzó a operar. Guma y Jacques ayudaban y vieron cortar las carnes, extraer la bala, coser por último la herida. Era como si fuese un pescado. Ahora Traira dormía, no deliraba más, no llamaba a sus hijas.

Guma preguntó al doctor Rodrigo:

—¿Se sanará?

—Me parece difícil que resista. Ha sido demasiado tarde. —Y el doctor Rodrigo se lavaba las manos.

Guma y Jacques miraban al herido. La cara pálida, la cabeza rapada, el cuerpo hinchado, el vientre cosido, como si ya se hubiese ido, como si ya no fuese más de este mundo. Guma dijo:

—Tiene familia. La mujer y tres hijas. Un marinero no debía casarse.

Jacques, que se iba a casar dentro de un mes, bajó la cabeza. El doctor Rodrigo preguntó:

—¿Y dónde está su familia?

—Viven por el lado de Santo Amaro.

—Es necesario que le avisen.

—Ya lo deben saber... Las malas noticias andan rápido.

—Con seguridad que la policía ya estuvo por allá.

El doctor Rodrigo les dijo:

—Vayan a sus ocupaciones que yo lo cuidaré.

Salieron. Guma todavía echó una mirada a Traira que roncaba afanosamente. Al verse solo el doctor Rodrigo, miró el mar por la ventana. Miserable la vida de estos marineros. Guma dijo que no debían casarse. El día menos pensado la familia queda a pedir limosna. Y hay muchas Martas, Margaritas y Raqueles que pasan hambre. La señorita Dulce esperaba un milagro. Rodrigo comprendía que este hombre agonizando era una protesta contra sus versos descriptivos sobre el mar. Y por primera vez el doctor Rodrigo se hizo el propósito de hacer algún día un poema que hablase de la miseria y el sufrimiento de la gente del muelle.

Después de la muerte viene la calma. Ahora Traira no se iba más en ningún buque. El doctor Rodrigo llamó a Guma y Jacques. Y Traira vio todavía a los tres hombres alrededor suyo. Extendió la mano, no hacia el médico y los dos amigos.

Hacia sus tres hijas que estaban rodeándolo, las tres hijas que venían a despertarlo porque la mañana estaba ya avanzaba (el sol entraba al consultorio) y era necesario salir con la canoa. Extendió la mano, sonrió tiernamente, murmuró el nombre de sus hijas y se embarcó en su canoa.

Se embarcó en su canoa.

Vizcondes, condes, marqueses y Besouro

Esta ciudad de Santo Amaro, donde Guma está con el «Valiente», fue tierra de muchos barones del Imperio, de vizcondes, condes y marqueses, pero también fue la patria de Besouro. Por este motivo, solamente por este motivo, no por producir azúcar, barones, vizcondes, condes, marqueses y *cachaza*, es que Santo Amaro está en el corazón de los hombres del muelle. Aquí nació Besouro, recorrió sus calles, aquí corrió su sangre, apuñaló, baleó, cantó sambas. Y fue aquí cerca, en Maracangalha, que lo despedazaron a punta de facón, donde se derramó su sangre, y donde brilla su estrella, clara y grande, casi tan grande como la de Lucas da Feira. Él se hizo estrella porque fue un negro valiente.

Santo Amaro es la patria de Besouro. En este momento piensa en eso Guma acostado en su saveiro. Sólo tres días antes sus pensamientos eran otros. El día que Traira murió estaba por ir a ver a Livia, que era toda su preocupación. Pero, una vez más, las palabras de viejo Francisco, la canción que cantan en el mar, el diario ejemplo (Desgraciada la mujer que se casa con un hombre de mar. Un hombre de mar no debe casarse), el caso de Traira dejando la mujer y tres hijas, vinieron a inquietarlo. Un hombre de mar debe ser libre, dice el viejo Francisco y lo dice la canción y lo dicen los hechos diarios. Libre no para amar, para vivir más largamente. Y sin embargo libre para morir, para celebrar sus nupcias con Iemanjá, la dueña del mar. Libre para morir que es para la muerte que ellos viven, muerte tan próxima, tan cierta, que ni se espera, ni preocupa. Un marinero no tiene derecho a sacrificar a una mujer. No es por la pobreza de sus vidas, la miseria de sus casas, la escasez de comida, la eterna falta de dinero. Eso cualquiera de ellas lo soporta, están acostumbradas, porque son del mismo muelle o son hijas de obreros, de miserables trabajadores. A la pobreza se han habituado y tal vez a cosas peores. Pero a lo que no están acostumbradas es a esta muerte repentina, a quedarse de pronto sin el marido, sin techo, sin amparo, sin qué comer, para ser en seguida tragadas por la fábrica o, cuando son todavía jóvenes, por la prostitución. Guma se horroriza al imaginar a Livia, la más bonita de las mujeres del muelle, entregada a otros hombres, llamándolos desde su ventana para poder criar al hijo que un día será también marinero y hará desgraciada a otra mujer. Detrás de la ventana enrejada (como las ventanas de los presos, de los condenados) ella acercaría su rostro sin misterio, su rostro sin angustia y llamaría a los hombres que pasan. El hijo, el hijo de Guma, hijo del mar, quizás estuviese escondido para no llorar, para no llorar por la madre. Y ella abriría su cuerpo para dar de comer al hijo que mañana iba a dejar también a otra mujer, cuando se fuese (era el fin de todos ellos) con Iemanjá para las tierras del Sin Fin de Aiocá, tierra natal de todos los marineros, donde está la única mujer que ellos, realmente, deben poseer: Janaína, la misteriosa de los cinco nombres, Janaína que es madre, que es mujer y por eso mismo terrible. No se sabe de un hombre casado del muelle que haya envejecido en su saveiro o en su canoa. Iemanjá tiene celos y

entonces es Inaê la que desencadena las tempestades. Nada se gana con llevarle regalos, nada se gana ofreciéndole las hijas para su servicio, ella quiere los maridos, los hijos.

Fue por no querer dar un destino desgraciado a Livia, que Guma huyó del muelle esa noche con un pequeño cargamento para Santo Amaro y la promesa de un viaje de vuelta cargado con botellas de *cachaza*. Huyó para no ir con Rodolfo a ver a Livia, ver sus ojos claros, para no desearla aún más. Por eso está ahora acostado en su saveiro en el muelle de Santo Amaro, ciudad de barones, vizcondes, condes y marqueses y ciudad de Besouro.

Hombres de los demás muelles del mundo, Besouro nació aquí. Guma mira el cielo donde brilla la estrella de Besouro. Si la luna es más grande y brilla más, si a ella primero se dirigen los ojos, en seguida buscan la estrella de Besouro, el más valiente de los negros del muelle. El cielo está lleno de hombres valientes: Zumbi, Lucas da Feira, Zé Ninck, Besouro. Allí, entre la luna y Lucas da Feira, está el sitio de Virgulino Ferreira Lampião, que no ha de morir tan pronto.

Pero ninguno de ellos fue hombre del muelle, hijo de marinero, ni viajó en rápidos saveiros. Sólo lo fue Besouro. Era hombre de mar, sabía manejar un timón, embicar una canoa, navegar con el viento y con la música. De todos ellos es el único que sabe dónde están las tierras de Aiocá, que están en el mismo fin del mundo. Por eso es el más amado por los hombres del muelle. Y fue aquí, en Santo Amaro, ¡oh! marineros del mundo, changadores, estibadores, portuarios, canoeros, doctor Rodrigo, señorita Dulce, todos los que trabajaban en el mar, donde él nació. Y bien cerca de aquí, en Maracangalha, lo despedazaron a punta de facón, lo picaron todo, pero tengan en cuenta, los marineros del mundo, que fue a traición, cuando dormía en una hamaca que, de todas las cosas de la tierra, es la que más se parece a un saveiro, balanceante como si estuviese sobre las olas.

Nació aquí. En la Cintura es donde nacen los hombres valientes de las aguas. En Bahía, la capital, la ciudad de las siete puertas, nacen las mujeres más lindas del muelle. Livia nació allí. Si Besouro la hubiese visto —piensa Guma chupando la pipa en el «Valiente»— se enamoraría de ella y por su causa apuñalaría a tres o cuatro. Fue un hombre valiente el marítimo Besouro. Y en el muelle no hay mujer más bonita que Livia. Livia que vino a la fiesta de Iemanjá nada más que para ver a Guma, que es un valiente también, que ya ha tenido aventuras y que piensa viajar un día por tierras extrañas en grandes navíos. Desea a Livia, que es la mujer esperada mucho tiempo y ella también lo quiere, ella vino a invitarlo con sus ojos sin misterio, sus ojos sin engaños. Y además Guma ha hecho una promesa a Rosa Palmeirón. Tener un hijo con Livia que Rosa Palmeirón le ayudará a criar, olvidada de su vida de desorden, de peleas, de aventuras. Pero lo cierto es que Besouro no se casó. Fue porque Besouro no conoció una mujer como Livia, una mujer por la cual un marinero lo olvide todo, hasta que puede ser su desgracia y dejarla como Traira en la miseria con tres hijas.

Guma no oye la música que viene del muelle, no hace más que sentirla,

dominados todos sus pensamientos con su llamado que dice que la noche es para el amor. Para Besouro las noches no siempre fueron para el amor. Muchas veces eran noches de peleas y de muerte. Otras le servían para sus arriesgadas fugas, como ésa en que, luego de matar cuatro soldados y herir muchos otros, se internó en el monte con dos balas en la mandíbula y una en el brazo. Era una noche oscura. Lo persiguieron y lo cercaron en el monte, pero él, herido como estaba, se arrojó al agua y nadó hasta ser recogido por una canoa que lo llevó para que lo curara un Padre de Santo. Pero, sin duda, tenía sus noches de amor. En las noches de luna, en las noches de música cuando el agua del río está azul, él amaba a María José, a Josefa da Fonté o a Alipia, o a otras que encontraba. Pero nunca tuvo una sola mujer, una que uniese a su destino, que sufriera en la vida a causa de su muerte. Muchas lo lloraron, como también lo lloró todo el pueblo del mar, y su entierro fue como no lo fuera el de ningún barón, vizconde, conde o marqués de Santo Amaro. Lo lloraron porque era bueno, generoso con los pobres, y su puñal siempre estuvo listo para defender los derechos de la gente de mar. Pero ninguna mujer lo lloró sino por su coraje, su bondad, sus hazañas, ninguna lo lloró por ser su hombre, su amparo, su felicidad única. Ya los viejos lo dicen, la canción lo advierte: los hombres del muelle no deben casarse. Guma se siente inquieto. La noche es para el amor, pero el amor aventura, el amor encontrado al acaso, en la arena del muelle, en la margen del río, en el Mercado, con una muchacha cualquiera.

La noche es para el amor está cantando un negro en las aguas de Santo Amaro. Otra canción (la historia del muelle es toda en verso: ABC, sambas, canciones, emboladas) afirma que el destino de la mujer de marinero es desgraciado. Siempre aguardando una vela en el muelle, siempre aguardando la llegada de un cadáver. Besouro nunca se casó. Y además de hombre de mar era bandolero, además del remo tenía el fusil, además del cuchillo marinero tenía el puñal. Tampoco Rosa Palmeirón, mujer del muelle que valía por dos hombres, consiguió tener un hijo. Jacques, que se iba a casar este mes con Judith, una mulatita huérfana de padre, quedó indeciso después de la muerte de Traira. Y huyó también como Guma para Cachoeira y como él está pensando acostado en su saveiro, chupando la pipa, escuchando una canción. Livia no tiene misterio, sus ojos no esperan nada malo de la vida. Unir la vida a la de un marinero es hacer desgraciado un destino, dice la canción. Guma siente rabia, ganas de gritar, de arrojarse al agua; qué dulce es morir en el mar, o, como Besouro, vivir peleando.

La estrella de Besouro centellea en el cielo. Es clara y grande. Las mujeres dicen que está observando las maldades de los hombres (barones, condes, vizcondes y marqueses) de Santo Amaro, está viendo las injusticias que sufren los hombres de mar. Un día ha de regresar para tomar venganza.

Regresará distinto y nadie sabrá que es Besouro. Su estrella desaparecerá del cielo, brillará en la tierra. Quizás sea éste el milagro que la señorita Dulce espera. Quizás ese día los hombres de mar puedan casarse, dar mejor vida a sus mujeres,

asegurarles que, de morir ellos, no han de pasar hambre, no necesitarán prostituirse. ¿Cuándo llegará ese día? Guma interroga a la luna y las estrellas.

Besouro fue valiente y sólo a traición pudieron matarlo. Despedazaron su cuerpo y fue necesario juntar los pedazos para darle sepultura. Luchaba contra los barones, los condes, los vizcondes, los marqueses, que eran y son los dueños de los ingenios, de los verdes campos de caña, que establecían las tarifas de fletes para los saveiros y las canoas. Besouro invadía sus ingenios y les sacaba un poco de lo que era del pueblo y lo repartía entre las viudas, entre las criaturas cuyos padres murieron en el mar. Y los barones, condes, vizcondes y marqueses decían discursos en el Parlamento, conversaban con el Emperador D. Pedro II, bebían vinos caros, desfloraban esclavas, apaleaban los negros, trataban a los hombres de mar como siervos. Pero a Besouro le tenían miedo, para ellos era como el mismo diablo y no les gustaba oír su nombre. Echaron contra él la policía, hombres y más hombres. Y nada podían contra Besouro, porque no había mujer en el muelle, en el río, en las ciudades de la Cintura, que no pidiese por él a Iemanjá. Y no había saveiro, canoa o chata que no le diese refugio. Temblaban los barones, condes, vizcondes y marqueses de Santo Amaro, pedían a Dios que Besouro respetase sus tierras, y por eso fueron respetadas algunas negras, algunos negros, algunos hombres de mar. Porque los señores temían a Besouro.

Un día Besouro ha de regresar. Guma debe esperar ese día para casarse. Nadie sabe cómo regresará Besouro. Quizás regrese cuando el muelle se levante pidiendo otras tarifas, otras leyes, protección para las viudas y los huérfanos.

Livia lo espera, él lo sabe. La noche es para el amor, y ella lo espera. Rodolfo debe estar enojado por no haberlo encontrado. Pero Rodolfo no sabe que él ha huido para no hacer la desgracia de Livia. Ahora siente la tentación de volver, de verla de nuevo, de quedar ante ella, quieto. Livia vendrá a vivir con él, dormirá muchas noches en este saveiro. Y si él muere, tendrá valor para no prostituirse. La noche es para el amor y el amor es para Guma y Livia. Guma no quiere más el amor al azar, el amor de aventura, con una muchacha cualquiera. Iemanjá le ha mandado a Livia, y los designios de Iemanjá nadie los discute. Canoeros, pescadores, maestros de saveiro temen al amor. ¿Qué habrá decidido Jacques que se fue a Cachoeira para reflexionar sobre este asunto? Guma no quisiera hacer desgraciada a Livia, pero no puede. El destino es una cosa hecha y nadie puede torcerlo. El destino de Livia será el destino desgraciado de todas las mujeres del muelle. Ni ella, ni él, ni el mismo Besouro que es una estrella, pueden torcerlo. Guma irá a buscarla. No debió huir, que esta hermosa noche de luna y de tantas estrellas fue hecha para el amor. En una noche así nadie piensa en tempestades, en desgracias, en muertes. Guma sólo piensa que Livia es hermosa y que la desea.

Santo Amaro es la patria de Besouro. No importa que también aquí hayan nacido nobles del Imperio, señores de innúmeros esclavos. Eso no importa, marineros. Aquí nació Besouro, el hombre de mar más valiente que haya navegado estas aguas. Los

barones, condes, vizcondes, marqueses, duermen junto a las ruinas de sus casonas feudales en túmulos cerrados que el tiempo va dispersando. Pero Besouro brilla en el cielo, es una estrella, y derrama su luz sobre el saveiro de Guma que parte velozmente en busca de Livia. Un día Besouro ha de regresar, marineros del mundo, y entonces todas las noches serán para el amor y habrá nuevas canciones en el muelle y en el corazón de las mujeres.

Melodía

El mar le mandó sus vientos más rápidos, le envió el nordeste que empuja al «Valiente» hacia el muelle de Bahía. De las canoas que pasan, de los saveiros que se cruzan, de las chalanas que llevan pescadores, de las chatas cargadas de leña, lo saludan:

—¡Buen viaje Guma!

Buen viaje porque va a en busca de Livia. La luna ilumina su ruta, el mar es un camino largo y bueno. Y sopla el nordeste, el temible nordeste de las tempestades. Pero ahora sopla amigo para ayudarle a trasponer más rápido este brazo de río. El nordeste arrastra las canciones de la ribera del río, canciones de lavanderas, cantos de pescadores. Los tiburones saltan en las olas de la entrada de la barra. En un buque iluminado que está entrando, bailan. A la luz de la luna una pareja conversa en la toldilla. «Buen viaje», grita Guma agitando la mano. Ellos responden y quedan comentando el saludo de ese marinero desconocido.

Guma va en busca de Livia, va en busca de una linda mujer para ofrecerla al mar. No tardará mucho la carne de Livia en tomar olor a agua salada del océano, en recibir sus cabellos las húmedas salpicaduras del mar. Y cantará en el «Valiente» las canciones del muelle. Aprenderá la historia de Besouro, la historia del caballo blanco encantado, todas las historias de naufragios. Será como un saveiro, como una canoa, una vela, una canción, una cosa más del mar.

El nordeste sopla, hincha las velas del «Valiente». El saveiro corre. Corre saveiro, que ya brillan las luces de Bahía. Ya se oye la cadencia de los *candomblés*, la música de las guitarras, el triste gemido de las armónicas. Y a Guma le parece ya oír la risa clara de Livia. Corre saveiro, corre.

Rapto de Livia

Seis meses de un deseo intenso de tenerla, de poseerla. El «Valiente» surcaba las aguas del mar y del río, el «Valiente» iba y venía y el deseo no abandonaba a Guma. La había visto en cuanto llegó aquel día de vuelta de Santo Amaro. Fue con Rodolfo y ella le pareció más linda aún, mirándolo tímidamente con sus ojos claros. Los parientes de Livia, sus tíos, tenían un pequeño comercio de comidas y ponían en la belleza de Livia, que podría hacer un buen casamiento, todas sus esperanzas. Por eso, pasado el momento de los agradecimientos, no vieron con buenos ojos a Guma. ¿Qué podía esperar Livia de un marinero? ¿Y qué podían esperar de alguien que era más pobre que ellos?

Seis meses en que para verla, para conversar un momento (ella conversaba, él la escuchaba callado) tenía que arrostrar las miradas de los tíos. Miradas de rabia, de antipatía, de desprecio. Guma les había salvado la vida, pero ahora quería quitarles la única esperanza que les quedaba de una vida mejor. Pero a pesar de las miradas, de las palabras dichas lo bastante alto como para que las oyese, Guma volvía vestido con el único traje de casimir que tenía, molesto por la falta de costumbre, con los movimientos trabados.

En la primera semana había escrito una carta para Livia. Pensó primero mostrarla a la señorita Dulce para que corrigiera los errores, pero le dio vergüenza y la mandó así como estaba:

«Mi estimada L...

Es con la mano pesada y con el corazón ardiente y apasionado que te escribo estas mal trazadas líneas.

L..., mi amor, te pido que leas esta carta con atención para que me puedas responder cuanto antes, pero quiero una respuesta sincera que sea de tu corazón para el mío.

L... ¿sabes que el amor crece de un beso y termina en una sentida lágrima? Mi amor, pienso que si me correspondes, nuestro amor va a ser al contrario, nació de una mirada, crecerá más de un beso y nunca terminará, ¿no te parece? Te pido que me contestes. Mi amor, me imagino que tu corazón es un dorado estuche donde se encierra la palabra BONDAD.

L... yo nací ya queriéndote. No puedo ocultar más este secreto y no puedo más soportar este dolor tan grande que mi corazón siente, por eso te dije toda la verdad.

Serás para mí mi única esperanza y te entrego mi corazón para seguir tu destino, y aunque pienso que no te gusto yo, es lo mismo, mi corazón en tus manos siempre estuvo y estará hasta mis últimos momentos.

Cuando te vi quedé loco enamorado pero no me animaba a decirlo, hasta que

llegó el momento de escribirte estas líneas.

Te escribo porque tenía que abrir mi corazón, no quiero a nadie más que a ti, te estimo, te quiero, para mi eterna felicidad.

Te pido un gran favor ahora, que no enseñes esta carta a nadie, para que no se rían de un corazón enamorado, porque yo soy capaz de romperle el timón al que se quiera reír de mí. También cuando me contestes no le diré a nadie y quedará entre nosotros dos el secreto.

Te pido urgente respuesta para saber si es correspondido este corazón enamorado, pero quiero una respuesta sincera de tu corazón para el mío.

Tu respuesta servirá de bálsamo para mi corazón dolorido.

Discúlpame los errores y la letra.

Te habrás dado cuenta que la letra cambia en un pedazo, es porque cambié de pluma.

Sin más que decirte, recibe el aprecio de tu

G.».

Lo cierto fue que esta carta casi origina una pelea. La carta la empezó a escribir el doctor Filadelfio. Nadie lo llamaba Filadelfio a secas, todos lo conocían por el doctor Filadelfio. Era el que escribía historias en versos, ABC del muelle, canciones. Vivía siempre medio borracho, rezongando su saber, adquirido en un año de estudio en un colegio de curas, ganando unos centavos de uno y otro por escribirles cartas para las familias, las novias, las esposas, las eventuales amantes. Hacía discursos en los cumpleaños, en los casamientos, en la inauguración de todos los puestos del Mercado, en los bautismos de los saveiros. Lo admiraban en la ribera del muelle y todos contribuían para que bebiera y comiera. Llevaba una lapicera detrás de la oreja, un tintero envuelto en el bolsillo, un paraguas amarillo y un libro de Alan Kardec debajo del brazo. Leía continuamente este libro, pero nunca había llegado al fin, quedándose en la página treinta, pero se decía espiritista. Sin embargo, jamás asistió a una sesión espiritista, porque tenía pavor a las almas del otro mundo. Todas las tardes se sentaba frente al Mercado y allí, sobre un cajón, hacía de intermediario de los amores del muelle, dramatizaba enfermedades y asuntos de dinero para las familias de los canoeros y escribía también cartas para Iemanjá, estando enterado de la vida de todo el mundo. Cuando el negro Rufino se le acercaba, reía con su carcajada estridente que le sacudía los hombros y le preguntaba:

—¿Quién es la nueva?

Rufino decía el nombre y él escribía la misma carta de siempre. Al ver pasar un conocido daba el dato:

—La Elisa está libre. Rufino ya la dejó.

Y escribía una carta para el otro. Así se iba ganando la vida, los centavos

necesarios para beber. Una vez, por casi nada, hizo para Jacques una obra maestra de la cual se enorgullecía. Un acróstico para Judith, que la mulata llevaba ahora sobre su pecho:

*A-mote locamente
D-íte todo mi corazón
I-mposible es olvidarte
O-h, nunca amaré a otra
S-oy tuyo hasta morir.*

Le puso el título: «Adiós», y lo miró a Jacques con ojos conmovidos:

—Yo debía estar en la política, muchacho. Esto del muelle no es para mí. En política habría que ver quién me llegaba a la suela de los zapatos...

Leyó el acróstico en voz alta, con su bella voz, recibió el pago convenido y dijo:

—Si con esto no se ablanda como canoa hundida, te restituyo lo que me has pagado.

—¿Qué hace?

—Te restituyo... te devuelvo... eso quiere decir...

Cuando llegaban las fiestas de Cachoeira y San Félix se metía en el saveiro de un patrón amigo y se iba allá a escribir cartas, acrósticos, versos, en ferias y kermeses de esas ciudades donde hacía tiempo que su fama había llegado.

Era el confidente obligado de todos. Muchas veces era él mismo el que contestaba las cartas que escribiera. Por su intermedio nacieron muchos chicos en el muelle, muchachas se casaron. También era el que escribía para las distantes familias la noticia de la muerte de los marineros que no regresaban al puerto. Esos días bebía más *cachaza* que de costumbre.

Guma buscó el momento en que el doctor Filadelfio estuviese solo para hablarlo. Y esa tarde estaba con poca clientela y se escarbaba los dientes con el palillo pensando quién le pagaría su cena. Guma se le aproximó:

—Buenas tardes, doctor.

—Que los buenos vientos te acompañen, joven —le gustaba hablar con propiedad.

Guma quedó callado sin saber cómo exponer su asunto. El *doctor* Filadelfio lo animó:

—¿Entonces no ocuparás con ninguna otra el lugar dejado por Rosa? Puedo hacerte una poesía que no hay quien la resista.

—Eso es lo que estoy necesitando...

—Y ¿quién es el pescado?

—Ahí está la cosa, que no lo quiero decir...

Filadelfio se ofendió:

—En doce años que estoy por aquí, nadie ha desconfiado.

—No es por desconfianza, doctor. Después se lo digo...

—Has de querer una epístola bien amorosa ¿no?

—Andaba queriendo que me hiciera una carta diciendo unas cosas...

—Bueno, vamos a ver. ¿De qué categoría es la dama?

—Es muy bonita.

—Lo que pregunto —quedó molesto porque quiso decir «inquirir» y se olvidó de emplear el término— es si se trata de una niña, de una mujer de la vida o de una navegante —les decía «navegantes» a las mulatitas sirvientas que venían a estar con los marineros por puro amor sin esperar recompensa alguna.

—Es una muchacha muy seria, me quiero casar con ella.

—Entonces tienes que buscar flores de azahar para poner en el sobre. Y un papel con dos corazones entrelazados.

Guma salió para buscar lo pedido. Filadelfio le advirtió:

—Una carta así cuesta más. Pero va a quedar de rechupete.

Vuelto Guma, Filadelfio comenzó a redactar la carta leyendo al mismo tiempo en voz alta. En lugar del nombre de la enamorada puso una L. como Guma le pidió.

El conflicto surgió cuando escribía esa parte: «Mi amor, me imagino que tu corazón es un estuche dorado...». Filadelfio puso «es un cofre dorado». A Guma no le agradó eso de cofre dorado y propuso estuche dorado. Le parecía más lindo estuche que cofre. Cofre es una cosa fea. Pero Filadelfio no admitía discusión. Dijo que se ponía cofre o no escribiría la carta. Guma se sulfuró y dándole un tirón le arrancó la carta de la mano y le arrebató también la lapicera y el tintero y se fue a su saveiro para continuar escribiendo por su cuenta la carta. Tachó lo de cofre y le puso estuche. Y escribió el resto de la carta con gran alegría. Al llegar al final dio la explicación sobre las dos letras distintas. Luego volvió adonde estaba Filadelfio:

—Tome sus cosas...

—¿No quieres que continúe la carta?

—No, ya la escribí yo mismo. Pero le voy a pagar —y le dejó sobre el cajón unas monedas.

Filadelfio se echó el dinero al bolsillo, envolvió el tintero y miró a Guma con un mirar serio:

—¿Has visto alguna vez un cofre?

—Sí, la vez pasada llevé uno color verde en mi saveiro hasta Maragogipe...

—¿Pero has visto uno dorado?

—Dorado, no.

—¡Ah! es por eso que crees que un estuche es más bonito. Si hubieses visto un cofre dorado no discutirías.

Pero en la carta quedó estuche. Guma la llevó a la noche cuando fue de visita a la casa de Livia. Al despedirse le dijo:

—Tengo una cosa que darte. Pero me tienes que jurar que no la vas a ver hasta que estés sola en tu cuarto.

—Te lo juro...

Y Guma le entregó la carta y salió casi corriendo. Sólo al llegar al muelle se detuvo. Y pasó una noche de agonía pensando en la respuesta.

La respuesta se la dio Livia verbalmente cuando él volvió a visitarla:

—Estoy preparando el traje de novia...

Los tíos esperaban todo de su casamiento. Por eso, al enterarse de la novedad, se enfurecieron con Guma y le prohibieron volver a la casa. De Rodolfo no se sabía donde andaba, así que Guma no podía recurrir a nadie. Y cuando no estaba de viaje, se pasaba hasta tarde de la noche espionando la casa de Livia para poder hablar dos palabras con ella a escondidas y convenir una cita. El deseo lo dominaba. Al fin se confió en Rufino. El negro, garabateando en el suelo con un palito, le dijo:

—Sólo veo una manera de arreglar la cosa...

—¿Qué manera?

—Robarla.

—Pero...

—Es lo único. Te combinas con ella, la sacas una noche, la metes en el saveiro y se van a Cachoeira. Cuando vuelven no hay otro remedio que casarse.

—¿Y con quién se va a quedar ella en Cachoeira?

—Con la madre de la mujer de Jacques —dice Rufino luego de pensar un instante.

—Hay que decírselo a Jacques primero.

Hacía unos meses que Jacques se había casado. La suegra vivía en Cachoeira. Mientras Guma arreglaba el casamiento, Livia podría quedar con ella. Jacques estuvo de acuerdo. Guma fue para tratar de ver a Livia y convenir su fuga.

Consiguió verla y ella aceptó el plan.

Quedaron que la semana próxima, el sábado a la noche, cuando los tíos fueran a visitar unos parientes, Livia se quedaría con un pretexto cualquiera. Entonces iban a fugarse.

Esa noche Guma, en el «Earol de las Estrellas», pagó *cachaza* para todos y estuvo de acuerdo con Filadelfio que cofre era más lindo que estuche. Pero, cofre dorado.

Era en junio, mes del viento sur que es un viento temible, de temporal. En junio Iemanjá suelta el viento sur, el viento que todos temen. La travesía de la barra en esa época se hace peligrosa. El peor mes para los pescadores y patrones de saveiros. Hasta los mismos vapores de la «Bahiana» temen este mes.

Esa noche de junio el cielo se cubrió de nubes y en vano Iemanjá vino a ver la luna. El viento sur barría el muelle, frío y húmedo, haciendo que los hombres se agacharan proregidos por sus capas impermeables. Guma desde temprano se apostó

en la esquina de la calle Rui Barbosa. Rufino estaba con él y no quitaban los ojos de la casa de Livia. Vieron cerrar la casa de comercio, oyeron en la casa ruidos de platos y un tiempo después los tíos de Livia salían. Guma se tranquilizó: ella había conseguido quedarse. Los acompañó hasta el tranvía. La vieja sonreía, el viejo leía un diario. Cuando partieron, Rufino fue en busca de Livia. Guma se quedó en la esquina. Cuando Rufino golpeaba la puerta de calle, una vecina llamó a Livia:

—¿Te has quedado, Livia? ¿Entonces por qué no te vienes a casa un rato?

Livia vio a Rufino, le habló en voz baja, y contestó a la vecina:

—Tía se olvidó la cartera... Me dijo que se la alcanzara.

Entró, recogió la cartera y un paraguas, y agregó dirigiéndose a la vecina:

—Está esperando el tranvía. Voy a llevarle el paraguas también porque va a llover.

La vecina comentó dubitativa:

—Juraría que llevaba paraguas... Sí, va a llover...

Livia se fue con Rufino. Atravesaron la plaza, descendieron en el ascensor, y ella se encontró ante el muelle y el mar, su nueva patria. Guma la cubrió con su capa impermeable, Rufino iba adelante para desviar a los conocidos. La lluvia comenzó a caer finamente. Junto al saveiro Rufino se despidió.

Era una noche de junio y fue en el mes del viento sur cuando Livia se mudó al mar. El saveiro, escorándose, partió con viento en contra, iluminando con su linterna roja el camino del mar. Un canoero que entraba deseó buen viaje a Guma. Y por primera vez Livia respondió el saludo del mar:

—Buen viaje...

El viento sur desordenaba sus cabellos. Guma iba inclinado sobre el timón, del mar venía un perfume incomparable y dentro de ella sentía un goce que la hizo cantar para el océano. Livia saludaba el mar con la más hermosa canción que conocía, y así el saveiro atravesó el tajamar y entró en la boca de la barra, porque las hermosas canciones que las mujeres cantan compran al viento y al mar. Livia era feliz y Guma tan feliz que por primera vez en su vida no vio el temporal que se aproximaba. Livia estaba echada a sus pies, los cabellos despeinados por el viento. Iban callados, ella había dejado de cantar. Ahora sólo el viento sur silbaba su canción temible.

El temporal llegó rápido, como acostumbran a llegar los temporales de junio. El golpe de viento estremeció las velas del «Valiente». La luz de la linterna iluminaba las altas olas de la entrada de la barra. No habían sido pocos los temporales que Guma capeó en su vida marinera. Algunos fueron trágicos para muchos canoeros y maestros de saveiros. Y una noche salió solo, con un temporal tan bravo que nadie se animó a salir. Iba a salvar un buque. Y nunca tuvo miedo. Se acostumbró a la muerte, a la idea de quedar en el fondo del mar. Ahora este temporal también será bravo. Las enormes olas se echan unas sobre otras, como jugando a cual es más alta. Pero había pasado temporales peores y nunca tuvo miedo. ¿Por qué siente miedo hoy, por qué teme que la linterna se apague? Por primera vez su corazón late acelerado en medio

del temporal. Livia está cansada, el día entero en espera, angustiada pensando que todo podía fracasar si los tíos se ponían en que los acompañara. Se echa a los pies de Guma que va al timón. Él siente la caricia de sus cabellos. Mucho la desea y tal vez nunca la posea. Quizás vayan juntos a las tierras de Aiocá, sin que sus cuerpos se hayan unido antes. Pero la hora de la muerte no ha llegado porque todavía no se han poseído, todavía conservan intacto el deseo de sus cuerpos que se estremecen de placer al menor roce, a pesar de la tempestad, y del mar convulsionado. Guma no quisiera morir sin poseerla, porque si no siempre ha de volver en busca de su cuerpo.

Livia, que nada conoce de la vida del mar, pregunta con ojos de susto:

—¿Siempre es así el mar, Guma?

—Si fuese siempre así, uno no navegaría mucho tiempo.

Ella se levanta y se aprieta a él:

—¿Podemos morir hoy?

—Tal vez no... El «Valiente» es un buen barco. Y yo sé un poco de esto —y a pesar de su preocupación sonrío.

Ella se refugia más en su hombro y murmura:

—Si vamos a morir es mejor que antes nos juntemos...

Éste también es el deseo de Guma. Así morirían luego de haber sido uno del otro, luego que sus cuerpos se hubiesen encontrado, que su deseo quedara satisfecho. Morirían tranquilos. Pero él sabe que de conseguir pasar la boca de la barra y entrar en el río, estarán salvados, porque podrá recostar el saveiro hacia la costa. Imposible seguir con este viento sur que arrastra el saveiro hacia fuera. La linterna sigue encendida, todavía es posible salvarse. El agua azota el vestido de Livia, empapa la ropa de Guma, lava la cubierta del saveiro. Las velas reciben todo el viento y el «Valiente» se inclina, quiere volcarse, termina desplazándose de lado, apartándose cada vez más mar afuera, un mar que no es de los saveiros sino de los transatlánticos, de los negros cargueros. Guma vira el timón con todas sus fuerzas, dominando su barco a pesar de las olas y el viento. Livia apretada contra él, suplica:

—Si tenemos que morir, vamos...

—Tal vez nos salvemos...

Ni una estrella en el cielo, esta noche no es para el amor. Tanto es así que no cantan en el muelle, sólo el viento silba. Sin embargo ellos quisieran amarse en esta noche que puede ser su última noche. Todo es rápido e incierto en la vida del mar. Hasta el amor tiene apuro. Las olas bañan los cuerpos y el barco. Poco se ha adelantado en el tiempo transcurrido. Todo lo que Guma consiguió fue no ser arrastrado mar afuera, más allá de la barra. Un buque entra. Todo iluminado. Las olas se estrellan contra su casco, impotentes. Pero no lo son contra el pequeño saveiro de Guma que a veces parece tragado por las olas. Sólo Livia le infunde coraje, sólo el deseo de poseerla, de vivir con ella, hace que él continúe luchando. Nunca tuvo miedo de ningún temporal. Hoy sí, por primera vez. Miedo de morir sin hacerla suya a Livia.

Consiguió entrar al río. Pero allí la tempestad lo sigue con furia. Una racha de viento apaga la linterna del «Valiente». Livia trata de encenderla, pero gasta toda una caja de fósforos sin lograrlo. Guma busca alguna pequeña cala donde pueda recostar el saveiro. Difícil, en ese comienzo del río. Solamente en la costa donde aparece el caballo blanco. Pero para un marinero es preferible aguantar la tempestad que detenerse allí donde cabalga el antiguo señor de ingenio. Están cerca. Ya se oye indistintamente el tropel del aterrador galope. El caballo pasa, vuelve, los canastos cargados golpean sus flancos, los rayos diseñan su figura.

Livia canta quedamente una canción que es una invitación a Guma. Pero el caballo blanco pasa galopando, es mejor quedarse en la tempestad. Cómo debe ser de lindo apretar su cuerpo con el cuerpo virgen de Livia. Livia divisa la cala a la luz de un rayo que corta la noche:

—Mira, Guma... Podemos anclar allí...

Qué importa el caballo blanco. Guma no quiere morir esta noche que es su noche nupcial. El caballo blanco galopa, pero Livia está cantando y no teme a la aparición. Le teme a la tempestad, al viento sur, al trueno que es la voz iracunda de Iemanjá, a los rayos que son el brillo de los ojos de Iemanjá.

Muchos años después, un hombre viejo, de esos que ya no se sabe su edad, contaba que no sólo las noches de luna son para el amor. También las noches de tempestad, las noches de ira de Iemanjá, son propicias para el amor. Los gemidos de amor eran la más hermosa música, los rayos se detenían en el cielo y se transformaban en estrellas, las olas eran mansa marejada cuando venían a morir a la arena donde alguien amaba. También las noches de tempestad son propicias para el amor. Porque hay música, estrellas, bonanza.

Había música en los gemidos dolientes de Livia. Había estrellas en sus Ojos y los rayos se detenían en el cielo. El grito de orgullo de Guma cubrió los truenos. Las olas vinieron mansamente a golpear la arena de la pequeña cala. Y fueron tan felices, tan bella fue esa noche oscura, sin luna y sin estrellas, tan llena de amor, que el caballo encantado sintió que le quitaban su carga y su castigo terminaba. Y nunca más galopó por las márgenes del río, donde ahora los marineros vienen a amar.

Marcha nupcial

Los tíos amenazaron matarlo, que harían esto y aquello. Guma dejó a Livia con la suegra de Jacques y regresó a Bahía. Rodolfo, que, como de costumbre, se apareció de improviso, calmó a los tíos, evitando que dieran parte a la policía. Se encontró con Guma en el muelle. Rodolfo trataba de poner cara seria, pero no lo consiguió. Y abrazando a Guma le dijo:

—A mi hermana la quiero realmente. Ya sabes que yo no valgo gran cosa, pero quiero que ella sea feliz. ¿Qué piensas hacer?

Guma le contestó:

—Lo que yo estoy deseando es casarme. Si hice esto fue por culpa de los viejos que se oponían.

—Ya lo sé. Yo voy a convencerlos, deja nomás. ¿Tienes dinero para sacar los papeles?

Guma dejó encargado de los trámites a Rodolfo, que, al día siguiente, le avisó que para dentro de doce días estaba arreglado su casamiento en la iglesia de Monte Serrat y en el Registro Civil. El que se enfureció fue el viejo Francisco. Para él un hombre de mar no debía casarse. Una mujer sólo sirve para complicarles la vida. Pero nada dijo a Guma que era un hombre y no sería él el que se iba a meter en su vida. Pero que le pareciese bien, que estuviese de acuerdo, eso no. Especialmente ahora que la vida andaba tan difícil, con los fletes de transporte de los saveiros tan bajos. Y le hizo conocer a Guma:

—Yo me voy a buscar otro fondeadero por ahí, por algún lado...

—No diga zonceras... Usted se queda con nosotros.

—Quién sabe si a tu mujer le gusta.

—¿Qué se cree que soy, una gallina? En mi casa mando yo.

El viejo Francisco rezongó algo, Guma continuó:

—Y va a simpatizar con Livia. Es realmente buena.

El viejo Francisco siguió remendando velas y recordaba su casamiento:

—Fue una fiesta de quedar con la boca abierta. Vino gente de todas partes para comer el guiso de pescado de ese día. Hasta tu padre, que era un tipo que nunca se sabía donde andaba, se apareció. Más gente, sólo en el entierro de mi vieja...

Se quedó pensativo, la aguja con que cosía la vela suspendida entre los dedos:

—Nada gana uno con casarse. Siempre termina mal. No es que quiera ser lechuza...

Guma sabía que era así, que el viejo Francisco tenía razón. Su tía murió de alegría una noche que el viejo Francisco regresaba a salvo de la tempestad. Murió de alegría, pero casi todas morían de tristeza, los marineros alguna vez no volvían.

Por eso el doctor Rodrigo lo miró asombrado cuando fue a invitarlo para el casamiento. Guma sabía bien en qué estaba pensando el doctor Rodrigo mientras lo miraba. Recordaba con seguridad la muerte de Traira, que se fue en un buque, en una

nube, en medio del delirio que le hacía llamar a sus hijas. Guma recordaba otras muertes. Quedaban en una pelea, quedaban en el mar, se iban a las Tierras del Sin Fin. ¿Cómo vive una mujer del muelle sin el marido? Unas lavan ropa para las familias de la ciudad alta, otras se prostituyen y beben en el «Farol de las Estrellas». Son tristes tanto unas como otras, tristes las lavanderas que lloran, tristes las prostitutas que ríen entre copas y música. El doctor Rodrigo le tendió la mano:

—Iré ese día para darle un abrazo...

Pero su voz no mostraba ningún entusiasmo por la noticia, recordaba, junto con el de Traira, los otros innumerables casos que había conocido.

Solamente la señorita Dulce se alegró:

—Claro que ahora te será menos fácil la vida. Los dos deben estar muy enamorados ¿no es cierto? Hacen bien en casarse. Esto así no puede durar toda la vida. Yo creo que algún día...

Había en su voz una esperanza infantil. Esperaba el milagro. Esto lo sabía Guma y lo sabían todos en el muelle. Y la querían, querían a esa mujer de rostro envejecido, de anteojos, de cuerpo flaco, que ya había perdido su juventud. Y le entregaban sus hijos por cinco o seis meses, durante los cuales la señorita Dulce trataba afanosamente de encontrar la palabra que realizara el milagro.

Le apretó cariñosamente la mano a Guma y le pidió:

—Tráemela para conocerla.

El doctor Filadelfio se metió los dedos entre el cuello sucio y soltó su estridente carcajada:

—Vamos a tomar un trago para festejar... —y agregó—: Si hubieses puesto cofre en lugar de estuche, no hubieses demorado tanto en casarte.

Y se tomó unas cuantas copas en el «Farol de las Estrellas» a la salud de Guma y de su «futura». Todos los que estaban en el boliche también bebieron. Varios eran casados y otros estaban por serlo. Pero una gran parte no se había animado a sacrificar una mujer uniéndola a su vida.

Guma trajo a Livia a casa de la señorita Dulce hasta el día del casamiento. Los tíos ya reconciliados con los prófugos, vinieron a visitarla y le regalaron el ajuar. Se hacían los preparativos para la fiesta de la boda. El viejo Francisco, al conocer a Livia, quedó encantado, y andaba tan contento que parecía que era él el novio. En el muelle no se hablaba de otra cosa que del casamiento. Se realizó el sábado, primero en el Registro Civil, con muy poca concurrencia, después en la iglesia de Monte Serrat llena de flores. Allí estuvo toda la gente del muelle que quería ver a los novios. Y todos encontraron lindísima a Livia. Muchos hombres miraban con envidia a Guma. En un grupo alguien comentó:

—Suerte la de Guma, qué mujer se lleva... No estar yo en su lugar...

Rieron:

—Ya es tarde ahora...

Otro del grupo dijo:

—Cuestión de esperar un poco, que se quede viuda...

Nadie rió. Un marinero viejo, agitando la mano, dijo:

—Son cosas ésas que no se dicen.

El otro bajó la cabeza avergonzado. Uno del grupo, casado, sintió como un frío recorrerle el cuerpo.

Salieron de la iglesia. Livia hermosísima, Guma sonriendo a todos. La destemplada tarde de junio caía sobre la ciudad. Las luces del muelle ya estaban encendidas. Ellos descendieron la ladera del morro.

Era una fría tarde húmeda y de garúa. Los hombres se cubrían con sus capotes impermeables. Los buques del muelle, pese a ser todavía temprano, se iluminaron. Los saveiros con las velas recogidas apuntaban sus mástiles hacia el cielo gris. Las aguas del mar estaban tranquilas esa húmeda tarde del casamiento de Guma. El viejo Francisco iba con Rufino, que fue el padrino de la boda, contándole la historia de su casamiento, y el negro, ya medio borracho, hacía comentarios escabrosos. Filadelfio mentalmente componía el discurso que diría poco después en la comida de esponsales, pensando en los aplausos que iba a cosechar. Caía la garúa sobre el cortejo mientras las campanas de Monte Serrat tocaban anunciando la llegada de la noche. La arena del muelle estaba llena de charcos y tuvo tristeza la salida de un buque en la tarde gris.

Cerrando el cotejo iban la señorita Dulce y el doctor Rodrigo. Tomados del brazo conversaban y parecían dos novios. Pero ella estaba envejecida, un poco encorvada y poco veía a pesar de los anteojos. Él fumaba su pipa:

—Mundiño murió... —dijo.

—Pobre la madre...

—Hice lo que pude. Quedándose aquí no había posibilidad de curarlo. Sin higiene, sin recursos...

—Era un buen alumno. Podía ser algo...

—De todos modos poco quedaría en la escuela.

—Es que esta gente no puede, doctor. Necesitan que sus hijos les ayuden a ganar el pan. Muchos son inteligentes. Guma mismo...

—Hace mucho tiempo que usted está por aquí, ¿no?

Dulce se sonrojó un poco:

—Muchos años... Es muy triste...

El doctor Rodrigo no supo si se refería a su propia vida o a la vida de la gente del muelle. Ella caminaba un poco agobiada y la lluvia plateaba su cabello:

—A veces pienso... Podía salir de aquí, conseguir un puesto mejor... Pero me apena esta gente que simpatiza tanto conmigo... Ya no sé ni qué decirles...

—¿Decirles qué?

—¿Nunca fue una mujer llorando a su casa? ¿Una viuda? A muchas vi casarse

como Livia. Y luego van a mi casa llorando porque su marido ha muerto en el mar... Ya no sé qué decirles...

—No hace mucho murió un hombre en mi consultorio, si a eso que tengo puede llamársele consultorio... Murió de un balazo en el vientre. No hacía más que llamar a sus hijas. Era canoero...

—Ya no sé qué decirles... Al principio tenía fe, todavía era feliz. Creía que alguna vez Dios tendría piedad de esta gente. Hoy he visto tantas cosas, que, le aseguro, hasta la fe he perdido. Antes, al menos, me sentía capaz de consolarlas...

—Yo cuando vine aquí, Dulce —la llamó Dulce, así a secas, y ella lo miró, era un hermano—, creía también. Tenía fe en la ciencia, venía para ayudar a toda esta gente...

—¿Y hoy?

—Yo tampoco sé qué decirles. Hablar de higiene donde no hay más que miseria, hablar de buena vida donde se vive luchando con la muerte... Pienso que he fracasado...

—Sin embargo todavía espero el milagro. No sé qué será, pero lo espero.

Livia al pasar sonreía a la señorita Dulce. El doctor Rodrigo se levantó el cuello de su impermeable.

—Sí, un milagro. Eso prueba que usted todavía tiene fe en su Dios. Ya es mucho. Yo ya perdí la fe que puse en la ciencia.

Oían la algazara de las conversaciones, la risa del viejo Francisco festejando los chistes de Rufino, el reírse feliz de Guma, a Livia que les pedía se acercaran.

—No, ya no es un milagro de Dios el que espero. He rogado mucho al cielo y esta gente sigue lo mismo. Ahora sólo tengo fe en estos hombres. Algo me dice que serán ellos los que harán el milagro.

Rodrigo miró a Dulce. Tenía ternura en sus ojos que sonreían. El médico pensó en su ciencia en fracaso, en su poesía en fracaso. Miró a la gente que reía alegremente a su alrededor. El patrón Manuel había bajado del «Viajero sin Puerto» con María Clara y se acercaba apresurado a la pareja y disculpaba su tardanza en medio de risas. El doctor Rodrigo dijo:

—¿Y qué milagro será ése, Dulce? ¿Qué milagro?

Ella estaba transfigurada, con una expresión de santidad. Sus ojos puestos en el mar. Una criatura se le acercó y Dulce posó tiernamente la mano sobre su cabeza:

—Un milagro... un milagro.

La criatura siguió con ellos bajo la noche que se aproximaba. Dulce continuó hablando:

—¿Nunca ha imaginado este mar lleno de saveiros aseados, con marineros bien alimentados, ganando lo que merecen, con sus esposas seguras de su porvenir, con sus hijos en la escuela, no seis meses como ahora, sino todo el tiempo necesario, y pudiendo seguir un buen oficio, una carrera, si tienen condiciones? A veces me imagino esto así...

La criatura la escuchaba atentamente sin comprender. La noche estaba húmeda y el mar tranquilo. Todo muy triste y sin ninguna belleza. Dulce continuó:

—Un milagro de estos hombres, Rodrigo... Así como es luna en una noche de invierno como ésta. Iluminando todo, embelleciendo todo.

Rodrigo contempló la luna que subía en el cielo. Era luna llena. Todo lo iluminaba, transfigurando el mar y la noche. Aparecían las estrellas, una canción venía del viejo fuerte. Los hombres no iban agachados bajo la lluvia, el cortejo nupcial tomaba un aspecto de belleza. Desapareció la humedad de la noche y quedó un frío seco. La luna iluminó la noche del mar. El patrón Manuel iba abrazando a María Clara y Guma sonreía a Livia. El doctor Rodrigo contempló el milagro de la luna. La criatura les sonreía. Y el doctor Rodrigo pudo comprender lo que Dulce quería decir. Tomó a la criatura en sus brazos.

Era verdad. Un día estos hombres realizarían por sí el milagro. Dijo en voz baja a Dulce:

—Creo que sí.

El cortejo iba entrando a la casa de Guma. El viejo Francisco gritaba:

—Entren, entren, la casa es de todos. Es pobre pero es de corazón.

Cuando Dulce y el doctor Rodrigo entraron, él bromeó:

—¿Hablaban del próximo casorio?

El doctor Rodrigo le contestó:

—Hablabamos de un milagro.

—Ya se acabó el tiempo de los milagros —rió Francisco.

—Todavía no —le dijo Dulce—. Pero el milagro de ahora es otro.

La luna entraba por la ventana.

Jeremías trajo su guitarra. Otros habían traído armónicas y Rufino también se vino con su guitarra. María Clara estaba con su voz. Y cantaron canciones del mar, desde la que dice que la noche es para el amor (sonrieron todos maliciosamente mirando a Guma y Livia) hasta la que dice que es dulce morir en el mar. Y también bailaron. Todos querían bailar con la novia. Bebieron, comieron las golosinas mandadas por la señorita Dulce y la *feijoada* que preparó el viejo Francisco ayudado por Rufino. Reían interminablemente, olvidados del mes de junio, del viento sur, de todo. Pronto sería San Juan y las fogatas alumbrarían el muelle.

Guma esperaba que la fiesta terminara. Desde la noche en que la raptara y la poseyera en medio de la tempestad no había encontrado oportunidad de estar a Solas con Livia. Y desde entonces su deseo no hizo más que intensificarse. Miraba a los concurrentes que reían, bebían y conversaban decididamente, no se irían tan pronto. El patrón Manuel contaba de una pelea:

—Fue un sopapo bárbaro. Y el hombre se deshizo como espuma...

Pedían a Rufino que cantara. Livia puso su cabeza en el hombro de Guma.

Francisco pidió silencio. Rufino punteó la guitarra y su voz se extendió por toda la casa:

*Dinero es quien manda el mundo.
Quien manda al mundo es dinero.*

El canto continuaba. La voz del cantor decía rápido como olas del temporal, corriendo unos versos sobre otros:

*Cavar es hacer un pozo
horquilla es el botador
desaté y volví a atar
el cabello de mi amor.*

Miraba a las muchachas de la sala y cantaba para ellas, porque le gustaba cambiar de mujer seguido y a ellas les gustaba acostarse en la arena con él. Decían que Rufino era tan buen canoero que «metía la canoa a la bolina, apretaba el remo y la embicaba». Y ésa era una maniobra de rara bravura, enfilar la canoa de proa en el agua. Proeza sólo permitida a los canoeros veteranos.

*Fue él quien me enseñó
a enamorar; yo no sabía.
El tigre el salto pega.*

*La víbora el bote da.
Y el vaquero, siendo bueno,
su novia sabe apartar.*

Reían, las mulatas dejaban caer los ojos en Rufino. El patrón Manuel acompañaba el ritmo golpeando las palmas en las rodillas. Rufino cantaba:

*Quien herida tiene, gime,
quien gime tiene dolor.
Golpea el herrero el yunque,
la campana el sacristán.*

Punteaba la guitarra. A Livia le gustaban más las canciones, esas canciones que sólo se cantan en el muelle. Poco le decía este canto de Rufino. Una canción le decía mucho. Rufino seguía:

*Soy como el dolor de muelas
Cuando empieza a picotear.
Sin pimienta hago la salsa,*

*Sin harina el cardo como.
Yo no soy ojo de caña
Que muere y vuelve a nacer.*

Después de estas jactancias, puso la guitarra en el suelo, guiñó los ojos:

—Vamos a bailar ahora, que esta es noche de alegría...

Bailaron. Las armónicas tocaban desesperadamente, eran como olas que iban y venían. El patrón Manuel contaba al doctor Rodrigo:

—El tiempo está peliagudo doctor. Uno sale y no sabe si vuelve. Le aseguro, este invierno mucha gente se va a ir con Janaína.

El alboroto del baile se extendía hasta el muelle próximo. Don Babau entró con una botellas de bebidas, su regalo para los novios. Había cerrado el «Farol de las Estrellas», todos estaban en la fiesta. Don Babau se prendió a una de las mujeres y comenzó a bailar. El *samba* estaba en su apogeo y el suelo resonaba con el zapateado. Después cantó María Clara. Su voz penetró en la noche, como la voz del mar. Armoniosa y profunda.

*La noche que él no vino
Fue muy triste para mí...*

Su voz era dulce. Venía de lo más profundo del mar y, como su cuerpo, olía a ribera del muelle, a pescado salado. Ahora todos la escuchaban atentamente. Esta canción era bien de ellos, era del mar:

*Él quedó en las olas
Él se fue a ahogar.*

Vieja canción del mar. ¿Por qué sólo hablan de muerte y de tristezas estas canciones? Sin embargo el mar es hermoso, el agua azul, la luna luminosa. Pero las canciones del mar son siempre muy tristes, dan ganas de llorar, matan la alegría.

*Me voy para otras tierras
que mi señor ya se fue
en las olas de la mar.*

En las olas verdes del mar se van todos un día. María Clara canta, ella también tiene un hombre que vive sobre las aguas. Pero ha nacido en el mar, vino de él y vive de él. Por eso la canción no le dice nada nuevo, no hace que su corazón se estremezca como el de Livia:

en las olas de la mar.

¿Para qué María Clara canta esto la noche de su casamiento? Es como si fuese una

enemiga para Livia. Guma sonríe con la boca entreabierta. Livia apoya la cabeza en su hombro y por primera vez teme por su vida. ¿Si queda un día en el mar qué será de ella? La canción dice que todos quedarán en las olas del mar. Y ninguno de los oyentes lo niega, ni siquiera muestran un gesto de rebeldía. Solamente Livia, que solloza, que quiere huir, llevarse a Guma lejos de allí, a un lugar donde no se oiga el llamado de «las olas de la mar».

Livia apenas respira. La canción ha terminado. Pero en la fría noche de junio la voz se alarga hacia los buques, el muelle, los saveiros, las canoas. Y queda latiendo dentro de los corazones. Y para olvidarla, todos se lanzan a bailar o a beber.

Mano Manca levanta un gran vaso y grita:

—*Cachaza del diablo...* Parece plomo.

Ha vuelto a llover. Las nubes cubrieron la luna.

La marcha nupcial de Livia fue esa canción agorera. Canción que resumía la vida del muelle. «Él se fue a ahogar», podían decir las mujeres del muelle cuando sus maridos se hacían a la mar. Destino triste el de Livia. Su hermano Rodolfo aparecía y desaparecía, sin que nada se supiese de él. No vino a su casamiento, hacía un tiempo que no lo veía. Hizo todos los trámites, señaló el día, después desapareció. Nadie podía decir dónde dormía, dónde comía, en qué andaba. Y Guma, su marido, yendo diariamente a ahogarse en las olas del mar. Un día, en lugar de él, le traerían su cadáver, y él navegaría en las Tierras del Sin Fin de Aiocá.

Livia se desviste, enjugándose las lágrimas. No siente más deseos de amar. Sin embargo no está saciada, sólo una vez conoció el amor de su hombre. Y hoy se han casado, hoy es el día de amarse, y está triste, la canción le quitó todo el deseo que había en su cuerpo. Imaginaría el cadáver de Guma sacado de las olas al abrazarlo. Lo vería yendo a ahogarse. Sólo tendría deseo, sólo lo amaría plenamente, si pudiese huir muy lejos del mar esta noche. Irse a las tierras agrestes del interior, huirle a la fascinación de las olas. Los hombres del interior, las mujeres de allá, viven pensando en el mar. No saben que el mar es un amo cruel que mata a los hombres. Dice un cantar del «sertón» que la mujer de Lampión, que es el señor de todo aquello, lloró porque no podía tener un vestido de «humo de vapor». Los vapores son del mar y en el mar nadie manda, ni siquiera un bandolero valeroso como Lampión. El mar es señor de vidas, el mar es terrible y misterioso. Todos los que viven en el mar están rodeados del misterio. Livia se esconde bajo las cobijas y llora. Tendrá que ver a Guma ir diariamente a ahogarse en las olas del mar.

Y entonces toma una súbita resolución. Irá siempre con él. Será una mujer de mar, cantará las canciones del muelle, conocerá los vientos, los bajíos de piedra del río, los misterios del mar. Y su voz aplacará las tempestades como la voz de María Clara. Hará apuestas para correr con su saveiro y vencerá con sus cantos. Y si un día él se va al fondo de las aguas, ella también irá con él y juntos harán el viaje a las tierras desconocidas de Aiocá.

Guma afuera pregunta a Livia si ya puede entrar al cuarto. Ella se enjuga los ojos

y le dice que entre. La luz de la vela se apaga y los ayes de amor crecen en la madrugada. Él irá a ahogarse en las olas del mar. Ella llora y lo ama, se poseen locamente, como si la muerte estuviese rondando su lecho nupcial, como si fuese la última vez.

Se hace la madrugada, y Livia jura que su hijo no será marinero, no navegará en los saveiros, no oirá estas canciones, no amará el mar traicionero. En la madrugada un negro canta que el mar es dulce amigo. El hijo de Livia no será del mar. Será un hombre de tierra y tendrá vida tranquila y su mujer no sufrirá lo que Livia está sufriendo. No irá a ahogarse en las olas del mar.

Se hace la madrugada, y Guma piensa que su hijo será un marinero que manejará un saveiro mejor que el patrón Manuel, guiará una canoa mejor que Rufino y viajará un día en un enorme vapor hacia tierras más distantes todavía que las que recorre Chico Tristeza. El mar es dulce amigo, y su hijo será del mar.

Se hace la madrugada y se reanudan los ayes de amor.

El Paquete Volador

Derrotero del Mar Grande

Malos meses para el muelle. Los saveiros pocos viajes hacían, los fletes de las cargas estaban muy bajos y muchos salían a pescar para poder comer. Guma se movía todo lo posible, llevaba toda carga que se le presentaba, hacía cualquier cosa. Livia casi siempre lo acompañaba. De acuerdo a lo que se prometiera, trataba de estar cuanto podía con su marido. Pero Guma le confesó una noche de temporal que le resultaban penosos estos viajes con ella. Él, que nunca sintió miedo, se aterrorizaba cuando se nublaba el cielo y estaban en el mar. Era el verla a ella en peligro que le traía ese terror, ese miedo a los vientos y a las tempestades. Livia entonces espació sus viajes y sólo lo acompañaba cuando lo veía de buen humor. A veces era él quien la invitaba, viendo el pedido en sus ojos:

—¿Estás con ganas de acompañarme, negra?

Le decía negra cariñosamente. Y ella se iba a preparar dichosa. Guma quería saber por qué quería acompañarlo, pero ella nunca le dijo que temía por su vida. Más bien le daba a comprender que tenía celos de las mujeres que podía encontrar en los puertos. Guma sonreía, chupaba la pipa y la tranquilizaba:

—Qué va a ser. Si me quedo en el barco nada más que pensando en mi negra.

Cuando no lo acompañaba. Livia se quedaba en casa con el viejo Francisco, que se pasaba contándole viejas historias del muelle, episodios de naufragios, muertes y ahogados, que la llenaban de terror. Su marido estaba en el mar, sobre una frágil embarcación, a merced de los vientos. Podía no verlo más o sólo recibir su cadáver, conducido en una hamaca entre dos hombres sosteniendo la pértiga. Podía volver con su cuerpo lleno de cangrejos como Andrade, cuya muerte le contaba el viejo Francisco mientras remendaba velas ayudado por Livia.

No salía de su memoria esa canción que María Clara cantara el día de su casamiento: «Él se fue a ahogar en las olas de la mar». Asistía ahora todas las mañanas, sin poderlo detener, sin poderlo remediar, a la partida de Guma hacia la muerte. Otras mujeres del muelle miraban partir a sus maridos indiferentes. Pero estas mujeres habían nacido aquí, habían visto llegar el cadáver del padre, de un hermano, de un tío. Y sabían que éste era el destino, la ley del muelle. Hay en el muelle una cosa peor que la miseria de las fábricas, que la miseria del campo: la certeza de que el fin será la muerte en el mar, inesperada, repentina. Las mujeres sabían que era un sino milenario, un destino ya escrito. Nadie se rebelaba. Lloraban a sus padres, se enloquecían de dolor cuando sus maridos quedaban en el mar, y se lanzaban desesperadamente al trabajo o a la prostitución hasta que sus hijos crecían y a su vez se iban también. Ellas eran del muelle y llevaban su corazón ya marcado.

Pero Livia no era del muelle. Vino allí por el hombre que amaba. Y temía por él, trataba de salvarlo de su destino o morir con él para no llorar su ausencia. Si Guma se ahogaba, ella también quería ahogarse. El viejo Francisco sólo sabe historias del mar. Las cuenta todo el día, y siempre son historias tristes, de naufragios, de tempestades.

Refiere con orgullo la valerosa muerte de patrones de saveiro que conoció, y escupe con desprecio cuando recuerda a Ito, que por salvarse dejó morir a cuatro compañeros de su saveiro. Escupe con asco. Porque un marinero nunca debe hacer eso. Así son todas las historias que cuenta el viejo Francisco. No dan ningún consuelo al corazón de Livia, lo amargan todavía más, hacen que sus ojos se llenen de lágrimas. Y el viejo Francisco siempre encuentra nuevo repertorio de sucedidas desgracias. Muchas veces Livia huye a su cuarto para no oírlo. Y el viejo Francisco, que ya comienza a chochear, sigue solo contando, sobrio de gestos, sobrio de palabras.

Por eso Livia se alegró mucho cuando Esmeralda, la querida de Rufino, vino a vivir cerca de ellos. Era una linda mulata, de grandes pechos y fuertes nalgas, una mujerona. Muy habladora, reía mucho, con una carcajada franca, y poco se le importaba de Rufino que estaba loco por ella. No hablaba más que de vestidos, de perfumes, de los zapatos de moda que había visto en las vidrieras. Pero distraía a Livia y le sacaba de la mente esa idea de la muerte. También María Clara venía a veces de visita, pero María Clara, que naciera y viviera siempre en los saveiros, amaba el mar por sobre todas las cosas y al patrón Manuel más que nada. Todo lo que deseaba era que él siguiese siendo el mejor patrón de saveiro de estos lados, le diese un hijo y se fuese valientemente con Iemanjá al llegarle su hora.

Al terminar las clases, la señorita Dulce pasaba frecuentemente a verla y a charlar un rato. Pero la que realmente la entretenía era Esmeralda, con su graciosa voz, los requiebros de su cuerpo y su alocada cháchara. Vivía pidiéndole cosas prestadas, entraba en la casa como si fuese la suya, todo lo averiguaba. El viejo Francisco se lamía los labios y le guiñaba el ojo y ella decía riéndose: «Miren a este pescado viejo...». Rufino andaba con su canoa río arriba, río abajo, una noche en su casa y una semana fuera, pero a Esmeralda nada le importaba. Un día que encontró a Livia llorando, le dijo:

—No sea zonza. No le dé tanta importancia a los hombres... Deje que tengan por allá sus mujeres. Vea, haga como yo, que no tomo en cuenta esas cosas.

—No, Esmeralda, no es por eso. Tengo miedo que se ahogue...

—¿Y todos no nos tenemos que morir algún día? Total, si el mío se ahoga, busco otro.

Livia no comprendía. Si Guma moría ella también moriría, porque, además de lo que era perderlo, no podría aguantar los duros trabajos que esperan a las viudas y nunca iba a vender su cuerpo para comer.

Esmeralda no estaba de acuerdo. Si moría Rufino, ya iba a encontrarse otro y continuaría su vida como si tal cosa. No era la primera vez que lo hacía. Uno se le quedó en el mar, su marido se fue en un carguero y no volvió más, el tercero se le fugó con una novia. Y ella no se hacía mala sangre y seguía viviendo. ¿Se iba a preocupar pensando desde ahora lo que podría pasarle más adelante? Ahora lo que la preocupaba era poderse comprar vestidos, brillantina para estirarse el cabello, buenos zapatos para lucirse en el muelle. Livia se reía hasta las lágrimas. Esmeralda era muy

divertida. Suerte tenerla de vecina. ¿Si no qué sería de ella oyendo todo el día los cuentos trágicos del viejo Francisco y pensando en que Guma podría ahogarse?

Pero cuando Rufino llegaba con la canoa, Esmeralda era otra. Sentada en las rodillas del negro, le gritaba a Livia:

—Mi negro ha llegado... Hoy vamos a cenar mejor...

Rufino estaba loco por ella y había quienes decían que la mulata le escribía a Janaína. Rufino la llevaba al cine, al circo cuando venía un circo y muchas veces iban a bailar al «Océano Fútbol Club», que si no tenía equipo de fútbol en cambio daba reuniones danzantes los sábados y domingos para la gente del muelle. Parecían tan felices que Livia sentía envidia de Esmeralda. Aun cuando Rufino borracho distribuía sopapos en la casa. Esmeralda tenía él corazón tranquilo, no temía perder a Rufino.

Había ocasiones en que Livia esperaba la llegada convenida de Guma y se lo pasaba en el muelle tratando de distinguir entre las velas que entraban las del «Valiente». A veces veía una parecida y su corazón saltaba de gozo. Había pedido a Rufino que le tatuara en el brazo dos nombres: Guma y Valiente. Y miraba su brazo y miraba el mar, hasta que comprendía que se equivocaba, no era Guma. Y seguía a la espera de otra vela. ¿Sería ese saveiro que viene ahora? Y la esperanza llenaba su corazón. No era tampoco. Algunos días pasaba toda la tarde y parte de la noche en esa espera. Y cuando no llegaba, atrasado por algún inconveniente, regresaba a su casa con un amargo presentimiento. Y nada valía que Esmeralda le dijese:

—Las malas noticias llegan pronto. Si le hubiese pasado algo ya se sabría.

Nada valía tampoco que el viejo Francisco rebuscase en su memoria casos de algunos que demoraron meses en volver y un buen día se aparecían. Y Livia se quedaba despierta, caminando de un lado a otro de su cuarto, y a veces oía los gemidos de amor de Esmeralda a través de la pared medianera. No dormía y le parecía percibir en la voz del viento la voz de María Clara cantando:

*Él quedó en las olas
Él se fue a ahogar;
Me voy para otras tierras
Que mi señor ya se fue
En las olas de la mar.*

Y si el sueño la vencía, si el cansancio la tiraba a la cama, entonces su sueño era de pesadilla, tempestades y cadáveres de ahogados.

Sólo podía descansar cuando oía la voz de Guma en medio de la noche o en la mañana clara. Venía gritando con alegría infantil:

—¡Livia! ¡Livia! Mira lo que te traje...

Pero siempre llegaba primero Esmeralda, que lo abrazaba apretándole los senos

en su cuerpo y preguntándole:

—¿Y para mí no me ha traído nada?

—Es Rufino el que tiene que traerle...

—¿Ése? Ni la cola de un pescado muerto se acuerda de traer...

Venía Livia con los ojos ya enjugados y le parecía mentira verlo, tantas veces lo soñara muerto en sus pesadillas.

Un viernes Guma la invitó:

—¿No quieres venir mañana, negra? Tengo que llevar unos ladrillos para Mar Grande. Manuel va también. Tenemos una cuestión con él...

—¿Qué cuestión?

—Una apuesta. Una vez corrimos con los saveiros y él me ganó. Hace tiempo. Ahora lo voy a correr de nuevo. Y vas a cantar para que el «Valiente» gane.

—¿Porque yo cante? —se sonrió ella.

—¿No lo sabes? El viento ayuda al que cante mejor. La otra vez ganó Manuel porque María Clara cantaba una canción muy linda. Yo no tenía quien cantara.

La tomó por la cintura y la miró a los ojos:

—¿Por qué te lo pasas llorando cuando yo no estoy aquí?

—No es cierto. ¿Quién te dijo?

—Esmeralda. Y el viejo Francisco también. ¿Por qué lloras?

Los ojos de Livia no tenían misterio. Eran limpios y claros como el agua, la clara agua del río. Livia acarició los largos cabellos de Guma:

—Si por mí fuera, iría siempre en el saveiro...

—¿Estás con miedo que me pase algo? Yo sé bien lo que es navegar con un saveiro.

—Pero todos se ahogan...

—También allá —señalaba arriba la ciudad— se muere la gente. En todas partes es lo mismo.

Livia lo abrazó. Él la acostó en la cama y apretó sus labios a los de ella con prisa, con su prisa habitual, como la de todos los hombres que no saben qué pasará mañana. Pero la entrada de Esmeralda interrumpió la caricia.

Guma salió para cargar el saveiro. Al caer la tarde Livia se puso su mejor vestido y tomó el ascensor. Iba a visitar a los tíos. Estaba contenta porque al día siguiente viajaría con Guma. Dos días con él, la mitad de los cuales los pasarían en el saveiro porque de Mar Grande iría a Maragogipe.

Al anoecer Guma volvió. Como Livia había salido, se demoró en volver. Fue al «Farol de las Estrellas» a tomar un trago. Don Babau rengueaba, el doctor Filadelfio escribía una carta para Mano Manca y bebía copa tras copa. Y se paró a conversar con Esmeralda, que muy competente, coqueteaba en la ventana.

—¿No quiere pasar un rato?

—No, gracias.

Lo invitó con una sonrisa:

—Entre. Sentado va a estar mejor.

Rehusó. Un momento nomás y se iba a su casa. Livia no tardaría en llegar. Esmeralda lo miró:

—¿Es por miedo a Rufino o a ella? Rufino anda de viaje...

Guma la miró sorprendido. Verdad que ella se le apretaba con los senos, que se tomaba ciertas intimidades, pero nunca una cosa tan clara como ahora. Lo estaba provocando, no había duda. Era una mulata de no despreciarla, pero era la mujer de Rufino, tan amigo suyo, y no podía traicionar a Rufino ni a Livia. Guma resolvió hacerse el que no entendía. Pero Livia venía subiendo la ladera. Esmeralda dijo:

—Será otro día...

Ahora lo que quería Guma era satisfacer su deseo. A la mañana la entrada intempestiva de Esmeralda, ahora su respeto a la amistad. ¿O la llegada de Livia? Guma piensa que Esmeralda es una mulata de hacer agua la boca. Y se le estaba ofreciendo, entregándosele. Pero era la amante de Rufino, de su mejor amigo, al que debía muchos favores, su padrino de casamiento. Además Guma es dueño de la mujer más linda del muelle, no necesita de otra. Tiene una mujer que lo quiere. ¿Para qué entonces anda pensando en el excitante cuerpo de Esmeralda? En sus senos que parecían escaparse de su blusa, en sus meneantes ancas de mulata. Y tiene ojos verdes, mulata de ojos verdes. ¿Qué haría Rufino si Esmeralda lo traicionara con Guma? Los mataría con seguridad a los dos, después se perdería en el mar sin límites. Y Livia se envenenaría. Los ojos de Esmeralda son verdes. Livia le avisa:

—Se está enfriando la comida.

Que se enfríe. La arrastra al dormitorio. Ella se estremece en la cama. Es la mujer más linda del muelle. Él nunca traicionará a un amigo.

La mañana es hermosa, llena de sol. Octubre es el mejor mes de la ribera del muelle. Todavía el sol no es caliente, las mañanas son claras y frescas, mañanas sin misterio. De los cercanos saveiros viene el perfume de la fruta madura que traen al Mercado. Don Babau compra ananás para fabricar una sabrosa *cachaza* para los parroquianos del «Farol de las Estrellas». Una negra pasa con sus latas de *mingau*. Otra vende *mungunzá* en un grupo. El viejo Francisco, que es muy madrugador, compra un poco de *mingau* de mandioca ácida. Parte cargado un saveiro. Salen barcos de pesca, los pescadores van desnudos de cintura arriba. Comienza el movimiento del Mercado. Hombres que bajan por el ascensor que une las dos ciudades, la alta y la baja.

El patrón Manuel ya está en el muelle con María Clara vestida de rojo y con una cinta en el pelo. El viejo Francisco se les acerca:

—¿Va a salir, patrón?

—Estoy esperando a Guma. Estos recién casados no madrugan...

—Hace ya cinco meses que se casó...

—Y parece que fuera ayer —comenta María Clara.

—Están contentos, eso es lo principal...

Ellos venían llegando. Livia todavía con los ojos hinchados de la noche de amor. Guma con el cuerpo cansado, seguro de perder la carrera:

—Voy a perder la apuesta. Estoy deshecho.

Ella se rió sin malicia y apretó el brazo del marido:

—Es tan lindo...

—Vamos a apurarnos un poco.

Ahora Livia conversa con María Clara, que le dice:

—Me parece que estás engordando mucho, ¿eh?

—No, no hay nada.

—A lo mejor está ahí un patrón de saveiro...

Livia se ruborizó:

—Ni patrón de saveiro, ni canoero. Uno no puede pensar en eso... Apenas nos alcanza para vivir los dos.

María Clara estuvo de acuerdo:

—Es así nomás. Pero si Manuel quiere yo también quiero. Sólo tengo miedo que me salga mujer.

El patrón Manuel se había embarcado. El viejo Francisco se dirigió al grupo que había en el Mercado, pero antes aconsejó a Guma:

—En la vuelta de la isla, gana terreno. Manuel no es muy fuerte en esas maniobras.

—Bueno —pero Guma estaba seguro de perder.

En el Mercado hacían apuestas. La mayor parte por el patrón Manuel, pero Guma, desde el salvamento del «Canavieiras» y, especialmente, después de lo de Triara (en toda la ribera del muelle se supo en seguida), tenía también sus admiradores.

El «Viajero sin Puerto» salió primero. El viento era favorable y rápidamente navegó hacia el tajamar. Guma levaba el ancla y Livia atendía las velas. De cerca del tajamar venía la voz de María Clara:

*Corre, corre, mi saveiro
corre, corre con el viento.*

El «Viajero sin Puerto» aguardaba en el tajamar. Desde allí comenzaría la carrera. El «Valiente» iba saliendo en las maniobras preliminares. La gente reunida en el muelle, observaba. El «Valiente» sintió el viento, sus velas se hincharon. Pronto estuvo a la par del «Viajero sin Puerto». Y partieron los dos juntos. El patrón Manuel se adelantó un poco. María Clara cantaba y Guma sentía el cansancio de sus brazos, el cansancio de su cuerpo. Livia vino y se echó a su lado. El viento llevaba la voz de María Clara:

*Corre, corre, mi saveiro
corre, corre, con el viento.*

Y Livia cantó también. Sólo las canciones compran el viento y el mar. Y eran lindas voces, voces del muelle ofrecidas al mar. Livia cantaba:

*Corre, corre, mi saveiro
corre, corre más que el viento.*

Acaricia la voz al «Valiente». La radiante mañana pone reflejos en las aguas azules. Guma poco a poco va dejando de sentir el cansancio de la noche de amor y ayuda al saveiro, ayuda al viento. Van casi aparejados ahora y el patrón Manuel le grita:

—Va a ser brava, muchacho.

La isla de Itaparica es una mancha verde en el mar azul. Tan quieto, que en ciertos puntos se ven las piedras del fondo. Cuando andaba de novio con Livia sólo pensaba en poseerla. ¿Y acaso piensa en otra cosa ahora? Venía de una noche de amor y en estos momentos no piensa en la carrera, no piensa en la apuesta, sólo piensa en tenerla nuevamente entre sus brazos, apretarla contra su cuerpo. La llama. La voz de María Clara atraviesa la boca de la barra.

—Acuéstate aquí, Livia.

—No. Después que ganes.

Sabe que de acostarse a su lado, él ya no pensará en el timón, ni en la carrera, ni en el buen nombre del saveiro. Sólo pensará en el amor.

Los saveiros van en una misma línea. El viento los lleva, los patrones los ayudan. ¿Quién vencerá? Nadie puede decirlo. Guma está dando todo. María Clara canta. Livia vuelve a cantar. Y el «Valiente» acorta distancias. Pero el patrón Manuel se agacha sobre el timón del «Viajero sin Puerto» y toma la delantera.

Ahora están sobre la curva. Aquí mismo hay un bajío de piedra. El patrón Manuel vira hacia la derecha, ganando distancia para la curva. Marcha bastante adelante. Pero, Guma hace, cosa que nadie hizo nunca, la curva cerrada sobre el bajío que llega a rozarle el casco del barco. Y cuando el patrón Manuel da vuelta a su saveiro, ya el «Valiente» ha pasado adelante. En el muelle de Monte Grande los pescadores saludan al héroe de esta hazaña. Jamás han visto a nadie dar la curva sobre el bajío. Sólo un viejo pescador censura:

—Éste ganó, pero el otro es mejor marinero. Un buen marinero no echa así su barco sobre las piedras.

Pero la gente joven no quiere oír las palabras sensatas del viejo y aplauden a Guma. Atraca el «Valiente». En seguida llega el patrón Manuel. Riendo le dice:

—Estamos a mano. La otra vez gané yo. Un día de estos vamos a desempatar.

Y poniéndole la mano en el hombro, agrega:

—Pero tienes que pensar que dos veces no se hace lo que has hecho hoy. En la segunda vez uno se queda...

Pero Guiña no da importancia al hecho:

—Es cosa fácil...

Livia sonríe. María Clara bromea:

— El que viene hará eso también?

Livia se ha puesto seria. Su hijo nunca hará nada así. Sin embargo no puede menos de pensar que esta vida tiene su belleza y que es digna de un verdadero hombre.

Guma y el maestro Manuel est n descargando sus saveiros. Después los cargarán nuevamente y partirán para Maragogipe, de donde han de regresar con cigarros y tabaco para Bahía. Consiguieron juntos este viaje, en estos malos meses de poco movimiento.

María Clara y Livia se van a caminar por la única calle de Mar Grande que es la playa. Las casas son de paja. Pasan hombres vendiendo pescado, los pantalones arremangados, tatuados los brazos. Aquí en Mar Grande hay famosos *candomblés* y respetados Padre de Santo. En la zona de los veraneantes se levantan algunas casas de piedra. Ésta es tierra de pescadores. De aquí salen todas las mañanas los barcos para la pesca y regresan todas las tardes a eso de las cuatro. En otro tiempo llevaban y traían veraneantes de la ciudad. Hoy una lancha hace ese servicio.

Octubre y todavía sopla el sureste. Pero al llegar el verano soplar  el «fresco», que es un débil noreste. Cuando vienen los veraneantes tienen que desembarcar en brazos de los pescadores para transponer la faja de arrecifes de la playa, donde la lancha no se aventura. Sólo los saveiros penetran en ellos. En lugar alguno los temporales son tan fuertes como en esta parte de Mar Grande.

En esto piensa Livia mientras caminan por la húmeda calle. María Clara va callada, de tanto en tanto recoge una valva de la playa:

—Es para hacer un marco para retrato —explica.

De pronto se encuentran con unas gitanas. Antes pas  un gitano con unas cacerolas. Las gitanas son cuatro. Sucias, hablando en una extraña lengua, parecen discutir entre ellas. María Clara propone a Livia:

— Vamos a hacernos adivinar la suerte?

— Para qué? —se resiste Livia que les tiene miedo.

Pero María Clara llama a las gitanas sin escucharla. Una gitana vieja toma la mano de María Clara:

—Dame plata y adivino todo, presente, pasado, porvenir...

Otra gitana dice a Livia:

— Quieres que te diga la suerte?

—No.

María Clara la anima:

—Deja que te adivine la suerte, te va a decir todo...

Livia entrega una moneda y la mano. La vieja le está diciendo a María Clara:

—Veo un viaje... Vas a viajar mucho... Vas a tener muchos hijos...

—Janaína te oiga —ríe María Clara.

La otra gitana, embarazada con grandes aros en las orejas, profetiza a Livia:

—Estás pasando malos momentos de dinero, pero va a irte peor. Después tu marido va a mejorar mucho, pero con grandes peligros...

Livia está asustada. La gitana continúa:

—Si me das otra moneda te saco el peligro.

Livia no tiene dinero y se lo pide a María Clara. Le entrega la moneda a la gitana que murmura entre dientes un rezo extraño. Después se van, reanudando entre ellas la interrumpida discusión. María Clara comenta riéndose:

—Me dijo que iba a tener una docena de hijos. Manuel va a ponerse furioso. A mí me gustaría. Los metía a todos en el saveiro y nos arreglaríamos.

Livia sigue oyendo las palabras de la gitana: «Pero con mucho peligro». ¿Cuál será ese peligro para Guma? Tal vez fuese la misma vida que llevan diariamente los marineros. La playa de Mar Grande se extiende infinitamente. Regresan al puerto. Los saveiros ya están descargados y Guma y Manuel fríen pescado. Los dos ríen y olfatean el aire oloroso a pescado frito. Termina la comida y vuelven a cargar los saveiros.

A la noche parten. El mar se presenta tranquilo en una difícil ruta de Mar Grande. Desde los saveiros oyen las músicas y las canciones de los gitanos. Son lindas, pero tristes. Guma comenta a Livia:

—Es una música que parece anunciar desgracias...

Livia, baja la cabeza sin contestar. El cielo está lleno de estrellas.

Esa parte de Mar Grande es muy difícil. Por eso los saveiros navegan con gran cuidado sorteando los arrecifes. Aquí han quedado muchos. Días después, en una tempestad, aquí quedaron Jacques y Raimundo, su padre. Guma fue el que descubrió los cuerpos cuando volvió de Cachoeira. El viejo todavía aferraba la camisa de Jacques, seguramente queriendo salvarlo. Y esa noche quedó viuda Judith. Livia había esperado a Guma en el muelle esa noche y dio a Judith la noticia de la muerte de su marido. La suegra de Jacques la había hospedado en Cachoeira cuando huyó de su casa para casarse.

En los arrecifes de Mar Grande quedaron Jacques y su padre. Ruta difícil ésta de Mar Grande, recorrida diariamente por decenas de embarcaciones. La gitana dijo a Livia que Guma tendría grandes peligros. Guma navegará por la ruta de Mar Grande. La vida de Livia es una desesperación continua, una angustia obsesiva. Cuando parte el «Valiente» para Mar Grande piensa en una desgracia. Ya le ha dicho María Clara que así le va a traer mala suerte a Guma.

Ruta difícil esta de Mar Grande, que ya costó tantos hombres. Un día le llegará su vez a Guma, pero antes, dijo la gitana, le esperan muchos peligros. ¿Será navegando por la zona de Mar Grande? ¿Quién sabe cuáles serán esos peligros? Nadie lo sabe, ni

las gitanas, que no se conoce de dónde vienen ni adónde van, las gitanas que oyen la voz del mar en un caracol. Ni ellas saben.

Livia había traído de Mar Grande un puñado de valvas y con ellas hizo un marco para un retrato de Guma, uno que se sacara en la plaza, debajo del ascensor, recostado a un árbol. El otro, el que tenía en el «Valiente» Livia se lo mandó en un sobre a Janaína, pidiéndole que no se llevase al padre de su hijo. Porque María Clara tiene razón, en sus entrañas hay un ser que vive, un ser que un día —nadie puede con el destino— hará también la ruta de Mar Grande.

Esmeralda

Livia fue a ver al doctor Rodrigo. Él recomendaba a las mujeres embarazadas que se hicieran atender. Nada les costaba el tratamiento y los partos resultaban fáciles. Y según decían, el doctor Rodrigo no se negaba a «hacer ángeles», es decir, a provocar abortos. Cierta vez la señorita Dulce le preguntó si eso que se decía era cierto.

—Sí, es verdad —le contestó el doctor Rodrigo.

Esas pobres sufren las de Caín, pasan hambre, se quedan en cualquier momento sin marido. Es lógico que algunas no quieran tener más luisos. Muchas ya con ocho o diez, sin recursos para criarlos. Me lo piden y no puedo humanamente rehusarme. Y después, que si yo me niego, recurren a las curanderas, y es peor.

La señorita Dulce quiso argumentar algo, pero se quedó callada. En realidad, tenía razón. Bajó la cabeza. No era por falta de espíritu maternal que las mujeres del muelle perdían sus hijos. ¿Para qué tener más hijos? ¿Para verlos desde los ocho años trabajando rudamente? El doctor Rodrigo tenía razón. En la señorita Dulce pugnaba su fracasado instinto maternal. Imaginaba rollizos brazos infantiles, hermosos cabellos rubios, voces balbuceantes. El doctor Rodrigo, concluyó:

—Es necesario enfrentar la realidad tal cual es. Yo no espero milagros...

Ella sonrió con tristeza:

—Usted no deja de tener razón. Pero es una pena...

Livia no fue a ver al doctor Rodrigo para que la librara de su hijo. Fue para saber si era verdad su sospecha, porque su vientre no crecía aún. El doctor Rodrigo casi le dio su seguridad del embarazo. Y se ofreció a hacerle un tratamiento para que tuviese un hijo sano y fuerte.

Guma llegó a media noche. Dejó las cosas que cargaba y le mostró a Livia un regalo que le traía. Era un corte de género que le ganó a un marinero de un vapor del «Lloyd Brasileiro». El barco estaba en reparaciones en el puerto y el marinero había ido a Cachoeira para visitar a su familia. Y apostaron a que Guma con el saveiro no pasaba frente al vapor que partía. Y Guma ganó la apuesta, el corte de género.

—Era medio arriesgado el asunto, pero el corte era muy lindo.

Livia lo censuró:

—No quiero que hagas esas cosas...

—¿Qué tiene?

—Sí, tiene.

Guma se dio cuenta que ella estaba seria.

—¿Qué es lo que te pasa?

—Yo también te voy a hacer un regalo...

—¿Qué es?

—Paga antes las albricias.

Él sacó una monedas y se las entregó:

—Ya están pagadas.

Ella entonces se le acercó y le dio la noticia:

—Vamos a tener un hijo...

Guma saltó de la cama, todavía no se había desvestido del todo. Y salió afuera apresuradamente. Livia alarmada le preguntó:

—¿Qué haces?

Guma golpeó la puerta a Rufino, golpeó con fuerza. Oyó ruidos adentro de la gente que se despertaba y se quedó avergonzado de haber ido a despertarlos así, a estas horas de la noche, para darles la noticia de que Livia iba a tener un hijo. Rufino ya preguntaba:

—¿Quién es?

—Soy yo, Guma.

Rufino abrió la puerta. Tenía los ojos hinchados de sueño. Esmeralda se había envuelto en una sábana.

—¿Qué sucede?

Guma no sabía qué decir:

—No, nada. Llegué ahora... y quise verlos...

Rufino no entendía:

—¿Pero qué te pasa?

—Es una pavada...

Esmeralda quería saber qué ocurría:

—Vamos, hombre, largue de una vez.

—Es que Livia va a tener un hijo...

—¿Ahora?

Guma estaba con rabia por lo que había hecho:

—No, ahora no. Dentro de unos meses. Pero hoy supe que estaba embarazada.

—¡Ah!

Rufino contempló la noche afuera. Esmeralda le hizo adiós con la mano:

—Mañana voy a darle un reto a esa mentirosa. Me lo negaba.

Rufino salió con Guma. Iban callados.

—Vamos a tomar una copa al «Farol de las Estrellas» para festejar.

Tomaron una copa y siguieron tomando otras. Había bastante gente en el «Farol de las Estrellas». Marineros, canoeros, prostitutas, estibadores. Al finalizar la noche, ya completamente borracho, Rufino dijo:

—Amigos, vamos a tomar una copa para festejar un acontecimiento de mi compadre Guma.

Los otros lo miraron, llenaron sus copas. Una mujer flaca se acercó a Guma:

—¿Qué es?

La mujer no estaba borracha. Guma le explicó:

—Mi mujer va a tener un hijo.

—Qué lindo... —y bebió un trago de cerveza de una copa. Después se retiró a un rincón donde estaba con el hombre que la había contratado por esa noche. Antes de

salir le sonrió a Guma—: Deseo que sea feliz.

Con la mañana volvieron a sus casas.

Guma desparramó la noticia entre todos sus conocidos, que muchos eran, distribuidos en los diversos puntos de la Cintura. Algunos le dieron regalos para el hijo que iba a nacerle y los más le desearon felicidades. Esmeralda se presentó muy de mañana al día siguiente. Muy alborotada, muy parlanchina, di ciendo que estaba tan contenta como si ella fuese a tenerlo. Pero cuando Livia salió para la cocina a preparar el café, se le insinuó:

—Solamente yo no encuentro un hombre que me dé un hijo. Hasta en eso tengo poca suerte... —cruzó las piernas mostrando buena parte de los muslos.

Guma se sonrió:

—¿Y qué hace que no se lo pide a Rufino?

—¿A ése? No quiero hijo de negro. Quiero un hijo de gente más blanca que yo para mejorar la cría...

Miraba a Guma como para hacerle comprender de que era de él que quería un hijo. Sus ojos verdes decían eso, mirando a Guma de un modo extraño, que era un pedido. Sus labios se entreabrían, su pecho estaba agitado. Guma quedó un momento indeciso, después sintió que la deseaba intensamente. Pero recordó a Rufino, recordó a Livia:

—¿Y Rufino?

Esmeralda se levantó casi de un salto. Y gritó a Livia:

—Me voy. Tengo mucho que hacer en casa. Después vuelvo...

Tenía una expresión de rabia, de despecho. Salió apresurada, y al pasar junto a Guma murmuró:

—Zonzo...

Él se quedó sentado con la cabeza entre las manos. ¡Qué mujer del diablo! Lo estaba provocando para que cometiese una barbaridad. ¿Y Rufino? Lo que debía hacer era franquearse con él, contarle lo que pasaba. Pero tal vez Rufino no le creyese, estaba muy agarrado por la mulata, quién sabe si todavía no salía enojándose. Con eso no iba a sacar nada. Pero tampoco traicionaría al amigo. Lo malo era que cuando Esmeralda lo miraba insinuándose, cuando ponía en él sus ojos verdes, ya no se acordaba ni de Rufino, ni de los favores que le debía, ni de Livia embarazada, para sólo ver el cuerpo dengoso de la mulata, sus senos parados, sus ancas vibrantes, su cuerpo llamándolo, sus ojos verdes llamándolo. Una canción habla de los hombres que van a ahogarse en las olas verdes del mar. Así eran los ojos de Esmeralda. ¿Se ahogaría en los ojos verdes de Esmeralda? Ella lo estaba buscando, ella lo deseaba. Y el cuerpo de Esmeralda pasaba ante los ojos de Guma. Y le había dicho «zonzo», pensando que él era incapaz de poseerla, de hacerla gritar de amor. ¡Ah! tendría que demostrarle que no era así. La haría estremecerse de placer, la

haría sentir tanto que tendría que confesarle que estaba equivocada. ¿Qué importa de Rufino si ella quiere? Y Livia no va a enterarse. Livia que entraba en ese momento, trayendo un pocillo de café notó la cara demudada de Guma:

—¿Qué te pasa?

Está embarazada, su vientre se hincha cada día más. Tiene ahí un hijo suyo, no merece ser traicionada. ¿Y el pobre Rufino, tan amigo, siempre a su lado desde criatura? Ve en el pocillo de café los verdes ojos de Esmeralda. Tiene unos senos parados como los de Rosa Palmeirón. Y piensa que a Rosa Palmeirón debe comunicarle la noticia. Pero la imagen de Esmeralda no se aparta de su mente. Y Guma huye al muelle y acepta llevar un cargamento de tabaco a Maragogipe, aunque tenga que volverse en lastre.

De Maragogipe se fue a Cachoeira. Livia lo estuvo esperando inútilmente. Quedó a la orilla del muelle mucho tiempo, todo un día y una noche. También Esmeralda lo esperó. Lo deseaba ardientemente, desea a ese marinero casi blanco, que es tan valiente. Y lo desea más porque Livia es tan feliz y tan distinta a ella, siempre preocupada con la comodidad del marido. Quiere herirla en lo más hondo de su corazón. Y sabe que Guma volverá. Y hará todo para conquistarlo, lo tendrá en toda forma.

Guma llegó con un retraso de dos días. Esmeralda lo aguardaba en la ventana:

—Se había desaparecido...

—Andaba navegando.

—Su mujer ya creía que se había escapado.

Guma rió sin ganas.

—Pero yo pensé que andaba con miedo.

—¿Miedo de qué?

—De verme.

—No sé por qué.

—¿No se acuerda ya del desprecio que me hizo? —el nacimiento pujante de sus senos aparecía entre el escote.

—Algún día puede ser...

—¿Qué puede ser?

Pero Guma huyó. Si no se iba a su casa, ahí mismo la hubiese poseído.

Livia estaba esperándolo:

—Cómo has demorado. Casi una semana para ir a Maragogipe...

—Creías que me había fugado ¿no?

—Estás loco.

—Eso me dijeron.

—¿Quién fue la del invento?

—Esmeralda.

—¿Así que antes de venir a casa te pones a hablar con la vecina?

Y no había ningún enojo en la voz de Livia. Apenas aflicción. Y Guma, sin saber

cómo, se encontró de pronto defendiendo a Esmeralda:

—Dijo eso en broma. Nos saludamos y ella empezó a elogiarte. Se ve que te quiere. Eso está bien, porque yo también lo quiero a Rufino.

—Es ella la que no lo quiere nada.

—Ya me he dado cuenta... —dijo Guma con disgusto. Ahora no se acordaba que Esmeralda podría ser su amante. Le daba rabia que la mulata no correspondiese el cariño de Rufino. Es bien claro que no lo quiere. Pero el día que Rufino lo compruebe va a pasar algo...

—No te pongas a hablar mal de los vecinos... —dijo el viejo Francisco que entraba. Venía borracho, lo que no era raro, y se traía a Filadelfio para comer. Lo había encontrado en el «Farol de las Estrellas» sin un centavo, y, después que se bebieron todo lo que el viejo Francisco podía pagar, lo trajo a comer. Y agregó—: ¿Hay comida para uno más? Es un buen diente.

El *doctor* Filadelfio dio la mano a Guma:

—Lo que haya nomás. No necesitan ponerle agua a la comida —y rió mucho de su chiste, que los otros también festejaron.

Livia sirvió la comida. El eterno pescado de siempre y porotos con carne seca. Filadelfio en medio de la comida se puso a contar el episodio de la carta que Guma mandara a Livia cuando estaban de novios. Y la discusión que tuvieron a causa de cofre o estuche. Preguntó a Livia:

—¿No es más lindo cofre?

Livia se puso de parte de su marido:

—Me gusta más estuche.

Guma se sentía avergonzado. Livia no sabía que en esa carta había colaborado el *doctor* Filadelfio. Éste insistía:

—Mire que digo cofre dorado. ¿Ha visto alguna vez un cofre dorado?

Cuando ellos salieron, Guma comenzó a explicarle a Livia la historia de la carta. Livia le saltó al cuello:

—Cállate la boca sinvergüenza. Nunca me has querido...

Él la levantó en vilo y la llevó al dormitorio. Livia protestaba:

—Después de comer no...

A eso de la media noche Livia empezó a sentirse mal. Estaba descompuesta, con el estómago revuelto, como si fuese a morir. Trató de vomitar y no lo consiguió. Se daba vueltas en la cama, le faltaba el aire, el vientre le dolía todo.

—¿Estaré por echar el chico?

Guma salió enloquecido. Despertó a Esmeralda (Rufino andaba de viaje) golpeándole desesperadamente la puerta. Ella preguntó quién era.

—Guma.

Y abrió la puerta, le tomó la mano y lo atrajo hacia adentro. Él le dijo:

—Livia parece que se está muriendo. No sé lo que tiene. Parece que se está muriendo...

—¿Cómo es eso? Voy en seguida. En cuanto me vista.

—Quédese con ella. Yo voy a llamar al doctor Rodrigo.

—Vaya, yo me quedo.

Desde la esquina pudo ver a Esmeralda atravesando el espacio de barro que separaba las dos casas.

El doctor Rodrigo, mientras se iba vistiendo, dijo a Guma que le diera detalles de lo sucedido. Después lo tranquilizó:

—No ha de ser nada... Son cosas del embarazo.

Guma consiguió encontrar al viejo Francisco sentado a una mesa del «Farol de las Estrellas» bebiendo en compañía de Filadelfio y contando una historia a unos marineros. Un ciego tocaba la guitarra. Guma sacó al viejo Francisco de su sopor alcohólico:

—Livia está muy mal...

El viejo Francisco abrió grandes los ojos y quiso salir corriendo a la casa, pero Guma lo detuvo:

—No, ya fue a verla el doctor Rodrigo. Usted vaya a avisarle a los tíos. Vaya rápido.

—Quería ver cómo estaba —dijo el viejo Francisco tartamudeando.

—Dice el doctor Rodrigo que tal vez no sea nada.

El viejo Francisco partió. Guma volvió a su casa. Tenía miedo de llegar. Corría, de pronto, se detenía receloso de encontrarla muerta, perdido su hijo y su mujer. Entró a su casa con temor. El candil estaba en el dormitorio de donde venían voces. Esmeralda salió apresurada para regresar con una palangana con agua y una toalla. Y Guma no tuvo valor para interrogarla. Después salió el doctor Rodrigo. Guma con un esfuerzo se le acercó:

—¿Cómo está, doctor?

—Bien. No es nada. Pero si no me llama tan a tiempo podía haber abortado. Ahora necesita mucho reposo. Mañana pase por casa que voy a darle un remedio...

La alegría de Guma le salía por los ojos, por la boca:

—¿Entonces no le va a pasar nada?

—No, puede estar tranquilo. Lo que requiere es reposo.

Guma entró al dormitorio. Esmeralda se puso el dedo en los labios recomendándole silencio. Acariciaba la cabeza de Livia, sentada en el borde de la cama. Livia viendo a Guma, sonrió:

—Me pareció que me iba a morir.

—El doctor Rodrigo dice que no es nada. Debes dormir ahora.

Esmeralda le dijo que saliese del cuarto. Salió. Ya no sentía por Esmeralda el deseo de poseerla, sino una cosa distinta, impulsos de acariciarla. Era tan buena con Livia.

La sala estaba oscura. Había una hamaca tendida de una pared a otra y se acostó encendiendo su pipa. Oyó los pasos suaves de Esmeralda que venía del dormitorio con el candil. Debía caminar en puntas de pie. Su cuerpo elástico se movería como un saveiro en el mar. Sus nalgas se balancearían como un marinero. Era una hermosa mulata. Ella depositó el candil sobre la mesa. Se fue acercando a la hamaca donde estaba Guma que siente los pasos de ella, apagados. Y el deseo le va tomando el cuerpo. La respiración todavía fatigosa de Livia llega hasta allí. Pero los pasos de Esmeralda están próximos, su rumor cubre la respiración de Livia.

—¿Está dormido? —dice.

Se recostó contra la hamaca junto a él:

—Pasó un buen susto ¿eh?

—La hice levantar. Debe estar cansada...

—No es nada. Lo hago de todo corazón por usted...

Se sentó en la hamaca. Sus piernas tocaban las de Guma. Y de súbito se echó sobre él, mordiéndole la boca. Se enrollaron en la hamaca y él la poseyó sin sacarle la ropa, casi sin pensarlo. La hamaca cruje, Livia se despierta:

—¡Guma!

Se saca a Esmeralda de encima. Corre al dormitorio. Livia le pregunta:

—¿Estás ahí?

—Sí.

Iba a acariciarle la cabeza, pero su mano todavía tiene el calor del cuerpo de Esmeralda y suspende el ademán. Ella le pide:

—Acuéstate aquí conmigo...

Él no sabe qué decirle. En la otra pieza Esmeralda lo espera para continuar lo comenzado. Pero recuerda que los tíos de Livia están a llegar:

—Mejor que te duermas. Yo estoy esperando a tus tíos. Los fue a llamar Francisco...

—¿Para qué? Se van a asustar los pobres.

—Yo me asusté también bastante.

Nuevamente suspende su deseo de acariciarla. Ha recordado a Esmeralda y un nudo se le hace en la garganta. ¿Y Rufino? Livia se da vuelta en la cama y cierra los ojos. Guma sale del dormitorio. Esmeralda está tirada en la hamaca, se ha abierto el vestido y sus senos aparecen desnudos. Él la mira, de pie, como un loco. Ella le tiende la mano y lo llama. Lo arrastra sobre ella, se aprieta contra él. Pero Guma está distante. Ella dice:

—¿No te gusto?

Y él se aprieta a ella. Está enloquecido, no sabe lo que hace, no piensa en nada, no recuerda a nadie. Solamente ese cuerpo que aprieta contra el suyo en una lucha que parece a muerte. Y cuando caen uno sobre otro, Esmeralda dijo quedamente:

—Si Rufino nos viese...

Guma vuelve en sí. La que está ahí es la mujer de Rufino. Y Livia duerme

enferma en el cuarto de al lado. Nuevamente Esmeralda habla de Rufino. Guma no puede oírla más. Sus ojos están rojos de sangre, su boca está seca, sus manos buscan el cuello de Esmeralda. Comienzan a apretar.

—No te hagas el zonzo... —dice ella un poco alarmada.

La va a matar y después irá al encuentro de Janaína en el fondo del mar. Esmeralda asustada ya está por gritar, cuando Guma oye la voz de los tíos de Livia que llegan conversando con el viejo Francisco. Salta de la hamaca y Esmeralda se arregla la ropa apresuradamente, pero la tía de Livia mira hacia adentro con ojos espantados. Guma mueve sus manos ahora inútiles:

—Ya está mejor Livia.

Eran cinco chicos

En cuanto Livia mejoró, Guma salió de viaje. Huía de Esmeralda, que ahora lo perseguía dándole citas en puntos desiertos del arenal del muelle, amenazándolo con hacer un escándalo. Pero especialmente le huía a Rufino, no quería encontrarse con el amigo que dentro de pocos días iba a llegar trayendo un cargamento para la feria de Agua dos Meninos a realizarse el próximo sábado.

Tomó un viaje para Santo Amaro, se demoró. Contra su costumbre, frecuentaba todos los boliches y casi no se quedaba en el saveiro para contemplar la luna y las estrellas. No le salía de la mente el recuerdo de Rufino, imaginaba la cara de asombro qué pondría de saber lo sucedido. Guma pensaba en su vida desgraciada. Desde chico una maldición pesaba sobre él. Cuando su madre vino estaba esperando una mujer de la vida, y la deseó. Ese día tuvo ganas de tirarse al agua, irse con Iemanjá para el viaje sin fin a las tierras de Aiocá. Mejor que hubiese terminado entonces. Nadie lo lloraría, a nadie hacía falta. El viejo Francisco sí se entristecería, pero pronto se hubiese consolado. Se haría tatuar su nombre en el brazo, junto al de sus cuatro saveiros perdidos, y agregaría su historia a otras de chicos que sabía:

—Tuve un sobrino que Janaína quiso. Y una noche de luna llena se lo llevó con ella. Era una criatura, pero ya sabía conducir un saveiro y levantaba una bolsa llena de harina. Pero Janaína lo quiso...

Así contaría el viejo Francisco la historia de su sobrino Guma si hubiese muerto. Ahora sería otra cosa. No podía matarse dejando a Livia con un hijo a nacer. ¿Y qué iba a contar el viejo Francisco de él? Que traicionó a un amigo, que anduvo con la mujer de un hombre al que le debía muchos favores, y que dejó a su mujer pasando hambre con un hijo a nacer. Y el viejo Francisco diría que esto le venía de familia, su madre fue una mujer de la vida. Y no se haría tatuar su nombre en el brazo. Se avergonzaría del sobrino.

Guma ya no mira la luna. Ha renegado de la ley del muelle. No es que le tenga miedo a Rufino. Si no fuese su amigo nada le importaría. Tiene vergüenza de él, vergüenza de Livia. Quisiera matar a Esmeralda y después embicar el «Valiente» contra un bajío de piedras. Ella lo tentó y él se olvidó de Rufino, su amigo, y de Livia, que estaba enferma en el cuarto de al lado. Y la tía de Livia vio algo, nunca más la podría mirar de frente. Tal vez no se hubiese dado cuenta de nada, porque estuvo muy amable con Esmeralda, agradeciéndole lo que había hecho por Livia. Y lo peor que ahora Livia le estaba agradecida a la mulata y le hizo un regalo. Y Esmeralda se aprovechaba para estar todo el día metida en la casa, persiguiéndolo. Guma escapaba de su casa y se iba al «Farol de las Estrellas» y bebía tanto que ya era el comentario del muelle. Cada vez que Esmeralda podía hablarlo a solas era para proponerle encuentros en el arenal del muelle. Muchas mulatas había llevado en las noches de luna llena. Pero a ella no quería llevarla, a ella lo que quería era no verla más, lo que quería era matarla. Y, fue todo sin pensar, el deseo nada tiene en cuenta.

No tuvo en cuenta a nadie, ni a Rufino, ni a Livia, ni a nadie. Sólo el cuerpo moreno de Esmeralda, sus senos pujantes, el brillo de sus ojos verdes. Y ahora debía sufrir. Días más días menos, iba a encontrarse con Rufino, tendría que hablarle, reír con él, abrazarlo como se abraza a un amigo querido. Y a espaldas de Rufino Esmeralda le haría señas para pedirle una cita, le sonreiría.

Y Livia que tanto sufre cuando él sale de viaje, Livia que tanto se preocupa por él, tampoco merecía eso. Livia estaba enferma por su causa, tenía un hijo suyo en su vientre. Oía su respiración fatigosa cuando se acostó con Esmeralda en la hamaca, sin tener en cuenta nada, nada más que el cuerpo dengoso de la mulata, nada más que el llamado de sus ojos verdes. Después quiso matarla. La hubiese estrangulado de no llegar los tíos de Livia.

La noche en Santo Amaro es clara. En las márgenes del río se extienden los cañaverales, verdes a la luz de la luna. Besouro brilla en el cielo, fue un hombre valiente y nadie ha dicho que Besouro tomase nunca la mujer de un amigo. Era un hombre que sabía respetar sus compromisos, amigo de sus amigos. Guma olvidó todo, ahora no le quedaba más que irse al fondo de las aguas. ¿Si no qué vida sería la suya? Todos los días iba a encontrarse con Esmeralda y alguna vez volvería a acostarse con ella. Y al mismo tiempo vería a Livia, embarazada, trabajando en la casa, llorando por él, pensando que alguna vez podría quedarse en el mar. Y vería a Rufino con su carcajada franca, poniéndole su brazo sobre los hombros, diciéndole «hermano, hermano». Había traicionado a todos, también a su hijo por nacer, porque no le dejaría una limpia tradición de la ley del muelle. Nadie señalaría a su hijo diciendo:

—Ése es el hijo de Guma, un verdadero hombre que hubo por aquí.

No. No dirían eso. Él era un traidor, ni más ni menos que ése que apuñaló a Besouro por la espalda. Ése también se decía amigo de Besouro y un día le metió el puñal por la espalda y llamó a los otros para que lo despedazaran. En premio lo hicieron cabo de policía, pero hoy nadie pronuncia su nombre sin escupir de costado para que no les quede manchada la boca. Guma se tiende en el saveiro, mete la mano en el agua fría del río. En el muelle nadie sabe lo sucedido. Sólo se sorprenden que beba tanto, él que nunca le dio por eso. Pero no saben la causa, creen que es de alegría porque va a tener un hijo.

A estas horas Livia estará pensando en él, sufriendo porque él está en el mar. La mujer del viejo Francisco murió de alegría la noche que él regresaba de un temporal. Así Livia vive esperando su regreso del viaje. Ella desearía que abandonase el saveiro y fuese a la ciudad a trabajar en otra cosa. Pero ella nunca le habla de eso, porque sabe que los hombres del mar nunca van a tierra en busca de un trabajo. Las mismas personas que vienen al mar, como la señorita Dulce, se quedan para siempre. El hechizo de Iemanjá es muy fuerte. Pero él podría irse de allí. Podría irse con Livia lejos, muy lejos. Una vez le dijeron que en Ilhéus se puede ganar mucho dinero. Sí, mejor irse de allí, cambiar de oficio.

Contempla al «Valiente». Buen saveiro. Fue del viejo Francisco, el quinto de sus saveiros. Ya no era muy nuevo, años hacía que navegaba por esas aguas, surcaba la bahía y subía esas aguas infinidad de veces. Fue con Guma a salvar al «Canavieiras», algunas veces estuvo a punto de naufragar, una vez se le hizo un rumbo en el casco. Había cambiado muchas velas, era un saveiro con tradición. Y ahora Guma pensaba terminar su carrera. Lo vendería a un patrón cualquiera y se iría: era la mejor solución. Y es el castigo que merece: dejar el muelle, abandonar el mar, irse a otras tierras. En una época pensó en viajar, recorrer los mares en un gran vapor como Chico Tristeza. Pero después conoció a Livia, olvidó sus ideas de viajes, se quedó con ella, la trajo a esta vida triste del muelle, al sufrimiento de esperarlo todos los días de vuelta de una muerte prevista. Y sobre esto lo había traicionado y traicionó a su amigo Rufino. Guma esconde la cara entre las manos. Si no fuese un marinero lloraría como una criatura, como una mujer.

Sólo le queda esperar algo que se lo lleve y que se lleve también al «Valiente», que no quisiera fuese de otro. Porque escapar del muelle, irse a otras tierras, le es imposible hacerlo. Los que viven en el mar saben de esta imposibilidad de abandonarlo. No pueden abandonarlo ni los que ya no son capaces de mirar de frente la cara del amigo, ni contemplar el brillo de la luna en el cielo.

Si no fuese un marinero, Guma lloraría como una criatura, como una mujer, como un preso sin esperanzas.

Se encontró con Rufino en medio del río y fue mejor así. La canoa de Rufino estaba haciendo agua y no se había dado cuenta al salir del puerto. Guma lo ayudó a calafatearla. Parte del cargamento estaba perdido, era azúcar. Las bolsas asentadas en el fondo se habían mojado y el azúcar se disolvía. Guma transportó las bolsas mojadas al «Valiente» y las puso al sol. Trataba de no mirar a Rufino, preocupado con la pérdida:

—Por lo menos el precio del flete se me va a ir con el azúcar perdida.

—Tal vez no. Se va a secar con el sol y no va a faltar mucha. Me parece...

—No sé cómo ha pasado esto. Yo tengo mucho cuidado. Pero Don Tinoco mandó a su gente para cargar la canoa, yo no hacía fiada. Entonces me fui a tomar una copa, porque estaba lloviendo por allá. Cuando llegué estaba todo listo. Salí y en medio del camino me di cuenta de esto. La canoa estaba pesada que ni moverla podía. Me puse a ver qué pasaba y la encontré llena de agua...

—Entonces no tienes por qué pagar, tienes que cobrar porque te han roto la canoa. Son los que la cargaron los que tienen la culpa.

—Es que no tengo la seguridad de que sea así. Cuando pasé de ida por el bajío de la entrada del río lo rocé. Por eso no sé bien...

Partieron. Por un rato todavía siguieron conversando de barco a barco. Pero en seguida el saveiro tomó la delantera. Rufino remaba en la canoa. Hasta que lo perdió de vista. No sabía cómo pudo conversar con Rufino tan tranquilamente, cómo pudo sostener su mirada, reír con él. Debió haberle confesado todo, para que el negro le

rompiese la cabeza con el remo. El saveiro surca las aguas, sopla el viento.

Livia lo esperaba en el muelle. Con ella está Esmeralda, que pregunta con aire inocente:

—¿No ha visto a mi negro por ahí?

—Viene con la canoa. Yo le traigo unas bolsas de la carga, porque la canoa estaba haciendo agua.

Livia se alarmó:

—Pero no le pasó nada ¿no?

Esmeralda mira a Guma:

—¿Pero cómo pasó eso? —Guma comprende que ella teme que hayan peleado.

—Parece que fue en la ida, rozó un bajío... Pero no ha de tardar en llegar. Está furioso con la pérdida.

Ancló el saveiro y fueron con Livia hacia la canoa. Esmeralda dijo:

—Voy al Puerto de la Leña para esperarlo.

—Avísele que las bolsas están aquí.

—Bueno.

Y se quedó mirándolo mientras subían la ladera. Guma le huía. ¿Tendría miedo de Rufino, de Livia, o no gustaría de ella? Muchos hombres del muelle la deseaban. Y aunque le tenían miedo a Rufino no dejaban de decirle algo, de hacerle propuestas, mandarle regalos. Solamente Guma la rechazaba, el que precisamente deseaba, porque era casi blanco, con negros y largos cabellos y rojos labios de criatura. Su pecho se le levantó en un suspiro y sus ojos acompañaron melancólicamente la figura del hombre que se iba del muelle. ¿Por qué le huía? No creía que fuese remordimiento. Le escribiría una carta a Janaína, ya vería. Caminó hacia el Puerto de la Leña. Los canoeros la saludaban, un marinero que pintaba el casco de un carguero, suspendió su trabajo y silbó con admiración. Sólo Guma le huía. Para decirlo le fue necesario hacer no se cuántas cosas, provocarlo, ofrecerse como una mujer de la vida, y todavía quiso matarla. Las ancas de Esmeralda valían oro, decían en el muelle. Guma ni las miraba. Le huía. Huía de su cuerpo y de sus ojos. Sólo tenía ojos para Livia, flaca y llorosa. Oía el silbido agudo del marinero. Lo oía y sonreía. Él le hizo señas con los dedos de que a las seis de la tarde estaría libre y podrían verse en el arenal del muelle. Ella se sonrió. ¿Por qué Guma le huía? Seguramente era por miedo a Rufino, miedo de la venganza del negro, de sus musculosos brazos, endurecidos en el cotidiano remar. Esmeralda no tenía remordimientos, quizás ni conociera esa palabra. Un frío viento recorría el muelle. A lo lejos se divisaba la canoa de Rufino surcando el agua.

Cayó la noche fría. El viento encrespada la arena del muelle y el agua de mar. Algunos saveiros zarparon. Era muy raro que ese viento sacara temporal. La arena fina volaba con el viento e iba hasta las calles de la ciudad. Había fiesta en la iglesia de Concepción de la Playa, algunas mujeres pasaban envueltas en sus rebozos y algunos hombres descendían la ladera. El viento circulaba entre ellos. Las campanas

tañían. El comercio había cerrado, la ciudad baja iba quedando desierta.

Al terminar la cena el viejo Francisco salió. Iba a conversar en el atrio de la iglesia, a contar y a oír historias. Guma encendió su pipa, más tarde iría al muelle para ver si ya habían descargado su saveiro y a tratar de conseguirse algún viaje para el día siguiente. Livia lavaba los platos, la barriga se proyectaba hacia adelante, el rostro descolorido, empañado, un poco lívido. Llevaba un hijo en las entrañas, iba todos los días al consultorio del doctor Rodrigo para seguir el tratamiento, tenía náuseas. Guma la observaba. Livia iba y venía, lavando los platos de hojalata y los gruesos vasos de vidrio. El perro, un cuzco vagabundo, comía las espinas en las cazuelas de barro. El pocillo vacío había quedado en el borde de la mesa. Guma oía a Rufino levantarse de la mesa en la casa vecina. Ya habría terminado de cenar. Hablaba con Esmeralda y, a través del tabique, era como si hablase en el comedor de Guma. Decía Rufino:

—Voy a conversar con Don Tinoco para arreglar ese asunto del azúcar que se perdió. Va a ser brava la cosa...

Esmeralda dijo en voz alta:

—¿Me vas a dejar que vaya un ratito a la fiesta de la Concepción? La iglesia va a estar tan linda y es una santa de mi devoción.

—Bueno pero estate temprano de vuelta, ando cansado y quiero acostarme en seguida.

Esmeralda habla alto. Piensa Guma que lo hace para que él la oiga. Pero no irá a la fiesta. Desde la ventana puede ver la iglesia iluminada como un vapor de pasajeros. Y si fuese a la fiesta iría con Livia, que sin duda debe querer ir a rezar por el hijo que va a tener. Las campanas repican en una invitación. El viento entra por la ventana, Guma estudia el cielo gris. Tan linda que estaba la tarde. Pero la noche no se anuncia nada bien. La luna menguante es un trazo fino y amarillento en el cielo. La voz de Rufino pasa a través de la pared:

—¿Estás ahí, Guma?

—Aquí estoy.

—Voy a pelear con el viejo Tinoco.

—La culpa la tuvieron ellos.

—Pero el viejo es cabezudo como tortuga, que uno lo corta la cabeza y sigue queriendo vivir.

—Cuestión de explicarle bien.

—Le voy a pegar unos gritos que ya vas a ver. Esmeralda se despedía de Rufino:

—En seguida vuelvo.

La voz de Rufino llegó apagada:

—Te voy a dar un beso en el cogote, negra.

Guma se sintió mal. No quería tener más nada con ella, ni verla, pero lo oído le llegó hasta adentro como si Rufino le estuviese robando algo que le pertenecía. Más era él quien había robado a Rufino, quien lo había traicionado. Los pasos de

Esmeralda se alejaban. Rufino levantó la voz:

—La mulata va para la iglesia...

Se interrumpió y le gritó a Esmeralda:

—¡Cómo! ¿No la has llamado a Livia?

—No, Livia dice que va ir con Guma —y los pasos de Esmeralda se perdieron en la calle.

Rufino ahora caminaba por la pieza. Guma miró nuevamente al cielo. El viento era cada vez más fuerte, raras estrellas aparecían bajo las nubes. «Va a hacerse temporal», pensó Guma. Livia acababa de lavar los platos y le preguntó:

—¿No estás con ganas de ir a ver un poco la fiesta? Estaba pálida, muy demacrada. El vientre le levantaba el vestido, tal vez quedaba ridícula. Pero Guma no lo notaba. Sólo pensaba que ella tenía en sus entrañas un hijo suyo, que estaba enferma y que la había traicionado. Oyó a Rufino despedirse. Livia frente a él, parada, esperaba la respuesta.

—Múdate de ropa entonces —le dijo Guma.

Ella entró en el dormitorio, pero, en seguida, debió salir para ver quien llamaba a la puerta de calle:

—¿Quién es?

—Un amigo.

Pero era una voz extraña, nunca la habían oído. Livia miró a Guma con ojos asustados. Él se levantó:

—¿Qué? ¿Estás con miedo? —y gritó—: ¿Quién es?

Los golpes seguían en la puerta de calle:

—¿No hay nadie aquí? ¿Ha naufragado este barco? Marinero era con seguridad. Guma abrió la puerta. En la oscuridad de la calle brillaba una pipa y una figura de hombre se perfilaba envuelta en un capote:

—¿Dónde está Francisco? ¿Dónde está esa peste? Ya sé que ése debe andar vivo porque ni el diablo debe querer a semejante porquería.

—Sí, anda bien. Ahora salió.

Livia, detrás de Guma, espiaba al recién llegado. Éste se encaminaba por el zaguán. Asomó la cabeza, observó hacia adentro. Pareció que en ese momento descubriera a Guma:

—¿Qué haces aquí?

—Soy Guma.

—¿Guma? Y qué sé yo quién es Guma.

Guma se estaba enojando:

—¿Y usted quién es?

La respuesta del desconocido fue entrar. Pero Guma atravesando el brazo en la puerta quiso impedirle la entrada:

—¿Qué es lo que quiere aquí?

Pero el desconocido apartó el brazo de Guma y lo empujó contra la pared y lo

retuvo sin dejarlo mover. El desconocido tenía una fuerza tremenda. Livia entonces se adelantó:

—¿Qué es lo que quiere aquí?

El desconocido, dejando a Guma, entró en el cuarto iluminado por la lámpara. Ahora vieron que era un viejo de grandes bigotes blancos, muy alto, casi un gigante. El capote se le abrió y Livia vio un puñal en la cintura. El viejo observaba la casa a la luz roja de la lámpara que aumentaba las sombras:

—¿Así que es aquí donde vive ese idiota de Francisco? ¿Y ésta quién es? —y señalaba a Livia.

Ella iba a contestar cuando se interpuso Guma:

—Primero tiene usted que decirnos quién es.

—Hijo de Francisco ¿no? No sabía que Francisco tuviese un hijo.

—Yo soy hijo de Federico. Soy el sobrino de Francisco —y se arrepintió de haber hablado.

El viejo lo miró con asombro:

—¿Hijo de Federico?

Miró a Livia y volvió a mirar a Guma:

—¿Es tu mujer?

Guma asintió con la cabeza. El viejo observó el vientre de Livia y nuevamente miró a Guma:

—Tu padre nunca se casó...

El viejo tenía todo el cabello blanco y pese a su grueso capote, parecía estar con frío. Aun con todo lo que le había dicho, Guma no se sentía ofendido.

—Murió hace tiempo ¿no?

—Sí, hace tiempo.

—El que no se muere es Francisco ¿no?

Miró la lámpara, se volvió hacia Guma:

—No sabes quién soy ¿no? Francisco nunca te habló de mí, claro...

—No, no sé quién es.

El viejo preguntó a Livia:

—¿Tienes *cachaza*? Vamos a tomar un trago para festejar la llegada de un pariente.

Salió Livia para buscar lo pedido, pero en ese momento oyó el grito de Francisco, que, por la ventana, había visto la visita:

—¡Leoncio!

Y entró rápidamente. Livia volvía con la botella de *cachaza*. El viejo Francisco parecía aún no convencido:

—Te hacía muerto... Ha pasado tanto tiempo...

—¿Pero quién es al fin? —preguntó Guma.

El viejo Francisco, hablando como en secreto, hacía la impresión de encontrarse exhausto por una larga corrida:

—Es tu tío. Mi hermano Leoncio.

Y, volviéndose al recién llegado, le señaló a Guma:

—Es el hijo de Federico.

Livia sirvió la *cachaza*, el viejo bebió un trago, depositó la copa en el piso. Francisco se sentó:

—No te vas a quedar mucho por aquí ¿eh?

—Parece que anduvieses con apuro de verme la espalda pronto —el viejo tenía una risa de adentro, su bigote temblaba.

—¿Pero qué vienes a hacer aquí? Todos creen que has muerto, nadie te conoce ya.

—Todo el mundo cree que he muerto, ¿no?

—Así es nomás. ¿Qué es lo que quieres aquí? No tienes nada que hacer, nada, nada...

Guma y Livia estaban asustados, ella agarraba fuerte la botella de *cachaza*. El viejo Francisco, con aire de mortal cansancio, como más envejecido, estaba ante una historia que nunca quiso contar. Leoncio contempló el muelle por la ventana. Una mujer pasó frente a la casa, era Judith. Vestida de negro, llevaba un chico alzado. Su casa quedaba lejos, ahora vivía con la madre que vino para ayudarla y lavaban ropa de la vecindad. El chico estaba flaco, no creían que viviera. Leoncio preguntó:

—¿Es una viuda?

—Sí, qué hay con eso. Ya te digo, aquí no tienes nada que hacer. ¿Para qué has venido? Ya te hacían muerto todos, entonces, ¿para qué has vuelto?

—Para qué vine... —y el viejo Leoncio habló como en un sollozo. Sin embargo rió—: No pareces muy contento con mi llegada. Ni siquiera has abrazado a tu hermano.

—No te debes quedar aquí. Nada tienes que hacer.

De nuevo los ojos del viejo Leoncio se volvían hacia el muelle, el cielo estaba neblinoso. Era como si tratase de recordar todo esto, como un viejo marinero que regresaba a su puerto.

Como si tratara de recordar todo esto. Miraba largamente el cielo, el muelle perdido en la bruma. La noche se extendía fría por el mar. El viejo Leoncio se volvió hacia Francisco:

—Va a haber temporal esta noche... ¿Te has dado cuenta?

—Tienes que irte. Aquí no te puedes quedar. —Hizo un enorme esfuerzo y agregó—: Éste no es tu puerto...

Leoncio había perdido su agresividad, bajó la cabeza y su voz llegó suplicante, como venida de muy lejos:

—Deja que me quede aunque no sean más que dos noches. Hace tanto tiempo...

Livia contuvo la negativa del viejo Francisco:

—Esta casa es suya. Puede quedarse todo lo que quiera.

El viejo Francisco la miró con disgusto.

—Estoy cansado... Vengo de muy lejos...

—Puede quedarse todo lo que quiera —repitió Livia.

—Nada más que dos noches... —Se volvió a Francisco—: No tengas miedo...

Miró el cielo, el mar, el muelle. Había en todo su ser una alegría de llegada. De viejo marinero que arriba a su puerto. Francisco cerró los ojos, las arrugas de su rostro se juntaron. Leoncio volviéndose le preguntó:

—¿No tenías un retrato de mi padre?

Como no obtuviese respuesta calló por un rato. Después dijo a Guma:

—¿Te duermes temprano?

—¿Por qué?

—Voy hasta el muelle, déjame la puerta entornada. Cuando vuelva la cierro.

—Bueno.

Se abotonó el capote, se encajó el gorro en la cabeza, y se dirigió a la puerta de calle. Pero se volvió, acercóse a Livia, metió la mano entre su pecho enorme y arrancándose una medalla se la dio:

—Es un recuerdo...

El viejo Francisco, después de salido él, todavía dijo:

—¿Para qué vino? No vas a dejarlo quedarse aquí, ¿eh, Livia?

—Cuéntame esto —le pidió Guma.

—No vale la pena hablar de un difunto. Todos creían que estaba muerto.

Salió y vieron que se dirigía al «Farol de las Estrellas». Ese día no había atracado ningún buque al muelle ¿cómo vino Leoncio? Tampoco zarpó esa noche ningún buque ¿cómo Leoncio se fue esa noche para no volver nunca más? La medalla que le dio a Livia era de oro y parecía de algún lejano país y de un tiempo pasado. También el mismo Leoncio parecía venir de muy lejos y de ser de otra época.

Aún fueron a la Iglesia de la Concepción. Livia le preguntó qué sabía de este asunto de Leoncio. Pero Guma nunca había oído al viejo Francisco una palabra de este hermano. No vieron a Esmeralda en la iglesia. Se habría cansado de esperarlos y estaría en otra parte. Guma se sintió aliviado. No podía soportar sus insinuaciones. ¿Sería por una cosa como ésta que Leoncio no podía regresar más al muelle, a su puerto? Un marinero sólo pierde su muelle, su puerto, cuando comete alguna acción miserable. Esmeralda no estaba en la iglesia que olía a incienso. Había afuera una kermesse y el *doctor* Filadelfio se ganaba sus buenos pesos haciendo versos y cartas. Un negro cantaba en un grupo:

*El día que yo amanezco
con una pata más corta
hago de torta banana
hago de banana torta.*

Se volvieron a casa. Del otro lado de la pared la voz de Rufino preguntó:

—¿Estás ahí?

—Sí, ya volvimos.

—¿Terminó la fiesta?

—La fiesta de la iglesia terminó, pero hay kermesse.

—¿La vieron a Esmeralda?

—No, no la vimos —contestó Livia—, pero no estuvimos más que un ratito por allá.

Rufino rezongó una amenaza. Guma le preguntó:

—¿Y cómo arreglaste el asunto del azúcar?

—Partimos a medias la pérdida.

Luego de unos minutos habló de nuevo:

—Está con mala cara la noche. Me parece que va a pasar algo fiero.

Guma y Livia se fueron al dormitorio. Ella miró la medalla que le diera Leoncio, Guma dijo:

—Bonito ¿no?

Se oían los pasos de Rufino detrás de la pared. Esmeralda quizás estuviese con otro en el arenal o en cualquier parte. Rufino iba a desconfiar y Esmeralda era capaz de contarle que Guma fue su amante también. Y entonces la cosa iba a ponerse más fiero que un temporal. Pero él no levantaría su mano contra Rufino, no pelearía con el amigo. Se dejaría matar sin defenderse. ¿Y Livia, y su hijo, y el viejo Francisco? Sería un marinero sin puerto aun después de muerto. Quedóse así angustiado hasta oír los pasos de Esmeralda que regresaba y su voz hablando a Rufino:

—Me demoré un rato, mi negro. Andaba viendo las cosas. Me imaginé que ibas a ir por allá.

—¿Dónde anduviste, perra? ¿Nadie te vio por allá?

—Bah, en ese mundo de gente. A Livia la vi.

Se oyeron unas bofetadas. Rufino le estaba dando una zurra.

—Si te agarro con otro, te juro, vas a parar al hoyo.

—Qué voy a andar con otro. Dios me libre. No me pegues, no me pegues...

Pero poco después ya no fueron golpes, no peleaban más. La mulata tenía ojos verdes y redondas ancas. Ya no era más pelea. Ella tenía los senos en punta y Rufino estaba muy agarrado con la mulata.

El temporal se descargó en medio de la noche. Por lo general ese viento no sacaba temporal, pero cuando lo sacaba era terrible. Cayó en medio de la noche y tomó a muchas embarcaciones en el mar.

A Guma lo despertó el viejo Francisco que llegaba del «Farol de las Estrellas». También despertó a Rufino:

—Parece que echó a pique tres barcos. Están pidiendo auxilio. Van a salir unos

saveiros, dicen que ustedes vayan también. Uno de los barcos tumbados traía una familia.

—¿Dónde fue?

—Cerquita. En la entrada de la barra.

Salieron corriendo. Guma desatracó el saveiro, Rufino fue con él. Las olas golpeaban contra el murallón del muelle. Otros saveiros ya iban adelante, Guma pronto los alcanzó. Veían en la noche negra una vela de los barcos naufragados. El «Viajero sin Puerto» iba un poco más adelante surcando el agua. La figura del patrón Manuel aparecía a la luz de la linterna. Guma gritó:

—¡Eh! ¡Manuel!

—¡Ah! ¡Guma!

Rufino estaba sentado. De pronto preguntó a Guma:

—¿Has oído decir algo de Esmeralda en el muelle?

—¿Decir, qué? —la voz de Guma le salía con un esfuerzo.

Las olas reventaban contra el saveiro. Adelante el «Viajero sin Puerto» parecía desaparecer bajo cada ola.

—Que no se porte bien... Pero conmigo no van a decir mucho...

—Nunca he oído decir nada malo...

—Sabes que ando viajando. Mira, te pido una cosa, si te enteras de algo me lo dices... No quiero ser cornudo. Te lo pido como amigo. Le tengo miedo a esa mulata...

Guma ni se daba cuenta del rumbo del saveiro. Rufino continuó:

—Y lo peor que me gusta mucho...

—No, yo nunca he oído decir nada...

Alcanzaban la entrada de la barra. Restos de los tres saveiros flotaban sobre las aguas. El temporal arremetía contra los saveiros que venían a prestar auxilio. Algunas personas estaban prendidas a los cascos tumbados de los saveiros y otras flotaban ayudados por tablas. Gritaban, lloraban. Pablo, el patrón de uno de los saveiros náufragos, sostenía una criatura en brazos. Los tiburones ya habían arrastrado a tres hombres y a un cuarto le arrancaron una pierna. El patrón Manuel comenzó a recoger náufragos en su saveiro. Otros lo imitaron, pero no era tarea fácil, los saveiros iban y venían llevados por las olas, y algunos náufragos soltándose de sus puntos de apoyo se hundían sin que alcanzaran a salvarlos. Pablo entregó la criatura a Manuel y luego subió al saveiro.

—Eran cinco —explicó—. No quedó más que éste...

Salvaron también a la madre de la criatura cuya mirada era de loca y que apretó desesperadamente a su hijo contra el pecho. El hombre de la pierna arrancada por el tiburón, quedó tirado en la cubierta del saveiro de Guma gritando. Un viejo también fue recogido por el saveiro de Guma. Rufino se echó al agua para ayudar a un náufrago que no podía alcanzar el saveiro. Y vio el tiburón que lo perseguía, que nadaba alrededor suyo. Guma dejó el timón del «Valiente» y se tiró al agua con el

cuchillo entre los dientes. Nadó hasta ponerse debajo del tiburón y Rufino pudo escapar sin daño. Al morir dio un coletazo que alcanzó a Guma dejándolo medio atontado. Rufino le dijo:

—Me salvaste, hermano...

—No tiene importancia...

Siguieron buscando los cadáveres. Flotaba un pedazo de brazo, lo demás ya lo habían devorado los tiburones. Recogieron unos cuerpos. Se ahogaron siete. Cuatro chicos, dos hombres y una mujer. Los que se salvaron venían con los cadáveres. La madre seguía apretando al hijo contra su pecho. Sus otros cuatro hijos habían muerto. Cinco hijos que el padre esperaba en el puerto. Venían de un paseo a Cachoeira y los tomó el temporal. Los hombres ahogados eran los patrones de dos de los saveiros náufragos. Sólo el parrón Pablo se salvó y fue porque quiso salvar a las criaturas confiadas a su cuidado. Si no se hubiese hundido con su saveiro. Eran cinco y no le quedaba más que esa criatura que la madre apretaba contra su pecho. Dos fueron devorados por los tiburones, ni sus cadáveres verían los padres. El cadáver que pudo rescatar a las aguas el «Valiente» era una criatura de cabellos enredados. La madre no llora, aprieta desesperadamente contra su pecho ese único hijo que le queda. El mar se agita con grandes olas. Los saveiros regresan. Lentamente se hunde el casco de uno de los saveiros naufragados. Eran cinco criaturas y sólo queda una.

Agua mansa

Desde la llegada de Leoncio y su desaparición, el viejo Francisco poco paraba en la casa. Vivía conversando en el muelle, bebiendo en el «Farol de las Estrellas», regresando borracho a la madrugada. No quería contar la historia de Leoncio y pidió a Guma que nunca le recordase su visita. A Guma le preocupaba la chochera del viejo Francisco, porque el doctor Rodrigo le había advertido que si no se ponía en un tratamiento no iba a durar mucho. Quiso convencer al viejo de esta necesidad, pero recibió una contestación poco animadora:

—No te metas en mi vida...

También Rufino andaba cambiado. Al principio Guma creyó que sospechase algo. Pero Esmeralda hacía tiempo que lo había dejado en paz y parecía haberse encontrado otro. Guma así estaba más tranquilo, en situación menos violenta. Pero pensaba que si ella muriese, todo quedaría resuelto. Todos sus motivos de tristeza y remordimiento desaparecerían. Tanto caviló en eso, que llegó a verla dentro del cajón, sus verdes ojos cerrados, su boca sedienta de besos cerrada por la muerte. Y veía a Rufino consolado con otra, Livia lloraría a su amiga y los hombres del muelle vendrían a verla por última vez. Había sido una hermosa mujer.

Pero lo malo era que Esmeralda no se moría, y con seguridad andaba con otro. Y, sin quererlo, Guma no podía menos que sentir celos. En el muelle se murmuraba que el nuevo amor era el marinero de un barco de carga que hacía ocho días que estaba en reparaciones. El marinero había visto las ancas de la mulata, probado sus besos, poseído su carne. Rufino andaba sospechando y la vigilaba.

Una tarde Guma acababa de llegar de un viaje y Rufino vino a buscarlo:

—Esmeralda anda con otro.

—¿Quién te lo dijo?

—Sé que soy un cornudo.

Y le explicó:

—Estaba con sangre en el ojo. Y la he descubierto. Hoy le encontré una carta.

—¡Ah!

—Es un marinero del «Miranda». El barco salió hoy, sino ése no se me escapa.

—¿Y qué piensas hacer?

—Ya la voy a enseñar. Me ha jugado sucio. Me gustaba bastante la mulata...

—¿Y qué piensas hacer? ¿No te vas a desgraciar por esa mujer?

—Sabía lo que era ella. Una mujer de no fiarse. Cuando yo la traje conmigo ya había sido de otros, no tenía buena fama. Pero cuando uno se mete con una mujer...

Miraba en la línea del horizonte una cosa cualquiera. Su voz era baja y monótona. No parecía el mismo Rufino, cantor alegre.

—Yo creía que iba a sucederme como con las otras, después de un tiempo la largaba. Pero me enamoré, no hubo nada que hacerle. Y ahora todos se ríen de mí en el muelle. —Bajó más la voz—: Y a lo mejor lo sabías ¿cómo nunca me dijiste nada?

—Yo no sabía nada. Recién ahora lo sé porque me lo has dicho. ¿Qué es lo que piensas hacer?

—¿Qué voy a hacer? Tengo ganas de liquidarlos a los dos.

—No vale la pena que te ensucies por eso.

—No sé todavía. Pero te quiero pedir una cosa si me sucede una desgracia...

—Déjate de pensar sonceras. Lo que debes hacer es echarla a la calle...

—Todos los meses le mandaba algo a mi madre, que ya es muy vieja. No puede trabajar. Si me sucede una desgracia, vendes mi canoa y le mandas la plata a ella. Vive por el lado de Lapa.

Y se fue de pronto, sin darle tiempo a Guma para detenerlo. En la casa vecina Esmeralda cantaba en voz alta. Guma salió tras de Rufino, pero no pudo alcanzarlo.

La luna, una luna llena que blanquea en el cielo, escucha la canción de Rufino: «Tengo saudades de ella, mujer falsa que engañó mi corazón». Era una canción conocida en el muelle y Esmeralda iba en la canoa con Rufino sin sospechar nada. Se había vestido de verde, porque Rufino le dijo que irían a la fiesta de Santo Amaro. Y como ese vestido verde era el predilecto de él, se lo puso para agradarlo. No lo quería, ésa era la verdad. Pero cuando el negro cantaba, no había quien resistiera su cálida voz. Esmeralda se le fue arrimando. Los remos se hundían en el agua ayudando a la vela que hinchaba el viento. El río estaba desierto, ampliamente abierto, y las estrellas se reflejaban en sus aguas como en un espejo. Rufino seguía cantando. Pero hubo un momento en que dejó los remos y calló. Esmeralda se le arrimó más:

—Lindo canto...

—¿Te gustó?

La miraba. Sus ojos verdes tentaban, la boca se abría en un beso. Rufino desvió la mirada, no iba a resistir. A estas horas un marinero del «Miranda» se reiría de él.

—¿No te imaginas lo que voy a hacer?

—¿Qué?

—Te voy a matar.

—No hagas bromas...

La canoa seguía lentamente, la brisa era suave. Noche para el amor. Rufino le habló tristemente, sin odio:

—Me engañaste con un marinero del «Miranda».

—¿Quién te lo sopló?

—Todos lo saben, todo el mundo se ríe de mí. Si ya no te gustaba ¿por qué no te fuiste más bien? Te pareció mejor que todo el mundo me titease. Por eso te voy a matar.

—Guma fue el que te lo sopló ¿no es cierto? —Ella sabía que la iba a matar y quería torturarlo antes todo lo posible—. Me vas a matar ¿eh? Y después te pudrirás

en la cárcel. Mejor que no me mates. Déjame ir y nunca más volveré al muelle.

—No. Vas a ir a ver a Janaína. Prepárate.

—Fue Guma el que lo sopló ¿no? Es claro, andaba celoso. Se pensaba que iba a tenerme siempre para él. Pero me gustó más el marinero.

—No, no vas a hacerme creer eso de Guma. Él me salvó del tiburón. Es mi amigo.

—¿Hacerte creer?

Y le contó todo con mínimos detalles. Cómo Guma la poseyó la noche de la enfermedad de Livia. Y se reía:

—No vas a ganar nada con matarme. Hay muchos que se te van a reír en el muelle, Floriano, Guma...

Rufino sabía que ella le había contado la verdad. Su corazón estaba triste, con deseo de muerte. No se sentía capaz de matar a Guma a quien debía la vida. Y además Livia no tenía culpa ninguna. Pero su corazón pedía la muerte, y como iba a matar a Guma se mataría él. La gran luna del mar brillaba en el cielo. Esmeralda seguía riendo. Y riendo murió cuando el remo le abrió la cabeza. Rufino, miró aún el cuerpo que se hundía en las aguas. Los tiburones acudían al llamado de la sangre que quedó flotando en el río. Miró el cuerpo deseado que se hundía. Cuerpo hermoso, de carnes duras, de ojos verdes, de senos pujantes. Cuerpo que calentó sus noches de invierno. Carne que fue suya. En Guma no pensó ni un solo momento. Era como si el amigo hubiese muerto hacía tiempo. Pasó despaciosamente la mano por el casco de la canoa, miró las distantes luces del puerto, y las aguas se abrieron para recibir su cuerpo. Y en el momento de emerger por última vez de las aguas —ya no veía a la canoa que flotaba sin gobierno—, desfilaron ante sus ojos los seres queridos: su padre, un gigante, sonriendo, su madre agobiada y chocheando, Livia, su ahijada de casamiento, la señorita Dulce, el viejo Francisco, el doctor Rodrigo, el patrón Manuel, marineros, canoeros. Y vio también a Guma, riéndose de él, riéndose a sus espaldas. Sus ojos ya casi sin vida vieron a Guma riéndose de él. Y murió desconsoladamente.

El «Valiente»

Chico Tristeza volvió. Un día un buque lo trajo como otro buque lo había llevado hacía muchos años. Volvía hecho un hercúleo negro. Pasó dos días en el puerto, el tiempo que demoró su buque, un carguero escandinavo. Después se fue de nuevo por el océano. Pero la noche que pasó en el muelle fue una noche de fiesta. Los que lo conocían vinieron a saludarlo. Y los que no lo conocían vinieron a conocerlo. Chico Tristeza sabía extrañas lenguas y había recorrido tierras casi tan distantes como las de Aiocá.

Guma le estrechó la mano y el viejo Francisco le pidió que contara de sus viajes. Chico Tristeza reía. Había traído un chal para su madre que vendía dulces. A la noche vino frente al Mercado, los hombres se reunieron alrededor suyo y contó historias de las tierras que viera. Historias de puertos, de marineros, de buques, historias cómicas e historias melancólicas. Pero casi todas con un resabio triste. Los hombres lo oían chupando sus largas pipas, mirando los saveiros. La sombra del Mercado al fondo se derrumbaba sobre ellos. Chico Tristeza contó:

—Allá por el lado de África donde anduve, la vida del negro es peor que vida de perro. Estuve en una tierra de los negros que ahora es de los franceses. Allí el negro no vale nada, no es más que un esclavo del blanco que lo maneja a chicotazos. Y eso en la misma tierra de ellos...

—Calcule si no lo fuese...

Chico Tristeza miró al de la interrupción y prosiguió:

—En su propia tierra ellos no valen nada. Sólo vale el blanco, el blanco es todo, todo lo puede. Los negros trabajan en el muelle, cargan y descargan barcos. Andan rápidos como ratas de a bordo, con las bolsas al hombro. Si alguno no se apura, el blanco le mete chicote que es un gusto.

Los otros lo oían en silencio. Un negro se estremecía de rabia. Chico Tristeza continuó:

—Fue en esa tierra que sucedió lo que les voy a contar. Fue cuando estuve por allá en un barco del «Lloyd Brasileiro». Los negros estaban cargando el buque, el chicote del blanco sonaba en el aire. Sólo esperaba que un negro no anduviese de prisa para caerle en la espalda. Y llegó un negro, que era foguista, de nombre Bangé, que había ido a visitar una muchacha. Y como uno de los negros se detuvo un momento al subir por la planchada con la bolsa al hombro, ahí nomás recibió un chicotazo que lo tiró al suelo. Bangé nunca había visto esto de darle chicotazos a los negros, era la primera vez que estaba por esos lados. Y cuando vio al negro retorcerse de dolor, le arrancó el látigo al francés y le dio un directo que le hizo clavar la proa en el suelo. El francés trató de levantarse, pero con otro golpe le dejó la cara desfigurada. Entonces todos los negros subieron de las bodegas y cantaron un samba, porque nunca habían visto cosa semejante.

Los otros seguían escuchando en silencio. Pero uno no pudo aguantarse y,

exclamó:

—Lindo ese Bangé...

Y Chico Tristeza partió. Su buque sólo quedó dos días y en la segunda tarde levó anclas y se fue por el océano, que era el destino de Chico Tristeza.

Guma se despidió de él con nostalgia. Le había quedado adentro la historia del negro Bangé. Era así como poco a poco se iba realizando el milagro que esperaba la señorita Dulce.

Guma había pensado en viajar cuando era más joven. Irse hacia tierras distantes, para vengar a los negros humillados, para aprender todas esas cosas que sabía Chico Tristeza. Pero se quedó en el muelle por Livia. Solamente por ella se quedó, y ahora la había traicionado, a ella, a Rufino, a la ley del muelle. Ya ni Rufino ni Esmeralda vivían más, sólo sus cadáveres despedazados se encontraron devorados por los tiburones de la boca de la barra. Otros vecinos vinieron en la casa de al lado y nunca más vería el busto de Esmeralda tendiendo sus senos fuera de la ventana en una provocación a los hombres que pasaban. Nunca más vería su cuerpo dengoso, su mirar insinuante. Todo lo de ella lo devoraron los tiburones, dueños de ese trecho de agua que va desde donde acaba el mar hasta donde comienza el río: la boca de la barra. De tanto en tanto le parece oír la voz de Rufino llamándolo: «Hermano». O su tono lastimero con que le dijo: «Me gustaba la mulata, estaba enamorado de ella». En el muelle todo comienza y acaba así, de repente, como la tempestad. Únicamente los temores de Livia son permanentes, un tormento sin fin.

Livia cada día teme más. No se acostumbra a esa espera eterna del muelle. Al contrario, cada vez le parece más en peligro la vida de Guma. Diariamente lo espera y en los días de tempestad su corazón late apresurado. Ya a muchos ha visto llegar en brazos de los pescadores. Los restos de Rufino y Esmeralda despedazados por los tiburones, muertos inexplicablemente. La canoa se encontró flotando abandonada y por eso buscaron sus cuerpos. Sólo encontraron trozos de brazos, de piernas, la cabeza de Esmeralda con los ojos aún abiertos en un gesto de espanto. Trajeron también los cadáveres de Raimundo y Jacques. Padre e hijo murieron en la tempestad. Judith quedó viuda, el hijo acababa de nacer y ella vivía poco menos que de limosna. Había visto a Risoleta prostituirse, juntarse con otro hombre, ella que se mantuvo fiel durante diez años. Pero su hombre murió en el naufragio del «Flor de los Mares», el saveiro que chocó con un bajío de piedras. Fue testigo de otros casos así. Son pocos los patrones de saveiros que mueren en tierra, en su casa del muelle. Era muy raro que uno de ellos muriese en su cama sin tener a la vista en su hora final el cielo estrellado, el mar azul. Livia teme. No puede tener la conformidad de María Clara, que es hija del mar. Si pudiese ser como ella todo estaría bien. María Clara no siente su corazón angustiado, sabe que tiene que ser así, que siempre fue así. Nació en el mar, todos los suyos quedaron en el mar. De ellos, sólo el patrón Manuel está

todavía sobre el mar y es lo que le resta de una larga familia que tuvo. Sólo su hombre sobrevive, pero su día ha de llegarle. Entonces María Clara buscará una fábrica que quiera alquilar sus manos y cantará en sordina las canciones del mar junto a los telares o a las máquinas de hacer cigarrillos. Cuando esté próximo su fin, volverá al mar, porque allí nació, allí es su puerto, allí debe morir. Así piensa María Clara. Pero Livia vino de tierra, no nació en el mar, ninguno de su familia quedó en las aguas, ninguno se fue con Iemanjá hacia las Tierras del Sin Fin. Guma sí se irá. Es el destino del muelle al que él no podrá escapar. María Clara le dice que con sus temores da mal agüero a Guma. Pero es tal la certeza que ella tiene que Guma morirá en el mar, que cada vez que lo ve regresar es como si resucitara.

Tristes son los días de espera y de temor de Livia. El muelle es lindo, el mar viene a golpear en las piedras del murallón, no hay cielo más bonito. Hay música en todos los saveiros, risas en las bocas de todos los hombres. Pero los días de Livia son tristes y plenos de sufrimiento.

Un día Rodolfo se apareció. Llegó concentrado, preguntando por Guma. Livia no le indagó de dónde venía. Comió con ella y esperó que Guma llegase. Debía estar de regreso a las nueve. Rodolfo se quedó fumando, muy impaciente, paseándose de un lado a otro de la habitación. Dijo a Livia que lo observaba:

—El día de tu casamiento no vine. Te aseguro que quise venir, pero tuve un inconveniente. Veo que las cosas les van bien y pronto tendré un sobrino...

—¿Hasta cuándo vas a llevar esa vida desgraciada, Rodolfo? Podías buscarte algo decente en que trabajar... Esta vida que haces nada bueno te puede traer, y todos vamos a sentirlo...

—Nadie se va a preocupar por mí, Livia. Soy un inservible, no hay quien me quiera...

Vio que era injusto y que mortificaba a Livia:

—Eso lo digo por los demás, sé que me tienes lástima, que me quieres, que tengo una hermana que es la mejor mujer del mundo.

Se detuvo en medio de la habitación:

—He pensado en dejar esta vida después que te encontré. Pero no me resuelvo, me cuesta trabajar y sigo en lo mismo. Desde que te conocí ya tres veces traté de ser decente. Pero no pude. No hace dos meses me empleé en una casa de juego. Ganaba bastante y hasta conseguí ahorrar algo...

—¿Y qué hacías?

—Era grupí.

Y como viera que ella no entendía, explicó:

—Yo era el que atraía clientes. Jugaba y siempre ganaba. Veían mi suerte, se entusiasaban y caían a montones. Y, es claro, los desplumaban —rió.

Livia nada dijo. Él seguía caminando por el cuarto.

—Bueno, no duré en ese empleo. Me aburría. No sé qué es, no sé. Es algo que tengo en la sangre. Sólo me gustan los trabajos complicados, arriesgados.

—Es necesario que arregles tu vida, puede ser que un día te necesite.

—Tienes un marido bueno. Guma es un hombre decente.

—Pero alguna vez, si muriese —se golpeó la boca para espantar el mal augurio—. Entonces serías lo único que me quedaría, a mí y a mi hijito...

Rodolfo se volvió. Estaba de espaldas, solamente su rostro estaba vuelto a ella:

—Te voy a confesar una cosa. ¿Sabes por qué no vine a tu casamiento? Quería venir, pero necesitaba un poco de plata. Era para hacerte un regalo. Pero andaba fundido. Me encontré con un tipo con cara de dormido, y quise hacerle el «cuento»...

Calló un momento. Parecía querer pedir disculpas:

—Había visto un reloj pulsera que me gustaba para regalártelo. Pero cuando me quise acordar el tipo me agarró y me entregó a la policía. Me dieron unos meses... Por eso no vine a tu casamiento...

—No quería que me trajeras ningún regalo, lo que quería era que vinieses.

—¿Con las manos vacías? Más pareces una santa. Pero no hay nada que hacerle, no tengo remedio. Ahora, si alguna vez necesitas de mí...

Ella apoyó contra su pecho la cabeza del hermano. Él estaba cansado e impaciente. Guma no llegaba. Livia ahora temía por su marido y también por su hermano. Rodolfo vino por algo que no quería decirle. Sin duda en busca de dinero, debía estar sin un cobre, posiblemente recién salido de la cárcel. Rodolfo se tendió en el suelo sobre la estera. Su cabello estaba bien peinado con brillantina barata. Descansó su cabeza en el regazo de Livia. Ella pasó su mano por la frente del hermano, por esa frente cansada de aventuras, de riesgos, y cantó una canción de cuna. Como si fuera su hijo. Era un estafador. Hacía cuentos del tío, vendiendo tierras que no existían, era socio de fulleros, andaba por los peores lugares, asaltaba gente para robarla. Estuvo muchas veces preso, tenía una herida en el labio y otra en la mano. Pero ahora se había dormido como una criatura, inocente como el hijo que Livia llevaba en su vientre. Era una criatura a la que Livia ahora mecía, un recién nacido durmiendo.

Pasadas las once de la noche llegó Guma. Livia suavemente apoyó la cabeza del hermano en la estera y salió a recibirlo. Él le explicó su demora por un cargamento en Mar Grande. Rodolfo se despertó al oír la voz del cuñado.

Se abrazaron y Guma fue a buscar una botella de *cachaza* para festejar con una copa su visita y también para entrar en calor, porque estaba mojado de pies a cabeza:

—Estoy hecho sopa.

Livia trajo comida para Guma. Rodolfo se sentó frente a la copa de *cachaza*. Guma comió rápidamente. Y sonreía a su mujer y a su cuñado, señalándole con un gesto el vientre de Livia. Rodolfo miró. Reflexionó un momento y luego, alisándose la cabeza, tomó el resto de la bebida:

—Bueno, ahora me voy.

—¿Tan pronto?

—No, vine más que a verlos...

—¿Pero no me dijiste que quervas hablar con Guma? —preguntó Livia.

—Quería verlo, hacía tanto tiempo que no lo veía.

—A ver si ahora vienes más seguido.

Rodolfo se sonrió. Se colocó el sombrero con cuidado para no despeinarse, se miró en un espejo que sacó del bolsillo, dijo adiós y salió silbando.

Livia dijo a Guma en voz baja:

—Te estaba esperando para hablarte. Tal vez quería pedirte dinero.

Guma se levantó de la mesa y se asomó a la ventana:

—¡Rodolfo! ¡Rodolfo!

Ya iba al final de la calle, se volvió. Llegóse al pie de la ventana. Guma le preguntó confidencialmente:

—¿Andas sin plata? ¿Eso querías decirme? Algo te puedo dar.

Rodolfo puso la mano en el hombro, del cuñado, examinó con atención el tatuaje que Guma tenía en el brazo:

—No, nada de eso... —le mostró un puñado de dinero que sacó del bolsillo—. Tengo dinero.

—¿Entonces qué era?

—Nada, hermano. Vine a visitarlos nomás. En serio te digo.

Siguió nuevamente por la calle. Iba silbando, pero no pensaba en lo que silbaba. Pensaba que vino a proponerle a Guma un negocio de los suyos. Algo que podía darle a los dos fácilmente dinero. Pero que podía también acarrearles unos años de cárcel. Se mordió el bigote bien cortado y siguió silbando más alto. Livia era una santa. Y él iba a tener un sobrino. Sonrió imaginando la cara del crío en el momento de nacer. Pateó una piedra del camino, había perdido un buen negocio. Pero olvidó todo eso, olvidó que había perdido un gran negocio por no meter a Guma en un asunto muy arriesgado, que podría perjudicar a su hermana, al sobrino que iba a nacer. Ahora seguía los pasos de una mulata que descendía también por la calle.

Los tíos de Livia venían a verla, estaban ahora más prósperos, su casa de comercio crecía. El viejo usaba cuello y la vieja le traía verduras a Livia. Al entrar ellos, el viejo Francisco se iba, no le gustaba cómo observaban la pobreza de la casa. El tío fruncía el ceño y decía que este asunto del saveiro no era de ningún porvenir. Y aconsejaba a Livia que tratara de que Guma se mudase a la ciudad y dejase el mar. Con lo que sacase por la venta del saveiro podía entrar de socio con ellos en la casa de comercio. Lo ampliarían, podrían hacer un almacén y ganar mucho dinero, que garantizaría el porvenir del hijo a nacer. Era lo que más le convenía, dejar esta vida arriesgada y entrar en sociedad con ellos. Y la tía agregaba, que de querer a Livia como decía, eso debía hacer. Livia los oía callada, íntimamente les daba la razón, era

lo que ella deseaba.

Qué no daría Livia porque Guma dejase el muelle. Pero sabía que un hombre de mar difícilmente abandona su barco y muy raramente cambia de vida. Quien nace en el mar, muere en el mar. Por eso no hablaba con Guma de este asunto. Sin embargo sería una solución para su vida. Terminaría esa intranquilidad que no la dejaba vivir. Y además su hijo no nacería en el mar, no tendría nada que ver con el mar. Pero Guma ya hacía proyectos de llevar en sus viajes al hijo y enseñarle pronto a manejar un saveiro. Después de tanto sufrir por su marido, Livia tendría que empezar a sufrir también por su hijo.

Cuando sus tíos se iban. Livia se hacía el propósito de hablar con Guma. Tenía que convencerlo. Vendería el «Valiente» (con mucha pena, por cierto, que ella misma la tendría) y se establecería con los tíos. Se hacía el propósito de hablarlo, pero al verlo llegar mojado por el mar, todavía lleno del viaje, se desanimaba, sintiendo que sería imposible sacarlo del muelle. Ella tendría el mismo fin que las otras mujeres del muelle. Se quedaría sin su hombre una noche de temporal. Y para entonces su hijo ya estaría habituado a los saveiros, a las velas, a las quillas, a las canciones del mar y a las sirenas de los buques. Nada puede cambiar el destino de Simbad el marino.

No llueve. No se juntaron nubes en el cielo esa noche. Diciembre era mes de fiesta en la ciudad y el muelle. Pero no salió la luna, el color ceniza del cielo del atardecer no se hizo azul con la llegada de la noche. El viento oscurecía todo. Era como la lluvia, como los rayos, los truenos, como todos ellos juntos, esa noche era su noche. Nadie oía la canción de Jeremías, el viento la dispersaba. Los viejos marineros observaban las velas que iban entrando. Llegaban con una velocidad excesiva y se necesitaba ser un buen patrón de saveiro para atracar en el muelle con una noche así. Y muchos estaban todavía mar afuera y otros navegaban en procura de la boca de la barra viniendo del río.

El viento es el más terrible amo del muelle. Encrespa las aguas, le gusta jugar con los saveiros, tumbarlos en el mar, destrozando las muñecas de los que empuñaban el timón. Esa noche era la noche del viento. Empezó por apagar las linternas de los saveiros, oscureciendo el mar. Solamente el faro guiñaba al fondo, señalando el camino. Pero el viento arrastraba a los barcos fuera de su camino, los desviaba de su ruta, llevándolos mar afuera donde las olas eran tan fuertes que ningún saveiro podía resistirlas.

Nadie puede oír la canción que el viejo soldado canta en el fuerte abandonado. Nadie ve la linterna que colocó en el parapeto que entra en el mar. El viento apaga todo, destruye todo: linternas y canciones.

Los saveiros vienen sin gobierno, a merced del viento, juguetes del viento. Los tiburones esperan voraces en la boca de la barra. Estas noches tienen presa segura. Los saveiros vienen a los tumbos.

Livia cubierta con el manto, con el vientre ya tan grande que ha mandado llamar a la tía, descendió la ladera. En la puerta del «Farol de las Estrellas» el viejo Francisco estudiaba el viento. Siguió con ella. Otros bebían adentro, pero con los ojos puestos fuera, en la noche amenazante.

Unos grupos en el muelle conversaban. En el muelle de los trasatlánticos los guinches se movían de un lado a otro.

Livia también quedó a merced del viento. El viejo Francisco fue a averiguar en uno de los grupos. Livia escuchaba fragmentos de conversación:

—... se necesita ser un verdadero macho...

—... este viento es peor que una tempestad... Esperó mucho tiempo. Pero quizás no fue más que media hora. Para ella se le hizo un largo tiempo. Esa vela que aparecía a lo lejos no era la del «Valiente». Parecía el saveiro del patrón Manuel. Corría locamente, todo virado al timón, pronto para una maniobra que lo detuviese. María Clara estaba agachada sobre algo tendido en la cubierta. Sus cabellos volaban con el viento. Livia se levantó el manto que se deslizaba por sus hombros, miró a los hombres que descendían al barrial del muelle y se aproximó a la orilla. El saveiro atracó, María Clara estaba agachada sobre el cuerpo de un hombre. Y antes de que el maestro Manuel dijese que el «Valiente» había naufragado, Livia ya sabía que ese cuerpo extendido sobre la cubierta del «Viajero sin Puerto» era el cuerpo de Guma. Livia caminó unos pasos como sonámbula y luego cayó largo a largo sobre el barrial que la separaba del saveiro.

El hijo

Llamaron al doctor Rodrigo. Guma tenía una herida en la cabeza. Se había llevado por delante un bajío de piedras. Pero al llegar el médico atendió primero a Livia, que con el susto había adelantado el parto unos días. Y la criatura ya lloraba cuando Guma pudo levantar la cabeza vendada y el brazo en cabestrillo. Se quedó mirando al hijo, que María Clara encontraba la misma cara del padre:

—No hay nada que ponerle ni quitarle. Es el mismísimo Guma.

Livia sonreía exhausta y el doctor Rodrigo ordenó salir a todos para dejarla descansar. El patrón Manuel se fue a su casa, pero María Clara quedó, acompañando a Livia hasta que llegara su tía. El viejo Francisco había ido a buscarla y a avisar a los conocidos. Cuando quedó sola con Livia, María Clara la dijo:

—Hoy te has ganado un hijo y un marido.

—¿Cómo fue?

—Ahora necesitas descansar. Después te contarán... Fue un ventarrón terrible...

Guma se había levantado de la cama. Ahora tenía un hijo pero no tenía más saveiro. Para ganarse la vida tendría que alquilarse como canoero en una chata. No podría dejar a su hijo un saveiro cuando él se fuese a las tierras de Aiocá. Ahora tendría que alquilar su brazo, no sería más dueño de un saveiro. Esto fue un castigo, pensaba, por haber traicionado a Rufino y a Livia. El viento cayó sobre él y lo arrojó contra el bajío. Si no lo hubiese visto Manuel, Guma no hubiese conocido a su hijo.

Los tíos de Livia entraron. Abrazaron a Guma. En el camino el viejo Francisco los puso al corriente de lo sucedido. Después pasaron para ver a Livia. María Clara se despidió, volvería más tarde. Antes advirtió que Livia estaba durmiendo y que no convenía despertarla. La tía se quedó en el dormitorio, pero el tío salió para hablar con Guma:

—¿El saveiro está perdido del todo?

—Se fue a pique. Era un buen barco...

—¿Y qué piensa hacer ahora?

—No sé... Buscar trabajo en una canoa o en los diques.

Estaba triste, no tenía más barco, su hijo no heredaría un saveiro. El tío de Livia le ofreció trabajar en su casa de comercio. Guma ayudaría. Estaba pensando ampliarla:

—Ya había hablado de esto a Livia. Vendía su saveiro y entraba de socio nuestro. Ahora entraría sin poner nada.

Guma no respondió. Le dolía alejarse del muelle, darse por vencido. Y le era muy desagradable aceptar favores del tío de Livia. El viejo había pensado hacer un buen casamiento con su sobrina para ampliar así su negocio. Se opusieron al casamiento con Guma. Después se avinieron y contaron con la posibilidad de hacerlo socio con lo que sacara de la venta del saveiro. Ahora todos sus sueños se venían abajo, tendrían que quedarse como estaban y llevarse con ellos a Guma para que sacara para

comer. El viejo esperaba su respuesta.

Francisco entró. La tinta fresca brillaba en su brazo, donde se había hecho tatuar el nombre del «Valiente» junto a sus otros cuatro saveiros que perdiera: el «Trueno», el «Estrella de la Mañana», el «Laguna», el «Ventarrón», y ahora el «Valiente» se unía a ellos. Mostró su flamante tatuaje con orgullo. Sacó la pipa y preguntó a Guma:

—¿Y qué vas a hacer?

—Voy a ser comerciante.

—¿Comerciante?

—Sí, va a ser mi socio —dijo con energía el tío de Livia—. Va a dejar esto.

El viejo Francisco tomó nuevamente su pipa, la cargó de tabaco y la encendió. El tío de Livia prosiguió:

—Va a venir para la ciudad. Si usted quiere, puede venir también...

—Gracias. Todavía soy lo bastante hombre como para ganarme la vida sin necesitar limosnas de nadie.

La tía apareciendo en la puerta del dormitorio, se puso el dedo en los labios para pedir silencio:

—Conversen despacio para no despertarla. —Y señalaba el dormitorio.

—No quería ofenderlo —se excusó el tío de Livia.

Guma pensaba en su tío Francisco. ¿Qué sería de él, solo en el muelle? Dentro de poco ya no podría ni remendar velas, careciendo de qué vivir. El viejo Francisco chupó la pipa, tosió:

—Entonces le voy a decir al doctor Rodrigo que no hace falta lo que ofreció...

—¿Qué ofreció?

—Juan Cazula está queriendo vender el «Roncador». Compró tres chatas y no necesita más el saveiro. Lo da barato, y lo entrega recibiendo la mitad. El doctor Rodrigo me dijo que te podía ayudar... Pero como vas a dejar esto...

—¿El doctor Rodrigo me prestaría para comprarlo?

—Te presta la mitad. Para pagarle cuando puedas. La otra mitad es al fiado, y a pagar por mes.

—Es un buen barco.

—No hay otro mejor en todo el puerto —el viejo Francisco se entusiasmaba—. El único puede ser el «Viajero sin Puerto». Todos los demás, ni sombra. Y lo vende tirado de barato.

Dijo el precio. A Guma le pareció también barato. Pensaba en el hijo. De esta manera tendría su saveiro.

—¿Y está aquí Juan Cazula?

—Anda de viaje. Pero cuando vuelva lo hablamos.

—¿Y ninguno se lo quiso comprar?

—¿Qué ninguno se lo quiere comprar? Un montón. Pero yo lo consigo, a Juan Cazula lo conozco desde que andaba gateando.

El tío de Livia entraba en el cuarto. Guma miraba al viejo Francisco como a su

salvador. El viejo chupaba la pipa, con el brazo apoyado sobre la mesa para que se le secara el tatuaje. Comentó:

—Éste fue el barco que más duró...

—¿El «Valiente»?

—¿Te acuerdas cuando casi le metí contra las piedras?

Se sonrió, Guma se sonrió también. Fue a buscar la botella de *cachaza*.

—Vamos a cambiarle el nombre al «Roncador».

—¿Y cómo se va a llamar?

—Tengo uno lindo: «Paquete Volador».

Llegaban conocidos. La botella de *cachaza* no demoró en vaciarse. Un olor a alhucemas llenaba la casa.

Cuando pudo hablar a solas con Livia, Guma le contó cómo se produjo el desastre. Ella lo oía con los ojos semicerrados. A su lado dormía el hijo. Cuando él terminó su relato le dijo:

—Ahora que no tenemos el saveiro vamos a hacer otra vida...

—Estoy por comprar otro...

Le contó el asunto del «Roncador». Con un barco así le sería fácil ganar dinero. Era un barco grande y ligero:

—Yo no podía entrar en el negocio de tu tío con las manos vacías. Pero cuando ganemos un poco de plata con el saveiro, lo vendemos y entramos en la sociedad. Así sí...

—¿Pero me lo dices de veras?

—Te lo juro.

—¿Cuánto tiempo demorará eso?

—Seis meses tendré que ir pagando... En un año más se puede juntar un poco de plata y entonces se vende el saveiro... Y entramos en sociedad con el viejo...

—¿Me lo juras?

—Te lo juro.

Ella le mostró el hijito. Y decía con los ojos que todo esto lo hacía por él, nada más que por él.

El árabe Toufick

Había llegado en tercera clase en un barco que tocó veinte puertos. Llegó del otro lado del mundo y no traía casi nada en la cartera de cuero que apretaba contra su pecho al comenzar a subir la ladera de la Montaña. Llegó una noche de tempestad, la noche que el saveiro de Jacques se fue a pique en la boca de la barra. Esa noche, mirando la ciudad extraña que tenía frente a él, lloraba. Venía de Arabia, de una aldea en medio del desierto. Había recorrido mares de arena para venir a ganarse la vida al otro lado de la tierra. Otros vinieron antes que él y tenían ahora bosques de olivos, lindas casas, eran ricos. Él vino también para eso. Partió de entre montañas, atravesó grandes arenas a lomo de camello, se metió en la tercera clase de un buque, pasó muchos días en el mar.

No había aún aprendido la lengua de la nueva tierra y ya vendía sombrillas, seda barata, carteras, a las sirvientas de las casas de Bahía. A poco se familiarizó con la ciudad, con el idioma, con las costumbres. Vivía en el barrio árabe de la Ladera do Pelourinho, de donde salía todas las mañanas con su cajón de mercachifle. Después mejoró de vida. Cuando conoció a F. Murad, el árabe más rico de la ciudad. La casa de F. Murad ocupaba casi una manzana de la calle Chile. Según rumores se enriqueció con el contrabando de seda. Muchos de sus propios compatriotas lo odiaban, porque decían que de él no se podía esperar ninguna ayuda. Pero la verdad era que F. Murad tenía una prolija información de sus compatriotas que vivían en Bahía y cuando alguno de ellos se revelaba como una persona que podía prestarle utilidad, lo empleaba en alguno de sus diversos negocios. Tiempo hacía que se interesaba por Toufick. Recibió una carta informándolo de los verdaderos motivos de la venida de Toufick. No era sólo para hacerse rico que vino. Abandonó su patria porque quiso ser olvidado por allá, detrás de él quedaba un rastro de sangre. Y F. Murad lo tenía en observación desde hacía meses, lo veía prosperar rápidamente, pudo ver que era un hombre de agallas capaz de cualquier negocio que le reportara beneficios. Y cuando lo creyó oportuno lo llamó y lo colocó en uno de sus negocios de mayor rendimiento. Ahora era Toufick que trataba directamente con los dispenseros de a bordo, con los comandantes de los buques, con los pilotos, para todos los cargamentos de sedas que eludían los impuestos. Y se reveló habilísimo, nunca estos negocios estuvieron tan bien manejados.

Dentro de algunos años Toufick podría regresar a la patria de montañas entre arenas, borrando su deuda de sangre, y plantar por su cuenta un monte de olivos.

Toufick conocía el muelle como pocos. Los patrones de saveiros le eran familiares, sabía el nombre de todos los barcos, aunque los pronunciaba en su lengua pintoresca. Javier, el patrón del «Caburé», trabajaba para él. Y si Javier no se había hecho ya rico, era porque vivía a disgusto y su dinero apenas le alcanzaba para beber en el «Farol de las Estrellas» y jugar en las ruletas clandestinas de la ciudad alta. Era el «Caburé» el que iba a recibir en el secreto de la noche los cargamentos de seda que

traían los buques y el que los transportaba hacia sitios poco conocidos. Y Toufick, de tanto acompañar en estos viajes, ya era un verdadero patrón de saveiro. Por lo menos oía encantado las canciones que en la noche cantaba el soldado Jeremías en el viejo fuerte. Y una noche de cerrazón cantó en su lengua una canción del mar que oyera cantar en su patria a los marineros el día que se embarcó para América. Era una extraña melodía en medio de la cerrazón de la noche. Pero las canciones de los marineros, por más distintas que sean en su letra o en su música, siempre hablan de amor y de muerte en el mar. Por eso todos los marineros las comprenden, aunque las cante un árabe de las montañas y vengan de un sucio puerto de Asia.

Contrabandista

Ahora el hijo comenzaba a jugar con barcos que le hacía el viejo Francisco. En un rincón permanecían olvidados, sin una mirada siquiera de la criatura, el trencito que le trajera Rodolfo, el osito de paño que le compró Livia y el muñeco regalado por los tíos de Livia. El barco hecho con un pedazo de madera que le fabricara el viejo Francisco, valía más que todo. En la batea en que Livia lavaba la ropa, el barquito navegaba bajo las miradas alegres del chico y el viejo. No tenía timón, andaba sin dirección, nunca llegaba a su destino, se quedaba parado en medio de la batea. Y el nieto, hablándole en su media lengua, que recordaba la de Toufick, decía al abuelo:

—Buelo, tempetá.

El abuelo sabía que le pedía que desencadenara una tempestad sobre la batea. Y como Iemanjá, que echaba el viento sobre el mar, el viejo Francisco hinchaba los carrillos y desencadenaba un furioso nordeste sobre la batea. El barquito giraba sobre sí mismo, se deslizaba de costado al impulso del soplido y el chico aplaudía con sus sucias manilas. El viejo Francisco hinchaba más sus carrillos y producía un viento más fuerte. Silbaba imitando la canción de muerte del nordeste. Las aguas de la batea tranquilas como las de un lago, se agitaban, las olas asaltaban el barco, que terminaba por llenarse de agua y hundirse lentamente. El chico aplaudía y el viejo veía siempre con tristeza su naufragio. Aunque fuese un juguete, era, de cualquier manera, un saveiro que se hundía. El agua de la batea se aquietaba. Era de nuevo como un lago. El barco estaba en el fondo dado vuelta. El chico metía la mano en el agua y rescataba su barco. El juego recomenzaba otra vez y así la criatura y el viejo pasaban la tarde, sobre ese mar en miniatura, mirando el saveiro de juguete, contemplando el verdadero destino del mar, de los barcos y de los hombres.

Livia observaba con temor el oso, el muñeco, el tren abandonados. Nunca el chico se entretuvo haciendo andar el tren, ni simulando una lucha entre el muñeco y el oso. Los destinos de tierra no le interesaban. Sus vivos ojos no eran más que para ver el pequeño saveiro en su lucha contra la tempestad que desencadenaba el soplido del viejo Francisco. Y se olvidaba del oso, del tren, del muñeco. Una vez la esperanza llenó el corazón de Livia. Federico (al hijo le habían puesto el mismo nombre del padre de Guma) apartándose de la batea en lo más furioso de la tempestad, fue a buscar al muñeco. Lo tomó con cuidado. Livia seguía atentamente sus movimientos. ¿Se habría cansado ya de las tempestades y naufragios? ¿Habrían perdido para él la novedad esas parodias trágicas? ¿Volvía ahora a los otros juegos olvidados? Pero no. Federico llevó el muñeco al barco. Quería que fuese un patrón de saveiro, un patrón de saveiro bastante raro con semejante bombacha amarilla y azul. Pero se veían tantos marineros con extrañas vestimentas, que bien podía haber alguno con semejante bombacha. Y desde ese día, todas las veces que el saveiro naufragaba, el muñeco se ahogaba también, moría como un verdadero patrón de saveiro. En el fondo de la batea su cuerpo de paño se hinchaba como si estuviese lleno de cangrejos. El

chico aplaudía mirando al viejo que reía también. El juego recomenzaba.

Naufragó tantas veces el barco, tantas veces se ahogó su patrón, que finalmente se pudrió el paño y el muñeco perdió una pierna. Pero, como un hombre de mar no se queda a pedir limosna, el pintoresco muñeco continuó luchando con las tempestades con una sola pierna, recostado al mástil de su barco. El chico decía al viejo Francisco:

—Bubú comió pierna.

El viejo Francisco entendía: un tiburón le había comido la pierna. Después fue la cabeza la que se le desprendió del cuerpo en medio de una gran tempestad. Y aun sin cabeza continuó al frente de su barco soportando las más terribles tempestades. El chico reía, el viejo reía. Para ellos el mar era un amigo, un dulce amigo.

Pero Livia no reía. Miraba el oso y el tren abandonados. Para ella el mar era un enemigo, un terrible enemigo. Y los hombres del mar eran como ese muñeco: aun sin piernas, aun lisiados, siguen luchando contra la furia del mar sin un gesto de odio.

El chico y el viejo reían. La tempestad soplaba furiosamente en la batea, el barco corría empujado por el viento y el muñeco, sin pierna y sin cabeza, empeñado en dirigir su saveiro.

El «Roncador» se había transformado en el «Paquete Volador» y fue pintado de nuevo. También se le pusieron velas nuevas y el barco quedó uno de los más veloces saveiros del muelle de Bahía. El doctor Rodrigo puso la mitad que Guma le restituiría cuando pagase la otra mitad a Cazula. Esta deuda se dividió en diez pagos mensuales. Algún dinero que Guma tenía ahorrado lo empleó en el arreglo del barco. Y salió al mar con decisión. El plazo convenido con Livia para entrar en la sociedad con su tío, Guma lo había alargado a dos años. Pero al finalizar el primer año, todavía estaba debiendo a Cazula casi todo y ni siquiera había pagado un centavo al doctor Rodrigo. La situación de los canoeros y patrones de saveiro estaba cada vez peor. Además de haber pocos cargamentos, era una época de paralización y las tarifas habían bajado mucho, porque las lanchas de motor hacían el transporte más rápido y más barato. Poco se ganaba y nunca en el muelle se oyó tanta maldición.

Livia ya se había convencido que este año Guma no abandonaría la vida del mar. Y se puso a trabajar para ayudarlo a pagar lo que debía y quedase así con el saveiro sin deuda. Juan Cazula andaba detrás de él, las cuotas mensuales no las recibía y con las chatas que comprara no le iba nada bien. El doctor Rodrigo no reclamaba, pero Juan Cazula vivía buscándolo a Guma al regreso de sus viajes. Pero los viajes escaseaban. Los patrones de saveiros pasaban gran parte del tiempo frente al Mercado comentando lo difícil de la vida y la paralización de este fin de año. Cuando no, iban a matar las penas al «Farol de las Estrellas», donde Don Babau todavía fiaba la bebida anotando los créditos en un cuaderno de tapas verdes: Guma aceptaba cualquier viaje, aunque no hubiese carga para la ida, aun pequeñas cargas para entregarle algo a cuenta a Juan Cazula. Livia ayudaba al viejo Francisco en el

remiendo de velas. Se pasaba gran parte del día agachada sobre la gruesa lona de las velas rotas por el viento, cose y cose. Pero casi todo este trabajo era al fiado, porque para todos los de la ribera del muelle las cosas andaban mal. Tan mal andaban, que los estibadores hablaban de hacer una huelga. Guma vivía buscando trabajo y hacía los viajes lo más rápido posible para no perder el cliente. Varios patronos de saveiro habían vendido sus barcos y se dedicaban a otros trabajos en los diques, en los buques de ultramar, en el transporte de equipajes de los viajeros.

Y como poco tenían que hacer, cantaban y bebían.

—Don Juan Cazula estuvo aquí...

Guma arrojó su bolsa de viaje sobre la cama. Miró a su hijo que jugaba con el viejo Francisco. Era fin de mes y había prometido entregarle algo a cuenta a Cazula. Pero no podía, este viaje no le dejó nada, un pequeño cargamento para Itaparica. El chico jugaba en la batea. Guma no quiso comer y salió. No habían pasado cinco minutos cuando volvió Juan Cazula:

—¿No llegó Guma, Doña Livia?

—Sí llegó, don Juan. Pero ha salido ahora.

Juan Cazula miró hacia adentro desconfiando:

—¿No sabe para adónde fue?

—No sabría decirle, don Juan.

—Buenas noches, entonces.

—Buenas noches, don Juan.

Juan Cazula descendió por la ladera tirándose el bigote. Los candiles iluminaban las piezas de las casas pobres. Un hombre borracho entró a una de ellas y Juan Cazula oyó a una mujer que le decía:

—¿Ésta es forma de llegar a tu casa?... Como si no fuese bastante...

Había en el muelle unos grupos conversando. Juan Cazula preguntó por Guma. No lo habían visto. Pero frente al Mercado, alguien lo informó que estaba en el «Farol de las Estrellas».

—Está matando las penas...

Otro preguntó:

—¿Cómo te va con las chatas, Juan?

—¿Cómo me va a ir? ¿A quién le va bien hoy día? Uno no saca ni para los gastos.

Continuó su camino. Poco más adelante se encontró con el doctor Rodrigo que venía fumando.

—Buenas noches.

—Buenas noches, doctor. Yo quería hablarlo...

—¿De qué?

—Es respecto a esa enfermedad de mi mujer. Usted fue a verla una porción de veces y me la levantó. Después de Dios es a usted a quien le debo eso. Y yo todavía

no le he pagado nada...

—No se preocupe por eso Juan. Sé que las cosas no andan bien...

—Mal, muy mal, doctor. Pero usted necesita cobrar, no vive del aire. En cuanto pueda...

—No tiene importancia. Yo me arreglo.

—Gracias, doctor.

Rodrigo siguió fumando. Juan Cazula pensó en Guma. Quiso volverse, los tiempos andaban tan malos... Casi se vuelve, pero tomó una resolución y siguió hacia el «Farol de las Estrellas».

Divisó a Guma en una mesa ante una copa de *cachaza*. Con él estaba el patrón Manuel. Desde su mostrador Don Babau miraba con tristeza a sus parroquianos. Tenía cara de sueño. Juan Cazula vio al patrón Manuel levantar una mano con desánimo. Le faltaba coraje para entrar. Miró con pena a Guma. Sus largos cabellos negros le caían sobre la cara y sus ojos tenían una expresión atemorizada. «Está con miedo», se dijo Juan Cazula, y nuevamente pensó en irse. Pero tenía que pagar a sus canoeros y se adelantó. Algunos de los asistentes lo saludaban. Él respondía con gestos. Y se dejó caer en una silla junto a Manuel. Éste dijo:

—¿Cómo va? —parecía haber arrancado el saludo con esfuerzo.

—Don Juan... —empezó Guma.

Juan Cazula se tiró el bigote, pidió una *cachaza*. El patrón Manuel parecía muy desanimado, mudo, contemplando el fondo de su copa vacía. Y los tres quedaron en silencio un momento. Oyeron que un parroquiano gritaba desde un rincón:

—Vamos a ver si viene ese pedido...

Don Babau anotaba en su cuaderno. De pronto Guma irguió el cuerpo, se pasó la mano por la cabeza echándose hacia atrás el cabello, y habló:

—Todavía no sé cuándo podré, don Juan... Las cosas andan tan mal...

El patrón Manuel repitió como un eco:

—Tan mal...

Y preguntó en voz alta:

—¿Y cuánto va a durar esto?

Don Babau miró, levantada la mano del cuaderno, el lápiz suspenso en el aire. Juan Cazula. El patrón Manuel respondió su propia pregunta:

—Me parece que no termina más. Y nos vamos a morir todos de hambre...

Don Babau bajó el lápiz. Se rascó la cabeza y sonrió sin saber de qué. Cerró el cuaderno, terminando de hacer anotaciones de las deudas de sus clientes. Y recostó la cabeza sobre el brazo, pareciendo dormir.

—Arrió las velas —comentó uno.

—Malos son... —dijo Cazula refiriéndose a los tiempos que corrían.

La canción del ciego se arrastraba afuera. No se oía que cayera ninguna moneda en su lata de limosna. Pero él seguía cantando. Y Juan Cazula oía esta canción aunque no lo quisiera. Guma volvió a hablar:

—Quería entregarle algo este mes, pero no he ganado casi nada. Apenas para comer, Don Juan.

Una mujer entró, era Magdalena. Miró hacia las mesas, pero no recibía ninguna invitación. Riendo, la mujer gritó con voz llena:

—¿Están de velorio aquí?

Los concurrentes la miraron. El patrón Manuel la llamó con la mano, habían sido amantes. Pero ella vino a la mesa por Juan Cazula:

—¿Me pagas una copa, Juan?

El chico que atendía le trajo una copa de *cachaza*.

La canción del ciego, hablando de pobreza, pidiendo una caridad, se eternizaba allá afuera. Guma prosiguió:

—Va a tener que esperarme un poco más, Don Juan. Hasta que la cosa mejore un poco...

El patrón Manuel dudó:

—¿Y crees que va a mejorar algún día?

Magdalena los observaba, de pronto gritó:

—¿Y hoy no hay victrola, Don Babau?

Babau levantó la cabeza del brazo y miró en torno suyo. Fue a darle cuerda a la vieja victrola. Un samba fue llenando el salón. Y aun así era la canción del ciego la que oía Juan Cazula.

—Lo que me pasa, Guma, es que yo también ando en apuros. Un apuro del diablo. Tengo que pagarle a mis tres canoeros. Las chatas no me han dado más que gastos.

Miró al patrón Manuel, después a Magdalena, hizo un gesto con las manos:

—Nomás que gastos...

—Ya lo sé, Don Juan. Quisiera pagarle, pero no sé cómo...

—No tiene vueltas el asunto. O consigo dinero o tengo que quemar una chata por lo que sea para pagar lo que ando debiendo...

La canción del ciego penetraba en el salón a pesar del samba de la victrola. Guma bajó la cabeza. Don Babau volvió a dormirse sobre su cuaderno. Magdalena seguía atenta la conversación.

—Estaba pensando... —pero Juan Cazula se detuvo.

—¿Qué?

—Podías vender el barco, me dabas lo que me debes y siempre te iba a quedar un sobrante. Y si te conviene yo te tomo en una de mis chatas.

—¿Vender el saveiro?

La canción del ciego dominaba plenamente la música del samba. Ésta era más alta, más estridente, pero ellos sólo oían la voz del ciego:

*Tengan pena del que perdió
la luz de los ojos.*

El patrón Manuel tampoco llegaba a comprender:

—¿Vender el «Paquete Volador»?

Magdalena entró en la conversación:

—Es un barco tan lindo.

—¿Y si no cómo podemos arreglar el asunto? —preguntaba Juan Cazula.

Después de un momento repitió:

—¿Cómo?

—Don Juan, espéreme un mes más, que yo voy a conseguir el dinero. Aunque tenga que pasar hambre...

—No es por mí, Guma. Tengo que pagar... —temía que pudiesen pensar que lo hacía de usurero y la música del ciego lo torturaba—. Saben bien que no soy capaz de aprovecharme del mal momento de un compañero para explotarlo. Pero la cosa está fea, y no le veo otra manera...

—Un mes más...

—Si no les pago mañana a mis hombres, me largan las chatas.

—Tal vez habría forma...

—¿Cómo?

—¿Consiguiendo un dinero prestado?

Quedaron pensando en quién podría hacer el préstamo. Manuel pensó en el doctor Rodrigo. Pero tanto Guma como Juan Cazula estaban en deuda con él. Fue desechado. Juan Cazula continuaba disculpándose:

—Pregunten al viejo Francisco si soy hombre para hacer una cosa así. Él me conoce desde chico... —sentía impulsos de pedir al ciego que callase.

Magdalena pensó en Don Babau:

—¿A lo mejor él les puede prestar?

—Claro —concordó el patrón Manuel.

Guma los miraba tímidamente, como pidiéndoles que lo salvaran. Y Juan Cazula seguía disculpándose. Hasta hubiese querido regalarle el saveiro a Guma y tirarse después al agua porque no tendría valor para ver a sus canoeros impagos. El patrón Manuel se levantó, fue hasta el mostrador, subió adonde estaba Don Babau, lo tomó de un brazo y lo trajo a la mesa. Don Babau tomó asiento:

—¿Qué hay?

Guma se rascó la cabeza. Juan Cazula sólo oía la canción del ciego. Fue el patrón Manuel quien habló:

—¿Cómo anda de plata?

—Si me pagan todo lo que me deben de *cachaza* estoy rico —rió Don Babau.

—¿Puede prestar algo?

—¿Quién necesita?

—No soy yo. Es aquí Guma y Juan —se volvió a Juan Cazula—. ¿Cuánto puede prestar?

Juan Cazula no oía más que el lastimero canto del ciego. Explicó:

—Es para pagar a mis canoeros. Estoy con un dinero con Guma, y las cosas andan tan mal...

Guma atajó:

—Yo le estoy debiendo, le pagaré en cuanto consiga algún dinero. El trabajo está escaso.

Don Babau preguntó:

—¿Cuánto necesitan?

Juan Cazula hizo cuentas:

—Con ciento cincuenta me arreglo.

—No, no, ni la mitad de eso tengo. Pueden ver la caja. —Reflexionó—: Puede ser cincuenta...

—¿No le alcanza con eso? —el patrón Manuel miró a Cazula.

—Con cincuenta no me alcanza ni para uno. Con ciento cincuenta apenas los arreglo.

—¿Cuánto tenías que pagarle, Guma?

—Cien por mes... Pero estoy atrasado en el pago. Don Babau se levantó y desapareció en la trastienda. Magdalena dijo:

—Si yo tuviese...

La victrola había pasado. Se quedaron en silencio oyendo al ciego. Don Babau volvió trayendo el dinero en billetes de diez y cinco. Se lo entregó a Guma:

—Me lo pagas en tu primer viaje, ¿quedamos así?

Guma pasó el dinero a Juan Cazula. El patrón Manuel puso la mano en el hombro de Magdalena:

—A ver si te buscas un rico que nos preste cien mil.

Magdalena le contestó sonriendo:

—Si encuentro uno que dé cinco, me conformo.

Guma prometió a Juan Cazula:

—Espérame unos días más, que voy a conseguir lo que falta.

Juan Cazula hizo un gesto de conformidad. Magdalena lanzó un suspiro de satisfacción y comenzó a hablar de cualquier cosa:

—La conocen a Juana Doca ¿no? Manuel la conoce. Bueno, ella estaba hoy en la ventana de su casa cuando vio un tipo que estaba espiando. Entonces...

Guma la interrumpió:

—Ya saben que yo no tengo más que ese barco, del que no soy ni dueño, porque lo debo casi todo. Le debo a Juan y al doctor Rodrigo. Si me llego a quedar sin el barco, ¿qué le dejaré a mi hijo? Uno no vive mucho, un día lo agarra un temporal y listo. Todavía el que no tiene mujer ni hijo...

—Es una vida desgraciada —comentó Manuel—. Por eso no quiero hijos. María Clara es la que quiere.

—Linda tu mujer —dijo Magdalena a Guma.

—¿La has visto?

—Los vi un día que iban juntos.

El ciego seguía cantando en la puerta. Pidieron más bebida. Juan Cazula habló:

—Si pudiese conseguirme un poco más sería mejor y yo me quedaba ya tranquilo.

—Yo te voy a conseguir algo más —dijo el patrón Manuel—. María Clara debe tener.

—Tu mujer se parece a una que tengo ahora en casa —comentó Magdalena.

—¿Alguna nueva?

—Sí ésa es nueva... Dios te libre.

—¿Quién es?

—Es una que dice que fue mujer de Javier.

—¿De Javier? ¿El patrón del «Caburé»?

—Del mismo.

—Una vez él contó algo de ella —dijo Guma.

—Yo estaba presente —atestiguó el patrón Manuel.

—Javier parece que andaba enamorado de esa mujer. Se le fue y él le puso por ella el nombre a su barco... Ella lo llamaba Caburé.

—Si será raro —Magdalena hizo una mueca—. Vean que hacer semejante cosa. Cuando estos hombres...

—Eras muy amigo de Rufino ¿no? —Cazula preguntaba a Guma.

—Sí ¿por qué? —ahora oía distintamente la canción del ciego.

—Dicen que él mató a su mujer. Ella le estaba metiendo los cuernos con el marinero de un buque.

—Yo también oí eso —apoyó Magdalena.

—Recién me entero ahora. Pero si lo hizo, está bien hecho. Era un negro muy hombre.

—No había en todo el muelle dos canoeros como él —afirmó el patrón Manuel.

A Guma le parecía oír a Rufino diciendo: «Hermano, hermano». Pero se consolaba pensando que Rufino murió sin saber que él lo había traicionado. Juan Cazula daba por terminado el asunto:

—Yo en su lugar mataba al otro también.

Mano Manca entraba en ese momento. Se reunió al grupo de Guma, pero habló para toda la concurrencia:

—¿Saben lo que ha pasado?

Hubo expectativa. Mano Manca contó:

—Javier vendió el barco a Pedroca por una miseria y se enganchó en ese griego que estaba necesitando un marinero.

—¿Cierto?

—Cierto. A nadie se lo dijo. El buque salió hace una media hora.

—Fue por la mujer —dijo Magdalena.

—Dicen que la comida del buque griego es una porquería —comentó un negro.

Salieron. En la puerta el ciego seguía cantando. Tendió la lata de las limosnas y

Juan Cazula dejó caer unas monedas. No compraría tabaco para su pipa esa noche.

El árabe Toufick tuvo un gran disgusto con la fuga de Javier. Un buque iba a entrar dentro de cinco días, con un gran contrabando de sedas. ¿Cómo sacarlo sin contar con un saveiro, sin tener un patrón de confianza? Le explicaba a F. Murad:

—Era un borracho. Fue por eso. Al que le da por la bebida no se le puede tener confianza. Ahora voy a buscar un hombre serio.

—Trate de encontrarlo cuanto antes. Es necesario recibir esa mercadería.

Toufick vino al muelle. Averiguó a Babau la situación económica de los patrones de saveiro y así se enteró del préstamo hecho a Guma y de que casi tuvo que vender su barco para pagar las deudas. Inquirió:

—¿Y es hombre serio?

—¿Guma?

—No hay otro más serio en el muelle.

En seguida se dirigió a la casa de Guma. Lo atendió Livia:

—Guma ha salido, pero no debe tardar, Don Toufick. ¿No quiere esperarlo?

Toufick dijo que lo esperaría. Quedó sentado en la sala, dando vueltas al sombrero entre sus manos, mirando a la criatura que en el fondo de la casa se ensuciaba en un charco de agua. Y Toufick recordaba lo que una vez Rodolfo, que todavía le quedaba debiendo un traje, le dijo cuando él le habló de Guma para un asunto de contrabando: «Mi cuñado no es hombre para meterlo en esas cosas, turco». Eso le había dicho. Y Toufick se decía si valdría la pena estarlo esperando. Pero había que reemplazar a Javier urgentemente. Guma podía ser su hombre: estaba endeudado, era uno de los mejores maestros de saveiro del muelle, tenía un barco bueno y veloz. Ahora, ¿sería capaz de meterse en un asunto tan peligroso? En escrúpulos Toufick no pensó. Se levantó mirando por la ventana. Guma venía llegando y al ver a Toufick apresuró el paso:

—¿Qué dice, Don Toufick?

—Quería conversar con usted.

—Cómo no...

Livia vino desde adentro. Guma preguntó:

—¿No quiere tomar una *cachaza*?

—Bueno.

—Una *cachaza*, Livia, para Don Toufick.

Toufick señalaba al chico que jugaba en el fondo de la casa:

—¿Su hijo?

—Sí es mi hijo.

Livia vino con la bebida pedida. Toufick bebió. Al salir Livia, arrastrando la silla rota, se acercó al cajón donde estaba sentado Guma:

—Disculpe la pregunta, pero cómo anda de dinero.

—Para serle franco, señor Toufick, bastante apurado. Hay una crisis bárbara. ¿Por qué me lo pregunta?

—Los tiempos están malos, muy malos, ya lo sé. Pero un hombre decidido, a pesar de todo, puede ganar mucho dinero.

—Me parece difícil...

—Todavía debe el saveiro nuevo ¿no?

—No he podido pagarlo. ¿De dónde va a poder uno?

—¿Supo que Javier se fue?

—Eso me han dicho. Fue porque su mujer anda por aquí.

—¿Qué mujer?

—La de él. Era casado.

—¡Ah! fue por eso. Javier trabajaba para mí ¿usted lo sabía?

—Oí decir.

—Bueno, me dejó plantado. Y el trabajo de él era de ganar mucho dinero.

—Recibía los contrabandos ¿no?

—Unos encargos que venían a bordo.

—No se ande con vueltas conmigo, Don Toufick. Todo el mundo en el muelle lo sabe. Y ahora usted quiere que yo haga lo que hacía Javier ¿no?

—Usted podría pagar su saveiro en dos o tres meses. El negocio da para todos.

—Pero si la policía se mete en el asunto uno está listo.

—En la forma en que se hacen las cosas nadie se entera. ¿Sabe de alguna vez que haya intervenido la policía?

Miró a Guma indeciso:

—El viernes entra un barco alemán. Trae un cargamento grande. Es un asunto que puede dar... —dejó la frase en suspenso—. ¿Debe mucho por su saveiro?

Guma dijo cuanto debía. Toufick, continuó:

—Bueno, puede sacar casi para pagarlo. Son unos tres viajes del barco. En menos de una noche puede ganar ese dinero.

Ahora hablaba con la boca casi al oído de Guma, en secreto, como un conspirador habla a su cómplice. Guma pensaba que podía hacer este trabajo una o dos veces, lo indispensable para pagar el barco, después dejaba a Toufick. El árabe parecía adivinar sus pensamientos:

—Con dos o tres negocios de éstos puede pagar su barco, y si después no quiere seguir no sigue. Eso es cosa suya, para mí lo mismo es uno que otro. En esta forma usted puede quedar sin deudas. Y además que sería uno o dos cargamentos por mes. Y queda libre, para hacer otros viajes por su cuenta el resto del mes.

Toufick esperaba su contestación. Guma reflexionaba. Haría uno o dos negocios. Pagaría el barco y dejaría a Toufick. El propio Toufick estaba de acuerdo en esto. Guma no tenía miedo. Hasta le gustaban los trabajos arriesgados. Pero pensaba en el disgusto de Livia si llegaban a meterlo preso. Ya sufría tanto con el hermano. Oyó la voz de Toufick:

—¿Está necesitando dinero?

Recordó a Juan Cazula, que no podía pagar sus canoeros y quería hacerle vender el saveiro:

—Y, un poco de dinero me vendría bien. Acepto el negocio.

El árabe metió la mano en el bolsillo y sacó un montón de papeles. Cartas, recibos, vales. Y dinero mezclado con todos esos papeles sucios:

—¿Usted sabe dónde Javier desembarcaba el contrabando?

—No. ¿Dónde?

—En el puerto de Santo Amaro.

—¿Cerca del faro de la barra?

—Sí.

—Está bien.

Recibió el adelanto. El viejo Francisco entraba. Toufick se despidió y dijo en voz baja a Guma:

—El viernes a las diez de la noche espéreme con el saveiro listo.

El viejo Francisco lo saludó al pasar junto a él:

—Buen día, Toufick.

Livia vino para averiguar:

—¿Qué quería?

—Preguntarme sobre Javier que se ha ido. Parece que Javier le quedó debiendo.

El viejo Francisco lo miró, no creía eso. Livia comentó:

—Parecía que no se iba más.

El hijo lloraba en los fondos. Guma fue a buscarlo.

La noche era caliente en tierra. Pero en el mar corría una brisa fresca que animaba el cuerpo. En el cielo estrellado había una luna enorme y amarilla. El mar estaba tranquilo, sólo las canciones venidas de todas partes rompían el silencio. Poco distante del «Paquete Volador» estaba el «Viajero sin Puerto» y Guma oía el gemir de amor de María Clara. El patrón Manuel la amaba en el propio saveiro, atracado al muelle, en las noches de luna. El mar plateado se extendía debajo de ellos. Guma pensó en Livia que a estas horas estaría en casa angustiada. Ella nunca se podría conformar con la vida que él llevaba. Especialmente después del naufragio del «Valiente» vivía en una eterna agonía, esperando verlo llegar muerto en cada viaje. Y si ella supiese que además estaba metido en el contrabando de sedas, entonces sí que no tendría más tranquilidad, porque al recelo de verlo muerto se agregaría el temor de su prisión. Y Guma se promete que una vez pagado el saveiro abandonará este trabajo. Ésta será la primera noche y cobrará una linda suma. Pagará todo lo que debe a Juan Cazula, diciéndole que consiguió un préstamo. Después quedaría el doctor Rodrigo, pero él lo esperará. Con dos viajes más de éstos pagaba el barco. Ganaría un poco más, vendería el «Paquete Volador» y entraría como socio con los tíos de Livia.

¿Vender el «Paquete Volador»? Después de tantos sacrificios para comprarlo sería una verdadera pena venderlo para ser socio de un almacén. Y dejar el mar, los saveiros, su puerto. Esto es una cosa que duele mucho a un marinero, especialmente cuando la noche está como ahora tan linda, llena de estrellas y con una hermosa luna. Ya son más de las diez y Toufick no llega todavía.

Guma vio entrar al carguero alemán. Eran las tres de la tarde y él estaba en el saveiro. El buque no atracó al muelle, era demasiado grande, quedó afuera lanzando grandes espirales de humo. Desde la cubierta del «Paquete Volador» Guma divisaba sus luces. Livia cree que ahora Guma ya está en las aguas del río, llevando un cargamento para Mar Grande. Lo espera de vuelta al amanecer. Lo esperará ansiosa, muerta de miedo, y cuando regrese le volverá a preguntar cuándo se irán a la ciudad. Un almacén... Vender su barco, dejar su puerto. Eso pensaba cuando traicionó a Rufino, cuando perdió el «Valiente». Pero ahora rechazaba esta idea. Lo mismo se muere en el mar que en tierra, son pavadas de Livia. Están cantando la vieja canción que dice: «Desgraciado es el destino de las mujeres de los hombres de mar». Guma acaricia el casco del «Paquete Volador». No hay ninguno tan veloz. Sólo el «Viajero sin Puerto» puede ponersele a la par. Y eso porque tiene un patrón como Manuel. También el «Valiente» era un buen saveiro. Sin embargo no tan bueno como el «Paquete Volador». El propio Francisco, con su experiencia en saveiros y embarcaciones, afirmaba que no viera otro igual. Y venderlo...

Oyó a Toufick que saltaba a bordo. Con él venía otro árabe, que, a pesar del calor tenía una bufanda arrollada al cuello. Toufick los presentó:

—El señor Haddad. El patrón Guma.

El otro árabe se tocó el sombrero en una especie de venia. Guma dijo:

—Buenas noches.

Toufick examinaba el saveiro:

—Es bastante grande, ¿eh?

—No hay otro más grande en el puerto.

—Me parece que en dos viajes vamos a transportar todo el cargamento.

Haddad asintió moviendo la cabeza. Guma preguntó:

—¿Salimos ahora?

—Vamos a esperar. Todavía es temprano.

Los dos árabes se sentaron en la cubierta y comenzaron a hablar en su lengua. Guma fumaba en silencio escuchando la canción que venía del viejo fuerte:

*Él quedó en las olas
él se fue a ahogar.*

Los árabes seguían conversando. Guma pensaba en Livia. Ella lo hacía navegando, ya atravesando la barra a estas horas. De pronto Toufick se volvió hacia él y dijo:

—Linda música ¿no?

—Linda.

—Muy linda.

El otro árabe permanecía callado. Se abrochó el saco y comentó algo en árabe. Toufick rió. Guma los observaba. La voz se había extinguido en el viejo fuerte y podía oír claramente los murmullos de amor en el barco del patrón Manuel.

Más o menos a la media noche, Toufick dijo:

—Ya podemos salir.

Guma levó ancla e izó las velas. Y el saveiro tomó velocidad. Las luces del buque se agrandaban. La tonada en el fuerte viejo recommenzó. Jeremías cantaba para la luna en esa noche de tantas estrellas. Iban silenciosos. Ya muy cerca del buque, Toufick ordenó:

—Pare.

El «Paquete Volador» se detuvo. Arrió las velas. El casco del saveiro se deslizaba lentamente. Haddad silbó de una manera especial. No obtuvo respuesta. Nuevamente silbó. A la tercera vez oyeron otro silbido que respondía.

—Vamos —dijo Haddad.

Guma no izó las velas, tomó los remos. El saveiro contorneó el buque y fue a atracar junto al casco del buque del lado que daba para Itapagipe. Un hombre asomó la cabeza y cambió unas palabras en lengua desconocida con Haddad. Desapareció. Después se asomó otro. Nueva conversación con Haddad. Y éste hizo que el saveiro se adelantase un poco más. Quedaron contra una amplia abertura. Y los dos hombres comenzaron a pasarles piezas de seda que Guma y Toufick iban acomodando en la bodega. No fueron interrumpidos.

Al terminar se fueron apartando lentamente y luego de atravesar el tajamar, Guma levantó las velas y siguió con la linterna apagada. El viento lo ayudaba y pronto estuvieron en el puerto de Santo Amaro. Las olas apenas eran un poco más fuertes. Pero el «Paquete Volador» podía resistir muy bien el mar picado. Toufick comentó:

—Llegamos rápido.

Unos hombres esperaban el saveiro. Uno de ellos, bien vestido, se adelantó:

—¿No hubo inconvenientes? ¿Cuántos viajes más tienen que hacer?

—Con este barco con uno más es suficiente.

El hombre se fijó en Guma que ayudaba en la descarga, transportando las piezas de seda a una casa cuyos fondos daban al puerto:

—¿Es ése el muchacho?

—Sí es ése, señor Murad.

Guma observó al ricacho. Era un tipo gordo, bien afeitado, vestido de oscuro. Él le puso la mano en el hombro a Guma:

—Muchacho, puedes ganar mucho dinero conmigo. Pero es necesario portarse bien.

Observó un rato más el trabajo y dijo a Toufick:

—Encárguese usted de esto. Yo me voy a ir porque tengo un poco enfermo a

Antonio.

Antonio era el hijo de Murad, estudiante de derecho. Tenía pasión por ese hijo literato y farrista. Todo le disculpaba. Y tenía orgullo en ver el nombre de su hijo en las colaboraciones de los diarios. Haddad muy solícito le preguntó:

—¿Antonio está enfermo? Mejor entonces que vaya a verlo.

F. Murad, antes de irse, palmeó a Guma:

—Ya sabe, si se porta bien conmigo, no va a arrepentirse.

—Pierda cuidado.

Tomó su automóvil que lo aguardaba detenido dos cuadras más allá.

Terminado de descargar, el saveiro volvió al buque. Nuevamente la bodega se llenó de piezas de seda. Guma ya llevaba perdida la cuenta de los fardos recibidos. Toufick al despedirse entregó un rollo de billetes a uno de los hombres del buque que los contó a la luz de una linterna de mano:

—Está bien —dijo el hombre que observaba detrás con horrible pronunciación.

El saveiro partió, tomaron el viento, desplegaron las velas y llegaron al puerto de Santo Amaro sin incidentes. Esta vez Toufick le ofreció un trago de *cachaza*. Descargaron el saveiro. Haddad había desaparecido dentro de la casa. Guma encendió su pipa. Toufick se le acercó:

—Cuando lo necesite otra vez, le aviso —sacó del bolsillo el dinero prometido y se lo entregó a Guma.

—Nunca ha visto esta casa ¿no?

—Esté tranquilo, está hablando con un marinero.

Toufick sonrió:

—Linda la canción que oímos ¿no?

Se abotonó el saco y entró en la casa. Guma apretó el dinero recibido, maniobró el saveiro y partió en la madrugada que se insinuaba. Y recién entonces sintió el cansancio de sus brazos y sus piernas. Extendido en el saveiro murmuró:

—Me parece que estuve todo el tiempo con miedo.

El faro de la barra guiñaba en la madrugada.

Juan Cazula le dijo al recibir el dinero:

—No dudaba de que fueras a cumplir.

—Conseguí que me prestara el tío de mi mujer. Ahora a él le pago cuando puedo. Su negocito le ha dado y piensa ampliarlo con un almacén. Me ha buscado de socio.

—Lo conocí en tu casa.

—Es un buen hombre.

—Se le ve.

Rodolfo vino a visitarlo diez días después. Guma, que llegara la víspera de un viaje a Cachoeira, todavía estaba durmiendo. El viejo Francisco había salido para hacer unas compras. Rodolfo se puso a jugar con el sobrino y conversaba con Livia:

—¿Todavía no se te ha ido el miedo?

—Alguna vez me acostumbraré...

—Me parece que ese día tarda en llegar.

Miró al sobrino que lo quería arrastrar para que viera su barco de juguete navegando en la batea. Le dijo a Livia:

—Lo que te gustaría es que se pusiera de socio con los viejos ¿no?

—Es claro que me gustaría.

—Bueno, ya podría hacerlo...

—¿Qué quieres decir? —preguntó ansiosa.

Él la observó de soslayo. Si ella supiese la verdad sufriría más:

—Nada. Decía por el chico. Se está haciendo grande aquí y va a terminar por gustarle esto.

Ella todavía quedó con la duda, pero se tranquilizó:

—Me pareció que había algo...

Y de pronto le preguntó:

—¿De dónde has sacado el dinero que le prestaste a Guma?

—¿Yo? —pero comprendió en seguida—. Hice un buen negocio y me sobró esa plata. En vez de gastármela...

Ella le acarició la cabeza:

—Siempre tan bueno...

Guma se estaba levantando. Mientras Livia fue a prepararles café, Rodolfo habló a Guma:

—Te has metido en ese asunto del contrabando ¿no?

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé todo. Una vez me mandó Toufick para que te hablara de eso. Pero no lo hice, pensé en Livia.

—¡Ah! esa vez.

—Sí.

—Pero no va a ser por mucho tiempo. Nada más que para pagar el saveiro. Ya me falta muy poco.

—Ándate con cuidado. Si eso se descubre va a ser un gran lío. A Marad no le va a suceder nada, él tiene mucha plata, nadie se animará a molestarlo. Pero el hilo se corta siempre por lo más delgado. Así que ándate con cuidado.

—No voy a estar mucho tiempo en estas cosas. No quiero que Livia...

—El día menos pensado lo sabe. ¿Cuánto te presté?

Guma rió:

—¿No me habrás hecho quedar mal?

—No, pero casi caigo. Menos mal que me di cuenta a tiempo. Es una cosa peligrosa en la que te has metido.

Livia traía café y unos pedazos de torta. Se intrigó con esa conversación en voz baja:

—¿Qué es tanto secreto?

—No es ningún secreto. Hablábamos del chico.

—A Rodolfo también le parece que debíamos irnos con el tío —comentó Livia.

—Digo por el chico —agregó Rodolfo.

—Déjenme que pague el barco y en cuanto gane un poco de plata, nos ponemos de socio en el almacén. Ahora falta poco.

Tomó por la cintura a Livia y ella se sentó en sus rodillas:

—Es que paso tanto miedo.

Rodolfo bajó la cabeza.

La segunda vez fue un pequeño cargamento de medias francesas para señora y perfumes. Todo salió bien. Esta vez el propio F. Murad vino en saveiro y tuvo una larga conversación con un señor del buque. Después pagó gran cantidad de dinero. Al volver, F. Murad le advirtió poniendo cara seria:

—Usted no me ha visto a bordo de ningún buque ¿entendido?

—No es necesario decírmelo.

—Me han dado muy buenos informes suyos. Sé que es un muchacho de coraje. ¿Debe mucho todavía de su barco?

Guma dijo cuanto debía aún.

—Eso con unos pocos viajes más lo paga. Después nos va a dejar ¿no?

—¿Dejar este trabajo? Creo que sí.

—Bueno.

—Eso fue lo que convine con Don Toufick. Podía dejar esto en cualquier momento. Hago esto solamente para pagar mi barco.

—No tiene ningún compromiso con nosotros.

—Pero le aseguro que por esta boca no se sabrá nada.

—De eso no tengo cuidado. Sé que usted es un muchacho derecho. Pero si quedase con nosotros podía ganar mucho dinero.

Puso la mano en el hombro de Guma:

—¿Le parece esto peligroso?

—Tengo mujer y un hijo. Si cualquier día se nos echa encima la policía —recordaba las palabras de Rodolfo— a usted nada le harán. Usted tiene mucha plata. Pero con uno va a ser otra cosa...

F. Murad bajó más la voz:

—¿Usted cree que la policía no sabe que contrabando? Todos están comprados. No me va a ser fácil encontrar otro como usted.

Continuaron el viaje en silencio. Cuando estaban llegando todavía F. Murad insistió:

—Si quiere seguir con nosotros va a ganar mucho dinero.

—Voy a pensarlo. Y si resuelvo algo...

Al despedirse Toufick le avisó que dentro de un mes llegaría un gran cargamento. Se ganaría una buena suma.

Al día siguiente fue a entregarle al doctor Rodrigo una parte de su deuda. Le dijo que había ganado en el último viaje. En Cachoeira le dio por jugar a la ruleta y ganó. Y como acababa de pagar lo que debía a Juan Cazula, quería ir pagándole ahora a él. Al principio el doctor Rodrigo no quiso recibirle el dinero. Dijo que Guma podía necesitarlo. Pero Guma insistió. Cuanto antes pagara su deuda, mejor.

Guma salió para arreglar un viaje a Santo Amaro. Iba a buscar un cargamento de *cachaza*. Vivía de estos viajes y el dinero que le daba el contrabando lo utilizaba íntegro para pagar el saveiro. Una vez salido de las deudas, podía seguir un tiempo más con Murad y ahorrar algo, para ponerse en sociedad con los tíos de Livia. Se iría a la ciudad y trabajaría en el almacén. Quizás no tuviese necesidad ni de vender su saveiro. Podía entregarlo a medias al patrón Manuel o a Mano Manca. Cualquiera de ellos desearía tener dos saveiros. Además lo que tenía Mano Manca era sólo una canoa. Bien contento que estaría de hacerse cargo del «Paquete Volador». Y así Guma no dejaría del todo el muelle. Vendría de vez en cuando, haría algún viaje. Continuaría siendo marino, con intereses en el mar, navegando. Quedaría satisfecha Livia y él también, porque no se alejaría del todo del mar. Éste era un buen proyecto. Pero en esta forma tendría que continuar por un tiempo con el contrabando hasta reunir el dinero necesario para no vender el saveiro y poder entrar de socio con los tíos de Livia. En unos meses y con unos cuantos viajes más reuniría lo suficiente. Era un negocio bien rendidor éste del contrabando. Lo malo estaba en el peligro de que un día lo metieran a la cárcel. Sería un asunto grave. F. Murad, estaba podrido en plata, y nada le iba a ocurrir. Pero Guma, que sólo contaba con un saveiro...

Pero por él no tenía miedo. Si pensaba en los peligros del contrabando era por Livia y por su hijo. Veía a su hijo jugando junto a la batea. Jugando con el saveiro de juguete. Ya le gustaban las cosas del mar, era un verdadero hijo del muelle. Cuando creciera dirigiría el «Paquete Volador», navegaría por este mar. Y diría con orgullo que su padre fue uno de los mejores maestros de saveiro que tuvo el muelle, y que aunque se mudó a la ciudad, de vez en cuando venía para hacer un viaje. Guma acarició con cariño el casco del «Paquete Volador».

Bajó a la bodega y se encontró con el corte de seda. Lo había olvidado completamente. La víspera F. Murad se lo regaló para que se lo llevase a Livia:

—Tome para su esposa.

Con el apuro por ir a su casa se olvidó del corte de seda. Livia iba a ponerse contenta. Tenía muy pocos vestidos y ordinarios. Ahora podría hacerse un buen vestido, un vestido de señora de la ciudad.

Dejó listo el saveiro y se dirigió a su casa para almorzar. Saldría en seguida. Livia lo esperaba en la ventana junto a su hijo. Desde lejos Guma le mostró el corte de

seda:

—Me había olvidado de traerte esto.

—¿Qué es?

—Míralo...

Ella dejó la ventana y puso al hijo en el suelo. Examinó el corte de seda:

—Pero esto es seda cara —y en sus ojos había una interrogación.

—Lo saqué en una rifa en Cachoeira.

—Me estás mintiendo. ¿Por qué no me dices la verdad?

—¿Qué verdad? Lo gané en una rifa...

Ella dobló la seda. Se quedó un momento en silencio y de pronto habló:

—¿Por qué tengo que saber las cosas por boca de otros?

—¿Qué cosa?

—Es peor así.

—¿Te has vuelto loca?

—¿Te crees que no sé? Lo malo uno lo sabe en seguida. Andas metido en el contrabando ¿no?

—¿Te lo dijo Rodolfo?

—Hace tiempo que no lo veo. Todo el mundo lo sabe en el muelle. Estás en lugar de Javier...

—Es mentira...

Era imposible seguir negando. Mejor explicarle todo:

—No había otra forma de salir de pobre. Juan Cazula estaba queriendo venderme el «Paquete Volador» y quedaba arruinado. Me hubiese tenido que alquilar de canoero y no saldría más del muelle ¿te hubiese gustado más eso?

Livia lo oía en silencio. El chico vino de adentro corriendo y se agarró a su pollera. Guma continuó:

—Ya ves... Hice nada más que tres viajes y he pagado casi todo el saveiro. Con un mes más tengo el dinero para establecerme con tu tío.

Hizo un esfuerzo:

—Si me metí en esto fue por ustedes...

—Tengo miedo, Guma. No es dinero bien ganado ése. El día menos pensado la cosa se descubre y qué va a pasar. Ya tenía miedo y más ahora...

—Pero si va a ser por poco tiempo. Nadie descubre nada. ¿Te crees que la policía no sabe? Tiene la boca tapada con el dinero del señor Murad.

—Pero puede venir a la policía uno serio de verdad y la cosa termina mal.

—Para ese tiempo yo ya no estoy más. No voy a seguir más que tres o cuatro meses. Si alcanzo a tanto. Sólo lo necesario para hacer un poco de dinero.

—Y ahora no te queda otro remedio —dijo ella con desaliento—. Pero me vas a prometer que en seguida que puedas dejas eso y nos vamos a la ciudad.

—Te lo prometo.

Entonces ella desenvolvió el corte de seda. Era muy bonita. Se la colocó sobre el

cuerpo, sonrió:

—Voy a hacerme un vestido, pero cuando salgamos de acá.

—Va a ser pronto.

Y Guma le contó las peripecias del contrabando.

El nuevo viaje no dio a Guma lo que Toufick calculó. No les entregaron todo el cargamento que esperaban. Esto debía explicárselo a Toufick el hombre del buque en una lengua desconocida. Pero Toufick dijo a Guma que en esa misma semana vendría otro cargamento. Fue entonces cuando se declaró la huelga de estibadores y los patronos de saveiro y gran parte de los canoeros hicieron causa común con los estibadores. Y los estibadores salieron triunfantes y los fletes de los saveiros y las canoas también fueron aumentados. Pero hubo persecuciones y un estibador de nombre Armando debió huir y lo llevó Guma en su saveiro que ya cobraba por su carga la nueva tarifa. Era una noche estrellada y el estibador contaba a Guma muchas cosas. Pero para Guma no era de noche, era la madrugada que surgía.

El doctor Rodrigo ayudó mucho a los estibadores en huelga. Después hizo un poema, donde decía que el tan esperado milagro de la señorita Dulce comenzaba a realizarse. Ella quedó de acuerdo sonriente. La señorita Dulce estaba cada vez más agobiada, pero levantó el pecho para oír el poema. Y sonrió feliz. Había aprendido algo para decir en las casas pobres del muelle. Ahora podían decirle buena amiga. Ella sabía como agradecerse los. Nuevamente recobraba su fe. Pero ahora era una fe distinta.

En el cielo de Santo Amaro la estrella de Besouro había desaparecido. Estaba con los estibadores.

Guma hizo otros viajes para Toufick. Pagó el saveiro. Y se hizo amigo del árabe siempre tan amable. Haddad continuaba siendo siempre un hombre callado, con su bufanda envuelta al cuello. Murad muy raras veces venía, sólo cuando se debía tratar algo importante con los hombres de a bordo. Ahora Guma tenía una suma ahorrada y estaba libre de deudas. Livia ya hablaba del día que se fueran para la ciudad alta como de una cosa próxima. Con un poco tendrían lo suficiente para entrar en sociedad con los tíos. Y el tío descansaría, porque estaba demasiado viejo para trabajar. El saveiro iba a quedar con Mano Manca que entregaría todos los meses una cierta cantidad al viejo Francisco. A Livia casi se le había pasado el miedo, esperaba los regresos de Guma con más tranquilidad, sin esa agonía de antes. Todo se presentaba bien. Hasta las tarifas habían subido, la vida del muelle volvía a la normalidad, se había conseguido superar la crisis.

Y a Livia le agradaba ir ahora al saveiro las noches que dejaba a su hijo en casa de la tía. Se acostaba en la cubierta al lado de Guma, oyendo las canciones del muelle, contemplando la luna amarilla, las innumerables estrellas, sintiendo la

presencia de Iemanjá que extendía sus cabellos sobre las aguas. Pensaba que el mar es amigo, dulce amigo. Y sentía pena por Guma que dejaría el muelle y abandonaría su destino. Pero no vendería su saveiro y una que otra vez, cuando el mar estuviese en calma, vendría a dar un paseo sobre las aguas, a mirar las estrellas y la luna del mar, a oír las tristes canciones del muelle. Y se amarían una vez más sobre el saveiro. Las olas bañarían sus cuerpos, el amor sería aún mejor. Sus carnes tendrían gusto de agua salada, sus oídos oirían el rumor del viento, el gemir de los negros en sus guitarras y sus armónicas, la voz de Jeremías cantando en el viejo fuerte. Solamente no oirían más la voz de Rufino, que se mató por una mulata infiel. Verían los tiburones surcando el agua y encontrarían hermosos los cabellos de Iemanjá, la dueña de los saveiros y los mares. Tendrían nostalgias de todo. Guma acariciaría el casco de su querido «Paquete Volador». Recordarían al «Valiente». Pero el recuerdo del hijo creciendo en las calles de la ciudad, creciendo hacia un destino mejor, los consolaría del sacrificio hecho. Pero aun así tendrían nostalgias, inmensas nostalgias, como se tienen nostalgias del ser amado. Porque nadie puede nacer o vivir en el mar sin amarlo como amante o amigo. Se puede amar el océano con amargura. Puede ese amor ser miedo u odio. Pero es un amor que no se puede traicionar, que nunca se abandona. Porque el mar es amigo, dulce amigo. Y tal vez sea el propio mar la tierra de Aiocá que es la patria de los hombres del muelle.

Tierras de Aiocá

Rosa Palmeirón ya no trae navaja en la liga ni puñal en el pecho. La noticia que le mandara Guma la alcanzó por tierras del norte, en una pensión de última categoría, donde el propietario no le cobraba porque la temía. Cuando el marinero portador de la noticia le dijo: «Guma le manda decir que ya nació su nieto», sacó de su liga y su pecho puñal y navaja. Pero antes los utilizó, por última vez, para conseguirse el pasaje hasta Bahía.

Livia la recibió como una amiga que no viera desde mucho tiempo.

—Está en su casa.

Rosa bajó la cabeza, apretó mucho contra su pecho al chico, que al principio no quería saber nada con ella, después trató de sonreír:

—Guma es un bicho de suerte.

El chico preguntaba si era la mujer de Francisco, ya que le dijeron que era su abuela. Y ya ella pudo llorar porque no tenía más puñal ni navaja. Vestía ropas iguales a las de otras mujeres y se sentaba a la puerta de la casa con el chico en las faldas. Algunas noches oía cantar en el muelle su ABC y lo escuchaba embelesada como si fuese el ABC de otro. Sólo el mar da esos regalos a sus hijos.

Por primera vez Guma iba a encontrarse con un temporal en el transporte del contrabando. Pero vio que Livia no mostraba preocupación. Ella andaba tranquila, todo esto iba a terminar pronto. Y Guma salió satisfecho. Toufick ya lo esperaba en el saveiro. Además de Haddad estaba con ellos un árabe joven. Era Antonio, el hijo de F. Murad, estudiante y literato, que sentía curiosidad por conocer cómo se hacía el contrabando.

Las nubes se iban acumulando en el cielo, furiosamente soplaban el viento. El buque al largo era apenas entrevisto desde el saveiro. Toufick preguntó:

—¿Le parece que vamos a tener temporal?

—Y de los bravos...

Toufick se volvió hacia el hijo de F. Murad:

—Mejor será que no venga con nosotros, don Antonio.

—Déjese de esas cosas. Me gusta más con temporal. Es una aventura completa.

Y se volvió a Guma:

—¿Le parece que habrá peligro, patrón?

—Peligro hay siempre.

—Entonces, ni una palabra más.

El saveiro partió, pero no habían llegado todavía al tajamar, cuando se descargó la lluvia. Sin embargo Guma consiguió arriar las velas y esperar que desde el buque diesen la señal. Y se aproximaron dificultosamente a fuerza de remos. Toufick estaba nervioso. Haddad se ajustaba más la bufanda al cuello. Antonio silbaba mostrando una tranquilidad que en realidad no sentía. El saveiro se recostó al buque, los fardos de seda comenzaron a ser embarcados. Pero el trabajo se hacía difícil, porque las olas

eran frecuentes, la lluvia caía con violencia y el saveiro subía y bajaba, apartándose del buque. Finalmente terminaron el trabajo. Y Guma maniobró, atravesaron el tajamar y pusieron rumbo para el puerto de Santo Amaro.

Pero el furioso viento los llevaba. No había una sola embarcación en el mar, salvo una canoa que atracó junto al viejo fuerte, sin animarse a continuar su viaje. El viento desviaba al «Paquete Volador» de su ruta. Iba demasiado cargado y las maniobras se tornaban dificultosas. Guma iba agarrado al timón, las olas barrían el barco. Haddad murmuró:

—La seda va a llegar toda estropeada.

Buscó unas tablas con que cubrir la bodega. No lo preocupaba la tempestad, no lo preocupaba la muerte, sólo veía el cargamento que se mojaba. Guma lo contempló con admiración. Toufick iba nervioso, temía por el hijo del señor Murad. Éste, pálido, se arrimaba al mástil. En cierto momento preguntó a Guma:

—¿Le parece que nos iremos a pique?

—A veces uno se salva. Es cuestión de suerte. Siguiéron en silencio. Guma mantenía la ruta, pero muy al largo, muy mar adentro, en un mar que ya no era el de los saveiros. El saveiro iba navegando hacia el mar de los grandes navios y era como si Guma estuviese realizando su sueño de viajar hacia las tierras lejanas que conocía Chico Tristeza. Veían el faro de la barra, cuya luz era como una salvación. Pero eran arrastrados hacia afuera, hacia el mar desconocido, ese mar océano de las historias de las grandes aventuras que se cuentan en el muelle.

Al frente mismo estaba el puerto de Santo Amaro. Pero se encontraban muy al largo. Guma se esfuerza por poner proa al puerto. Delante de él se encuentran los arrecifes cubiertos de espumas. Maniobra con felicidad, pero las enormes olas empujan al saveiro contra los arrecifes. Y está demasiado cargado. Y se tumbó como un juguete en manos del mar. Los tiburones vinieron, ellos están siempre al acecho de los naufragios.

Guma vio a Toufick debatiéndose entre las aguas. Agarró al árabe de un brazo y se lo echó a la espalda. Y nadó hacia el muelle. Una débil luz brillaba en el puerto de Santo Amaro. Pero un rayo de luz del faro de la barra iluminó el camino de Guma. Mirando hacia atrás vio los tiburones en torno del saveiro tumbado. Y unos brazos que se agitaban en el aire.

Depositó a Toufick en la playa, y al incorporarse oyó la voz de F. Murad:

—¿Y mi hijo? ¿Mi Antonio? ¿No estaba con ustedes?

—Sí.

—Sávelo. Vaya. Le doy todo lo que quiera.

Guma apenas se sostenía en pie. Murad suplicaba con las manos unidas:

—Usted también tiene un hijo. Vaya, por el amor de su hijo.

Guma recordó a Godofredo esa vez del «Canavieiras». Todos los que tienen un hijo suplican así. Él también tenía un hijo. Y se tiró de nuevo al agua.

Nadaba con dificultad. Ya se había cansado mucho luchando con el temporal y

después nadando con Toufick a la espalda contra el agua y el viento.

Ahora sentía que las fuerzas le iban faltando. Pero continuaba. Y consiguió ver a Antonio prendido al casco del saveiro volcado, que parecía una ballena. Agarró al muchacho de los cabellos y comenzó de nuevo a nadar hacia la playa. Pero el mar se le opone. Los tiburones, que ya han devorado a Haddad, siguen su rastro. Guma trae el cuchillo entre los dientes y arrastra a Antonio por los cabellos. Ante él ve a Livia, a una Livia ya tranquilizada, una Livia que espera que todo cambie para mejor. Livia que tiene a su hijo. Se están aproximando a la playa, sus fuerzas se agotan del todo. Ya no ve a Livia. Lo único que sabe es que tiene que seguir nadando porque debe salvar al hijo de Murad, ¿o será su hijo?, ya no los distingue. Livia, Livia está ante él. Las olas son potentes, el viento terrible. Pero sigue nadando, abriendo las aguas. Lleva un hijo, quizás su hijo.

Cerca de la arena sucia del puerto de Santo Antonio las fuerzas lo abandonan. Suelta a Antonio. Pero están tan próximos a la playa que las mismas olas llevan al muchacho a los brazos del padre que exclama:

—¡Mi hijo, mi hijo!

Y ordena:

—Un médico. Pronto un médico...

Guma quiere llegar también. Pero los tiburones lo obligan a volverse con el cuchillo en la mano. Y lucha con ellos, hiere a uno, la sangre se desparrama en el agua revuelta. Pero los tiburones al fin lo arrastran hacia el casco volcado del «Paquete Volador».

Poco después la tempestad se calma. La luna sale e Iemanjá extiende sus cabellos sobre el sitio donde Guma desapareciera. Y se lo lleva para los viajes misteriosos a las tierras desconocidas de Aiocá, donde van los valientes, los más valientes del muelle.

El viento había depositado al «Paquete Volador» en la arena del puerto.

Mar muerto

El mar es dulce amigo

En este sitio fue donde desapareció el cuerpo de Guma. El patrón Manuel detiene el saveiro, arría las velas. En el «Viajero sin Puerto» están el doctor Rodrigo, el patrón Manuel, el viejo Francisco, Mano Manca, María Clara y Livia ya sin lágrimas.

Habían venido por la mañana y dieron vuelta al «Paquete Volador». Tenía un rumbo en el casco, pero era pequeño, un carpintero lo calafateó en pocas horas. Y el patrón Manuel lo llevó hasta el muelle. A Livia la fue a buscar después del almuerzo. Rosa Palmeirón y la tía de Livia quedaron con el chico. Mano Manca vino con ellos.

Éste era el sitio exacto donde desapareció el cuerpo de Guma. Ahora las aguas están tranquilas y azules. Ayer eran tempestuosas y verdes. Pero para Livia las aguas tienen una gran quietud y un color de plomo. Como si el mar hubiese muerto junto con Guma.

Están en silencio. El viejo Francisco enciende el pabilo. Deja caer unas gotas de estearina en el platillo de madera y pega a él la vela. Y lo coloca con cuidado en el mar. Todos los ojos están fijos en el pabilo. El doctor Rodrigo no cree que este artefacto pueda localizar el cadáver de un ahogado. Pero nada dice.

Lentamente el pabilo se aleja. Va despaciosamente sobre las olas. Sube y baja, semejando una minúscula embarcación fantasmal. Los ojos están fijos en él, las bocas mudas. El doctor Rodrigo vuelve a ver a Guma trayendo a Traira herido, en el salvataje del «Canavieiras», salvando gente en los temporales, contrabandeando para pagar sus deudas. El viejo Francisco ve a su sobrino sobre el barco surcando las aguas. El patrón Manuel lo recuerda en el «Farol de las Estrellas», conversando con su voz reposada, echándose hacia atrás su largo y negro pelo. María Clara piensa en él corriendo con su saveiro mientras ella canta. Mano Manca se acuerda de las peleas que tuvieron y de los amigos que fueron. Sólo Livia no ve a Guma, sólo ella no lo recuerda. Sólo ella espera encontrarlo todavía.

El pabilo anda dando vueltas en las aguas. Aguas plumizas para Livia, aguas de un mar muerto. Aguas quietas, sin vida. El pabilo se detiene. El viejo Francisco dice en voz baja:

—Ahí está.

Todos miran. El patrón Manuel se quita la camisa y se arroja al agua. Mano Manca también. Se zambullen, vuelven a la superficie, vuelven a zambullirse. Pero el pabilo se aleja y continúan la búsqueda. Los nadadores regresan al saveiro.

Mañana el viejo Francisco hará tatuar en su brazo el nombre de Guma. Ya tiene en su brazo el nombre de sus cinco saveiros y también el nombre de su hermano, el padre de Guma. Ahora inscribirá el nombre de su sobrino. El único nombre que nunca tatuará en su brazo es el de su hermano Leoncio, un hombre que no tiene tierra ni puerto. Quizá haga tatuar en su brazo izquierdo el nombre del hijo de Guma, el nuevo Federico. Serán dos con ese mismo nombre: abuelo y nieto. Pero es seguro que Livia lo sacará del muelle y lo llevará a la ciudad para vivir con sus tíos. Así el

nombre del hijo de Guma no figurará en el brazo junto a los otros nombres.

El pabilo avanza lentamente.

«Ésta no ha quedado mal del todo», piensa el doctor Rodrigo. Tiene sus tíos. Vivirá con ellos, ayudándolos en su negocio. Otras son más desgraciadas, no les queda otra cosa que la prostitución. Pero Livia merecía otro destino. Quería mucho a su marido y dejó un casamiento de porvenir por amor a él. Ahora tenía un hijo y un saveiro inútil y buscaba el cadáver de su marido con un pabilo flotante. La luz del sol dardea el mar.

El pabilo parece no querer terminarse más. El patrón Manuel mira. Guma era un buen patrón de saveiro, el único capaz de vencerlo en una carrera. Murmura entre dientes a María Clara:

—Era un buen muchacho... Realmente decidido.

Todos lo oyen. Era un buen muchacho, murió muy joven. El único capaz de vencer al patrón Manuel en una carrera. María Clara recuerda:

—Una vez te ganó...

—Pero la primera vez yo le gané. Estábamos a mano.

Livia mira las aguas. Tiene los ojos secos de lágrimas. Lloró mucho en el primer momento, en seguida que lo supo. Pero sus lágrimas se secaron y ella ahora no piensa en nada, no ve nada, no oye nada. Es como si estuviesen hablando a una distancia enorme, de algo que no le interesa. Contempla el pabilo que se pasea por las aguas. Está como atontada, apenas recuerda lo sucedido. Lo que quiere es ver a Guma por última vez, ver su cadáver, mirar sus ojos, besar sus labios. No le importa que ya se encuentre hinchado, disforme, lleno su cuerpo de voraces cangrejos. No le importa: es su marido, es su hombre. Y, de pronto, le vuelve la conciencia de todo lo sucedido. Nunca más se amarán en la cubierta del «Paquete Volador». Nunca más lo verá fumando su pipa, conversando con su voz pausada. Apenas quedará su historia entre las muchas que sabe el viejo Francisco. Nada quedará de él. Ni su hijo, porque su hijo partirá hacia otro destino, subirá a la ciudad alta, olvidará el muelle, los saveiros, el mar que fue el gran amor del padre. Nada quedará de Guma. Solamente su historia que el viejo Francisco legará a los hombres del muelle cuando se vaya con Janaína.

El pabilo se detiene. Mano Manca se arroja al agua. Nada, se zambulle, inútilmente. Mano Manca sube a la superficie. Sin embargo el pabilo está detenido ahí. La cabeza de Mano Manca aparece en la superficie del agua:

—No hay nada.

El patrón Manuel se zambulle también. Inútil. Mano Manca sube al saveiro. El pabilo seguía parado en el mismo sitio, no salía de ahí. El patrón nadaba, se zambullía, trataba de llegar al fondo. No encuentra el cuerpo de Guma. El viejo Francisco afirmaba con convicción:

—Tiene que estar ahí.

Ahora se zambullían Mano Manca y el patrón Manuel. Y nadaban en torno al pabilo. El viejo Francisco se quitó la camisa y se arrojó también al agua. Él estaba

seguro.

Pero nada encontró tampoco. Con el oleaje que hacían los nadadores el pabilo siguió andando. Los nadadores subieron al saveiro. El viejo Francisco no se daba por vencido:

—Estaba aquí, ahora salió.

A Livia se le caían los brazos. Sólo sabe que tiene que encontrar el cuerpo de Guma. Es todo lo que sabe. Tiene que verlo por última vez, que despedirse de él. Después se irá, volverá la espalda al muelle y al mar para siempre.

El pabilo se aleja. El saveiro lo acompaña. El doctor Rodrigo está impaciente con este andar. Él no cree, le parece un absurdo, pero es tal la confianza de estos hombres que ha terminado por contagiarse. Y es él que advierte casi con un grito:

—Se paró.

—Ahí está —afirma el viejo Francisco.

Nuevas zambullidas inútiles. Pero pronto el pabilo reanuda su marcha. Y ellos lo siguen lentamente con el saveiro.

Nunca más se amarán extendidos en la cubierta del «Paquete Volador». Nunca más oirán juntos esas canciones del mar. Es necesario encontrar el cuerpo de Guma para que, por última vez, hagan juntos el viaje en un saveiro. Murió salvando a dos personas, la muerte heroica del muelle, la muerte de los hijos predilectos de Iemanjá. Dejó una buena fama, fue un patrón de saveiro como pocos. Pero Livia quiere no recordar. Livia mira el pabilo que anda, que busca inútilmente. Su hijo en casa llamará al padre y a la madre. Rosa Palmeirón tendrá los ojos húmedos de lágrimas, quería a Guma como a un hijo. Livia deja caer la cabeza sobre el brazo. El doctor Rodrigo extiende la mano sobre su cabeza y el silencio reina de nuevo.

El patrón Manuel enciende su pipa. María Clara abraza a Livia y trata de consolarla: «Es nuestro destino».

Pero María Clara nació en el mar, vivió siempre allí. Para ella esto es un sino fatal: un día el hombre queda en el mar, muere con el saveiro que se va a pique. Y la mujer busca su cadáver y espera que el hijo se haga también hombre para verlo morir. Pero Livia no ha nacido en el muelle. Vino de la ciudad, vino de otro destino. El camino largo del mar no era su camino. Ello lo tomó por amor. Por eso no se conforma. No acepta este sino como una fatalidad, como lo acepta María Clara. Ella luchó, iba a vencer. Iba a vencer... Todo tan próximo. Los sollozos destrozan el pecho de Livia.

El viejo Francisco baja la cabeza. María Clara extiende la mano hacia Manuel y parece querer protegerlo, como si la muerte rondara en torno suyo. Las aguas del mar están tranquilas. Para Livia son aguas muertas.

Una vez más el pabilo se detiene. La tarde cayó, el sol se entra. Manuel se zambulle, se zambullen Mano Manca y el viejo Francisco. Salen con la ropa pegada al cuerpo. La noche viene. Mano Manca dice:

—Tal vez vuelva con la noche. Ellos siempre vuelven de noche...

El doctor Rodrigo aplica una inyección a Livia. Ella está también como muerta. En el muelle cantan esa vieja canción:

él se fue a ahogar.

Livia abre los ojos. Viene del misterio de la noche recién llegada la triste voz de la canción:

*mi señor ya se fue
en las olas de la mar.*

Livia escucha. Él ya se fue en las olas de la mar. María Clara la apoya en su pecho. El «Paquete Volador» anclado en el muelle, se balancea mansamente. Pero su guía, el que lo dirigía, ya se fue en las olas de la mar. La canción llena el muelle, agobia a los hombres que bajan del saveiro. La noche ha cerrado.

La noche es para el amor

La madre de Guma llegó sin anunciarse. Le cuenta a Livia que sólo vio a su hijo una vez hace muchos años. Está vieja, achacosa, medio ciega.

—Vivo por ahí, casi de limosnas. Unos conocidos rae ayudan.

No confiesa que está de sirvienta en una casa pública. El viejo Francisco comprueba lo que ha envejecido esta mujer. Hace casi veinte años que estuvo en el muelle para buscar a su hijo. Quiso llevárselo, él se opuso. Tal vez hubiese sido mejor que se lo llevara. Así Livia no lloraría ahora y un hijo no estaría tan pronto sin padre. Pero el destino es algo que no puede cambiar.

Rosa Palmeirón viene del dormitorio y dice que Livia debe comer un poco. La madre de Guma pregunta:

—¿No lo han encontrado todavía?

—No.

—Entonces yo vuelvo mañana por la mañana. Yo puedo llegar tarde.

Y se va. Casi ciega, tantea en la oscuridad. La luna ilumina su camino. Livia aprieta contra el pecho a su hijo y se queda así un largo tiempo. Los tíos la observan, la tía llora silenciosamente. Rosa Palmeirón sirve una inútil comida.

Por cuarta vez el árabe Toufick pasa por la casa de Livia. Rosa Palmeirón lo atiende:

—Ya llegó, Don Toufick.

El árabe entra a la sala. Fue allí donde invitó a Guma para hacer el contrabando; donde lo invitó para morir. Livia entra. Toufick se levanta, no sabe qué decirle. Ella queda esperando.

—Era un verdadero hombre...

Se queda callado. Ella tiene los ojos lejanos, parece no ver nada, no oír nada. Toufick prosigue:

—Me salvó la vida y salvó a Antonio también. No sé...

Siente que le es más difícil porque tiene que hablar en una lengua que no es la suya:

—¿Usted necesita algo?

—No, nada.

—Esto le manda el señor Murad. Dice que en cualquier momento que precise de él, tiene un amigo a sus órdenes.

Coloca sobre la mesa el sobre con dinero. Da vuelta el sombrero entre las manos y no tiene valor de recomendar a Livia que no comente lo del contrabando. Va retrocediendo poco a poco hacia la salida:

—Buenas noches.

Sale casi corriendo por la calle, tropieza con un hombre que viene. Se le ha hecho un nudo en la garganta y siente unas ganas locas de llorar.

En las casas que encendieron las radios y sintonizaron cierta estación de Bahía, a

esa hora de la cena, oyeron decir al locutor:

«Del muelle piden a las señoras que recen un Padre Nuestro para que se encuentre el cuerpo de un marinero que murió ahogado la noche pasada».

Una joven estaba comiendo y era novia de un piloto, sintió un estremecimiento, se levantó, fue a su cuarto, y se puso a rezar.

Rodolfo llegó en el momento que salían. Tuvo la noticia minutos antes, había dormido todo el día. Se unió al grupo que iba hacia el saveiro. Esta vez salieron dos saveiros. Mano Manca dirigía el «Paquete Volador» y con él fueron Rodolfo y el viejo Francisco. Los otros se embarcaron en el «Viajero sin Puerto». Hicieron rumbo hacia Santo Amaro.

El pabulo encendido estaba en el mismo lugar. Los saveiros quedan uno junto al otro. En la noche de innumerables estrellas un pabulo recorre el mar en busca de un ahogado. Y los ojos de todos lo siguen ansiosamente. Anda despacio, de un sitio a otro, no se detiene. Arriaron las velas de los saveiros. La luna cae sobre ellos, derramando su suave luz. Las noches del muelle, cuando son bellas así, están destinadas al amor. En esas noches las mujeres que mucho temieron por sus maridos, mucho amor reciben. ¿Cuántas noches iguales a ésta —Livia con la cabeza baja recuerda— no las pasó al lado de Guma, su cabeza descansando en sus rodillas, iluminada sólo por la luz de su pipa que se confundía con las luces de miles de estrellas? Cuando él llegaba en una noche de temporal, en una noche de mucha angustia para ella, se iban los dos al saveiro y se amaban bajo la lluvia y la claridad de los relámpagos. Era un deseo mezclado de miedo, una angustia inexpresable. Esa certeza de ella, de perderlo en un temporal. Era esa certeza la que daba tal arrebató al amor. Él se iría a ahogar, ella estaba segura. Por eso lo amaba todas las noches como si fuera la última. Las noches de tempestad, noches hechas para la muerte, para ellos eran noches de amor. Noches en que los gemidos atravesaban el gran mar, como gritos de desafío. Se amaban en la tempestad. En las noches negras de nubes, desnudas de estrellas, huérfanas de luna, ellos se poseían y el amor tenía sabor de separación, de fin. En esas noches en que el viento domina, en que el nordeste o el sur soplan con violencia estremeciendo el corazón de las mujeres del muelle, en esas noches ellos se despedían como si nunca más fueran a volverse a ver. Fue así la primera vez. No estaban todavía casados y sin embargo se amaron como si ella fuese a quedar viuda en seguida. Fue en el río Paraguaçu, frente a la orilla donde aparecía el caballo encantado.

Manuel se zambulle, Mano Manca se tira desde el «Paquete Volador». El pabulo sigue detenido. Rodolfo está quitándose el saco, se va a tirar al agua también. Y los tres cuerpos cortan el agua verdosa a estas horas de la noche. Manuel es el primero en subir:

—No ha vuelto todavía.

Si volviese esa noche —piensa Livia—, se amarían suavemente, porque la noche es bella, tachonada de estrellas, con una luna que derrama amarillenta luz. En noches como éstas Guma quedaba sobre la cubierta de su saveiro, fumando su pipa. Y ella se tendía sobre el maderamen, y escuchaban una melodía que llegaba quién sabe de dónde. De otro saveiro, quizá del viejo fuerte, de una canoa. Luego ella se recostaba a él, apoyando la cabeza en su amplio pecho. Le oía contar sus últimos viajes, sus proyectos, y un tímido deseo los iba envolviendo. Se quedaban contemplando el mar y lo sentía dulce amigo y a la noche hecha para el amor. Y sus cuerpos se unían sin violencia, sin gritos, sólo unos espaciados sollozos. El canto de un negro, triste y nostálgico, canción del mar, se desparramaba sobre ellos. Así eran las noches como ésta. Pero él no regresa, anda en ese último viaje que hacen los marineros heroicos en busca de las tierras de Aiocá. «Él se fue a ahogar», como dice la canción. El destino de la gente del mar se encuentra escrito en sus canciones.

El doctor Rodrigo fuma cigarrillos sobre cigarrillos. La pipa del viejo Francisco está apagada. Pide fuego:

—Me da fuego, doctor.

En el fondo del «Paquete Volador» el patrón Manuel y Mano Manca, mojados, conversan con Rodolfo, que, dejando el grupo, salta al «Viajero sin Puerto». Se acerca a Livia y le pasa su mano por la cabeza. Su mano está mojada de mar:

—¿Qué harás ahora, Livia?

Ella se queda sin entender. Todavía no se ha convencido que todo cambió.

—Vas a quedarte con tus tíos ¿no? Mira, el patrón Manuel y Mano Manca están dispuestos a arrendarte el saveiro, o a comprártelo si lo vendes a plazo. Es lo mejor que puedes hacer.

Ella, volviendo la cabeza, contempla al «Paquete Volador». Uno de los mejores y más veloces saveiros del muelle. ¡Pocos son como él! Con qué orgullo lo decía Guma. Él le tenía un gran cariño a su saveiro. Lo compró para su hijo, murió por conservarlo. Y ahora ella lo iba a vender, iba a entregar a otro todo lo que quedaba de Guma en el mar. Sería como entregar su cuerpo, como dejarse poseer por otro.

—Ya lo voy a pensar...

Pero recuerda lo que Rosa Palmeirón le dijo esa tarde: No se cambia el destino de nadie. Pregunta al hermano:

—¿Manuel tiene mucha carga?

—En esta época no hay mucha...

—Bueno, quiero que le preguntes si puede darme un poco de carga.

—¿Pero quién va a llevar el saveiro?

—Yo.

—¿Cómo?

Rodolfo no comprende. Bueno, ¿pero quién puede comprenderlo? El viejo Francisco lo comprende y siente una rabia sorda de su vejez, de su impotencia para manejar un barco. Livia mira el «Paquete Volador» con cariño. Venderlo hubiese sido

como vender el cuerpo de Guma. Y lo que Guma quería, ella no podía venderlo.

El pabilo se detuvo más adelante. Se zambulle Rodolfo, el viejo Francisco se tira al agua detrás de él, quiere colaborar en algo. El doctor Rodrigo observa a Livia que no mira a los que nadan. Todavía hay muchas cosas que el doctor Rodrigo tampoco comprende del todo. Pero siente que esta decisión de Livia de no vender el saveiro, de entregarse al trabajo del mar, forma parte del milagro esperado por la señorita Dulce. Del milagro que se está realizando.

En ese momento oyen la sirena distante de un buque. El patrón Manuel dice:

—Está pidiendo socorro.

Sin embargo la noche está en calma. Siguen oyendo la sirena, el S.O.S. de un buque extraviado. Perdido en el mar como el cuerpo de Guma, que los hombres buscan con la luz del pabilo. Un buque que no acierta con el rumbo del puerto, desviado de su derrotero. Los ojos se vuelven hacia donde parece venir el llamar de la sirena. Es un llamar afligido, un lamento triste en medio de la noche de luna.

Los que buscan el cuerpo de Guma suben a los barcos. El pabilo marcha de nuevo. El doctor Rodrigo muerde el cigarrillo. Un remolcador pasa a lo lejos, va en socorro del buque. Rodolfo conversa con el patrón Manuel que cada vez se asombra más.

María Clara está echada en un rincón. Para ella también todo esto es doloroso. Recuerda la noche en que murió Jacques. Esa noche lloraron ella y Livia abrazadas como si fuesen hermanas. ¿Cuándo les llegaría para ellas este momento también? ¿Cuándo les traerían también el cadáver de sus hombres? Las luces del remolcador desaparecen.

Rodolfo vuelve y se acerca a Livia:

—Manuel quiere saber si te encargarías de un viaje mañana para Itaparica. Él tiene mucha carga para allá.

—Sí.

Los saveiros se balancean en el agua casi sin olas.

En medio de la noche el pabilo sigue su marcha. Los saveiros lo acompañaban. Nuevamente se arrojan al agua el patrón Manuel, el viejo Francisco y Rodolfo. Mano Manca queda listo para echarse al agua en cuanto encuentren el cuerpo. Y piensa que el cadáver de Guma debe estar hinchado, relleno de cangrejos enormes, desfigurado. Se pasa la mano por la frente espantando la visión. Ya aquí las olas son más altas. Por última vez oyen la sirena del buque. Pero ahora es un llamado distinto, ha divisado ya al remolcador que va en su ayuda. Los hombres suben a los barcos. Nada han encontrado. El pabilo anda, gira en torno a los barcos. Livia apoya su cabeza en las manos. Siente un gran deseo de Guma, de su carne, de su voz, de su sabor a mar, dominando todas sus sensaciones. Está enteramente poseída por ese deseo, y entonces, sólo entonces, siente que nunca más lo tendrá, nunca más sus noches serán

para el amor. El llanto se le desata intenso. Y María Clara, que se le acerca para consolarla, llora también, porque está segura que un día ella ha de pasar este mismo dolor.

El pabilo gira y una ola más fuerte da vuelta la bandejita que lo sostiene a flote y se hunde. El viejo Francisco dice:

—No hay nada qué hacerle. Él no aparece más. Cuando la vela se hunde...

Izan las velas de los saveiros. Livia indina la cabeza. El viento agita sus cabellos. Ha mezclado sus lágrimas al mar y es irremediamente del mar, porque en él está Guma. Para estar nuevamente con Guma tendrá que venir al mar. Aquí lo encontrará siempre en las noches del amor. A través de sus lágrimas ve las aguas oleosas del mar. Rodolfo es todo un gesto de consuelo. El doctor Rodrigo se restriega las manos, tiene deseos de que todo esto acabe y todos terminen de sufrir. Aunque sabe que Livia sufrirá siempre. Muerde su cigarrillo.

En el mar encontrará a Guma en las noches del amor. Sobre el saveiro recordará otras noches y sus lágrimas no serán de desesperación.

Horas de la noche

Livia con los brazos cerrados sobre su pecho. Livia silenciosa. El frío entraba en su cuerpo. Pero las canciones le llegaban como un calor, un calor y una alegría.

Su hombre está lejos, muerto en el mar, Livia de hielo. Livia perfecta, la de cabellos humedecidos cayendo sobre su cuello. No vería el cadáver de Guma que los hombres se cansaron de buscar con el pabilo en el mar de aceite, quieto, cerrado como el cuerpo de Livia.

Otros hombres rondaban a su puerta. Rondaban su cuerpo sin dueño, su cuerpo perfecto. Y Livia, la deseada por todos, cierra los brazos sobre su pecho. Ningún sollozo agita su pecho moreno. Venía la caliente canción del negro:

Es dulce morir en el mar...

Ni un sollozo. Sólo el frío que la invade y la visión de un mar de aceite, muerto. Debajo de él andaría el cuerpo de Guma como un barco sin timón. Los peces rondarían en torno suyo. Iemanjá iría con él cubriéndolo con sus cabellos. Y Guma marcharía hacia otras tierras como un marinero de los grandes vapores. Iría a pasear por los rincones más misteriosos del mar, acompañado de Iemanjá. Seguiría su ruta, marinero en el mar buscando su puerto.

Livia mira el mar muerto de aguas de plomo. Mar sin olas, pesado mar, mar de aceite. ¿Adónde están los buques, los marineros y los náufragos? Mar muerto de los sollozos ¿adónde están las mujeres que no vienen a llorar los maridos perdidos? ¿Adónde están los niños que murieron en una noche de temporal? ¿Adónde está la vela del saveiro tragado por el mar? ¿Y el cuerpo de Guma flotando con sus largos cabellos negros en el agua que era azul? En el agua plúmbea y densa del mar muerto corre como una aparición la luz de un pabilo buscando un ahogado. Es el mar que murió, es el mar que está muerto, que se transformó en aceite, quedó quieto, sin una ola. Mar muerto no refleja las estrellas en sus aguas densas.

Si saliera la luna, si viniera la luna con su luz amarillenta, correría sobre el mar muerto y buscaría como el pabilo el cuerpo de Guma el de los largos cabellos negros, que se marchó por el camino del mar hacia las Tierras del Sin Fin en las costas de Aiocá.

Livia mira desde su ventana el mar muerto sin luna. Apunta la madrugada. Los hombres que rondaban su puerta, su cuerpo sin dueño, regresarán a sus casas. Ahora todo es misterio. La canción calló. Poco después las cosas se animarán, los escenarios se moverán, los hombres se alegrarán. La madrugada rompe sobre el mar muerto.

Sólo Livia tiene el cuerpo frío y frío el corazón. Para Livia la noche continúa, la noche sin estrellas del mar muerto.

Estrella

La señorita Dulce mira desde la escuela. La noche todavía lucha con la madrugada. Los saveiros parten. El hijo de Livia está en casa con los tíos. Rosa Palmeirón puso nuevamente la navaja en la liga y el puñal en el pecho. Parece un hombre sobre la cubierta del «Paquete Volador». Pero Livia es muy mujer, frágil mujer.

El «Viajero sin Puerto» surca primero las aguas, María Clara canta una canción del muelle. Habla de amor y nostalgia. El patrón Manuel va abriendo camino, mira hacia atrás para ver si Livia se desempeña bien. Rosa Palmeirón va al timón. Livia sostiene las velas con sus manos de mujer. Su cabello vuela, está de pie. Alcanzan al «Viajero sin Puerto». El patrón Manuel deja pasar al «Paquete Volador», para irlo siguiendo.

Las aves marinas revolotean alrededor del saveiro y pasan cerca de la cabeza de Livia. Ella está erecta y piensa que en otro viaje traerá al hijo, el destino de él es el mar. La voz de María Clara calla de pronto. En la madrugada que rompe, un negro canta dominando el mar misterioso:

Salve estrella matutina.

Estrella matutina. En el muelle el viejo Francisco mueve la cabeza. Una vez, cuando hizo lo que ningún patrón de saveiro haría, vio a Iemanjá, la dueña del mar. ¿Y no es ella la que ahora va de pie en el «Paquete Volador»? ¿No es ella? Sí, es. Es Iemanjá la que va allí. Y el viejo Francisco grita a los otros del muelle:

—¡Miren! ¡Miren! Es Janaína.

Miraron y vieron. La señorita Dulce también miró desde la ventana de la escuela. Vio a una mujer fuerte que luchaba. La lucha era su milagro. Comenzaba a realizarse. En el muelle los hombres de mar veían a Iemanjá, la de los cinco nombres. El viejo Francisco gritaba, era la segunda vez que la veía.

Es lo que cuentan en la ribera del muelle.